MANOLO MONEREO

OLIGARQUÍA O DEMOCRACIA

ESPAÑA, NUESTRO FUTURO

Prólogo de Miguel Riera

EL VIEJO TOPO

MANOLO MONEREO

OLIGARQUÍA O DEMOCRACIA

MANOLO MONEREO

OLIGARQUÍA O DEMOCRACIA
ESPAÑA, NUESTRO FUTURO

Con aportaciones de:

JAVIER AGUILERA

JULIO ANGUITA

HÉCTOR ILLUECA

STUART MEDINA

Prólogo de

MIGUEL RIERA

EL VIEJO TOPO

© Manolo Monereo 2020
Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo
Portada realizada por Elisa N. Cabot sobre
Nachtlokal, acuarela de George Grosz
ISBN: 978-84-18550-07-2
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa, o almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, conocido ahora o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito de Ediciones de Intervención Cultural.

Para
Lea, Manuel,
Atín, Noa y Siena

Prólogo

Miguel Riera

Oligarquía y democracia son términos antitéticos. Uno excluye al otro. Lo sabemos desde los tiempos de Atenas. Pensar que los poderosos no intentan hoy, y no seguirán intentando mañana, erosionar las conquistas democráticas trabajosamente obtenidas hasta ahora, es de una ingenuidad infinita.

Manolo Monereo lo sabe bien. En sus textos aparece con frecuencia una palabra que define, mejor que cualquier otra, el perfecto maridaje que existe entre la oligarquía española y el sistema político que la cobija: *la trama*, es decir, aquellos que en la trastienda manejan los hilos económicos, mediáticos, políticos, que configuran la realidad del día a día que todos soportamos. Son profundamente antidemocráticos, pero consiguen, gracias a una hábil utilización de los medios, parecer exactamente lo contrario. Son el poder real.

En este marco, las preocupaciones de Monereo, ampliamente recogidas en este libro, tienen que ver con la derrota histórica de todos los proyectos que han intentado construir una sociedad alternativa al capitalismo, y también sobre cómo combatir los mecanismos que el sistema ha implementado para consolidar la dominación de unos pocos sobre la inmensa mayoría.

Hay que decirlo con claridad: con el triunfo de la contrarrevolución neoliberal, la idea de socialismo ha sido borrada de la mente de las poblaciones de occidente, que parecen haber asumido que el paro masivo y la precariedad son inevitables, y que, como pontificó Margaret Thatcher, no hay alternativa. Se diría que no hay ya espacio ni siquiera para un reformismo digno de ese nombre, salvo en cuestiones que no afecten sustancialmente a los que poseen el

poder real, a la trama. En España, extinto ya el impulso democrático que caracterizó al 15 M, la tónica general es aceptar con resignación el campo de juego en el que se nos ha confinado, y si alguien intenta traspasar levemente sus límites es descalificado o simplemente ignorado.

Así pues, oligarquía o democracia. Entonces, ¿España como solución?

Una de las constantes en los textos de Monereo es su crítica a la Unión Europea –que no es lo mismo que Europa– considerándola un instrumento de las oligarquías europeas para mantener su dominación sobre los pueblos. Asombra que un debate que se ha producido en toda Europa, y muchas veces agriamente, ha sido casi inexistente entre las izquierdas españolas. La descalificación como anti-europeísta aquí funciona, se asocia a un lepenismo a la española, y aquella izquierda que defiende el estado-nación como el marco en el que concurren derechos y obligaciones, ámbito natural de la lucha de clases, es tratada inmediatamente de rojo-parda, parafascista o cualquier otra lindeza por el estilo. Renunciar a la soberanía propia para entregarla a un soberano ajeno parece ser, para la mayor parte de nuestra izquierda, una idea básica incuestionable.

Pero hoy, la Unión Europea es fundamentalmente un mecanismo para la imposición de las políticas neoliberales, sin que exista la menor posibilidad de encaminarse hacia la formación de aquellos ilusionantes Estados Unidos de Europa que se nos vendieron como fin de trayecto. Todo lo contrario, el nacionalismo económico alemán está firmemente asentado, satelizando a Francia en su proyecto, con una Italia levemente díscola y un Este que anda en sus cosas y mira al centro con recelo. España, ni está ni se la espera, ausente y doblando la cerviz cuanto sea necesario. La trama lo sabe, y está cómoda en ese marco. Si alguno de sus dogmas se viera internamente cuestionado, ahí estaría la UE para protegerla.

El origen de esta aceptación acrítica de los dictados de la Comisión y sus instrumentos probablemente está ya en el inicio de la Transición, cuando el ingreso en el Mercado Común se vio como una salvaguarda de la naciente democracia. Luego, todo han sido

trágalas sin oposición: los tratados, Maastricht, el euro… hasta la reforma de nuestra Constitución para dar cabida al dogma neoliberal. Y todo con la aquiescencia de partidos y sindicatos –con alguna voz discordante, pero que clamó en el desierto–, incapaces de ver que nos introducíamos voluntariamente en una jaula renunciando a cualquier soberanía y echábamos la llave fuera.

No cabe, ciertamente, mucha esperanza. El euro acabará estallando cuando deje de ser útil al estado alemán, la UE permanecerá subalterna a los intereses geoestratégicos de EEUU, y cualquier reforma será superficial y encaminada a asentar las políticas neoliberales. Si, a causa de circunstancias coyunturales, como la pandemia, hay que dar un pasito atrás, no tardarán en producirse dos pasos adelante. Esta es la UE, la real, de la que nos habla en este libro Monereo.

Entonces ¿España como solución? Manolo Monereo tiene la certeza de que solo el regreso al estado-nación, confederado con los restantes estados europeos, puede constituir una Europa diferente, en la que la defensa de los intereses de las capas populares no se vea arrinconada por el dogma neoliberal. Europa como problema; España como solución. Para los trabajadores españoles –en realidad para los de todos los países– el regreso al estado-nación es la única forma de vislumbrar un futuro menos sombrío.

Porque ahora el panorama lo es, sombrío. Para los trabajadores. Y, sobre todo, para los jóvenes. Las expectativas de futuro para ellos son las peores en muchos años. La enorme deuda creada por la pandemia, unida a la ya abultada que coleaba desde 2008, anuncia recortes, desempleo y ausencia de oportunidades. La presencia de la izquierda en el gobierno puede atenuar levemente las consecuencias de la crisis, pero al final del camino está la UE, siempre vigilante. Siempre amenazante con sus hombres de negro.

Para constatar cómo la oligarquía española está atenta a cualquier posibilidad de cambio solo hay que ver la reacción de los oligarcas y sus cómplices políticos ante la llegada de Unidos Podemos al gobierno, como si el mismo Satanás se hubiera hecho cargo del poder. La exageración es de tal calibre que asusta pensar

en cuál habría sido su reacción si esa entrada hubiera sido precedida por un *sorpasso* al PSOE, o al menos que las fuerzas hubieran estado más igualadas. La utilización de la pandemia como arma arrojadiza entre gobierno y oposición ha sido un elemento más que ha contribuido a la desmoralización y el desánimo de la atemorizada ciudadanía, manteniéndola en una especie de parálisis en relación a cualquier reivindicación o exigencia.

En realidad, que Unidos Podemos esté en el gobierno no puede alterar ni los cimientos ni la estructura del sistema. Para eso ya sirve el rey emérito, si se me permite la ironía. Pero la izquierda-izquierda (el denominar al PSOE como izquierda obliga a matizar la denominación de lo que está algo más allá) apenas puede arañar las columnas básicas sobre las que se sostienen los que disfrutan del verdadero poder. Y una de esas columnas básicas es, desde luego, la monarquía. Tal vez la columna que más contribuye a la solidez del sistema. Ha sido suficiente que los miembros del gobierno pertenecientes a Unidos Podemos se hayan declarado republicanos para que un vértigo estremecedor sacudiera el espinazo de los políticos bienpensantes de VOX y el Partido Popular –y no solo. ¡La República, Dios mío! Y luego Cartagena, parecen pensar. No me cabe la menor duda de que el pueblo español es hoy mayoritariamente republicano, y más temprano que tarde habrá de ser consultado sobre la cuestión.

Hay otros asuntos, alguno urgente, que enturbian el panorama político español. El principal problema probablemente continúa siendo el intento de secesión de Cataluña protagonizado por parte de las clases medias y altas de ese territorio. Un problema cuya solución está siendo esquivada por tirios y troyanos. Hemos asistido a la emergencia de un nacionalismo español-españolista hasta ahora oculto en otras formaciones políticas, como consecuencia de ese viaje a ninguna parte del nacionalismo catalán, sin que asome una izquierda española, republicana y federal, capaz de presentar un proyecto alternativo. La imposibilidad de avanzar en la transformación del Estado en sentido republicano, federal y democrático, por inexistencia de un proyecto claro de país, bloquea cualquier solución definitiva, y deja a por lo menos una generación

empantanada en el conflicto. De esta España y de esta izquierda, desorientadas, en la que por sentirse español hay que pedir perdón mientras se puede proclamar con orgullo sentirse catalán, castellano viejo, vasco o cualquier otra cosa sin ñ, es de las que nos habla en este libro Manolo Monereo.

Obviamente, a Manolo Monereo no le gustan los principales rasgos que perfilan a nuestra sociedad política. La ausencia de debates de fondo, la pobreza de los análisis de la realidad inmediata, son síntomas generales de las carencias que muestran nuestras izquierdas, más enfrascadas en abordar los problemas de la gestión que en diseñar un horizonte al que dirigirse. De ahí que Monereo, desde la crítica y la autocrítica, plantee una y otra vez la necesidad de pensar –y actuar– para cambiar un previsible futuro caracterizado por un constante retroceso social que no parece tener límite. Y siempre teniendo en cuenta que, como las meigas, la lucha de clases existe, y que sabemos quiénes son los que la están ganando.

De ese modo, Monereo intenta ayudarnos a desen-trañar la realidad con textos que, al mismo tiempo que analizan la situación del momento y alertan sobre las dificultades del futuro inmediato, van mu-cho más allá, interrogándonos sobre las acciones a tomar y proponiendo iniciativas que nos permitan escapar del marasmo en el que estamos inmersos, siempre desde una visión que planea por encima de lo inmediato para intentar visualizar el medio y el largo plazo. Una visión que tiene mucho de estratégica, y que se aleja de los tacticismos cortoplacistas tan habituales en nuestro páramo político.

Porque, y a pesar de todo lo dicho hasta ahora, estos textos (publicados en *El Viejo Topo* y *Cuarto Poder* fundamentalmente) no son derrotistas; al contrario, son textos que nos empujan a la lucha, que nos recuerdan que nada está finalmente decidido, que el capitalismo tiene fecha de caducidad –por más lejana que nos parezca ahora–, que el pueblo es el único soberano, y que la enorme transición geopolítica en la que estamos inmersos, y que probablemente la pandemia agudizará, puede dar lugar a situaciones inesperadas (entre ellas la más temible, y no

descartable, la guerra), y que el futuro no está escrito: depende de nosotros. Son textos que contienen propuestas que permiten entrever que todavía hay algo de luz al final del túnel.

Eso sí, es inexcusable, cree Monereo, tener un proyecto de país. Un proyecto que hoy no se vislumbra, salvo el de las clases dominantes, que es el de mantener las cosas como están. Mantener la monarquía, la dependencia de la UE, la estructura económica y los escalafones del poder. Mantener a *la trama* manejando el juego desde la penumbra. Para ella no existe más proyecto de futuro que el de ir tirando, dejar pasar el tiempo cambiando las menos cosas posibles.

Una nación sin proyecto está destinada a la autodestrucción. Quizá ese es el problema que está en el meollo de la crisis territorial española desde hace décadas. Perdidas las colonias, España no ha tenido ya un proyecto de país. Quizás por eso se ha entregado a la UE sin pensárselo lo más mínimo. Autocrítico, Monereo también se lamenta de que Unidos Podemos –como el resto de la izquierda– carezca de proyecto de país. Su propuesta de unos Estados Generales de la Izquierda se orienta en este sentido.

Ya es tiempo de que los demás empecemos a pensar en todo ello. De que veamos las cosas como son y no como nos dicen que son. Quien se adentre en las siguientes páginas contará con una valiosa ayuda para ello.

Octubre 2020

INTRODUCCIÓN

1. Contra el pesimismo: una esperanza concreta y posible

Me vengo haciendo algunas preguntas desde hace meses: ¿cómo afectará a nuestras sociedades convivir cotidianamente con la muerte? ¿Qué consecuencias tendrá para nuestras vidas un miedo que se convierte en una segunda piel y nos aterroriza? Lo de la covid-19 viene para quedarse, en esta forma o en otras. Aparece como un mal de esta civilización. Poder, globalización e inseguridad van de la mano en un sentido muy preciso: no controlamos nuestras vidas. No es un problema nuevo. De hecho, la reflexión sobre el poder político, en sus viejas y nuevas definiciones, acentúan como su característica fundamental el ser un instrumento para controlar el miedo, para regularlo, administrarlo e intentar gobernarlo.

Danilo Zolo dedicó una parte de sus aportaciones intelectuales a estos problemas desde ópticas diversas y con unas consecuencias iluminadoras. La última de sus monografías fue dedicada precisamente al miedo. Tampoco es casual. La Escuela Italiana (Maquiavelo y los neomaquiavélicos) nos dejaron reflexiones cargadas de razones que apuntaban como características del poder político, crear seguridad, dar confianza en el intento, para ellos siempre vano, de controlar nuestro destino. La paradoja es que el gobierno del miedo se hace a través del miedo. Hobbes lo señaló con toda claridad como problema permanente de nuestras sociedades. Quizás fue Guglielmo Ferrero el que lo expresó más dramáticamente: “el poder es la manifestación suprema del miedo que el hombre se provoca a sí mismo en su vano esfuerzo de huir del terror”.

Del miedo al pánico hay una distancia que se puede recorrer con mucha rapidez. El miedo a la pandemia está mutando en miedo al futuro que se vive desde el presente. Las perspectivas cambian mucho cuando el futuro se convierte en oscuridad, en una inseguridad existencial y, sobre todo, en un destino que se quiere evitar. Asoma un problema sobre el que vengo insistiendo desde

hace tiempo, a saber, las demandas de seguridad, orden y derechos que vienen desde unas clases trabajadoras que viven en un retroceso social permanente marcado por la desigualdad y la precariedad. La relación entre poder, globalización capitalista y miedo es la característica más sobresaliente de esta época. Detrás, el triunfo de una lógica económico-social que tiende a la mercantilización de las relaciones sociales, a la valorización del conjunto de los recursos naturales y humanos y al planificado desmontaje de todos los mecanismos de control político, jurídico y social que defendían a la sociedad del mercado autorregulado. En su centro, el proyecto imperial de los EEUU, el incremento sustancial del poder de las grandes corporaciones y, específicamente, el dominio de las grandes finanzas sobre vida económica en su conjunto.

En muchos sentidos, el miedo a la pandemia como causa de una muerte genérica, que se concreta en nuestro entorno, está cambiando la vida de las personas y aporta un dato decisivo a una transición geopolítica que no ha hecho otra cosa que comenzar. El colapso civilizatorio que se preveía en el horizonte de una crisis ecológico social, ya pronosticada, se adelanta con un dato oscuro, sinuoso, que nos atemoriza e incrementa la demanda de soluciones radicales efectivas y urgentes. Lo público se convierte en lo primero y se espera que el Estado actúe enérgicamente para defender a las poblaciones prestando servicios sociales de calidad y asegurando la igualdad material.

Dentro de esta gran crisis individualizo cuatro, relacionadas entre sí y acumulativas: a) crisis socio-sanitaria; b) crisis económico-productiva; c) crisis generacional; y d) “crisis de la política” en sentido fuerte. Un análisis pormenorizado nos llevaría demasiado lejos para las intenciones de este escrito. Solo señalar que se abre, de nuevo, un antagonismo, una contradicción nunca resuelta del todo, que opone a la lógica de las necesidades humanas básicas, la lógica durísima e impersonal de la valorización del capital. Cada crisis la pone de manifiesto y la desvela. Ya no hay oídos para políticas que hablen de austeridad, de déficits financieros y de deuda. Las gentes reclaman imperiosamente una sanidad pública

de calidad, desmercantilizada y al servicio de las mayorías sociales. La exigencia es tan fuerte que el viejo argumentario neoliberal ha desaparecido y crece la desconfianza de los grandes poderes económicos. La otra cara es la crisis económica. Esta vez, el estado de necesidad no lleva a golpes de Estado antisociales, al menos, por ahora. Parecería que elementos claves de las políticas económicas dominantes empiezan a ir contra corriente, no ya de las necesidades de las personas, sino contra las nuevas lógicas productivas, tecnológicas y geopolíticas. Las consecuencias económicas, sin embargo, van a ser brutales y cuestionarán a fondo el modelo de integración europeo, al sistema euro y obligarán a una redefinición radical del papel de los Estados.

La crisis generacional se agrava y no se puede eludir. Una generación, varias solapadamente, han vivido en un mismo ciclo vital, dos crisis económicas. Han pasado del optimismo general de los 90 a un pesimismo casi permanente. Solo una minoría ha mejorado sustancialmente sus condiciones de vida. No hablo de abstracciones. El paro juvenil supera en España el 40% y tenderá a crecer. La precariedad se convierte para muchas personas en un modo de vivir y el futuro, un problema sin solución. La derrota de las expectativas del 15M inclinan a la población hacia el individualismo, el sálvese quien pueda y a la lógica del día a día. Vivir eludiendo lo consciente, el juicio sobre las cosas y los acontecimientos; huir de un demasiado grande y ajeno. Un individualismo sin individualidad que busca desesperadamente artilugios para no pensar en un futuro amenazante que está llamando a la puerta. La alienación como programa y la disponibilidad como condición de vida.

El futuro como problema también ha venido para quedarse. Lo que está apareciendo ahora dramáticamente es la “crisis de la política” en sentido estricto; es decir, de su capacidad para resolver los problemas reales de las poblaciones, de su eficacia para producir seguridad, orden y garantía de derechos, de su compromiso de defensa de las mayorías sociales durísimamente golpeadas por las diversas crisis. En esas estamos. Son muy parecidas a las condiciones en que vivieron las sociedades nacionales en los finales de la II Guerra Mundial. Unos Estados

fortalecidos, unas clases trabajadoras que se habían jugado la vida y unas mujeres obreras que sostuvieron la producción e incrementaron los cuidados. Se ganó una guerra y no se estaba dispuesto a perder la paz, una vez más. Los partidos de izquierda, los sindicatos exigieron entonces derechos laborales y sindicales, servicios públicos de calidad, incremento del gasto público, control sobre el mercado capitalista, especialmente de las finanzas, y la nacionalización de los sectores estratégicos. Esa es la actitud que deberíamos tener ahora: ampliar y asegurar derechos, fortalecer el poder contractual de las clases trabajadoras e incrementar su capacidad de movilización, poner fin a los tratados europeos que imponen las políticas de austeridad, permitir la financiación directa de los gobiernos, imponer la justicia fiscal, fortalecer la autonomía de nuestro aparato productivo, reindustrializar el país y promover la cohesión territorial.

Inteligencia como lucidez; voluntad como programa; organización como fuerza; lucha como método y unidad como estrategia. No dejarse vencer por la realidad y aprender de ella. Ahora toca acompañar, impulsar y organizar a las poblaciones que exigen seguridad, orden, derechos. Luchar contra el miedo con plataformas que construyan futuros colectivos, que fomenten el trabajo político y social voluntario, que impulsen la autoorganización y compromiso. La pandemia tiene muchas lecturas; ninguna nos invita al pesimismo, más bien al contrario: a un proyecto de país claro, a la Tercera República como objetivo, al poder constituyente como fundamento.

2. ¿Una izquierda Viriato?

De las muchas líneas políticas que emergieron en el 15M, apareció una sobresaliente que los dirigentes, de lo que luego sería Podemos, defendieron. Me refiero a una oposición que hablaba sin miedo de España, de la existencia de “la trama”, de proceso constituyente republicano, de democratización sustancial de los poderes económicos desde una lógica socialista, de defensa de la soberanía popular. La palabra patriotismo apareció con fuerza y abiertamente les disputaba a las derechas el imaginario y la

identidad de otra España posible; voluntad de mayoría. No duró demasiado: desde el primer momento tuvo un rechazo muy fuerte de una cierta izquierda y, sobre todo, de los partidos nacionalistas, especialmente catalanes. No es casualidad que connotados dirigentes independentistas denunciaran el 15M como españolista por situar la cuestión social en el centro del debate público. Las acusaciones de nacionalistas españoles, de "rojo-pardos" o, simplemente, de "populistas" se fueron dejando caer hasta convertirse en descalificaciones especialmente groseras. Rizando el rizo, alguien habló de "izquierda Viriato" con que venía a denunciar, ante los poderes mediáticos, la operación de una supuesta izquierda reaccionaria y fascistizante. La metáfora "Viriato" tiene enjundia y dice mucho de cómo piensan algunos intelectuales de una izquierda arrepentida o que hace mucho dejó de serlo. ¿Qué se quiere decir? Que Viriato era un reaccionario que se opuso con las armas en la mano a una civilización superior. El imperio romano tenía el derecho y hasta el deber de conquistar unos territorios bárbaros y aportarles su cultura, sacarlos del atraso y ponerlos a la altura del progreso histórico. Viriato cometió el terrible error de defenderse de un invasor, de oponerse a un imperio que pretendía esclavizarlo, de sostener su identidad y de luchar por su libertad. Puestos así, ¿por qué no hablar del "reaccionario" Espartaco y de tantos otros que, en todas partes, se han sublevado contra los viejos imperios y nuevos imperialismos?

La calificación de izquierda Viriato pretende definir a una izquierda "reaccionaria" porque ésta se opone a la globalización capitalista, porque rechaza el tipo de integración que define a la Unión Europea, porque defiende el Estado nacional y, digámoslo con claridad, porque habla de España como Patria. Todo está permitido, todo es tolerado siempre que no se crucen ciertas líneas que lo políticamente correcto santifica y que agentes duchos en la especialidad de detectar los malos pensamientos ajenos, convierten en un discurso disciplinario que criminaliza a personas e ideas, pretendiendo expulsarlas de la esfera pública. Dicen, son rojo-pardos y se acabó el debate. Pero hay que entenderlos, el mundo

que lleva emergiendo desde hace años no se parece al que soñaron e idearon.

La globalización feliz terminó cruentamente y desde 2008 está en crisis en todas partes. La historia retorna y hoy vemos una disputa por la hegemonía entre dos grandes potencias, dos grandes Estados nacionales. Esta confrontación está cambiando el mundo que hemos conocido y nos sitúa ante una gran transición geopolítica. La globalización ha durado lo que la hegemonía unipolar norteamericana y hoy asistimos al inicio de un proceso que significará una enorme redistribución de poder a nivel mundial. La historia retorna y se venga. De por medio, una guerra económica de grandes dimensiones, una escalada armamentista especialmente significativa y una disputa tecnológica que no conoce límites. La crisis ecológico social del planeta se agrava y la covid-19 da señales de que el metabolismo con la naturaleza se está rompiendo por sus eslabones más débiles. Es más, como repitió tantas veces Aníbal Quijano, el "descubrimiento" de América significó, a la vez, la aparición del capitalismo, de la modernidad y del racismo. Son estos más de 500 años lo que hoy se está poniendo en cuestión en un sentido muy preciso: Occidente va a dejar de ser la geocultura dominante y las modernidades que hemos conocido están mutando delante de nuestros ojos. Culturas sometidas, subalternadas y, en muchos sentidos reprimidas, emergerán con una fuerza inusitada. Estamos en algo más que en un simple cambio de época.

Desde los de abajo, desde las clases trabajadoras, desde las clases subalternas, el problema radical es otro y tiene que ver con la cuestión de la alternativa. El tema se podría plantear del siguiente modo: nunca como hoy ha sido tan necesaria la superación del modo de producir, consumir y vivir, del capitalismo; y, sin embargo, nunca ha aparecido tan lejana esta posibilidad de superación. "Socialismo o barbarie" se pensaba como una opción que el tiempo histórico plantearía como dilema. El problema es que la barbarie avanza y el socialismo como propuesta social y política, se ha difuminado.

El capitalismo sin alternativa significa decadencia, pudrimiento e involución social, guerras y potentes conflictos ecológico-sociales.

No es este el lugar para intentar clarificar un problema extremadamente difícil y que requiere una reflexión colectiva dirigida hacia la práctica. Esto no se resuelve solo con debates más o menos profundos, más o menos imaginativos, sino que, de una u otra forma, deben de acompañar a la práctica de la lucha social, superar obstáculos teóricos enraizados e impulsar los debates estratégicos que han ido desapareciendo de nuestro horizonte. Lo decisivo será: unas clases trabajadoras que se enraícen en su realidad nacional-popular, que tengan vocación de hegemonía para liderar un bloque histórico-social alternativo.

3. La Unión Europea como proyecto político: ¿realmente estamos ante el fin del Estado nación?

La “España sin problema”, como decía Calvo Serer, era la que había resuelto todos sus problemas históricos; para él, el franquismo fue un modo de resolverlo de una vez por todas. La España que supuestamente había dejado de ser un problema después de la Transición y de la Constitución del 78 lo fue de un modo singular: el ingreso en el Mercado Común resolvería nuestros viejos y nuevos problemas, se impondría una nueva modernización que nos permitiría el atajo a la Modernidad soñada. La singularidad era notoria: dada nuestra incapacidad para solucionar nuestras dificultades, sería Europa quien las resolviese. La España sin problema era la España que no tenía solución desde sí misma y que dejaba su futuro en manos de una construcción europea que se aceleraba después de la caída del Muro de Berlín y de la implosión de la URSS. Se trataba más de una fuga que de una elección libre sobre los dilemas estratégicos de país.

Entiéndase bien: una cosa es estar de acuerdo con un proyecto de integración supranacional, evaluar sus orientaciones básicas, definir con precisión los insoslayables intereses nacionales y, sobre todo, el tipo de relación de dicha integración con el nuevo ordenamiento jurídico político definido en la Constitución del 78. Es decir, la compatibilidad de esta con el Estado social y democrático de derecho que había hegemonizado el nuevo consenso social tras el complejo y duro proceso que fue la llamada Transición. Fugarse

era otra cosa, era aceptar las reglas del juego existentes y subirse a un tren concebido como la última oportunidad. Se negoció mal el periodo de transición, lo que tuvo consecuencias negativas para nuestra industria, para nuestra agricultura, nuestros derechos laborales y sindicales y en el modo de reinsertarnos en una Europa, ya se ha dicho, que cambiaba aceleradamente.

No se le puede negar habilidad a Felipe González, escogió el bando ganador –Alemania– y se convirtió en un aliado fiel; se recibieron cuantiosos fondos estructurales que modernizaron nuestras infraestructuras, apoyaron los programas estrella de la socialdemocracia española (la Expo del 92 y los Juegos Olímpicos de Barcelona) y ayudaron a paliar los efectos sociales de una brutal reconversión industrial y agraria. La otra cara también la conocimos: especialización productiva en torno al turismo, la construcción y un potente sector financiero; dejar que las multinacionales definieran el tamaño y composición de nuestro débil sector industrial y convertir el territorio español en zona liberada para todo tipo de depredaciones ecológicas, sociales y territoriales. La España vaciada tomó un nuevo impulso en un momento en que se desarrollaba el Estado autonómico y la democracia local. Los nuevos poderes, supuestamente democratizadores, hicieron poco para revertir un desarrollo desigual que se profundizaba en un territorio que se fracturaba duraderamente.

Las relaciones entre la izquierda y la Unión Europea cambiaron profundamente tras la disolución del llamado “imperio del mal”. Hubo dos momentos: el primero fue de optimismo, la socialdemocracia había ganado, los comunistas de casi todas partes reconocieron sus errores de origen y pidieron su ingreso inmediato en la Internacional Socialista. Después de la disolución del Pacto de Varsovia –era la música y la letra de los progresistas unidos del mundo– los grandes problemas del mundo empezarían a resolverse: reformar la ONU, dedicar medios para resolver la crisis ecológica y la pobreza, modernizar la agricultura y asegurar el agua como elemento imprescindible… Otro tema central fue el de los bloques militares ya que, si uno se había disuelto, el otro debería hacerlo de igual manera, empezando por un desarme radical, la reducción de los

presupuestos militares y una nueva concepción de la seguridad internacional. Este era, en muchos sentidos, el proyecto Gorbachov. La guerra de Irak lo cambió todo y muchos tuvieron que aterrizar en una realidad que señalaba: EEUU había ganado una guerra mundial no declarada y se imponía un nuevo orden internacional bajo su hegemonía unipolar.

Del optimismo se pasó entonces al realismo descarnado: había que aceptar y adaptarse a marcha forzada a ese nuevo orden que pronto se llamaría "globalización". El fin de la URSS debilitó a la socialdemocracia –paradojas de la relación de fuerzas político militares– y la fue convirtiendo en la mano izquierda de un neoliberalismo transformado en discurso dominante. La OTAN, no solo no se disolvió, sino que se amplió acorralando a Rusia y convirtiéndose en el brazo armado de ese nuevo orden que aseguraría el "nuevo siglo americano". Lo peor no fue el paso de una parte sustancial de la izquierda al neoliberalismo, sino que el proyecto socialista se difuminó del imaginario crítico, perdió sustento social y se convirtió en memoria histórica derrotada.

La UE que surge de Maastricht está marcada por este contexto, delimitado por un proyecto de globalización capitalista que había que adaptar, imponer y desarrollar en esta Europa que reunificaba a Alemania, que se ampliaba al Este y que redefinía una alianza estratégica con la potencia vencedora, es decir, los EEUU. La apuesta de la Francia de Mitterrand por "amarrar" a Alemania se hizo del peor modo posible, configurando un euro al modo que Alemania quería y necesitaba para poder asumir la integración de la RDA: una moneda sin Estado y bajo los criterios de la potencia hegemónica. Francia "negoció" su futura subalternidad.

Formalmente, la UE es un sujeto jurídico basado en tratados internacionales. El Tribunal Constitucional alemán –del que ahora es políticamente incorrecto hablar bien– sigue afirmando que los Estados son los verdaderos "señores de los tratados" y que el Tribunal de Justicia Europeo no es un tribunal constitucional tal como son los tribunales constitucionales de los diferentes Estados europeos. Ahora bien, el problema comienza cuando la soberanía que se cede por el Estado nacional es de tal magnitud que

deconstruye decisivamente los ordenamientos jurídicos-constitucionales de estos Estados –el Estado social en sus fundamentos– e impone un ordenamiento supraestatal, materialmente constitucional, sobre las Constituciones nacionales que han sido democráticamente legitimadas.

Volvamos a la "analogía doméstica" o analogía interna. Como es sabido, se trata de una formulación del conocido especialista en relaciones internacionales, el australiano Hedley Bull. Lo que quiere decir con analogía doméstica en el contexto de la integración europea es lo siguiente: partir del tipo de Estado nación y trasladarlo, sin más, a un futuro Estado Federal europeo. El relato que se suele hacer comienza constatando que el Estado nación que conocemos es demasiado grande para determinadas cosas y demasiado pequeño para otras; es decir, no tiene las dimensiones adecuadas para ser un actor significativo en las relaciones internacionales. La analogía comienza aquí: los datos y las características de un Estado en particular –por ejemplo, España– se predican de un Estado futuro que suponga la integración de 27 Estados. La imagen, el esquema mental, oculta tal complejidad de factores y datos de la realidad que la hacen inservible como proceso real, pero la hacen funcional idealmente impulsando eso que se ha llamado enfáticamente los Estados Unidos de Europa.

La analogía doméstica parte de unos supuestos que la hacen irreal. El primero es presuponer una simetría de poderes entre los Estados, aunque sabemos que esto no es verdad. El viejo dicho funciona: todos somos iguales, pero unos son más iguales que otros. Esto significa hablar de Francia, pero, sobre todo, de Alemania. El gran país germano es el gran hegemón de la construcción europea; goza de poder estructural e impone sus criterios básicos. Claro está, articula, negocia, crea coaliciones, pero es la garantía última del proceso. Dicho de otra manera, la UE para funcionar necesita de un Estado fuerte que gobierne una estructura de relaciones que, en último término, son de poder. El segundo supuesto es que el tipo de Estado, dotación de recursos, mecanismos de regulación y derechos sociales son equivalentes o tienden a serlo. Los Estados son producto de un conflicto social,

organizan consensos básicos y promueven mecanismos de lo que se ha denominado el monopolio de la fuerza legítima.

El constitucionalismo social ha sido un elemento esencial en la configuración de algunos Estados después de la II Guerra Mundial. Otros Estados, no solo no lo han tenido nunca, sino que se oponen a ello. La tendencia objetiva ha sido: desmantelar los Estados sociales, privatizar servicios públicos y empresas estatales, así como desregular los mercados. Aquí se ve lo que oculta la "analogía doméstica"; lo que pierden los Estados por abajo, no se recupera por arriba. El constitucionalismo social del Estado español o italiano no se recupera en el ordenamiento jurídico de la Unión Europea, es más bien, lo contrario: se les imponen un conjunto de normas que lo minimizan, lo desarticulan y lo convierten en meras declaraciones.

Otro supuesto del que se parte es subvalorar la fuerza y la legitimidad de los Estados nacionales. Por mucho que se afirme una y otra vez, no existe un "pueblo europeo" ni como realidad ni como proyecto. Aquí las paradojas son enormes y tienden a multiplicarse. La UE le tiene horror a la transparencia, a la participación popular, a la democracia como conflicto. Sus espacios públicos son pequeños y sus aparatos de propaganda, inmensos. Para que funcione tiene que eludir sistemáticamente el "momento" democrático. Se presupone que hay un pueblo europeo y, sin embargo, se le margina de la toma de decisiones fundamentales.

Hay un cuarto elemento que siempre se olvida y es el papel internacional de la UE. Hay que subrayar que Donald Trump lo pone fácil: desprecia públicamente a sus aliados y amenaza periódicamente con redefinir el papel de EEUU en la OTAN; es decir, impone y no negocia. La llamada política de defensa y seguridad europea no deja de ser, hoy por hoy, un conjunto de buenos deseos y siempre, siempre de la mano de una OTAN agonizante. Resumiendo, la UE no es un sujeto internacional autónomo sino un aliado subalterno de los grandes intereses de EEUU, en general, y de la actual Administración norteamericana, en particular; la cual intenta mantener unas relaciones internacionales de poder que están en crisis en todas partes. A estos intentos

contribuye dócilmente la UE siguiendo a EEUU en la mayor parte de sus acciones internacionales.

No intento agotar el tema; solo subrayar que en la UE hay ganadores y perdedores, que hay centro y periferias y que, en este momento, se está definiendo una nueva división del trabajo que acentúa nuestra dependencia económica y política. El futuro de España, su nivel de derechos y libertades, de servicios públicos, el desarrollo de su sistema productivo y su inserción internacional, están en cuestión. De ahí la necesidad de un nuevo proyecto de país que construya futuro para las nuevas generaciones, que ensanche los derechos laborales y sindicales y que haga de la reindustrialización del país una tarea colectiva. Pensar que todo esto se puede lograr en esta UE es convertir los deseos en realidad y engañarse.

4. España, ¿un Estado fallido?

He tardado mucho en entenderlo. Diagnóstico y estrategia se acompañaban. Pensar España como un Estado fallido iba seguido de una estrategia para hacerlo factible. No para transformarlo, cambiarlo, democratizarlo sino, pura y simplemente, para cuartearlo, romperlo y reducirlo. Asombra, con toda la bibliografía historiográfica y politológica existente, que se pueda llegar a una conclusión semejante. Recientemente, El Viejo Topo ha reeditado, con materiales añadidos, dos libros importantes de Solé Tura que nos ayudan a aquilatar, en tres temporalidades, hasta dónde se ha llegado en esta deriva entre nacionalismos. El primer libro *Catalanismo y revolución burguesa* lo leímos muy jóvenes y marcó el debate político (edición catalana, 1967; edición española, 1970; y edición de EVT, 2018). El otro libro, más otoñal, intentaba recapitular la llamada cuestión nacional, más de 20 años después; en el intermedio, la plasmación de lo que se ha llamado el “Estado autonómico”. En un tercer tiempo, señala el paso de una estrategia autonomista o federalista a otra soberanista e independentista, que es en la que estamos.

No es exagerado afirmar que España como Estado vive una crisis existencial y así es percibida por los actores políticos

fundamentales, por las poblaciones y por las estructuras del poder institucionalizado. La crisis del régimen constitucional del 78 tuvo un origen fuertemente social y derivó muy pronto en crisis de régimen. Creo que habrá acuerdo, insisto de nuevo, en que los dos movimientos terminaron por oponerse. Uno fue frenado en seco por el otro: la "cuestión nacional" se opuso conscientemente a la "cuestión social", la neutralizó y la pasó a un territorio secundario como refuerzo e impulso de un imaginario independentista dirigido por la derecha nacionalista. No deberíamos engañarnos y dejarnos llevar por los viejos prejuicios: cada vez que asome como posibilidad una real agenda social, los conflictos identitarios volverán y la unidad de España será cuestionada.

Concebir que era posible, sin grandes dificultades, iniciar un proceso unilateral de secesión de Cataluña sin que la correlación de fuerzas existente se modificara, sin que las estructuras del Estado se pusieran en tensión, sin que la opinión pública interna y externa se polarizara dramáticamente, sin que emergiera con todo su peso un nacionalismo español que siempre estuvo ahí —y que había convivido sin mayores dificultades con el nacionalismo vasco y catalán— mostraba un serio desconocimiento de la realidad del país. España no es un Estado fallido y no lo será; seguir por este camino nos lleva a la guerra civil o a formas más o menos duras de autoritarismo político. Quien tenga ojos, que vea.

Es curiosa la simetría que hay entre los dos nacionalismos, el español y el catalán. Anteriormente hemos escrito sobre la llamada "analogía doméstica". Vuelvo a ello. Llevamos decenios hablando de que el Estado-nación se ha convertido en algo obsoleto, que está en decadencia y que no es capaz hacer frente a los retos civilizatorios de una humanidad que se adentra en una etapa marcada por la inseguridad y el bloqueo del futuro. La crítica contra el concepto de soberanía como algo peligroso, arcaizante y escasamente democrático, se fue convirtiendo en un sentido común. No es fácil deslindar soberanía estatal de soberanía popular, pero se prefirió sacrificar ésta en nombre de aquella. Hay un problema: para hablar de política en sentido fuerte hay que emplear determinadas palabras que expresan conceptos y proyectos; "soberanía" es una de ellas.

Esa etapa que vivimos, la de globalización triunfante e irreversible, fue llamada “postsoberana” y, sin embargo, el término retorna una y otra vez, por arriba y por abajo, pero con la rara peculiaridad de que nunca es predicable para España. Macron ha empleado este término para hablar de una Europa soberana y también de una Francia, sin que se entienda muy bien cómo se pueden casar las dos, sobre todo, si también hablamos de soberanía popular. Por otro lado, el independentismo defiende la soberanía estatal como rasgo fundamental de una república catalana. Estas dos posiciones se pueden argumentar civilizadamente, ser consideradas razonables y hasta progresivas; pero lo que no se admite es la soberanía del Estado español y el derecho de la ciudadanía española a autogobernarse. Es decir, hay soberanías buenas y positivas, así como otras no tan buenas ni tan positivas; al parecer, no existe el pueblo español como demos, como unidad política histórica.

Para la mitad, al menos, de las personas que viven y trabajan en Cataluña la propuesta independentista significa situarse ante un dilema también existencial, a saber, elegir entre España y Cataluña. Miles de hombres y mujeres que llegaron a esas tierras de todas partes del país, que tuvieron que ganarse la vida en condiciones de sobre explotación sin derechos laborales y sindicales, que fueron el verdadero motor del cambio político y que defendieron como nadie los derechos nacionales y políticos de Cataluña, hoy son obligados a escoger entre sus patrias y a entrar en un debate identitario en momentos donde la crisis económica acecha, las precariedad se generaliza, los servicios públicos se degradan y privatizan, a la vez que la desigualdad crece y se amplía. Todo esto de pronto ha emergido con la covid-19 y la situación, como la de todo el Estado, se ha vuelto dramática. Por añadidura, un dato a no olvidar: el desastre del Estado autonómico como mecanismo democrático para resolver los problemas de las personas. El partidismo se ha mezclado con el clientelismo, sometiéndose a los poderes económicos locales.

El otro lado de la contradicción también se hace visible: un nacionalismo español duro, militante, con las arcaicas consignas del franquismo, reclamando la vieja España inmortal, centralista,

monárquica, autoritaria y neoliberal. Vox es tan burdo en sus argumentaciones que se corre el peligro de minusvalorarlo y convertirlo en pura nostalgia del pasado. No nos deberíamos engañar. Vox responde a la crisis de Estado español y es tan actual entre nosotros, como las derechas en el poder en Polonia, Hungría o Chequia. Diferente del populismo de derechas, pero con vocación de mayoría y de anclaje en las clases trabajadoras. Vox vive un dilema no resuelto: ser una fuerza con voluntad de hegemonía o una plataforma ideológica para hacer girar más a la derecha del PP. Por lo pronto Vox sigue siendo la tercera fuerza política del país, tiene una militancia especialmente motivada y lo fundamental, prosigue su implantación territorial, buscando desesperadamente implantarse en los barrios obreros o en los más marginados.

Cuando los valores y principios entran en contradicción con la práctica real que se hace se suelen reajustar aquellos y perpetuar ésta. El término que nos viene ahora es el de “soberanías”, en plural. La ubicación política se sitúa, en principio, más a la izquierda, más republicano-socialista, sin romper los lazos con la derecha catalana y priorizando el enfrentamiento con el Estado español. En cierto sentido, algo tan viejo como todos los frentes nacionales. Sin embargo, hay novedades. Se predica en plural no tanto para compartir soberanías –como el ya superado federalismo asimétrico– sino para apostar por un Estado confederal en sentido estricto como salida a la crisis. ¿Cómo llegar a un tipo de Estado así configurado? ¿Qué tipo de régimen político resultante en Cataluña y en el resto de España? Las preguntas son pertinentes. Una cosa es enfrentarse al Estado español para negociar su estatus confederal; otra, forjar alianzas políticas para cambiar este régimen y abrir un proceso constituyente que decida la forma-Estado, la que podría ser confederal o no. El independentismo lo tiene más claro: el proceso constituyente ya se ha producido y solo cabe negociar la transición para la República catalana. Nada se puede esperar de las fuerzas democráticas españolas y solo cabe la vía unilateral. Las soberanías en plural, el confederalismo como alternativa debería aprender del ya viejo debate sobre el federalismo plurinacional: los nacionalistas radicales no admiten otra cosa que la soberanía Estatal. El enemigo

es España y la peor alternativa posible es el federalismo, plurinacional o no.

La otra cara del debate podría plantearse así: ¿un Estado confederal en una Europa federal? La contradicción no puede ser eludida, como se hizo evidente en la llamada Ley de Transitoriedad, capítulos 14 y 15. Para la mayoría del independentismo peninsular la UE es el horizonte y destino. Reivindicar la independencia para transitar como República catalana a una UE donde los Estados no tienen soberanía económica, se engarzan al sistema euro y se encadenan al dispositivo OTAN, no debería merecer un esfuerzo tan titánico y con tantas rupturas. Si el centro del debate, como hacen los independentistas más radicales, son las políticas socialistas y anticapitalistas desde un modelo económico autocentrado que organice un tejido productivo coherentemente asentado en el territorio, habría que plantearse su viabilidad fuera de la UE, contra el Estado español y, cuestión no pequeña, frente a las derechas nacionalistas catalanas y la izquierda moderada que es ERC. Los nacionalistas catalanes como los nacionalistas españoles saben que el verdadero “escudo” de su poder está en la Unión Europea. El Estado español, en su configuración actual, es poca cosa, poco enemigo; el poder que manda está en otro lado, en el que tiene que ver con la OTAN y la UE. No se engañan los nacionalistas.

Sorprende lo poco que han durado las propuestas federalistas y asombra que a la hora de la verdad se defienda la soberanía, aunque sea en plural. El nacionalismo siempre se opuso al federalismo con razones soberanistas más o menos confesables, pero situando a España como enemigo principal e impidiendo una alianza política y de clase para transformar el Estado, conquistar una república federal, reivindicar un modelo económico-social igualitario y democrático comprometido con la justicia. ¿Quién gana? ¿Quién está ganando? Las derechas duras y autoritarias, los grandes poderes económicos, la omnipresente oligarquía financiero-corporativa y unos entramados sociales y políticos que nos llevan hacia sistemas más autoritarios que degradan nuestros debilitados Estados sociales.

He insistido en estos materiales de debate y confrontación aquí reunidos, que estamos pasando de una crisis de régimen a una crisis en el régimen. La clave es la primacía del "palacio" y la autonomización de los aparatos e instituciones del Estado. La estrategia unilateral y la secesión como objetivo sitúan a Cataluña y a España en un callejón sin salida. El conflicto exacerbado entre los dos nacionalismos mata el debate político real, bloquea cualquier posibilidad seria de cambio de régimen y sitúa la cuestión social en un plano secundario. Esto es ya experiencia acumulada y no solo opinión. La ruptura del nacionalismo catalán más conservador, el enfrentamiento entre éste y Esquerra Republicana, son señales de que el proyecto independentista ha llegado a su límite: rectificación o pudrimiento; una situación, insisto, que solo beneficia al nacionalismo español más reaccionario.

5. Por una izquierda española republicana, federalista y socialista. Contra el pesimismo

La realidad es una y múltiple. De Lenin aprendí que ésta es un complejo en la que se entrecruzan contradicciones que admiten lecturas diversas y posibilitan impulsar el cambio y la transformación. Si intentamos ver las líneas de fractura que se están configurando en la actual transición geopolítica y civilizatoria, desde el punto de vista de las clases subalternas, deberemos constatar que la situación está llena de dificultades y desafíos. ¿Cómo ser realista sin caer en el pesimismo? No será fácil. Por lo pronto, venimos de una derrota de grandes proporciones. El proyecto socialista en sentido fuerte se está convirtiendo en memoria histórica, en algo que ya fue pero que hoy ya no tiene vigencia. Sin embargo, una alternativa al modo de producir, vivir y consumir del capitalismo es más urgente que nunca. Sobre esta contradicción tendremos que cabalgar durante mucho tiempo. Es muy difícil luchar, comprometerse y sufrir sin un imaginario crítico y alternativo. Los poderes fácticos no nos lo pondrán nada fácil. Esta etapa también es la del anticomunismo sin comunistas. Los medios de comunicación, las grandes editoriales, los inte-lectuales orgánicos siguen con la tarea de criminalizar la experiencia histórica del

socialismo y del movimiento obrero organizado. Confrontan, memoria histórica para los de abajo y memoria histórica para los de arriba, con contenidos diferenciados y con la tremenda tarea para la segunda, de enlodar al proyecto histórico de la primera, el que configuró como sujeto político a las clases trabajadoras, a los desposeídos y humillados. El miedo todavía les dura.

¿Cómo situarse en una coyuntura tan dramática como esta sin un proyecto creíble de transformación social? La palabra creíble es algo más que posible; indica que es deseable, que merece la pena luchar por eso. No creo que esta cuestión se pueda resolver en debates entre intelectuales o en seminarios de activistas. Hará falta tiempo, sujetos, lucha social, programas y organizar imaginarios que transformen nuestro sentido común. Entramos en el terreno resbaladizo de las mediaciones, de los objetivos intermedios, de las estrategias que se escapan en el día a día, en donde el oportunismo acecha y nos convierte en actores secundarios de una obra que no hemos escrito. Aun así, perseverar contra el pesimismo y hacer política en grande. Voluntad de transformación y de poder.

Hablar de izquierda española suena a provocación. Como se suele decir, ella está en la vida y no en la teoría. Hoy se ve con toda claridad que hay dos modelos de país en juego, como casi siempre. Pero falta un actor que ha desaparecido y que ha sido un elemento esencial en la historia de esto que llamamos España. Me refiero al republicanismo, a la democracia republicana que fue la crítica al liberalismo conservador, a la monarquía corrupta y a una oligarquía omnipresente que controlaba la vida pública del país. Ese republicanismo, que unió a Costa y Azaña, a Indalecio Prieto y a Dolores Ibárruri, a Largo Caballero y a José Díaz, a Juan Negrín y a Ramos Oliveira, con todas sus contradicciones y controversias, a veces durísimas, ha sido anulado por una transición que convirtió a una monarquía reinstaurada por Franco, en una “simple” forma de Estado. Hoy sabemos que era algo más que eso y que nunca fue una verdadera monarquía parlamentaria. Retorna la república unida, como siempre, a realizar la transformación social del país, a la regeneración de la vida democrática, a la conquista y ampliación de derechos, a la defensa intransigente de la soberanía popular y a la

independencia nacional. Ellos, los que mandan, y sus aliados en todos los partidos, nos están enseñando que la monarquía en nuestro país es el eje aglutinador del bloque en el poder; y es garantía de su perpetuación. Insisto, algo más que una forma de Estado, la monarquía es el Estado mismo.

Izquierda española y republicana. El peligro puede ser mortal. Si la república se acaba identificando con el independentismo, la monarquía ganará y, con ella, el bipartidismo y los grandes poderes económicos. La tradición política de la que provengo siempre defendió un proyecto nacional popular republicano que construyera y organizara un bloque social alternativo hegemonizado por las clases trabajadoras. Eso se perdió entre los vericuetos de falsos consensos, amenazas de golpes de Estado y olvido planificado de una parte sustancial de nuestra historia. La provocación está en los hechos. Insisto, en los hechos. La necesidad de disputarle a las derechas la idea e imaginario de España, pero desde una alternativa republicana, federal y socialista. La condición previa es no tener miedo a las descalificaciones, y lo más difícil, defender en positivo la III República (que no es la I, que no es la II) como proyecto y programa, partiendo de ella para definir posición política sobre las grandes cuestiones que marcarán el futuro de España.

Primera parte
Intervenciones en *El Viejo Topo*

LOS DILEMAS ESTRATÉGICOS DE PODEMOS. LA ESPERANZA COMO PROBLEMA POLÍTICO

A la memoria de Pietro Barcellona

1. Elementos de la situación: la crisis del régimen sigue abierta

Podemos ha vivido su primera crisis. Se podría decir que estamos ante una crisis en la crisis. Me explico. Casi nadie duda que vivimos un cierto tipo de transición, un cambio de régimen desde el propio régimen hacia otro que se va definiendo poco a poco y donde la resultante final parece clara. Se trata de consolidar una democracia limitada y no soberana donde domine de forma clara y explícita una oligarquía financiero-empresarial-mediática con el objetivo de construir un modelo de sociedad basada en la desigualdad, la desaparición de los derechos sociales, la precariedad del modo de vida de las mayorías sociales y la definitiva desintegración del movimiento obrero como sujeto político-social. La política siempre va por delante, desde el Estado y con el Estado para cambiar un régimen y un modelo social.

Otra cara de la situación tiene que ver con lo que podríamos llamar la autonomía de lo político. Si algo está demostrando la recomposición económico-social de los países del sur de la UE es que, cuando llega la crisis, los poderes económicos fuertes, como dice Wolfgang Streeck, se convierten en sujetos activos –en agencia– que subordinan lo político y las instituciones a sus intereses generales. La crisis siempre desvela los poderes reales, aun a costa de que estos pierdan legitimidad y el problema del poder aparezca y se haga evidente para una parte sustancial de la población. En España esto se ha vivido con mucha claridad. Se puede decir que los poderes, lo que nosotros llamamos *la trama*, han intervenido a los partidos políticos mayoritarios y lo han intentado con Podemos.

La crisis de régimen, que de una u otra forma hoy se intenta cerrar, tiene mucho que ver con la necesidad de transformar, cambiar y cooptar a los partidos políticos fundamentales. Las últimas elecciones aclararon mucho el panorama político-electoral. Estaba claro que el partido clave para asegurar la recomposición del régimen –lo que nosotros llamamos restauración– iba a ser el Partido Popular y, específicamente, su secretario general, Mariano Rajoy. Esto nunca fue fácil y el actual jefe del gobierno ha tenido que pelear duramente para conseguir convertirse en conductor de un proyecto político al servicio de los grupos económicos de poder dominantes.

El papel de Ciudadanos ha ido clarificándose en este tiempo. Creado para frenar por la derecha a Podemos, se ha ido convirtiendo en un partido bisagra, defensor a ultranza de posiciones neoliberales desde un discurso político fuertemente polarizado contra el soberanismo catalán y muy próximo al "nacional constitucionalismo" que defiende el PP. Su situación es complicada porque está obligado a apoyar al PP, lo que implica que acabe legitimando indirectamente a un partido enormemente marcado por la corrupción. A la hora de la verdad, cuando el PP pacta, prefiere pactar siempre con el PSOE. De alguna forma, Mariano Rajoy está obligado a jugar el papel de hombre de Estado, es decir, debe enfrentarse al PSOE y, a la vez, evitar que éste acabe por desintegrarse o perder relevancia electoral, lo que traería consigo que Unidos Podemos se convirtiera en la única fuerza de oposición.

El dato más significativo de la presente coyuntura es la crisis del PSOE. Es sabido que el partido de Felipe González fue, en muchos sentidos, el partido del régimen y el bipartidismo político el fundamento del mismo. El Partido Socialista logró, durante un periodo importante, hacer converger los intereses de los poderes económicos dominantes con la mejora del nivel de vida y las condiciones de trabajo de las capas populares en un sentido amplio. Eso se terminó con la crisis del 2008. El gobierno socialista de Zapatero aceptó los durísimos ajustes y las políticas de austeridad impuestas por la Troika, que fue percibida por la población como una ruptura del pacto social garantizado por la Constitución y como

un golpe de Estado organizado y dirigido por los grandes poderes económicos que consiguieron cooptar a la clase política y poner el Estado a su servicio. Lo decisivo fue el surgimiento y desarrollo del movimiento de los indignados del 15M que reclamaban una democracia verdadera, la defensa de los derechos sociales y sindicales y formas alternativas de hacer y organizar la política. En este contexto nace y se desarrolla Podemos.

El grupo dirigente socialista –construido en el entorno de Pedro Sánchez– intentó moverse en un país que cambiaba aceleradamente con un triple objetivo: conseguir el apoyo de los poderes económicos y mediáticos, polarizarse fuertemente con la derecha del PP para debilitar a Podemos y, si era posible, dividirlo y restarle apoyo electoral. Este guión lo siguió siempre Sánchez, nunca atendió los requerimientos de la derecha económica y de la derecha política para ir a un gobierno de coalición o a un gobierno de programa. Las razones eran evidentes: si el PSOE desaparecía como oposición, el único beneficiario sería Podemos y con ello la crisis del régimen se agravaría. El maniobrar táctico de Pedro Sánchez se basó desde el comienzo en convencer a los que mandan realmente de que el porvenir del régimen obligaba a derrotar a Podemos y que eso no se podía conseguir sin un Partido Socialista que se polarizara con la derecha.

Lo que vino después ya es muy conocido. Fracaso de la alianza PSOE y Ciudadanos, convocatoria de nuevas elecciones y avance del PP. Como ya dije antes, las elecciones del 26 de junio de 2016 situaban a Mariano Rajoy en el eje de la recomposición del régimen. Pedro Sánchez no lo entendió así y siguió con el viejo guion sin darse cuenta de que ni en el interior del partido ni fuera de él estaban dispuestos a arriesgarse a unas nuevas elecciones generales. Se puede decir que el PSOE fue intervenido por los poderes que terminaron por obligar a dimitir a Pedro Sánchez e iniciar un proceso congresual de incierto desenlace. Lo más sorprendente es el retorno de Pedro Sánchez con un discurso anclado en la izquierda y abierto a la cooperación con Unidos Podemos.

En este contexto se da Vistalegre 2, el congreso de Podemos. ¿Qué es Podemos? No es fácil de definir. Se trata de un movimiento heterogéneo donde convergen, al menos, tres vectores: una grave crisis social, una crítica de masas a la política, a las formas de hacerla y ejercerla, y una crisis generacional profunda. Para entender qué es Podemos las palabras clave son proceso y proyecto. Podemos es un proyecto en proceso de construcción. La base de partida fue una durísima impugnación de lo existente desde un punto de vista democrático-plebeyo. A esto se lo denominó provocativamente "populismo de izquierdas". Se puede decir que Podemos se ha ido construyendo –de aquí derivan muchos de sus problemas– en base a procesos electorales recurrentes donde ha habido que improvisar candidatos, programas y estructura organizativa, todo ello en un contexto caracterizado por sufrir un ataque permanente de las fuerzas del régimen donde se han usado a fondo la crítica despiadada de sus dirigentes, la descalificación sistemática del proyecto y el uso y abuso de las cloacas del Estado.

El Congreso de Podemos ha sido su primera crisis general. ¿Qué había de fondo en el debate? En primer lugar, diferencias de análisis; en segundo, modos de encarar las relaciones con las fuerzas políticas y mediáticas dominantes; en tercer lugar, el carácter mismo de la formación. La dureza del debate fue mucho más externa que interna. Como ya habían hecho con el PSOE, los poderes intervinieron activamente en el debate con el objetivo explícito de derrotar la línea política que expresaba Pablo Iglesias. Un dato a tener en cuenta es que votaron cerca de 150 mil personas y que las tesis políticas y el equipo dirigente tuvieron un sólido respaldo, insisto, en condiciones muy difíciles para el secretario de Podemos.

¿Qué tipo de Podemos sale del Congreso? Una fuerza política democrático-plebeya, comprometida con las demandas mayoritarias de la ciudadanía, defensora a ultranza de los derechos sociales, sindicales, laborales desde un punto de vista ecológico y de género, con una apuesta clara por una democracia económica, social y cultural que garantice y haga efectiva la soberanía popular. En el centro de este proyecto está lo que hemos llamado un "impulso

constituyente" capaz de abrir un proceso de cambio constitucional hacia una España federal que realmente reconozca los derechos de las nacionalidades existentes en el Estado español, cambie el funcionamiento de las instituciones básicas y desarrolle las libertades fundamentales de las personas. En el fondo, volver a relacionar democracia con soberanía popular y "cuestión social" como proyecto de liberación del trabajo en el marco de un proyecto alternativo de país.

2. Crisis de la segunda globalización capitalista: "Situación populista" y "momento Polanyi"

Carlo Formenti ha hablado del populismo como forma de la lucha de clases en la época neoliberal. Yo lo enfocaré desde el otro lado, parafraseando a Nancy Fraser, como forma de la lucha de clases en la época post socialista. Ambas cosas están relacionadas. La victoria más importante y duradera de la contrarrevolución neoliberal ha sido el hacer desaparecer la idea del socialismo de la cultura política y del sentido común de los trabajadores en un sentido amplio. El viejo fantasma que recorría Europa desaparecía 150 años después y con él sus dos postulados decisivos: que el capitalismo era una formación históricamente determinada, pasajera, y que tenía alternativa, el socialismo. El "populismo de izquierdas" ocupa un vacío: construir alternativas cuando la alternativa al sistema no parece viable, ni siquiera deseable.

Estos debates no se explicarían bien si no partimos de algo fundamental, a mi juicio, la crisis de la segunda globalización capitalista. Los historiadores están de acuerdo en que entre 1871 y 1900 hubo una primera globalización capitalista que terminó –es bueno subrayarlo– en lo que se ha llamado la "guerra de los 30 años". Hoy nos encontramos al final de un ciclo, a mi juicio, parecido. Tanto ayer como hoy se repiten los viejos debates hasta el ridículo. La etapa que se abre no estará caracterizada por el orden, la paz y el cosmopolitismo librecambista sino por el conflicto, por la lucha entre las grandes potencias, por la definición de zonas de influencia y el reparto de los recursos del planeta y, desgraciadamente, por la guerra. Esquematizando mucho, se podría

decir que esta etapa histórica se caracterizará por cuatro rasgos básicos: a) crisis económico-financieras recurrentes; b) la gran transición geopolítica, en la que estamos, que está implicando una gigantesca redistribución del poder a nivel mundial; c) un agravamiento sustancial de la crisis ecológico-social del planeta; d) la crisis del "occidentalismo", entendido como el cuestionamiento de la modernidad tal como la hemos conocido, vivido y expandido desde occidente.

En muchos sentidos, la victoria de Donald Trump es una señal, una reacción desde las entrañas mismas del capitalismo norteamericano a una globalización que ellos impusieron en todo el mundo y que hoy pretenden cerrar. La plutocracia gobernante norteamericana actúa desde una estrategia preventiva en un sentido muy preciso: prepararse para lo que viene, anticiparse y reforzar el papel de la nación imperial norteamericana ante un mundo que aceleradamente cambia y redefine la correlación de fuerzas fundamentales.

En todas partes también, como diría Sergio Cesaratto, "el momento" Polanyi, es decir, el inicio de la fase B del doble movimiento que el viejo socialista cristiano previó. Las sociedades, los Estados y las naciones empiezan a reaccionar contra el mercado autorregulado capitalista y su pretensión de controlar la vida de los humanos y determinar su futuro. En todas partes emerge la necesidad –es lo sustancial de esta fase B– de protección, de seguridad, del control social sobre el miedo y la muerte. En todas partes retorna el Estado nacional como lugar privilegiado del conflicto social, contenedor de los procesos de democratización y de construcción nacional popular. En todas partes la crisis de lo que Nancy Fraser ha llamado el "progresismo neoliberal", que en las condiciones de la UE significa la crisis de la socialdemocracia en sus diversas versiones. No puede extrañar que la resultante última de todo este proceso que se desarrolla aceleradamente ante nuestros ojos sea el renacimiento de la extrema derecha, los populismos de derechas extremos y una "derechización de la derecha". Es la consecuencia política y orgánica de una izquierda social y cultural sin proyecto alternativo, elitista, que desprecia a su

propio pueblo, que ha terminado por convertirse en el ala cosmopolita de la globalización neoliberal.

3. Gobernar en la periferia de la Unión Europea: estrategia de poderes sociales y construcción nacional-popular

El gran desafío de Podemos ha sido, desde el principio, su apuesta nítida, su pretensión de ser una fuerza política con voluntad de gobierno y de poder. De hecho, el combate real, lo que marca la coyuntura hoy, es la disputa por la hegemonía en la izquierda. El problema se podría plantear así: ¿qué significa gobernar en un país periférico de una Unión Europea hegemonizada por el Estado alemán? Desde otro punto de vista, ¿qué poder real tiene la democracia española para impulsar un proyecto político, social y económico alternativo al neoliberalismo dominante en esta UE?

La cuestión no es fácil y tiene muchas vertientes. Para comenzar, convendría tener en cuenta que la UE ha sido el modo en que se ha aplicado la globalización en una parte de nuestro continente. No es este el lugar para abrir un debate a fondo sobre la naturaleza de la UE, del sistema euro y del papel de Alemania. Bastaría con indicar que la UE aparece como una forma de dominio político que administra los intereses generales del capital, que organiza y dirige a las clases dirigentes de los diversos países y que garantiza un tipo específico de capitalismo que, por abreviar, llamamos neoliberalismo. La clave siempre ha estado en expropiar la soberanía monetaria y económica de los Estados en un doble proceso de “despolitización” de la política económica y de “naturalización” de la economía tal como señaló Jacques Sapir hace bastantes años. Era el núcleo del proyecto defendido por Hayek, una Europa federalizada que sustraiga a la soberanía popular la política económica y el control sobre la economía, que imponga un Estado mínimo en las diversas y singulares naciones y, esto se tiende al olvidar, que impida la construcción de unos Estados Unidos de Europa, es decir, de un Estado europeo en sentido estricto.

La experiencia de Syriza enseña mucho. Caben, al menos, dos alternativas: realizar un conjunto de políticas que, de una u otra forma, sean funcionales a los parámetros prevalecientes en la Unión

o salirse de la Unión y del euro en un proceso más o menos único. Cabría una tercera posición algo más compleja, a saber, realizar políticas que cuestionen el modelo neoliberal y que también, de una u otra forma, acaben enfrentándose con los poderes prevalecientes en la Unión, generando una dinámica social y política que organice a los sectores populares en defensa de un gobierno legítimo que realice un programa democrático al servicio de las mayorías, de las clases trabajadoras. La clave, el problema real para todos los países del sur de la UE es el mismo, la UE se configura como la última ratio, como un obstáculo de enormes dimensiones a cambios políticos, sociales y económicos que cuestionen el modelo neoliberal.

Nada explica mejor el tipo de integración europea que la UE define que cuando se la analiza desde la hipótesis de un gobierno que pretende defender los derechos sociales, la democratización de la economía y la soberanía popular. El europeísmo de las clases dominantes tiene aquí su fundamento real: garantizar que ningún gobierno pueda impugnar el capitalismo neoliberal y, sigue siendo fundamental, el Estado alemán como custodio, guardián de la Unión Europea. Para decirlo con algo más de precisión: en épocas anteriores el temor era a un golpe de estado militar organizado por las fuerzas armadas, bajo la supervisión de una OTAN dirigida por EEUU. Hoy el golpe de estado lo da el Banco Central europeo, lo organiza la Troika y lo concreta el Estado alemán, siempre, siempre teniendo a las clases dominantes de los propios Estados como aliados estratégicos. Alemania hace el trabajo sucio que ninguna burguesía del sur de la zona euro podría realizar por su cuenta y a cambio se le garantiza su predominio económico y su supremacía política.

Los objetivos de las fuerzas populares y democráticas del sur de la Unión tienen mucho que ver con los programas de los comités de liberación nacional y social de los movimientos de resistencia al nazi-fascismo europeo. Hay que reconstruir el Estado sobre nuevas bases, dotándole de poder para regular la economía, someter a los poderes financieros-empresariales parasitarios y asegurar políticas que garanticen el pleno empleo, la redistribución de la renta y los

derechos sociales. Hay que refundar la democracia dando impulso de nuevo al poder constituyente del pueblo, con reformas constitucionales que refuercen el constitucionalismo social y que garanticen la efectividad de los derechos fundamentales, que impidan que haya poderes que se impongan a la soberanía popular democráticamente organizada. Una democracia, en resumen, de mujeres y hombres libres e iguales comprometidos con la justicia y con una relación armoniosa con la naturaleza.

El tiempo ganado, lo han subrayado con fuerza W. Streeck y en cierto sentido Colin Crouch, es el que sirve para evitar el choque entre la democracia tal como la conocimos y el capitalismo realmente existente. El capitalismo como problema aparece donde menos se lo espera, es decir, por el peso de sus propias contradicciones y por la enormidad de su triunfo. Se puede decir que el capitalismo ha agotado las bases sociales que lo hacían posible y que, ya sin enemigos, no tiene espejo donde mirarse ni mecanismos auto correctores que lo guíen. La paradoja es grande y de consecuencias estratégicas importantes. Lo fundamental no puede obviarse: el tema de nuestro tiempo, el centro de anudamiento del conflicto, es la contradicción cada vez más fuerte entre la democracia y el capitalismo. No ha sido la primera vez, pero bien puede ser la última.

Hay que retornar a la pregunta radical: ¿qué significa gobernar aquí y ahora? En nuestra tradición siempre se distinguió entre acceder al gobierno y conquistar el poder. El problema de hoy es, si se quiere, más grave, más difícil: los gobiernos tienen menos poder porque ya no dirigen Estados soberanos, el poder real reside en lo fundamental en la UE y esta tiene los mecanismos coercitivos para imponerle a cualquier Estado la realización de políticas económicas neoliberales. Para decirlo de otra forma, la única opción que da la Unión Europea es elegir la forma más adecuada para aplicar su rece-tario neoliberal, eso sí, siempre supervisada por la Comisión y bajo amenaza de sanciones.

Hace muchos años, en pleno debate sobre el Programa Común francés, el economista S. Ch. Kolm decía que cuando la izquierda llegaba al gobierno siempre acababa teniendo que elegir entre

perecer o traicionar; perecer, por su incapacidad de conducir una política económica solvente; traicionar, por renunciar a una parte sustancial de su programa, bien por inadecuación a lo existente o por la fuerza de los poderes dominantes. Pero en esta Unión Europea, la Grecia de Syriza parece ser diferente: traicionar y perecer. En la Unión Europea solo cabe una política y solo una, todo lo demás son ensoñaciones y distintos modos de engañarse.

El problema, pues, sigue siendo el poder. Un gobierno democrático debe acumular poder, crear y organizar poder frente a la Troika; debe tomar medidas inteligentes y audaces que le den más autonomía macroeconómica; definir un conjunto de propuestas sociales posibles, viables, dirigidas a incrementar el poder de los trabajadores y de los sindicatos; organizar una fiscalidad realmente progresiva y luchar contra el fraude y la elusión; intervenir sobre la pobreza con instrumentos eficaces y rápidos como la renta o el trabajo garantizado; crear las condiciones para un nuevo modelo de desarrollo social y ecológicamente sostenible. La clave es unir programa y constitución de sujetos políticos-sociales. La dialéctica sujeto-programa es fundamental. El conflicto debe ser el instrumento, el medio que permita organizar poderes sociales y el programa, el dispositivo que genere las condiciones de hegemonía. Programa-sujetos-poderes sociales que definen un proyecto nacional-popular capaz de disputarle el poder una oligarquía financiera-empresarial egoísta, parasitaria y sin proyecto de país.

4. Alianzas, programa, partido: “querer es poder”

No queda otra, hay que hacer las tres cosas a la vez, con una dificultad más: la aceleración del tiempo, de los tiempos políticos y electorales. Hoy Unidos Podemos representa la alianza electoral más amplia desde la II República –Podemos, Izquierda Unida, las Mareas gallegas y En Común-Podem– con 71 diputados y 21 senadores, una fuerza parlamentaria muy significativa dado nuestro desigual e injusto sistema electoral. ¿Qué hay detrás? Los dos grandes problemas de cuya resolución dependerán en gran medida los dilemas políticos del país, “cuestión social y de clase” y “cuestión nacional”, es decir, reivindicaciones sociales y nacionales para un

nuevo proyecto de país, para un nuevo tipo de Estado y un nuevo modelo social más justo e igualitario. Todo ello, en medio de una crisis extremadamente seria del proyecto de la UE.

Las alianzas siempre son complejas, mucho más en nuestro caso cuando estas expresan fracturas nacionales que buscan la construcción de un nuevo Estado. La alternativa federal es una vieja aspiración siempre aplazada y obliga a reformas constitucionales extremadamente profundas. La definición del *demos*, la del sujeto constituyente, es problemática en sí y obligará a mediaciones políticas complicadas. Lo decisivo es la necesidad de un programa común que anude lo social y lo nacional en un nuevo proyecto de país que recupere la soberanía del Estado para realizar políticas que aseguren empleo digno, derechos sociales fundamentales para todas y todos y el desarrollo de nuestro débil Estado social. Cuando hablamos de programa, como antes ya se indicó, nos referimos a un conjunto de ideas-fuerza coherentemente articuladas, comprensibles para las mayorías, capaces de transformar el sentido común y convertirse en una creencia por la que se puede luchar y comprometerse.

"Querer es poder" es un viejo dicho popular castellano que quiere decir que cuando las personas se comprometen con ideas o proyectos, pueden cambiar la realidad. Lo fundamental es la acción colectiva, la organización, la creación de comunidad, de pertenencia, de identidad en torno a un nuevo proyecto colectivo. En nuestras sociedades hay siempre un déficit de subjetividad. La resignación y la pasividad lo arruinan todo. El mismo discurso sobre la corrupción es ambivalente. De un lado, llama a la indignación frente al control que los poderes fuertes ejercen sobre la política hasta corromperla; de otro lado, el fenómeno invita a la pasividad, al discurso de que todos son iguales, de que no hay salvación en la política y que cada uno debe ocuparse de lo suyo e intentar liberarse individualmente. Los poderes continúan en su vieja estrategia de volver a la democracia censitaria y expulsar a la gente de la política.

Partido, programa y alianzas deben de ser rescatadas en su originalidad como una propuesta democrático-plebeya que busca

unir, organizar, dar sentido y pertenencia a un nuevo bloque histórico-cultural en torno a un proyecto de liberación político-social. Ahora, como siempre, un proyecto claro, diáfano, inteligible, comprensible, ejercido, defendido colectivamente y, es vital, de ejemplaridad pública. La virtud republicana consistió siempre en la defensa de una ética pública que no nos considera ángeles en un mundo imperfecto, sino hombres y mujeres libres que creen que la política tiene un fundamento moral, incompatible con la corrupción, con el uso privado de los bienes públicos, con privilegios económicos y sociales que nada tienen que ver con el ejercicio de un servicio comunitario. En definitiva, recoger la mejor tradición del movimiento democrático-socialista que incorporaba a la vida pública a los humillados y explotados, que les daba voz y derechos y que tendía a socializar la vida pública. La clave siempre fue un fuerte compromiso político y de clase; organizarse y actuar colectivamente; hacer política a la grande para cambiar el mundo de base, para construir una sociedad justa, igualitaria, liberada de la explotación y del dominio.

El partido Podemos lo tiene muy difícil. Tiene que construirse en medio de una alianza que vertebre y organice; definir las estructura organizativa entre elecciones e inventando cuadros y direcciones en combates políticos muy duros y a veces dramáticos. Ser partido sin caer en el partidismo estrecho y vacío, construirse desde abajo sin separarse de votantes y aliados; hacerse en el conflicto social sin sectarismos y abrirse a nuevos espacios más difíciles y complejos. Hay tres problemas que requieren atención inmediata: a) los círculos (organización de base), su funcionamiento y su inserción en el territorio, con la mirada puesta en unas elecciones municipales que serán decisivas; b) la formación rápida y sistemática de centenares de cuadros políticos y gestores de lo público; y c) la consolidación de un equipo dirigente solvente, capaz, plural y unido.

5. Epílogo. La esperanza como problema

Nada hay de arbitrario en la esperanza. Es construcción desde lo real y concreto. Se genera esperanza desde la luchas de cada día, desde los fracasos, desde las pequeñas victorias y desde el

quehacer cotidiano. En el fondo, darle sentido a la vida y luchar para que esta lo tenga. Somos el único animal que debe encontrar sentido a vivir y luchar por él. Nuestra crisis es de civilización y el peligro acecha. El nudo que engarza crisis ecológica-social, decadencia económica y la guerra debe ser cortado. No podemos creer, como Hölderlin, que “donde hay peligro crece lo que nos salva”. No, solo nos redimirá una acción consciente, esperanzada que combine grandes verdades materiales que dignifiquen la vida de las personas con verdades espirituales que den sentido a lo que hacemos. Comunidad, pertenencia, como patria de cada día y acción colectiva por un mundo habitable y justo. Pietro Barcellona nos lo dijo una y otra vez: el mayor defecto de los intelectuales es siempre el elitismo y el desprecio a la gente normal y corriente.

El Viejo Topo
Núm. 352, Mayo 2017

REIVINDICANDO LA SOBERANÍA POPULAR

Entrevista a
MANOLO MONEREO

por Miguel Riera

—Podríamos empezar por señalar los principales problemas que a tu juicio tiene el país.

—Hay tres muy graves. El primero es la corrupción. El segundo atañe a la cuestión nacional. Y el tercero tiene que ver con la situación social. Los tres están íntimamente relacionados. La corrupción es estructural, y sin cortar ese nudo el país no podrá salir adelante. El segundo no atañe solo al conflicto territorial interno, sino que incluye cuestiones relacionadas con la Unión Europea y el euro. Y el tercero choca de pleno con el modelo productivo, reflejo del modelo de poder. Es decir, cabe interrogarse sobre si seremos capaces de desarrollar una industria que ofrezca empleo, o vamos a estar condenados a una división internacional del trabajo impuesta por Alemania en la que nos toca simplemente ser un país de servicios, destinado a recibir el turismo de obreros alemanes, ingleses o franceses.

—La corrupción ¿forma parte de la estructura del sistema o es la estructura del sistema?

—¡Es el sistema! En todas las restauraciones, desde la de Cánovas hasta hoy, pasando por la de Franco, el capitalismo ha sido profundamente corrupto, un capitalismo de amiguetes que vive en torno al Estado. No es un capitalismo autónomo, se nutre del Estado, y se mezcla con la política, mediante la corrupción, para llevar a cabo sus negocios.

—Curiosamente los españoles, que se definen mayoritariamente como de izquierda, parecen insensibles al problema de la corrupción, al menos electoralmente.

—Porque hay un tercio de la población que está impregnada por los principios del nacional-catolicismo, y tiene una visión patrimonial del país. Este país es suyo. Es el país que han heredado de sus mayores y les pertenece. Es una España franquista, ligada a la Iglesia católica, y capaz de perpetuar un modelo patrimonialista del poder.

—¿Nos hemos de resignar? ¿Siempre será así?

—El problema es que nunca se ha construido una España alternativa a esa España de rasgos franquistas. Se intentó con la República, y nos machacaron. Ahora, tras el 15M y de Podemos, hay un nuevo intento de que haya un cambio real en el país, en el que estas clases dirigentes, que llevan mandando en este país dos siglos pierdan poder y pasen a un segundo plano. A esas clases las representa el Partido Popular y lo que podemos llamar nacional-constitucionalismo.

—Y en ese contexto surge Podemos... Y parece que se recupera el PSOE.

—Pero, ¿alguien puede creer que el partido socialista de Prieto, Besteiro y Largo Caballero es el PSOE de hoy? En mi opinión, el PSOE es un artefacto ideológico nuevo, que surge después del franquismo para hacer lo que la derecha no fue capaz de hacer. Lo que ahora estamos viviendo es una lucha, muchas veces cruenta, entre la restauración en marcha y la ruptura democrática que está pidiendo la sociedad. Cada vez que hay una crisis se produce una restauración lampedusiana, algo cambia para que todo siga igual.

—¿Y cuáles son los pilares políticos de esa restauración?

—En primer lugar, claro, la monarquía. El eje que conecta al franquismo con el actual sistema constitucional es la monarquía. En nuestro país el monarca tiene un poder muy grande. Entre otras muchas cosas, es el Jefe de las Fuerzas Armadas, y las Fuerzas Armadas tienen la misión de garantizar la unidad de España y la defensa de la Constitución. El segundo pilar es la Unión Europea. La UE es un mecanismo creado por las clases dominantes europeas para impedir que se produzca un cambio social hacia la izquierda. Y es un mecanismo de poder gigantesco, perfectamente concebido para que cuando un gobierno quiera imponer posturas propias tope

con las políticas europeas, que constitucionalizan un determinado modelo político, el modelo neoliberal. El tercer elemento es lo que algunos hemos denominado la trama. En España hay un conjunto de poderes, económicos, políticos, mediáticos, que tienen la facultad de seleccionar a las políticas y a los políticos que son funcionales a ese poder, y vetar las políticas y los políticos que pretenden ir más allá del modelo neoliberal. Lo que estamos viviendo ahora en España es un enorme poder de veto por esta trama que quiere hacer dos cosas a la vez: impedir que avancen las políticas contrarias al modelo neoliberal e impedir que Unidos Podemos llegue a gobernar. Sin olvidar las profundas transformaciones que se están produciendo en el capitalismo español. En estos últimos años se ha producido una enorme concentración de riqueza y poder, cuyo último ejemplo es la caída del Banco Popular. Hemos visto cómo ha caído el quinto banco del país, lo han comprado por un euro y aquí no ha pasado nada.

—De modo que…

—De modo que estamos en manos de una oligarquía financiera e inmobiliaria, que dirige nuestro destino. Una trama que debe ser derrotada si queremos tener un gobierno verdaderamente democrático.

—En el marco que describes está claro el papel que desempeñan partidos neoliberales, como el PP o Ciudadanos, también el de Unidos Podemos y los partidos nacionalistas, pero ¿cuál sería la ubicación del PSOE en ese tablero?

—En mi opinión la crisis del PSOE es la crisis del régimen político español. El PSOE es el fiel de la balanza del régimen político español. Felipe González diseñó un partido socialista que tenía una doble misión: acompañar, incentivar, organizar a los sectores económicamente dominantes y a la vez consolidar el consenso social con las capas subalternas. Es decir, conseguir el apoyo de las clases dominantes y legitimarlo con el apoyo de las clases subalternas. Felipe jugó e intenta seguir jugando a eso permanentemente. Hasta el punto que el partido del régimen ha sido más el PSOE que el partido Popular. Cuando el régimen entra en crisis entra en crisis el partido socialista, y viceversa.

—¿Y ahora, con Pedro Sánchez?

—Yo creo que Pedro Sánchez tenía inicialmente una visión felipista, en la que el enemigo principal era Podemos. Y si el PSOE iba a un gobierno de coalición con el PP y Ciudadanos, la oposición quedaba enteramente en manos de Unidos Podemos, lo que conduciría a una crisis del régimen. Para Sánchez, evitar el ascenso de Unidos Podemos era vital, y para impedirlo reclamó a su partido un margen de maniobra, política y económica. Unidos Podemos era el enemigo principal, y la prueba es que llegó a un acuerdo con Ciudadanos sabiendo que a ese acuerdo no podía sumarse Unidos Podemos.

—Pero acabaron echándolo…

—El propio Sánchez le dijo a Jordi Évole que a él lo echaron aquellos que no querían que llegase a un acuerdo con Podemos, y habló de los poderes fácticos. Lo nuevo, lo que da que pensar es que Pedro Sánchez se presenta, y gana. Y gana frente a todos, demostrando que en el PSOE hay una parte significativa que está por políticas de izquierda. Esto nos obliga a replantarnos nuestra relación con el partido socialista. La pregunta es, ¿ha cambiado Pedro Sánchez? ¿Defenderá una política de izquierda?

—Ese, claro, es un elemento esencial para la posible convergencia del PSOE con Unidos Podemos.

—Pedro Sánchez tiene hoy dos alternativas. La primera es tomar nota de que no puede gobernar si no es con Unidos Podemos. En las próximas elecciones la suma PSOE-Unidos Podemos podría tener mayoría absoluta en las dos cámaras. Si creemos las encuestas, solo haría falta llegar a un acuerdo electoral para el senado. Incluso podríamos pensar en obtener una mayoría suficiente para propiciar cambios en la constitución.

—¿Sin contar con los nacionalistas?

—Sin contar con los nacionalistas. Conviene tener presente esa perspectiva. Podrían ser, en cierto modo, unas elecciones constituyentes. Ese sería un primer escenario.

—¿Cuál es la segunda alternativa?

—Intentar situar el PSOE en la izquierda para laminar la potencia de Unidos Podemos, y luego desplazarse al centro. Y después

gobernar con Ciudadanos, o buscar cualquier otro pacto. En realidad, son dos alternativas que se pueden combinar.

—¿Entonces?

—Mi opinión es que hoy por hoy, el PSOE y Pedro Sánchez están por reducir el peso político, electoral y social de Unidos Podemos, pero intentando llegar al gobierno con el apoyo probablemente externo de un Unidos Podemos con 30 o 35 diputados.

—Ese es un proyecto que tiene una larga tradición, lo vimos con la aproximación PSOE-IU de hace unos años.

—Incluso antes, con PSOE y PC. Lo hizo Felipe González en la transición, irse a la izquierda, ocupar el espacio del PC, liquidarlo y alcanzar en el 82 la mayoría absoluta. En mi opinión el PSOE está en una operación para jibarizar Unidos Podemos, para luego obligarlo a pactar políticas concretas del partido socialista desde fuera del gobierno.

—Estamos así en una lucha por la hegemonía en las izquierdas…

—Eso creo, una lucha que Unidos Podemos debe aquilatar, porque en gran parte se juega su futuro en esta batalla. Yo que creo que necesariamente hemos de confrontarnos en una dialéctica unitaria con el partido socialista, y esa dialéctica unitaria exige por nuestra parte algo más que una simple reorientación táctica. Exige defender seriamente nuestro proyecto autónomo. A más unidad, más proyecto autónomo, no menos. Muchos creen que si somos partidarios de la unidad se acabó el conflicto. Nada de eso. El conflicto político, ideológico, entre el partido socialista y nosotros será, no diré eterno, pero sí duradero, porque somos esencialmente diferentes. Todo eso en el supuesto de que Pero Sánchez vaya a llevar efectivamente el partido hacia la izquierda, y no a ocupar el espacio de la izquierda para luego llevarlo al centro.

—¿Y Unidos Podemos es lo bastante sólido para resistir los embates del conflicto?

—Desde ese punto de vista, lo primero que tenemos que hacer nosotros es reforzar la propia unidad. Unidos Podemos es un proyecto unitario, con él se ha producido la mayor unidad de las izquierdas españolas desde la guerra civil. Pero si queremos avanzar hacia una unidad con el PSOE es conveniente reforzar la

unidad interna con las otras fuerzas, IU, las Mareas, Compromís, con todas las confluencias.
Segundo, debemos incrementar nuestro propio perfil político. Por ejemplo, yo llevo tiempo proponiendo una constituyente para la constituyente. Creo que Unidos Podemos, y mejor mucho más de lo que es hoy Unidos Podemos, debería proponer una Asamblea, unos Estados Generales por la alternativa, donde pudiéramos identificar en seis u ocho puntos importantes cuál sería nuestra visión de una reforma de la constitución. Para impulsar las reformas necesarias que el país exige y Cataluña demanda, por poner un ejemplo de lo que es urgente hoy.

Y para reforzarnos en ese proceso unitario Podemos debe vertebrarse política y organizativamente. Convocar una asamblea de los Círculos para discutir qué cultura organizativa y qué instrumento organizativo va a usar Podemos más allá de los habituales que se han venido usando en las varias tradiciones partidistas de la izquierda.

Deberíamos hacer una propuesta seria a las demás fuerzas políticas en esta vía de reforzarnos, creando comités barrio a barrio, ciudad a ciudad, centro de trabajo a centro de trabajo, comités unitarios. Deberíamos dar lugar a una nueva formación política más allá de la simple coalición, que no necesariamente suponga la disolución de los partidos, pero que nos permita ir más allá, generando un tejido social propio abajo, en la sociedad, con comités de unidad popular.

Y deberíamos avanzar en lo que podríamos llamar un verdadero gobierno en la sombra… Hay un espacio que hemos de reforzar en este proyecto, el de la propuesta y la solvencia. Unidos Podemos ha de hacer las cosas de tal manera que pudiéramos en los próximos meses dotarnos de una estructura de gobierno en la sombra con carteras y grupos de trabajo en torno a los grandes problemas del país.

Y ya puestos a lanzar sugerencias, deberíamos en el próximo curso proponer una serie de leyes para impulsar España. Ya hemos hecho una, que nos sirve muy bien como ejemplo. Hemos presentado una ley propia, articulada, sobre pensiones, con lo que

no solo expresamos que estamos en desacuerdo con la ley de pensiones del PSOE y el PP, sino que hacemos una propuesta en positivo, artículo por artículo, que ha estado discutiendo un grupo de trabajo muy amplio con catedráticos y especialistas de alto nivel.

Estas son propuestas que refuerzan nuestro polo autónomo, lo que para mí ha de ser consustancial con una dialéctica unitaria con el partido socialista, porque a la hora de la verdad las coincidencias y convergencias se verán en las propuestas concretas.

—*Has mencionado una cuestión que me parece relevante dada la idiosincrasia española: la necesidad de definir un modelo organizativo. Visto desde fuera, da la impresión de que el actual modelo organizativo de Podemos impide, como ya se ha visto en alguna circunstancia, que las decisiones tomadas sean aplicadas inequívocamente por toda la organización.*

—Hay que construir un tipo de formación política que, por decirlo a la italiana, cumpla las promesas que dice defender. Una organización que ejemplifique el tipo de sociedad que queremos para el futuro. Que cumpla la promesa de democracia participativa, de orientación de abajo a arriba, la defensa de una pluralidad que no sea un caos permanente, la defensa de las mayorías y las minorías sin terminar en un fraccionalismo estéril, una organización que quiera ser lo que pretendemos que sea el país, y que sea ejemplar.

Yo estoy plenamente convencido de una cosa, nadie va a venir a esta organización si en su seno la gente tiene menos derechos de los que tiene en la sociedad. Nadie va a venir si no puede defender en ella lo que defiende en la sociedad. Nadie va a consentir, por ejemplo, que no haya un censo real, al estilo de los viejos partidos.

Dicho esto, una organización ha de tener clara la dialéctica de mayorías y minorías, como pasa en cualquier organización democrática. Y que eso no impida la unidad de acción, que hay que garantizar siempre y sobre todo. Que las minorías no se conviertan en fracción, lo que sería la muerte de esta organización Y que esté insertada en el territorio, insertada en los problemas de la gente, y basada en el trabajo voluntario, no en el trabajo de liberados.

Y luego dos cosas que creo muy importantes, una que los órganos de dirección estatal de la formación sean también

ejemplares, garantizando la dirección colectiva, el debate de ideas abierto y plural. Otra, que sea capaz de proceder a la división interna del trabajo con responsabilidades individuales precisas y concretas. Y dando cuenta periódicamente de ellas.

En definitiva, lo que hemos criticado a las viejas formaciones, convertirlo en palanca para construir la nuestra. Y dar ejemplo de que hemos venido a cambiar las cosas y no vamos a permitir que las cosas nos cambien a nosotros.

—En el caso de que Unidos Podemos y PSOE consiguieran limar asperezas, organizarse y llegar al gobierno se encontrarían atados de pies y manos por la UE, y no les quedaría probablemente más remedio que adaptarse a las políticas neoliberales… ¿Cómo salir de esto?

—Un viejo militante decía que cuando la izquierda llega al poder tiene dos alternativas: traicionar o perecer. Para evitar ambas cosas es necesario tener detrás un poder popular organizado.

La única posibilidad en serio de construir unas políticas democráticas y de izquierda en España es rompiendo con la lógica dominante en la Unión Europea. Si la UE te impone un techo de gasto, una política económica destinada a la reducción del déficit, es evidente que no es posible diseñar una política alternativa. Por eso me parece que es deshonesto no entrar en el debate de Europa cuando se discute de política económica. ¿Romper con esa dinámica será posible? Yo creo que solo será posible si una gran parte del pueblo español está de acuerdo con romperla. Hace una semanas hemos vivido la aprobación del techo de gasto en el parlamento, pero se trata de un techo de gasto que se había acordado previamente con la UE. Aquí se ve que el verdadero soberano es la troika, no el parlamento español.

—En algunos aspectos, el discurso del PSOE y el de Unidos Podemos pueden llegar a ser parecidos. Pero hay un ámbito en el que parece que hay un escollo importante: la cuestión catalana. ¿Cuál es exactamente la posición de Podemos en torno a este asunto?

—Cuando Podemos surge como fuerza política con cierto poder de decisión, el problema de Cataluña ya estaba sobre la mesa. Es más,

el problema de Cataluña afloró seguramente con el 15M. Todavía recuerdo a Carod Rovira invitando a los pitoflautas a irse a mear a España. En aquellos tiempos la cuestión social, y la cuestión del poder, habían emergido en Cataluña con mucha fuerza, y en ese contexto la burguesía catalana, liderada por CiU, reaccionó dando un salto adelante. Lo ha dicho alguna vez Enric Juliana, en Cataluña el malestar social acabó convirtiéndose en un malestar nacional. No hay que olvidar que el primer cuestionamiento serio del pujolismo surgió del 15M. El segundo cuestionamiento del pujolismo aparece con el desvelamiento de la corrupción; pujolismo y corrupción están íntimamente relacionados.

Ante esos cuestionamientos el pujolismo reaccionó con una fuga hacia el independentismo. Transmutó el malestar social en malestar nacional. Dirigió esa mutación, la organizó.

Cuando llega Unidos Podemos el problema ya estaba ahí, y era muy difícil, entre la presión del PP y la de los nacionalistas españoles y catalanes, jugar dialécticamente con dos elementos que estaban muy relacionados: la defensa de los derechos nacionales y la cuestión social como elemento fundamental. Muchas veces hemos caído en la trampa de los nacionalismos sin plantearnos que lo que estaba en cuestión en Cataluña era de una parte el nacionalismo que representaba CiU y de otra la necesidad de construir una alternativa a ese nacionalismo. La clave de eso era la cuestión social, la cuestión de clase. No hemos sido capaces de hacer una lectura inteligente de la cuestión nacional como discurso dominante y como tal desviante de la cuestión social.

El Podemos que surge en Cataluña venía a decir: la cuestión nacional existe, ahora bien, hay que relacionarla con la cuestión de clase, con los derechos sociales, con los recortes, con las políticas sociales. Si se habla de cuestión nacional independientemente de la cuestión social, esa es la vieja política, no nos interesa. Y Podemos surge en Cataluña con este discurso, que ha sido acusado de españolismo, aunque eso es mentira. Porque no se debe usar la cuestión nacional para orillar la cuestión social. Para orillar el problema de los recortes, de la reforma laboral, de la industrialización, de la ley de la dependencia… no puede usarse la

cuestión nacional para bloquear el futuro de los jóvenes, para desestructurar las clases trabajadoras.

Y Podemos gana, en una confluencia, las elecciones generales en Cataluña, pero las gana con un discurso fuertemente social y que anuda cuestión nacional y cuestión de clase, cuestión social. A mi juicio, ese discurso ha ido cayendo en las manos del discurso nacionalista, frío y sin capacidad de alternativa y propuesta.

—¿Y por qué ese decaimiento?

—Por un problema de fondo: porque Podemos ha ido abandonando el tema del proceso constituyente. ¿Por qué Podemos no ha podido mantener un discurso más radical en el tema social? ¿Y por qué la hegemonía se ha desplazado a los temas nacionalitarios? Porque hemos dejado de defender a fondo un proyecto de proceso constituyente. Y nosotros en Cataluña, pero también en Andalucía, en Extremadura, en Galicia, en todas partes tenemos un proyecto claro: estado federal. Una federación de Estados y pueblos. Un estado complejo, pero anudado no solo por el reconocimiento de los derechos nacionales, sino por los derechos sociales, y poniendo fin al poder que hemos llamado la trama, el poder económico. Eso es lo que ha desaparecido de nuestro Norte y hemos caído en una deriva del día a día. ¿Cómo respondemos aquí y como respondemos allí? No, cuando vienes a Cataluña debes tener el mismo discurso que tienes en Madrid o en Jaén. Nosotros no somos independentistas.

—Pero sí defendéis el "derecho a decidir", una forma políticamente vaga de definir el derecho de autodeterminación.

—Defendemos el reconocimiento del derecho a la libre determinación, sin lugar a dudas, pero con garantías democráticas. Lo que está sucediendo ahora en Cataluña carece de garantías democráticas, todo el mundo lo sabe.

—¿Defendiendo qué proyecto de país?

—Queremos un estado federal desde una apuesta por las clases trabajadoras. Por las mayorías sociales. No todos somos iguales. En el nuevo estado federal, en la República federal española, queremos que manden los trabajadores, los sectores populares, tenemos una visión de clase. Este es el discurso que no hemos sido capaces de hacer en Cataluña. No olvides –lo sabes, porque lo publicarás tú–

que saco un libro en otoño que se llamará *España, un proyecto de liberación* y cuyo capítulo central se llama “Una España federal en una Europa confederal”.

—El 15 M puso en cuestión el orden social en Cataluña. De hecho, muchos creemos que el salto hacia el independentismo empezó cuando se rodeó el parlament y Artur Mas llegó en helicóptero. Pero ha pasado mucho tiempo, las cosas han ido evolucionando y mi impresión es que en Cataluña lo que es Podemos, y lo que es el ámbito Podemos –que esa es otra cuestión, para mucha gente Podemos es Ada Colau–, es confuso. Han abundado las declaraciones contradictorias –dices “no somos independentistas”, pero cabezas responsables votaron sí-sí el 9N o dicen que quieren votar el 1 de octubre aunque no haya garantías, para mostrar su rechazo al PP, lo cual es muy extraño. Pero se han cerrado los ojos a la división vertical de la sociedad catalana, a la ruptura de las clases trabajadoras y una vez esa división esté consolidada, ¿cómo se alivian los daños desde una perspectiva de clase?

—En mi modesta opinión, el 15 M catalán vino a decir dos cosas: una, derechos nacionales sí, pero que no se usen para camuflar los problemas sociales. Autodeterminación, derecho a decidir, adelante. Ahora bien, eso no puede camuflar el conflicto de clases. Es llamativo que en la industria tecnológicamente avanzada se esté dando una sobreexplotación de la fuerza de trabajo como mecanismo para hacer crecer la productividad. De eso nadie habla. El 15M dijo: vamos a hablar del conflicto social y desde el conflicto social vamos a ver la cuestión catalana. Y esa fue una oferta que no pudo aceptar el nacionalismo catalán.

—Pero ese discurso ya no existe…

—Lo hemos ido perdiendo. El problema del independentismo, gravísimo, es que provoca la ruptura de la comunidad catalana. Yo no sé si los independentistas –algunos son muy amigos míos, compañeros de ER con los que estoy trabajando en el parlamento y a los que tengo un gran aprecio, como Rufián o Joan Tardá–, se dan verdaderamente cuenta de lo que están diciendo. La primera cosa que me sorprende es que no adviertan que el día en que se declarara la República independiente de Cataluña, se crearía en ella

una minoría nacional española. ¿Creen que, cuando se rompe el Estado español, los que se consideran españoles de Cataluña, no van a hacer nada? ¿Se van a quedar sumisos ante el nuevo poder, cuando pueden ser más del 40% de la población catalana? O incluso pueden ser mayoría… Una cosa es luchar por la autonomía, o luchar por el derecho de autodeterminación, o por consolidar una personalidad catalana…

—Entiendo lo que dices, pero los catalanes llamaríamos a eso "fer volar coloms", es decir, alimentar ilusiones, porque realmente no va a producirse la independencia de Cataluña, y todos los políticos lo saben.

—Pero el problema de fondo ¿cuál es? Que el eje español-catalán sobredetermina el eje clase-nación. ¿Cuál es mi preocupación? Que el día en que una mayoría catalana rompa con España se consolidará una minoría española, que nunca ha existido y que no debería existir. Romper un estado no es inocuo, y esa minoría puede tener más del 40% del voto de Cataluña. Y la primera pregunta que surge es: ¿qué derechos tienen las minorías en un nuevo estado?

La segunda cuestión, ¿qué ocurre en España? Eso se olvida. Con un nacionalismo español corrupto y corruptor, antidemocrático, incapaz de reconocer los derechos nacionales y los derechos sociales, que acaba enarbolando la bandera de España cuando el Estado se rompe. Estamos entonces ante dos mundos que se retroalimentan y que liquidan la izquierda en Cataluña y en España, y yo no puedo aceptar eso.

Y hay un tercer elemento, la UE. ¿A mí para qué me interesa una Cataluña formalmente independiente en una UE que impone los criterios de Maastricht, de la troika, donde se imponen las políticas neoliberales? Y no es casualidad que en Cataluña, salvo la CUP, todo el mundo sea europeísta de la Unión Europea, y que amigos míos de Esquerra Republicana no sean capaces de levantar la voz contra la UE, que lleva a un desastre absoluto a todos los pueblos de Europa.

Concluyo: el gran problema que tiene Unidos Podemos es que está en un sándwich entre el nacionalismo español y el

nacionalismo periférico, y no es capaz de resolver un problema que el PSUC resolvió perfectamente en el año 36.

—Uno de los elementos que han servido para crear confusión ha sido la manipulación del lenguaje. Hoy en día decimos cosas, eslóganes que son engañosos aunque mediáticamente muy afortunados, y otras a las que cada uno da un significado distinto. Por ejemplo, tú estás hablando de derechos nacionales. ¿En qué consisten esos derechos?

—Tú sabes como yo que los derechos nacionales primero existen, y luego se legitiman. Cuando una población cree, por razones x, que es una nacionalidad oprimida, o una nacionalidad que no es tenida en cuenta, reclama sus derechos.

Se trata de un constructo social, y como los nacionalistas saben perfectamente, los constructos sociales se manejan y se manipulan. A mi juicio, Cataluña es una nación que tiene conciencia de serlo, pero de ahí a que pueda ser un país independiente de España hay un trecho enorme. Pero además ese proceso no es neutro desde un punto de vista de clase. De ahí mi insatisfacción con lo que está pasando. ¿Quién habla aquí de clase? Ahora todos somos patria, todos somos comunidad, qué bien.

Lo que está en cuestión en España, en los pueblos que históricamente se han denominado España, es una lucha de reconocimientos nacionales determinada por las cuestiones sociales. Si eso no se ve es que tenemos un problema grave.

Pongo un ejemplo. El partido de Puigdemont es tan corrupto como el Partido Popular. Es un partido-régimen, como el PP en Madrid y Valencia y el PSOE en Andalucía. El PP de Madrid y el PP de Valencia son organizaciones para delinquir. También es corrupto y para delinquir CiU. Y también el PSOE de la señora Susana Díaz. La judicatura está investigando una corrupción que ha significado enriquecimiento de los partidos políticos, que han actuado dopados en la contienda electoral, y el enriquecimiento personal de algunos, que se han llevado el dinero a su casa.

El partido de Puigdemont es un partido corrupto. ¿Cómo puede estar gobernando? ¿Podemos olvidar el pasado? La Convergència de Pujol, Mas y Puigdemont es un partido corrupto manejado por

elites catalanas, que incluso puede que parte de ellas estuvieran contra el independentismo.
—Vuelvo al tema del lenguaje y a los derechos nacionales. Si creo que los tengo, que pertenezco a otra nación, convénceme de que no tengo derecho a tener un estado.
—Por una razón muy simple, porque las naciones no tienen porqué tener un Estado detrás.
—Pero ¿por qué no pueden tenerlo?
—Pueden tenerlo si lo deciden.
—¿Y cómo puedo hacer para decidirlo?
—Se llama derecho de autodeterminación.
—Pero si ese derecho no está reconocido…
—Hay que buscar cómo ejercerlo. Hay que ponerse de acuerdo en sentar las bases para ejercer el derecho de autodeterminación.
—Eso, en nuestro caso, requiere una reforma constitucional…
—No solo eso, sino algo que para mí es más importante: un pacto en Cataluña entre independentistas y no-independentistas. Por ejemplo, la neutralidad de los medios, el porcentaje necesario…
—Eso atañe a las garantías, pero antes de eso está la cuestión de la legalidad.
—Es evidente que en este momento, con la legalidad española, no es posible ejercer ese derecho. Pero todo esto es un gran sofisma, porque estoy convencido de que si se ejerciera ese derecho el independentismo no resultaría el ganador del referéndum. La cuestión es: ¿Por qué la soberanía española ha de ser contraria a la soberanía catalana? Muchos consideramos a Cataluña como un componente esencial de España. Yo soy un español plurinacional. He sido formado sabiendo que en España hay distintas nacionalidades y naciones. Que han de tener sus propios derechos nacionales. Para mí eso no es ningún problema. Ahora bien, ¿por qué hacer uso del derecho de autodeterminación sin que el resto de España hable?
—Eso lo veo aún más esotérico…
—¿Por qué? Cuando tú eres de Jaén, por ejemplo, y te dicen que Cataluña se quiere autodeterminar, ¿qué significa para un andaluz de Jaén autodeterminarse como andaluz? La pregunta que se nos

tendría que hacer a todos para autodeterminarnos debería ser: españoles, ¿queréis ir hacia un estado federal donde puedan convivir naciones y nacionalidades del estado español, sí o no?

—Esa es una propuesta política que tiene sentido, pero no es lo que el independentismo quiere…

—Pero sigo con mi idea: español, catalán, vasco, ¿quiere usted que España inicie un proceso constituyente para constituirse realmente en un estado federal? Esa es la pregunta. A partir de ahí, hay que discutir qué significa estado federal. Por ejemplo, la fiscalidad. ¿Va a haber ayudas entre pueblos ricos y pobres? La cuestión de clase no es una cuestión meramente episódica. Los miles de trabajadores de origen andaluz, extremeño, ¿creen que para salvar a sus tierras del sur hace falta una transferencia de rentas de los países ricos a los países pobres?

—Bueno, la palabra redistribución hace tiempo que se ha evaporado en los discursos de la izquierda.

—Pues yo no estoy dispuesto a suprimirla. Yo no tengo miedo al nacionalismo y al derecho de autodeterminación si las fuerzas democráticas españolas tienen un proyecto claro de país.

—Es decir, tú apostarías por que el referéndum fuera al revés, no para separar sino para construir.

—En positivo. Y no solo en positivo, sino en algo mucho más importante: con contenido de clase. Yo no estoy dispuesto a hablar de la España del futuro como si todos fuéramos iguales.

—Volvamos a la realpolitik. Presumiblemente este mes de setiembre habrá grandes movilizaciones en Cataluña y se va a producir la etapa final del famoso choque de trenes. ¿Cuál debería ser la posición de Unidos Podemos en ese choque?

—Nosotros deberíamos hacer dos cosas, una reconocer el derecho a decidir, pero por otro lado también demandar las garantías democráticas en torno a ese derecho. Lo que no es admisible es la unanimidad que el gobierno de la Generalitat está exigiendo al pueblo de Cataluña. La primera cuestión que tiene que resolver Cataluña es constatar que en su seno hay una pluralidad y que un referéndum convocado de cualquier forma no es posible. Y en segundo lugar exigir que se explique muy bien a la gente para qué

quieren la independencia. Qué va a significar para las pensiones de los ancianos, para el contrato laboral de los jóvenes, para las mujeres y la dependencia, para la cultura y la educación, es decir, qué va a hacer Cataluña en la nueva división del trabajo a nivel europeo. No hay que dejar de lado los sentimientos, pero hay que racionalizarlos.

—Bueno, como ya he dicho, creo que todo el mundo que está en el ajo sabe que no va a haber independencia, y eso permite decir cualquier cosa. También obviarla. Por ejemplo, en la hipótesis de que Cataluña alcanzara la independencia y consiguiera –lo cual sería altamente improbable– permanecer en la UE, dado su alto nivel de endeudamiento sería inmediatamente intervenida por la troika, y ya sabemos eso lo que significaría: políticas de ajuste e intervención del BCE. Pero nadie habla de cosas así porque en realidad nadie cree que ese horizonte llegue a ser real. Pero ya que hablamos de la UE, vas a publicar ese libro en el que planteas una España federal en el marco de una Confederación europea. ¿Cómo avanzar en esa dirección?

—Esta UE, que fue definida por Jacques Delors como un OPNI, un objeto político no identificado, ni es un estado federal, ni es un estado nación, ni una federación de estados. Es un mixto, una cosa compleja que sirve para poner las políticas neoliberales como elemento fundamental. La Europa de hoy no tiene un contenido institucional claro. No sabemos lo que somos.

El Viejo Topo
Núm. 356, septiembre de 2017

DILEMAS ESTRATÉGICOS DE LA DEFENSA DE ESPAÑA

(Notas en forma de tesis)

Premisa: La forma-tesis tiene la ventaja de la claridad y la desventaja de la simplificación. Cumple un papel: delimitar bien los problemas. La claridad es hoy una necesidad estratégica y no siempre aparece en los escritos que hablan de la defensa de nuestro país. Política es decidir y la estrategia es siempre el modo de ejercer una decisión con respecto a fines y medios. La especificidad de lo político es esto.

1. Definición de fase

Ninguno de los documentos donde se plasma la estrategia europea y española se atreve a definir la fase. ¿Cuál es el elemento central, el dato de la fase? *La gran transición geopolítica* caracterizada por el paso de un mundo unipolar centrado en los EEUU a un mundo multipolar centrado en Asia y en Eurasia. Una transición que ya ha empezado. Estas dos últimas cuestiones son vitales para Europa y serán objeto de disputas político-militares de grandes dimensiones.

La verdad de lo que define el cambio del eje hacia el mundo asiático y el Pacífico tiene una base histórico-social que cambia el modo occidental de ver el mundo. Insisto, *el modo occidental de ver el mundo.* Lo que está mutando es la centralidad en la economía-mundo capitalista que, después de dos siglos, retorna al eje de la que fue la primera economía de mercado (China) y que fue derrotada por la hegemonía político-militar y la capacidad de fuego del imperialismo anglosajón.

2. **El retorno de la trampa de Tucídides: el fin de las teorías de las capacidades**

Todo el debate sobre la llamada revolución en asuntos militares que nos ocupó en los años 80 y 90 terminó con una conclusión: lo importante era una estrategia basada en las capacidades y no una

estrategia fundada en la definición del enemigo. Eso ya no se puede sostener. Insisto, eso es el pasado, ya no define el presente.

Uno de los errores más usuales de académicos y periodistas que comentan la actualidad norteamericana es subvalorar a Donald Trump. Ellos, como una gran parte del establecimiento guiado por Hillary Clinton —seguido religiosamente por los grandes medios españoles— nunca entendieron la historia de EEUU y los cambios en su política internacional, determinados casi siempre, en última instancia, por su situación interna. EEUU se siente perdedor de una globalización que él decretó y que, al final, está situando a China y a su bloque como potencia contrahegemónica con voluntad de convertirse en el eje de recomposición de una economía-mundo en transición. Es el viejo asunto que los historiadores conocen como la trampa de Tucídides: una potencia (China/Atenas) desafía a otra (EEUU /Esparta) y le disputa su hegemonía.

La fase será larga y seguramente cruenta. Cambiará el mundo que conocemos y situará lo político-militar en el centro de las relaciones internacionales. A los viejos problemas se les añadirán otros donde los recursos naturales jugarán un papel central. Las llamadas “guerras híbridas”, los ciberataques y las llamadas noticias falsas son tan viejas como el mundo; tanteos, fijación de posiciones… En definitiva, continuación de la guerra por otros medios. Todo lo demás, literatura y “juegos de estrategia” entre servicios secretos que inauguran una nueva centralidad en esta etapa de transición geopolítica. Para decirlo más claro, la lucha por el relato se convierte en un objetivo político. Un nuevo término lo explica bien: la posverdad.

3. La OTAN: ¿estrategia defensiva?

No entraré en si alguna vez fue una estrategia defensiva. Tiempo habrá. Lo que sí sé es que ya hoy no lo es. La OTAN se configura como un instrumento al servicio de la estrategia de la nueva presidencia norteamericana consistente en defender la hegemonía de EEUU, neutralizar a las potencias emergentes y asegurar un nuevo orden económico funcional a los intereses de un imperio que se niega a dejar de serlo. De facto, se están configurando dos bloques en el sistema-mundo; uno en torno a China, que tiene su

base en la Organización de Cooperación de Shanghái, y el otro, la OTAN como centro de articulación que tiende a agrupar a Japón y a Australia. Entiéndaseme bien, son bloques en gestación, heterogéneos y, a veces, conflictuales. Hay una diferencia estructural entre ellos: la OTAN es algo más que un tratado político, es una organización militar con cuarteles dirigidos por una potencia que tiene más de 700 bases en todo el mundo y una capacidad de maniobra en el tiempo y el espacio sin comparación con cualquier otra potencia. Más claro: ahora como antes, hay una desigualdad estructural de fuerzas entre el bloque euroamericano y las demás potencias, incluidas China y Rusia.

4. **Rusia es culpable: noticias del "realismo ofensivo"**

La llegada de John Bolton, así como la salida del ala moderada del gobierno Trump, da muchas pistas sobre la orientación de fondo de la estrategia político-militar norteamericana. Parece evidente que el presidente norteamericano llegó con una idea, digámoslo así, a lo Kissinger: separar a Rusia de China y organizar una respuesta a largo plazo contra el gigante asiático. No le ha sido posible. El establecimiento norteamericano ha cogido la "cuestión rusa" como eje del contrataque a Donald Trump poniéndolo rápidamente contra la pared. Las acusaciones permanentes de haber llegado a la presidencia de la mano de Putin se combinan con una ofensiva mediática contra su entorno especialmente brutal, y tan agresiva que expresa muy bien las divisiones existentes en las élites dominantes estadounidenses. El guion, a mi juicio, tiene que ver con la Gran Bretaña post-*brexit* que, por cierto, es tan vieja como su política europea: impedir una alianza entre Rusia y la Unión Europea incidiendo en lo que Donald Rumsfeld llamaba la vieja y la nueva Europa. Este es el dato clave; todos los países que hoy tienen frontera en Europa con Rusia fueron forzados a ingresar previamente en la OTAN como condición de su ingreso en la UE. De hecho, las nuevas derechas llegadas al gobierno de estos países hacen de la "cuestión rusa" el eje de su política externa e interna; autoritarismo, prácticas antidemocráticas y política exterior agresivamente anti rusa van de la mano.

Mencionar el concepto “realismo ofensivo” resulta pertinente. John Mearsheimer (seguramente el más importante teórico de la escuela realista de las relaciones internacionales) acuñó este concepto para explicar la necesidad que tiene una gran potencia de defender su hegemonía en cada momento y situación, adelantándose, previendo la dinámicas de las potencias desafiantes y tomando decisiones con antelación para evitar que el enemigo acabe siendo una alternativa real de poder. La idea sería responder pronto y duramente antes de que sea demasiado tarde. El enemigo real es y será China. Se combate a Rusia para neutralizar y dividir a la UE sometiéndola a una dependencia estratégica en un “teatro de operaciones” secundario pero vital para los intereses estratégicos norteamericanos.

5. La llamada estrategia de defensa europea: entre la autonomía y la subalternidad

La pregunta decisiva se podría formular así: ¿coinciden los intereses estratégicos de Europa con el mundo anglosajón? Creo que no. No hay contradicciones antagónicas entre Europa y la actual Rusia, basta mirar el mapa y conocer un poco la historia de Rusia para entender que el antiguo país de los zares se siente geopolíticamente acosado, políticamente engañado y obligado a defender intereses que nunca pensó que estarían en cuestión. Un ejemplo que puede ahorrar mucha explicación es Crimea. Hace falta estar ciego, o algo peor, para no ver que Crimea es un elemento geoestratégico decisivo de Rusia. Antes, como ahora, Rusia irá a la guerra por Crimea, eso se sabe con certeza; luego, ¿por qué una y otra vez se ataca a una Rusia que durante toda la década de los 90 fue dirigida en muchos momentos por políticos pronorteamericanos y que pidió más de una vez ingresar en la OTAN? Aquí funciona la ley del “realismo ofensivo”: aprovechar la ventaja del momento, golpear duraderamente a una potencia en sus horas bajas para cumplir la directriz inexorable de una gran potencia como los EEUU que no es otra que impedir el posible surgimiento de potencias que cuestionen su dominio. La Rusia de Putin no ha hecho otra cosa que reconstruir el Estado ruso, restablecer los instrumentos básicos que preserven su seguridad e intentar devolver los golpes desde una estrategia –

no hay que olvidarlo– claramente defensiva. A Rusia, en estas condiciones, solo le queda aliarse a fondo con China buscando preservar su seguridad y sus intereses vitales sistemáticamente puestos en cuestión por Occidente.

La estrategia de seguridad europea, la cooperación permanente estructurada así como el plan de acción europeo para la defensa suponen pasos hacia adelante que todavía es difícil conocer cuál será su resultante final. El término "autonomía estratégica" ha sido subrayado como un elemento diferenciador y definitorio de una etapa donde la UE explicitaría sus intereses estratégicos, sus fines y medios, armonizaría sus fuerzas armadas y se dotaría de una base industrial común. La suma de 25 países a esta iniciativa se ve como un éxito –es posible– pero tiene otra cara: la extensión puede terminar impidiendo la profundización. Los países de la Europa del este de la Unión nunca aceptarán una política europea autónoma de la OTAN y que –es la clave– no defina a Rusia como enemigo existencial. A veces da la impresión de que la todopoderosa Alemania es más prisionera de su periferia que dirigente de la misma.

La doctrina oficial es la complementariedad entre la OTAN y la política de defensa europea. Esta posición me parece poco realista porque presupone intereses estratégicos comunes de Europa y EEUU. ¿A Europa le interesa ser aliado de EEUU en su estrategia de impedir el surgimiento de un mundo multipolar? Si es así, ¿qué significa el término autonomía estratégica, la defensa de unas relaciones basadas en la multilateralidad así como el apoyo a las Naciones Unidas y al Derecho Internacional como fundamento?

6. Conclusiones

Las potencias talasocráticas saben que la clave de su dominio está en impedir la alianza entre los países euroasiáticos, es decir, entre Europa y Rusia. Situar el "teatro de operaciones" de nuevo en Europa cumple un triple objetivo: 1) impedir un sujeto político europeo autónomo en las relaciones internacionales; 2) fomentar la división entre una vieja y decadente Europa y una nueva y fuerte Europa defensora a ultranza del verdadero Occidente, es decir, del vínculo atlántico; 3) asegurar el apoyo europeo y canadiense para el

verdadero “teatro de operaciones” que es el Pacífico y tiene como centro impedir que China acabe convirtiéndose en la potencia hegemónica de un mundo multipolar.

Europa debería superar una paradoja que la acosa, al menos, desde el fin de la Unión Soviética y que se podría explicar así: integrados los Estados en la UE, en una plataforma supranacional, son menos, tienen menos influencia y deciden cada vez menos que cuando eran una simple suma de potencias continentales. La UE es, con mucho, la primera economía del mundo, esta última está cambiando sustancialmente y Europa es incapaz de definir una estrategia propia que no sea el seguidismo de la potencia norteamericana. Una línea verdaderamente autónoma debería desconectar selectivamente de una OTAN que acentúa su dependencia de los intereses norteamericanos, tendría que buscar un tratado de paz y colaboración con Rusia definiendo con mucha precisión cuál debería ser su papel en un mundo que cambia aceleradamente. No se trata de una opción teórica sin más, entramos de lleno en la trampa de Tucídides y la guerra –en sus viejas y nuevas acepciones– retornará y cumplirá su papel tradicional: garantizar, en última instancia, el poder de unas potencias en permanente conflicto y competencia.

Una nota final. Se verá que utilizo el término Europa y Unión Europea en diversos contextos. Es consciente. La Unión Europea no es Europa. Intenta serlo, pero no lo ha conseguido aún. Su futuro va a depender de cómo resuelva los dilemas estratégicos de una península (Europa) parte de un continente euroasiático en mutación.

El Viejo Topo
Núm. 365, junio de 2018

A calzón quitado

Entrevista a MANOLO MONEREO

por Miguel Riera

—Curiosamente, el año pasado, en este mismo mes de agosto, te entrevisté (la entrevista se publicó en el número de septiembre). Y tengo la impresión de que casi todas las respuestas que entonces me diste siguen vigentes, como si estuviéramos ante los mismos interrogantes. ¿Es que estamos, después de tantas cosas que han pasado en un año, en el mismo punto?

—No, claro. Pero en este año hemos seguido estancados en los grandes problemas del país, qué son básicamente tres: la corrupción, la cuestión social y la cuestión territorial. La cuestión europea, muy relevante, ha quedado en un segundo plano. A mi juicio, se puede decir que las fuerzas del cambio se han quedado estancadas en esos temas, no han avanzado, mientras que las fuerzas de la restauración, si no han ganado posiciones, al menos han mantenido y fortalecido las que tenían. Todo eso culmina en la moción de censura que hemos vivido hace pocos meses, que para sorpresa de muchos significa el retorno del Partido Socialista al gobierno. Esta es la gran novedad de este periodo, que para nosotros tiene muchos elementos positivos pero también tiene inquietantes elementos negativos.

—En esa entrevista, cuando no se vislumbraba la moción de censura, señalaste al PSOE como el enemigo principal en la lucha por la hegemonía en las izquierdas. ¿Sigues haciendo la misma valoración?

—Sigo pensando que no nos quedaba otra que poner a nuestro principal adversario electoral, Pedro Sánchez, al frente del gobierno. Pero en mi opinión la dirección de Unidos Podemos, y de Podemos,

no han sopesado suficientemente las consecuencias de este momento. Es decir, apoyamos alegremente a Pedro Sánchez como presidente del Gobierno, pero no hemos procedido a la acumulación de fuerza política, de fuerza cultural, de fuerza organizativa para definir una nueva fase que pone al frente a nuestro mayor adversario electoral. Lo que hemos visto hasta ahora prueba lo que estoy diciendo: el Partido Obrero Socialista español está trabajando con un conjunto de hipótesis y elementos que van encaminados fundamentalmente a buscar una nueva centralidad y a anular a Unidos Podemos como fuerza política central del país.

—*¿Qué hipótesis? ¿Qué elementos?*

—¿Qué está haciendo Pedro Sánchez? Lo primero es gestionar un ciclo electoral desde el poder que da el gobierno. Y eso tiene una enorme importancia. Pedro Sánchez tiene el BOE, y está empezando a actuar políticamente en todos aquellos temas que considera prioritarios, siempre mirando el problema desde una perspectiva electoral. Tener el gobierno quizá no es suficiente para cambiar las grandes políticas, pero es muy importante para ganar elecciones, y yo creo que Pedro Sánchez va a usar muy decididamente este gobierno con fines electorales. No lo estoy criticando, lo que estoy intentando es describir lo que haría cualquier político en el lugar en el que está Pedro Sánchez, al margen de cuál es mi opinión sobre otras alternativas.

La segunda cuestión es polarizarse con la derecha. No le falta razón cuando cree que su misión es polarizarse con una derecha que con Pablo Casado va a ser aún más derecha, tirando del gobierno socialista hacia el centro en el eje izquierda derecha. Esta tensión entre derecha e izquierda anula todo lo demás, y nos obliga a nosotros a terminar apoyando al gobierno ante las iniciativas de la derecha. Y hay un tercer elemento, muy sutil, que tiene que ver con el conflicto social. Podría parecer que una vez que ha llegado el Partido Socialista al gobierno está ya todo hecho, pero en vez de significar una ventana de oportunidad para incrementar la movilización social, en mi opinión va a ser al revés, lo que va a intentar el Partido Socialista es neutralizar el conflicto social.

—Imagino que Unidos Podemos utilizará su influencia para evitar esto último…

—Para decirlo más claramente: lo que viene es un gobierno que va intentar neutralizar el conflicto social, va a tensionarse con la derecha y al final va a decidir con las encuestas en la mano qué tipo de táctica y qué tipo de estrategia va a llevar a cabo. El PSOE tiene 85 diputados y nosotros 71, una diferencia mínima, pero con nosotros el Partido Socialista tiene la misma relación que puede tener con el PNV, con Esquerra Republicana o con el PDeCat; ni siquiera existe una comisión entre el Partido Socialista y nosotros. Es decir, no conocemos cuál es la agenda del PSOE, no tenemos un programa común, ni una hoja de ruta común. En el debate sobre el techo del gasto nos enteramos de la cifra por la prensa. El Partido Socialista nos trata como si tuviera mayoría absoluta o como si fuéramos unos socios prescindibles.

—Eso suena casi a humillación…

—Esa actitud del PSOE ha merecido hasta ahora muy poca reflexión colectiva por parte de Unidos Podemos y no tiene la respuesta política y pública que debería tener. Y denota hasta qué punto el Partido Socialista tiene un proyecto que más que vencer a la derecha lo que quiere es recomponer el campo de la izquierda y reducir el espacio electoral y político de Unidos Podemos. Es decir, lo que quiere es neutralizar a todo lo que se ha movido en la izquierda política y social española desde el 15M, porque había otra alternativa, que es un gobierno de coalición. ¿Por qué vemos normal que un grupo de 84 diputados gobierne solo y no con Unidos Podemos? ¿Por qué?

—Quizá porque se trata de un partido liberal-progresista, como señalabas tú en un artículo, tomando la expresión de Nancy Fraser, y Unidos Podemos se sitúa claramente en el ámbito de la izquierda.

—Bueno, pero si no tenemos la posibilidad de gobernar conjuntamente, al menos podríamos tener un programa común, un gobierno programático. Nosotros firmaríamos ese programa común y lo defenderíamos en la cámara, y garantizaríamos la sostenibilidad de la política del gobierno. Pero se podría simplemente poner por delante 8 o 10 temas, crear una comisión conjunta Unidos

Podemos/PSOE y antes de las iniciativas legislativas discutir esos puntos uno por uno, configurando una hoja de ruta común.

El gobierno nos trata con una enorme enorme subalternidad, lo cual hace que el apoyo al Partido Socialista sea muy problemático a partir de ahora. Me gustaría equivocarme, pero tengo la impresión de que este gobierno está en una estrategia muy perversa para la izquierda y muy perversa para los movimientos sociales.

—*¿Cuáles serían los elementos clave de esa estrategia?*

—El primer elemento es que el Partido Socialista abre un frente generando una gran expectativa. Por ejemplo, el frente que va a abrir en torno a la Reforma Laboral. Lo normal sería derogar las reformas del Partido Popular, que en realidad fueron una contrarreforma que hoy sabemos que ha tenido como consecuencia una profunda devaluación salarial, una pérdida de poder contractual de los trabajadores y ha generado más precariedad y más desigualdad. En eso estaba de acuerdo el Partido Socialista cuando estaba en la oposición hace pocas semanas. Pero ahora abre ese frente y después espera la reacción de los que tienen algo que decir: la patronal, los sindicatos, las fuerzas de derecha, las fuerzas de izquierda, los grandes medios de comunicación. El tercer movimiento es empezar a concretar; obviamente ya no se plantea la derogación de las leyes laborales; la excusa es que no tiene mayoría suficiente para hacerlo y solo puede parchear la situación anterior, es decir, que entre las expectativas que crea y la realidad se produce una dramática asimetría. ¿Qué hará finalmente el gobierno? Pues pactar esa reforma con los agentes sociales; una reforma que estará muy lejos de lo que Unidos Podemos y el propio Partido Socialista habían exigido anteriormente, y como consecuencia se va a someter a una presión enorme a Unidos Podemos bajo la idea de que más vale esta reforma moderada, pero posible y positiva, que seguir en el estatus anterior.

El Partido Socialista, en el gobierno, va a abrir todos los frentes, los va a cerrar mal, pero va a intentar que ese cierre esté sistemáticamente apoyado por Unidos Podemos. Y en los temas centrales, los que afectan al poder real, al poder económico, político, social del país, el Partido Socialista va a hacer una política que,

como tú has dicho, será liberal-progresista o socio-liberal, y no va a entrar en ninguno de los temas de fondo. En función de las encuestas el PSOE va a ir incluyendo los temas que considere oportunos cuando le dé la gana, ya sea la reforma laboral, o el impuesto sobre la banca, al final es siempre el mismo esquema: en un primer momento abre una gran expectativa, en un segundo momento se para a ver cómo reacciona la sociedad, cómo reaccionan la banca, los sindicatos, la sociedad civil, y en función de esa reacción hará una reforma muy por debajo de las expectativas que ha creado.

—*Tal y como lo cuentas da la impresión de que Unidos Podemos ha caído en una trampa de la que va a ser muy difícil que escape.*

—Quizá la palabra trampa no es la más adecuada, pero es verdad que estamos en una situación muy difícil. Era muy complicado decir no a la iniciativa de una moción de censura. La cuestión es: ¿tenía que haber sido gratis? Es decir ¿tendría que haber tenido una base programática? Esa siempre va a ser una duda que nos acompañará, porque si hubiera habido una base programática seguramente el PDeCat y el PNV no hubiesen apoyado la moción; es decir, jugamos a la hipótesis de que lo importante era echar al gobierno del PP y que luego la dinámica favorecería un mayor entendimiento con el PSOE; mi opinión es que no, que eso no va a suceder.

—*Todo eso apunta a una recuperación del bipartidismo…*

—Seguramente ese el elemento central de la política que van a practicar a partir de ahora el PP de Pablo Casado y el PSOE de Pedro Sánchez. Casado ha dicho ya que quiere volver al bipartidismo, que quiere hacer reformas electorales que impidan que las fuerzas nacionalistas tengan un poder determinante en la política española. A mi juicio la clave de bóveda es el retorno al bipartidismo, pero ¿va a volver el bipartidismo sin más? Eso es muy problemático, porque el sistema político tiene hoy cuatro patas. Es posible que entre los dos bloques haya recomposiciones internas, es decir, que el Partido Popular sea capaz de frenar el ascenso de Ciudadanos y también puede ocurrir algo parecido en la izquierda. Pero yo estoy convencido de que hoy por hoy Unidos Podemos tiene un suelo electoral importante, y para el PSOE será difícil

reducir el espacio de Unidos Podemos. Pero creo que esta es la estrategia de Pedro Sánchez y de su mentor ideológico, Iván Redondo.

—Puede parecer que no tiene relación directa con lo que estamos hablando, pero el precipitado cierre por parte del gobierno del tema de Corina puede ayudar a cuestionar un pilar fundamental del sistema político: la monarquía. Unidos Podemos, también el PSOE –aunque creo que con la boca pequeña– se han pronunciado sobre el deseo de que lleguemos a alcanzar una república. ¿Cuál es la posición de Podemos en la práctica, más allá de declaraciones más o menos formales?

—Hoy se está viendo que hay una carcoma que se ha convertido en un elemento esencial del régimen político español, y se empieza a tener la percepción de que esa carcoma no estaba en tal o cual elemento del Estado, sino que en la propia jefatura del Estado había un personaje –el rey actualmente emérito– que había articulado en torno a sí un sistema de corrupción que le ha permitido convertirse en un hombre enormemente rico. Si eso es verdad, como yo creo que es cada vez más evidente, significa que este rey ha utilizado los aparatos del Estado para protegerse. No es solo que el aparato del Estado no lo ha perseguido o no lo ha denunciado directa o indirectamente, o al menos no le ha advertido de las consecuencias, sino que lo ha protegido ante denuncias de su actividad. Lo más evidente de la corrupción que tiene como centro al rey emérito es que para todos era evidente desde hace años. Todo el mundo sabía que este rey tenía un entorno corrupto que se ha movido por la vida pública española libremente y muchas personas del entorno del Rey han acabado siendo ricos. Eso lo sabíamos todos. Y hay que señalar la enorme responsabilidad de los presidentes de gobierno anteriores, José María Aznar, Felipe González, Zapatero y Mariano Rajoy. Esos cuatro presidentes conocían perfectamente lo que estaba haciendo el rey y lo han dejado pasar. Pero hay una cuestión que ahora mismo se revela esencial: la monarquía se está convirtiendo en el principal obstáculo al imprescindible cambio político que ha de producirse en nuestro país. Es decir, bajo el pretexto de que no se puede abrir el melón constitucional porque

eso puede llevar a impugnar la figura del rey –es decir, a la República– se impide cualquier reforma constitucional que implique un proceso constituyente, o una reforma de gran calado en la Constitución, por ejemplo la del Título VIII. Tengo la impresión de que se va a ir cerrando un acuerdo entre las derechas y el Partido Socialista bajo el principio de que la monarquía no se toca, la reforma constitucional no se toca, y la clave de todo eso es conseguir una reducción sustancial del espacio electoral de Unidos Podemos y del espacio de lo que podemos llamar la sociedad del cambio.

—*Si no hay reforma constitucional de calado ¿cómo se resuelve eso que se ha denominado la cuestión catalana?*

—También en ese asunto creo que vamos hacia una polarización muy fuerte, y que lo que estamos viviendo es más bien una tregua. Las señales son inquietantes: por un lado hemos visto en el último congreso del PDeCat la fuerza de Puigdemont; guste o no guste, se ha convertido en el líder del independentismo. Se ha convertido en el referente de una Cataluña que tiene como elemento fundamental y previo lo que ellos llaman el derecho a decidir, que en realidad es el referéndum de autodeterminación. Y por otro lado tenemos un Partido Socialista que como en tantas cosas llega el gobierno sin tener muy claro qué quiere hacer y desde luego anunciando de entrada que no hay mayoría suficiente para hacer casi nada; pero siguen gobernando y ¿va a haber una mesa realmente de negociación entre la Generalitat de Catalunya y el Gobierno del Estado para dar una salida al “problema” catalán? Yo lo veo muy complicado, porque el máximo del gobierno está por debajo del mínimo de la Generalitat, y por lo tanto las diferencias en el punto de partida son enormes.

El PSOE no quiere construir una mayoría del cambio, y lo que va a hacer es negociar con quien pueda y quiera salidas que le permitan mejorar su imagen y afrontar unas elecciones generales cuando les parezca oportuno. Parece que en octubre o noviembre iremos a las andaluzas, luego habrá elecciones autonómicas, municipales, europeas, y el Partido Socialista decidirá cuándo convoca las elecciones generales, en la perspectiva de durar el

máximo de tiempo posible, porque creen que el tiempo les beneficia. Pedro Sánchez va a gobernar los tiempos.

—Pero, volviendo al tema territorial, me parece verdaderamente miope pretender que todo eso va a pasar sin advertir que la situación en Cataluña va a gangrenar ese calendario, que el próximo octubre va a ser tremendo, empezando por este once de septiembre…

—El Partido Socialista va a tener que proponer algo consistente y Puigdemont ya ha dicho que ha pasado el periodo de gracia y que hace falta que empiecen a verse con claridad los cambios. Pero como he dicho antes, el gran problema es que el máximo del Partido Socialista no llega al mínimo de lo que exigen las fuerzas independentistas. Se perfilan ahora mismo dos estrategias dentro del independentismo, la de Puigdemont y la de Esquerra Republicana, que podríamos definir así: Puigdemont va a una vía de ruptura rápida, de aceleración de los ritmos, de acumular fuerzas muy rápidamente y volver a la movilización social y a la lucha social con la idea de que es posible una ruptura. En mi opinión, Esquerra, que tiene muchísimos dirigentes en la cárcel, no lo dice pero sabe que no hay mayoría en Cataluña ni por supuesto en España para una ruptura, y que si encima se desaprovecha la existencia de un gobierno diferente al del PP, más moderado, más accesible, la situación en Cataluña podría ser de un enfrentamiento radical que no ven claro que puedan ganar. Esas dos posiciones son muy evidentes en el Congreso, pero me cuesta trabajo creer –lo digo de verdad– que los restos de lo que fue Convergència i Unió estén defendiendo algo parecido a lo que defiende Puigdemont. No me cuesta en cuanto a la finalidad, en cuanto al objetivo, me cuesta en la táctica, es decir, que crean que ha llegado el momento ahora, de que en un año o año y medio vamos a tener un referéndum de autodeterminación en Cataluña y con él el inicio de una república catalana. Me cuesta trabajo creer que ellos puedan pensar eso. En cuanto a Esquerra Republicana, ellos se han medido las fuerzas en este proceso y han sacado conclusiones de más peso que las que reconocen ellos mismos. Creo que tenían la esperanza de que Europa sería más activa en reconocer el papel de Cataluña, de que

el Estado fuera mucho más débil y que estaba más descompuesto de lo que parecía. Desde luego, si lo han calculado así han cometido un error garrafal. ¿Pero no se han dado cuenta de que con el tipo de proceso que se ha llevado en Cataluña se ha producido una derechización del mapa político español? Vemos ya la emergencia con cierta fuerza de elementos de fascistización en la sociedad española, y por lo tanto seguir tirando de esa cuerda lo único que puede producir es un enfrentamiento muy serio, tanto en el interior de Cataluña como en todo el Estado. El gobierno español, este que conocemos, tan pusilánime, tan poco valiente, tan poco audaz, que tiene en perspectiva solo un conteo electoral, ¿va a atreverse a iniciar un proceso de reforma constitucional? Yo tengo serias dudas de que lo vayan a hacer. Inclusive en algún momento pueden decir que esto solamente se resolverá si el Partido Socialista Obrero Español tiene mayoría en las próximas elecciones, pero mi impresión es que de parte del Partido Socialista no llegará ninguna propuesta innovadora que no sea la que acaban de hacer, la de reformar el estatuto de Cataluña. Pero reformar el estatuto de Cataluña, como parece obvio, no podrá ir más allá de los límites que puso ya el Tribunal Constitucional, a no ser que se cambie la legalidad. Yo creo que eso no va a suceder y que por tanto vamos a un estancamiento y a un debate fortísimo entre el Gobierno del Estado y el Gobierno de la Generalitat.

—En ese mapa del conflicto que acabamos de hacer falta un tercer elemento: la mitad catalana que no está de acuerdo con el proceso. ¿Qué hacemos con esa mitad, mayoritariamente clase obrera, una mitad a la que las fuerzas de izquierda no han dirigido la palabra en mucho tiempo?

—Yo en esto tengo una posición que seguramente no es muy compartida en Unidos Podemos ni en Podemos, y creo que en la llamada cuestión catalana la izquierda social y política de Cataluña ha sido subalternizada en un larguísimo proceso. Lo voy a decir como lo siento: que el tema de la corrupción no aparezca como central en el debate político de Cataluña y que sí aparezca en España, pero no en Cataluña, es para mí una señal de subalternidad. El único partido equiparable al PP en cuanto a

corrupción ha sido Convergència i Unió, y que este partido, con un nombre u otro, acabe conduciendo el proceso, no deja de sorprenderme enormemente. Pero sobre todo que entre "nacionalistas" españoles y secesionistas no aparezca una tercera posición que está en principio formulada en lo que hemos llamado el federalismo plurinacional, es aún más sorprendente. Es decir, no se ha ido construyendo, no ha habido voluntad, no ha habido un esfuerzo a mi juicio suficiente para definir un espacio autónomo propio de las izquierdas que escape de un debate en el que las izquierdas no tienen nada que hacer, el debate entre nacionalismo español e independentismo. No veo que se busque una perspectiva diferente, muchas veces siento que se prefiere la equidistancia a tener una posición propia.

—*¿Qué quieres decir?*

—Quiero decir que muchas veces se busca una equidistancia, ni lo uno ni lo otro, pero se formula en abstracto, como simple diferenciación. Por ejemplo, esta tercera posición de federalismo plurinacional ¿cuál es la salida que ofrece? Antes lo sabíamos, era la autodeterminación, pero donde hubiese por ejemplo una tercera posición en la papeleta, la del federalismo como alternativa. O tener claro que no basta con decir sí en el ejercicio del derecho de autodeterminación, eso no sirve sin determinar qué condiciones va a tener ese referéndum, ¿va a ser suficiente solo el 50 más uno? ¿Va a valer eso?

—*Oh, eso son aspectos que la Generalitat probablemente estaría dispuesta a negociar una vez se aceptara la celebración de un referéndum…*

—¿Vale si solo vota el 40% de la población aunque el voto del sí sea el 70% de ese 40%? ¿O habrá que exigir mayorías tanto de votos como de participación? ¿Se puede repetir cada año? Y luego un tema muy importante: ¿qué hacemos con la minoría que se siente española?

—*¿Por qué minoría? ¿Quién ha dicho que es minoría?*

—Vale, pues qué hacemos con lo que se sienten españoles. Suponte que gana el sí. ¿Qué hacemos con los que no estén de

acuerdo, les quitamos su nacionalidad, su derecho al voto? ¿Les quitamos el uso del español?

—Pero todo esto son aspectos que corresponden a una segunda fase; primero estaría reconocer el derecho de autodeterminacion –que por cierto yo no reconozco en el caso de Cataluña, lo digo para que no haya equívocos en esta conversación– y una vez reconocido ese derecho ver las condiciones en que se puede ejercer, pero sigue apareciendo el mismo problema que te decía al principio: ¿qué hacemos con la mitad de Cataluña que no está por eso, y qué hacemos con la cuestión de la clase?

—Te voy a responder por elevación. Yo he planteado antes la hipótesis de que se pueda ejercer un derecho de autodeterminacion pero creo que donde nosotros, la izquierda del Estado y la izquierda de Cataluña, hemos sido débiles, timoratos y a veces incluso irresponsables es en no advertir que el paso del nacionalismo catalán al independentismo, del autonomismo al independentismo, crea una crisis existencial en España y una crisis existencial en Cataluña. Esto es sobre lo que no se ha reflexionado. No es lo mismo reivindicar los derechos de Cataluña, su autonomía, debatir competencias, incluso rozar la Confederación, que plantearse la construcción de un nuevo estado, porque eso crea, para empezar, la ruptura de la comunidad catalana

Hay una ruptura de la comunidad que se convierte en existencial porque una parte de la sociedad catalana, que todos sabemos que al menos es la mitad, se ve de pronto siendo parte no ya de otro Estado, sino que pierde su nacionalidad de origen, que es la española. Elegir entre el Estado español y el Estado Catalán no es una elección que se hace tranquilamente en una democracia deliberativa y que si mañana se decide una cosa u otra no pasa nada. No, no, de pronto un señor que ha vivido toda su vida en Sabadell y que ha construido Cataluña, que habla castellano, que ha luchado por el derecho de autodeterminación de Cataluña y que ha militado en la izquierda toda su vida, se encuentra con que ya no es español, y tiene además que resolverlo él. Eso es de una de una gravedad inusitada, tan grave que no sé porqué no tiene una mayor trascendencia. No es lo mismo el paso a la independencia que el

paso a una ampliación de la autonomía. No es lo mismo porque eso significa una gravísima crisis existencial de la sociedad catalana que no se resuelve solo con elementos de democracia, no es una cuestión de democracia deliberativa, no es una cuestión entre otras, es una elección en la cual le va la vida a uno, y el sentido de la vida de una persona, su identidad. Pero además, a nivel del Estado las consecuencias son enormes; lo digo en negativo: quien crea que en la España de hoy la secesión de Cataluña es posible no solo es un enorme irresponsable, sino que está levantando fuerzas que no se van a poder controlar, y yo creo que en España esas fuerzas ya se están levantando. Seguir tensionando el diferendo entre Cataluña y el Estado español a lo único que lleva es a una polarización que terminará neutralizando a la izquierda, es decir, a Unidos Podemos, fagocitando cualquier posibilidad de cambio en el Partido Socialista y aupando a las derechas en el Estado español, y no estoy hablando de las derechas actuales, sino de derechas todavía más peligrosas. Yo creo que eso es lo que no se ha valorado, no se ha tenido en cuenta, y me temo que entraremos en un proceso muy duro, porque ante la propuesta del Partido Socialista de una reforma del Estatuto los independentistas han dicho que es cosa ya del pasado y una reforma constitucional no parece que tenga hoy mayoría en el Parlamento y desde luego el Partido Socialista no la va a plantear.

—*Cuando dices que se levantan fuerzas que a lo mejor no se pueden controlar, ¿a qué tipo de fuerzas te estás refiriendo? ¿A qué poderes?*

—Yo vengo sosteniendo desde hace mucho tiempo que España es en muchos sentidos una excepción europea. Si te fijas bien, España tiene dos características que no tiene casi ningún país europeo: hoy por hoy no existe una fuerza de masas organizada de extrema derecha –siempre se puede decir que Ciudadanos y el PP son de extrema derecha, pero yo creo que hay que ser serios y no se pueden decir barbaridades, porque al menos todavía no es así– y la segunda es la de que es el único país en el que crece la izquierda. Incluso se da la paradoja de que hoy tiene un gobierno dirigido por un socialdemócrata, algo que no sucede en toda Europa. En el resto

de Europa la izquierda está liquidada, específicamente la socialdemocracia ha desaparecido como actor político fundamental. La extrema derecha ha crecido mucho y en muchos países tienes que elegir en entre derecha extrema y extrema derecha. Y en estos países la extrema derecha, más que ser una alternativa a la derecha existente, sirve para derechizar aún más a esta. Lo que hace la extrema derecha es lo que decía una vez Pierre Bourdieu de Le Pen, que cambia la agenda política y lleva el país más a la derecha. Si te fijas bien esto es lo que estamos viendo hoy en Europa. Desde esa perspectiva, un debate entre un secesionismo catalán muy duro que busque el enfrentamiento con el Partido Socialista lo único que va a generar es una polarización social que desde luego es un escenario no demasiado bueno para Unidos Podemos y nada fácil para el Partido Socialista, pero escenario ideal para la emergencia de las derechas como fuerza política. Pongo un ejemplo: todo apunta a que Vox empieza ya a tener votos suficientes como para aparecer en el Parlamento europeo, y también en unas elecciones en España. Esa es una de las consecuencias más importantes, y desde luego el nuevo PP de Pablo Casado ha cogido la cuestión catalana como elemento de confrontación con el gobierno. Y con un secesionismo catalanista endurecido en relación con lo que ya hemos vivido es fácil que una parte sustancial de la parte de la sociedad catalana que se considera española vaya mirando más hacia la derecha, algo que ya ha sucedido con Ciudadanos, y que mire aún más hacia la derecha. Por ejemplo Vox puede tener hasta posibilidades de tener representación en el Parlamento catalán. También en la sociedad española el debate secesionista está haciendo muy difícil el surgimiento de una alternativa democrática. Curiosamente, lo diré así, el secesionismo puede terminar fortaleciendo la monarquía española.

—Esta última es una frase a destacar, desde luego. Entre los problemas que señalabas en la entrevista de hace un año hacías hincapié en el problema de Europa. No voy a insistir en él, porque con lo que dijiste y lo que has escrito en numerosos artículos está muy clara tu visión, que en El Viejo Topo ya se ha reproducido en diversas ocasiones. Pero ha cobrado fuerza una cuestión que en

esa entrevista no tocamos y que ahora tiene pinta de convertirse en un problema serio en toda Europa y también naturalmente en España: la inmigración. ¿Cuál es la posición de Podemos y la tuya personal frente a esta supuesta avalancha que nos dicen que se está forjando?

—Yo soy un simple diputado de a pie de Unidos Podemos y no ostento ninguna representación significativa, ni en Unidos Podemos ni en Podemos ni en IU, y por tanto lo que diré ahora es mi interpretación personal, porque no tengo representatividad para hablar en nombre de nadie. Has de perdonarme el giro teoricista que voy a dar, pero quiero partir de ahí porque sino no entendemos lo que está ocurriendo. Tú has visto que en mis libros, en mis artículos, digo que estamos en un momento Polanyi, quien hablaba de que había un ciclo A y un ciclo B en la sociedad. La fase A sería el capitalismo salvaje, el capitalismo de amiguetes, y habría una segunda fase, la B, que sería la reacción de la sociedad a esa fase A. La reacción de la sociedad a esa fase A surge porque las políticas neoliberales llevadas hacen incompatible e inviable cualquier sociedad. Para decirlo en plata, la única posibilidad según Polanyi de que el capitalismo pueda pervivir es siendo un capitalismo planificado, organizado, donde el Estado tenga la "capacidad" de regular las relaciones entre la economía y la sociedad. Hoy estamos en la fase B. Hemos visto durante los años 80, 90, hasta 2008, la aplicación de políticas neoliberales en todo el mundo con diversas consecuencias, con cambios geopolíticos, y ahora estamos en una segunda fase en la que el principal instrumento para aplicar estas políticas neoliberales ha sido la Unión Europea, y eso está llevando en todas partes a una reacción de la sociedad civil contra las políticas neoliberales. Las políticas de la izquierda socialdemócrata, el liberalismo progresista, han terminado por romper los lazos entre los partidos de izquierda y una parte sustancial de las clases trabajadoras, los miles de hombres y mujeres que son perdedores en esta globalización, y si la izquierda no es capaz de protagonizar la reacción de la sociedad será la derecha quién lo haga. En esta fase, en toda Europa ha surgido una

necesidad ontológica de seguridad. La sociedad lo que quiere es protección, seguridad y orden.

—*¿Protección frente a qué?*

—Frente al capitalismo, aunque quizá ellos no son plenamente conscientes. Seguridad de futuro, de tener un trabajo decente, que se respete el derecho a la pensión… hay una necesidad ontológica de seguridad por parte de unas masas desheredadas, heterogéneas ideológicamente, que tienen miedo porque llevan perdiendo derechos años y años. Y ese miedo choca con el tema de la inmigración. Miedo a seguir perdiendo derechos y miedo a que cualquier terrorista de ocasión pueda clavarte cuatro puñaladas o aplastarte con un coche.

—*Con miedo o sin él, sigue habiendo un problema…*

—Sin ese contexto no se entiende lo que voy a decir. La segunda idea es la hipocresía de lo que podemos llamar el humanismo buenista. Una hipocresía inmensa porque todos los que están defendiendo, desde los gobiernos y desde la élite económica, una política más humana con la inmigración, una política aparentemente de puertas abiertas, que de alguna manera defienda los derechos humanos de aquellas personas que están sufriendo en sus carnes una dolorosísima situación, saben que son las instituciones europeas las que dirigen realmente la política migratoria. Una política que yo calificaría de político-militar. Las autoridades europeas sabe perfectamente que África va a ser una fuente permanente de oleadas migratorias. África está viviendo decenas de conflictos étnicos, políticos, climáticos, de hambre, de guerra… hoy se puede decir que hay muchos Estados que se han convertido de facto en Estados fallidos. A esa situación hay que añadir la intervención militar permanente de los Estados europeos, en algunos países como por ejemplo Libia, que había sido un tapón para la inmigración. Ese era el papel de Gadafi, como hoy es el papel de Marruecos. Se sostenía a algunos gobiernos porque son un tapón para la inmigración, se practicaba con ellos lo que militarmente se llama una frontera adelantada. Europa adelanta la frontera y hay que decir que ha tenido cierto éxito en eso, se adelanta la frontera al Sahel, a Mali, Mauritania, Senegal… Europa

está usando el dinero de la cooperación para fortalecer la seguridad de esos países, fortalecer su policía, su ejército, convertirlos en Estados que se comprometan con Europa a no dejar pasar inmigrantes. Esa es la política real que Pedro Sánchez sabe, que Macron sabe, Merkel, todos lo saben. Esa es la política real. Por otro lado, está el tráfico de personas. El papel que África cumple ahora es muy parecido al papel que ha tenido antes en la división internacional del trabajo: el de productora de seres humanos que se venden en el mercado mundial. Antes ese tráfico de personas lo hacían agencias especializadas en los Estados, y ahora son mafias organizadas con conexiones con estructuras y aparatos del Estado. Y aunque todo apunta a que la presencia de inmigrantes incluso ha disminuido con respecto a épocas anteriores, sigue siendo un gravísimo problema acoger a miles de personas que llegan ilegalmente gracias a mafias poderosísimas que hacen un gran negocio con el tráfico de personas. Se da además la paradoja de que las sociedades de acogida, a las que se exige que den la bienvenida a miles de inmigrantes, son las de la periferia, precisamente las que han sufrido durísimas políticas de austeridad.

Si no se estabiliza la situación socioeconómica en África, si no se hacen políticas locales reales de desarrollo y se transfieren rentas, el problema continuará indefinidamente. Miles y miles de personas quieren venir a Occidente, y hay unas mafias que se dedican a traficar con ellas. Y eso en las sociedades europeas, no solo por sus elementos xenófobos, sino por una parte significativa de la población, se ve como una inseguridad que incluso pone en riesgo sus vidas. Frente a ese enorme problema la izquierda tiene una actitud buenista, ingenua, que no afronta el problema real, que es el de que mientras África siga siendo explotada por Occidente, convertida por las potencias europeas en Estados fallidos, mientras se siga escapando su riqueza, el problema no hará más que aumentar.

—Me gustaría, para ir acabando, volver sobre un comentario que te hice hace un año. Me parecía entonces que el modelo organizativo de Podemos era confuso. Me gustaría conocer tu opinión sobre si se

ha ido avanzando en la consolidación de un modelo organizativo que podamos llamar estable de cara al futuro.

—Mi opinión es que, como he escrito muchas veces, el Proyecto Podemos no cabe en la estructura Podemos-Partido. Es decir, la idea de un Partido-Movimiento con miles de hombres y mujeres organizados en miles de círculos, dirigidos por hombres y mujeres que no viven de la política pero que están en un proyecto de transformación social, no ha avanzado sino que más bien ha ido para atrás en este año. Hoy Podemos está alrededor del 19% del voto, y tiene una base de simpatizantes muy grande, que se sienten de Podemos pero, y ahí está la clave, no militan en Podemos. Es decir, hay una contradicción entre la enorme fuerza electoral que tiene Podemos y la debilidad de su estructura organizativa. Podemos es hoy una formación-partido caracterizada por una articulación en base a los cargos públicos, un grupo importante de funcionarios políticos, de liberados, y por abajo una estructura organizativa muy débil, que son los círculos, desigualmente débil porque el mapa del país es desigual. Lo repito: Podemos-Partido está caracterizado por la articulación de los cargos públicos, funcionarios que viven de la política, y lo que hay debajo de eso tiene muy poco peso como organización. Se puede decir que hay una contradicción entre la fuerza electoral y de simpatizantes que tiene Podemos y su realidad organizativa, una contradicción que en algún momento se tiene que romper. O se rompe creando más organización, o se rompe perdiendo votos. Es en ese sentido en que decía que el Proyecto Podemos no cabe en la estructura Podemos-Partido.

—*¿Tienes propuestas al respecto?*

—Pienso que tenemos que ir hacia la construcción de una nueva subjetividad política más allá de las fuerzas que hoy componen Unidos Podemos. No estoy diciendo que Podemos se disuelva, no estoy diciendo que se disuelvan Izquierda Unida, Equo o Izquierda Andaluza. Lo que estoy diciendo es que hay que ir a la construcción de una nueva subjetividad política que trascienda lo que hoy es Unidos Podemos, es decir, iniciar un proceso que en función de las fuerzas existentes vaya organizando y vertebrando una nueva

sociedad política que pueda plantearse la tarea para la que Podemos ha venido: construir una alternativa política. Podemos no ha venido para ser la izquierda complementaria del PSOE o una izquierda más. Podemos nació con la vocación de convertirse en una fuerza capaz de gobernar y dirigir este país. Por eso el Proyecto Podemos no cabe en la actual organización, por esto Podemos tiene que ir mucho más allá de esta estructura, que además desgraciadamente tiende a articularse en fracciones, y las fracciones matan el debate político y expulsan a todos los que no pertenecen a ellas, que suele ser la mayoría. Si Podemos quiere disputarle a la burguesía la hegemonía del país, si quiere ir a un proceso de ruptura democrática, debe ir más allá de lo que hoy es una estructura partidaria que poco o nada tiene que ver con ese Proyecto.

—*¿Y eso cómo se hace?*

—Quizás debería empezarse por algo así como una federación de partidos, da igual la fórmula jurídica, es decir, crear una dirección unificada de las fuerzas políticas existentes y trabajar en una estrategia política común. Que vayamos más allá no como un simple frente electoral, que hoy por hoy no es más que un grupo parlamentario, no tenemos nada más común. Es absurdo que no haya una dirección única de Unidos Podemos, que no haya un lugar donde se discuta y se pongan de acuerdo las fuerzas políticas, un lugar desde donde mandemos el mensaje a la sociedad de que somos algo más que siglas. Y luego hay que encontrar mecanismos para que gentes que no son de ninguna de esas formaciones políticas puedan participar en nuestra vida política. Hay miles de hombres y mujeres que han abandonado IU, que abandonaron Podemos simplemente porque se aburrieron con nuestras peleas, nuestras críticas o ante la falta de cambios en el país, y a esa gente hay que darle la posibilidad de que por abajo seamos algo más que lo que somos hoy. El partido ha de ser tributario de una estrategia y no al revés, es un instrumento para hacer cosas y no un fin en sí mismo, y parecería que hoy Podemos es un fin en sí. Y si eso ocurre lo que fracasa no es el Partido Podemos, lo que fracasa es el Proyecto Podemos.

—¿Pero eso no es algo parecido a lo que ya hizo Izquierda Unida, que acabó con la desagregación y la ruptura de todas esas piezas?
—Sí, pero la situación ha cambiado mucho, y para bien. Ya le hubiese gustado a Julio Anguita tener 71 diputados. Por ejemplo, con 35 puedes convocar un referéndum. Si hubiésemos tenido 35 podríamos haber convocado un referéndum sobre el artículo 135, fíjate si es importante tener 35 diputados. El problema es que con la estructura que tenemos hoy no veo viable mantener la fuerza electoral de las últimas elecciones.

Lo que estoy pidiendo es que la unidad se profundice, simplemente eso. ¿No es absurdo que en la ciudad de Córdoba no exista un comité unitario de Unidos Podemos? No estoy hablando de una asamblea de base, sino de un simple comité donde periódicamente Equo, Podemos, IU se reúnan para planificar iniciativas parlamentarias. Yo soy diputado por Córdoba, y me encantaría que ese comité me dirigiera, que me pidiera que presentara determinadas iniciativas, pero yo no he conseguido ser el diputado de todos porque Unidos Podemos no existe en Córdoba. No tener estructuras intermedias de base es mal asunto, porque la tendencia a la separación es cada vez más fuerte y al final todo lo que hacemos es electoralista, institucionalista, no tomamos iniciativas conjuntas. ¿No ganaríamos mucho si tuviéramos una dirección política conjunta que funcionara por consenso y que se reuniera periódicamente para tomar decisiones políticas? ¿No sería bueno que la gente viera a Irene Montero, Pablo Iglesias, Alberto Garzón, Clara Alonso, Juantxo López de Uralde, Pedro Arrojo y tantas personas que representan tanto en la política, en el ecologismo, en el feminismo, en el movimiento social, en una ejecutiva conjunta, en un Comité de Enlace o como se quiera llamar, discutiendo a fondo la situación política del país y poniéndose de acuerdo sobre las iniciativas que hay que tomar?

¿No sería positivo?

—¿Y quién se opone a eso?
—Creo que es la dinámica partidaria, de alguna manera se considera que no se ha llegado a la fase en donde eso sea posible, pero a mi juicio eso lo único que hace es debilitarnos más a cada

uno de nosotros haciendo difícil avanzar en la construcción de la alternativa. La alternativa se construye con la confianza de la sociedad. Si lo que estamos vendiendo es una simple coalición electoral, dudo mucho que en las condiciones de hoy, con un gobierno del PSOE, podamos avanzar política y electoralmente. Lo dudo muchísimo.

—Para acabar, señala lo que a tu parecer ha sido lo más negativo acontecido en este último año.

—Quizás escogería como lo más negativo de este año la clausura del debate estratégico en Podemos y en Unidos Podemos. Al decir clausura alguien se preguntará si es que alguna vez se abrió. Yo no sería tan crítico, porque hay circunstancias objetivas que hacen factible esa clausura, y una de ellas es la aceleración del tiempo histórico. No hay debate estratégico porque el debate parlamentario se lo come todo, y eso para mí es una pésima señal. El Parlamento tiene un día a día muy acelerado, y el Partido acaba desbordado y perdiendo autonomía.

—¿Pero no habéis creado un gobierno en la sombra?

—Creo que no sirve para nada, salvo como una especie de Comité Consultivo del secretario general de Podemos. Eso está bien, pero no tiene trascendencia ninguna, por eso sigo insistiendo en la necesidad de que hubiese una dirección unificada de las fuerzas que estamos en lo que hoy es Unidos Podemos. Pero sigo con el debate estratégico: nosotros seguimos teniendo una serie agujeros negros estratégicos que no hemos sido capaces de socializar ni de generar debate sobre ellos. La primera cuestión, que a mi juicio es fundamental, es que no se ha reflexionado sobre los cambios que se están produciendo en el mundo. Hablo de una reflexión colectiva, no es que Pablo Iglesias o Alberto Garzón o Antonio Maíllo no reflexionen, ¡claro que reflexionan, y escriben libros! Estoy hablando de una reflexión colectiva de Unidos Podemos. No tenemos una reflexión sobre cómo vemos colectivamente esos cambios, y cómo llega eso abajo para crear partido-organización. Hemos hablado antes de la emigración, pero la emigración es parte de una crisis mucho más amplia, mundial, donde la crisis climática, la transición geopolítica, la crisis económica están jugando un papel de enorme

magnitud, y en este marco, por ejemplo, hay un debate en el cual nosotros no hemos participado colectivamente, que es si está próxima o no una crisis económica. Tampoco hemos debatido sobre el papel que está jugando la Unión Europea. En Podemos esa cuestión se está tratando como si fuera un problema de política internacional, aunque nosotros ya no somos un Estado soberano, y todavía seguimos hablando de Europa como si fuera una suma de Estados, pero la UE interviene en cada uno de los Estados, es un superpoder por encima de los poderes reglados de los Estados. Y, por seguir con ejemplos, se habla mucho de crisis de régimen pero ¿qué tipo de crisis de régimen? ¿cuál es la salida? ¿Y cuál ha de ser nuestra relación con el Partido Socialista? Y si me preguntaras: ¿cuál es el proyecto de país de Unidos Podemos?, yo te diría que el mío es este, pero el de Unidos Podemos no lo conozco. Hay atisbos, esbozos, si reúnes todo lo que hemos dicho en el Parlamento puedes pensar que tenemos buenas ideas, hemos presentado cosas estupendas sobre agua, hemos hecho una ley fantástica sobre transición energética, hemos trabajado mucho y bien en el tema del feminismo, en el tema de relaciones laborales hemos trabajado a fondo, es decir, hay mimbres, pero lo que no hay es un proyecto de país, una declaración solemne que diga que estos son los 12, 13, 14, elementos que configuran nuestro proyecto de país y que se alzan frente a los grandes problemas que vive España.

—Ahora sí, hemos de ir acabando. Hemos estado hablando mucho tiempo.

—Pues quisiera terminar esta entrevista acordándome de Irene Montero y Pablo Iglesias, que están en una batalla más dura que la batalla política: la batalla de la vida de sus hijos. Los que los conocemos desde hace muchos años sabemos que el momento que están viviendo es muy duro y tanto tú como yo nos acordamos de ellos deseando que las cosas se resuelvan lo más positivamente posible. Tienen todo el derecho a vivir como personas felices aunque estén en medio de esa batalla por la vida.

—Que sea así; lo deseamos de corazón.

El Viejo Topo

Núm. 368, septiembre de 2018

Soberanía, Democracia y República

Entrevista con
MANOLO MONEREO y HÉCTOR ILLUECA

por Miguel Riera

—Podríamos empezar comentando las reacciones, algunas virulentas, que han surgido en torno al artículo que firmasteis con Julio Anguita. Se os acusa, entre otras cosas, de ignorar las características del gobierno de Salvini. ¿Cuál es exactamente vuestra posición respecto a ello?*

Manolo Monereo: Sabíamos que en cierto modo el artículo era una provocación, pero el análisis que se está haciendo con respecto al gobierno italiano está equivocado. Negamos la mayor, negamos que Salvini sea fascista, porque no queríamos banalizar el fascismo, y desde luego estamos totalmente convencidos de que Cinque Stelle no tiene nada que ver con el fascismo, sino que por sus posiciones políticas en cualquier país europeo sería considerado como mínimo de centroizquierda. Negamos la mayor porque nos parecía increíble que cuando este gobierno, sobre todo gracias a Cinque Stelle, está realizando políticas –que por cierto estaban siendo rechazadas por la izquierda oficial italiana– que iban mucho más allá de lo que va cualquier otro gobierno europeo, nos parecía increíble que fueran demonizados por la izquierda. Lo que queríamos señalar es en primer lugar que las relaciones del gobierno actual con la población italiana en general y específicamente con la clase trabajadora, son muy complejas; y en segundo lugar que las políticas que intentaban llevar a cabo eran políticas que no son las nuestras, pero que las valoramos positivamente en el marco general de Europa. Claro, son políticas que al mismo tiempo constituyen una denuncia de la izquierda italiana, que no solo es la responsable de que exista Salvini, y de que exista Cinque Stelle, sino que se opone a esas

políticas con un marcado acento neoliberal y europeísta. Eso es lo que queríamos, porque estábamos hartos y lo seguimos estando, de lo que hemos denominado la dictadura de lo políticamente correcto

Héctor Illueca: Desde luego había algo de provocación en el artículo, sabíamos que estábamos tocando un tema que seguramente generaría mucha controversia, porque tiene que ver con el conflicto que se está produciendo entre Italia y la Unión Europea. Lo que no imaginábamos es el tamaño de la controversia y que se produciría de una forma tan agresiva. Creo que la explicación a esa agresividad es que tocamos un gran tabú de la política española, la Unión Europea, y por tanto la subordinación de España al neoliberalismo impuesto en el ámbito de la Unión Europea. Lo que queríamos subrayar inicialmente era algo muy sencillo: que el gobierno italiano estaba llevando a cabo políticas de signo muy diverso, como corresponde, como decía Manolo, a una base social que es muy compleja.

—*Quizás os expresasteis con mayor rotundidad negando esa mayor a la que aludía Manolo que señalando los aspectos más controvertidos de Salvini…*

Héctor Illueca: Podemos discutir cuál es el perfil político de Salvini, y no me extraña que desde determinado punto de vista pueda calificársele como fascista, lo sea o no. Pero lo que nadie puede decir seriamente es que el gobierno italiano es un gobierno fascista. Eso no puede defenderse si se habla con un mínimo de seriedad. El gobierno italiano tiene una base que está compuesta por las clases subalternas y populares del sur, que apoyan mayoritariamente a Cinque Stelle**,** pero también por todo el tejido empresarial del Norte y la base social de la Liga. Hablamos de una base social muy compleja, y las políticas de este gobierno son tan complejas como lo es su base social. Algunas de estas políticas están entrando en colisión con la Unión Europea. Cuando nosotros defendimos el Decreto Dignidad todavía no se había producido el debate de los presupuestos, pero el Decreto Dignidad ya apuntaba a que estamos ante un gobierno que está obligado, por la propia composición de su base social, a hacer importantes concesiones a las clases populares y trabajadoras. Ahora esto se ha visto mucho más claro con el

presupuesto expansivo que han presentado en la UE, argumentando que se trata de un presupuesto ajustado a las necesidades del país. En el fondo, lo que está sucediendo es que el consenso social que ha presidido la política europea se está rompiendo en Europa, y empezando por Italia.

Manolo Monereo: Como ejemplo de lo que estamos diciendo: El acuerdo presupuestario entre el Gobierno de España y Unidos Podemos supone, como mucho, una mejora de seis mil millones de euros. La propuesta de presupuesto expansivo del gobierno italiano está muy cerca de los 50.000 millones de euros. En el centro de esa propuesta está la renta básica, que va a afectar fundamentalmente al sur. Y aún así, el déficit estaría en el 2,4%; es decir, que la UE critica un presupuesto expansivo con un déficit menor del 3%, que puede sacar de la pobreza, de la vulnerabilidad social, a una parte importante de familias, sobre todo de Roma hacia abajo. ¿Eso cómo se llama? Los intelectuales cultos dirán que los fascismos también ayudaban a los pobres, que el fascismo también hacía políticas progresistas… Claro, el problema es que a nosotros lo que nos preocupa no es que el fascismo haga políticas progresivas, lo que nos preocupa es que la izquierda no solo no haga políticas progresivas, sino que propone políticas reaccionarias. Lo que pretende realmente nuestra crítica no es tanto hablar de Salvini o de Di Maio porque les tengamos gran admiración, sino decirle a la izquierda que ella es la responsables de todo eso, porque es una izquierda que ha dejado de serlo.

Pietro Barcellona, un intelectual siciliano de mucho fuste, decía que el gran problema de la izquierda italiana era el elitismo. Creo que lo que hay en buena parte de la izquierda, y ahora se ha visto en Andalucía, es un desprecio hacia la gente, sobre todo a la gente pobre, a la gente que vive entre la miseria y el lumpen, que son muchos, y no se hace nada por comprenderlos ni por saber por qué votan lo que votan. Los desprecian porque esos intelectuales desprecian los sentimientos populares y las necesidades básicas de la gente.

—*¿Estás hablando de la izquierda en su conjunto o de determinada izquierda?*

Manolo Monereo: Estoy hablando de la izquierda en su conjunto, pero sobre todo de la izquierda italiana, que desprecia a la gente. Esa izquierda cosmopolita, europeísta, que vive de avión en avión y que no se da cuenta de que la mayoría de los italianos no toman el avión y cada mañana tienen que levantarse y afrontar problemas muy graves para su subsistencia. Una izquierda que califica como demagogia la defensa de esas gentes que lo están pasando tan mal. Si a eso se le llama demagogia es que estamos ya en el otro lado, no en el que debiéramos.

—*Sin embargo, recientemente has escrito que Italia no es el modelo. ¿Qué has querido decir con eso?*

Manolo Monereo: Es fácil confundir la singularidad, la peculiaridad, con lo general. Salvini es una fuerza antisistema. Di Maio es una fuerza antisistema. Abascal no. Las alemanas, francesas, austriacas, holandesas, etc. son extremas derechas reactivas clásicas, la única función que cumplen es llevar a la derecha más a la derecha. Lo que va a terminar haciendo Abascal es llevar más a la derecha al PP, y mira que eso es difícil. Abascal ha abducido una fracción que estaba oculta en el PP, y que por la crisis catalana ya no cabe en el PP. El nacionalismo español ahora tiene que repartirse entre tres. Pero Salvini no es eso, y Di Maio tampoco. Ellos son producto de lo que podemos llamar formas reactivas populistas, que son en gran medida antisistémicas. VOX es la vieja derecha española neoliberal que lidera Aznar. Generalizar y decir que todos son fascistas, todos son populistas es no decir nada y al final hacerle el caldo gordo al pensamiento dominante.

—*En la crítica a vuestro primer artículo pero también después, tras otros artículos que habéis ido publicando, se ha puesto sobre la mesa el tema de la inmigración, como si estuvierais planteando una política restrictiva. ¿Cuál es vuestro punto de vista al respecto?*

Héctor Illueca: Habitualmente se plantean dos aproximaciones en torno a la inmigración que deben ser igualmente rechazadas y que están mucho más próximas de lo que suele reconocerse. La primera es la que podemos denominar xenófoba, que culpabiliza al inmigrante. Lo señala como causa de problemas y lo convierte en chivo expiatorio. Lo explicaré con un ejemplo: se acusa a los

inmigrantes de saturar los servicios públicos, por ejemplo la sanidad, en un contexto de recortes sociales, de reducción del gasto público que ha hecho que los recursos sean insuficientes. Lo que se está haciendo en este caso es criminalizar a los inmigrantes, utilizarlos como excusa excitando la xenofobia para ocultar el problema fondo, que son las políticas neoliberales que se han aplicado, políticas impuestas por la UE.

—*¿Y la segunda aproximación?*

Héctor Illueca: También debe rechazarse. Es una aproximación neoliberal que parte de la base del principio de libre circulación de mercancías, capitales y servicios y también de personas, en la esperanza fantasiosa de que al final el mercado de trabajo va acabar equilibrando la oferta y la demanda de los diferentes factores productivos. Es decir, que la emigración tiene que irse asimilando aunque ello comporte reducciones salariales y una degradación paulatina de las condiciones de trabajo en los países de acogida. Más claramente todavía: lo que a veces está defendiendo esta aproximación neoliberal a la inmigración son en realidad verdaderas deportaciones de mano de obra esclava procedente de países bombardeados por la OTAN, traídos aquí por las mafias para ponerlos al servicio de empresarios sin escrúpulos. Lo que se pretende es explotar a estas personas, pagarles salarios de miseria, tenerlos hacinados pero también degradar las condiciones de trabajo de los trabajadores de los países de acogida dislocando los mercados de trabajo y dislocando también a los propios países de origen, que sufren un perjuicio gigantesco en la medida en que sufren un proceso de descapitalización en relación con el factor humano. Lo que se pretende al final es horizontalizar el conflicto en una lucha del último contra el penúltimo, el trabajador nativo contra el extranjero, el blanco contra el negro y de ese modo convertir el conflicto social en algo funcional a los intereses del sistema neoliberal.

La inmigración es un fenómeno positivo, que contribuye a la prosperidad del país y nos enriquece desde el punto de vista cultural, siempre que sea un fenómeno de acuerdo con la capacidad de absorción del país, es decir, siempre que se produzca por vías

legales y garantizando en todo momento que las personas que vienen van a disfrutar de todos sus derechos laborales, y que las personas que las humillen o que degraden sus condiciones laborales van a ser severamente castigadas.

Manolo Monereo: Mélenchon ha calificado esto que ha explicado Héctor y que yo comparto, como *el nuevo humanismo*. Es decir, para nosotros soberanía e internacionalismo son dos caras de una misma política. Hace poco decía Enric Juliana que el futuro político de España opondrá a los soberanistas y a los internacionalistas. Craso error. Opondrá a los soberanistas con los cosmopolitas burgueses, con los cosmopolitas neoliberales, que son básicamente la esencia del europeísmo. Para nosotros el internacionalismo es un componente fundamental de nuestra lucha por la soberanía, porque nosotros no luchamos por la soberanía en "general", hablamos de la soberanía popular, de la democracia. Mi amigo Héctor ha acuñado una frase que dice "yo estoy por el socialismo a fuer de ser soberanista". El soberanismo se puede ver desde muchos puntos de vista; para nosotros el soberanismo es fundamentalmente un proyecto que dice: nadie puede estar por encima del pueblo. Por cierto, en relación a la inmigración, nos han acusado de todo cuando nunca hemos hablado de inmigración. La que ha dicho Héctor es nuestra posición, pero nunca antes la hemos explicitado. Nuestra óptica se sitúa ante una izquierda que no lo es, que es cosmopolita y europeísta y que desprecia los sentimientos y los valores de nuestro pueblo. Una izquierda que no tiene horizontes para la mayoría social, una izquierda elitista que defiende una democracia elitista.

—*¿De nuevo estamos hablando en general, de Italia, de España?*

Manolo Monereo: Estamos hablando de Italia y también de España. Es increíble, en España tú puedes ser soberanista catalán y hay como cien intelectuales que se me ocurren ahora mismo a los que les parece muy importante el soberanismo catalán. Pero ninguno es capaz de entender el soberanismo español. ¿Qué pasa? ¿Es que España no tiene derecho a ser soberana?

—*Hemos pasado de la inmigración al soberanismo. Se acaba de traducir un libro de Dani Rodrick que plantea que no es posible tener*

democracia, soberanía y globalización al mismo tiempo. Hay que renunciar a una de las patas de ese trilema…

Manolo Monereo: Precisamente lo estoy leyendo ahora. Rodrick se llama Daniel Rodríguez, es un sefardita turco. Yo siento una profunda admiración por los sefarditas, por los otros españoles. La otra España posible, la de Américo Castro. Cuando se nos acusa de racismo nos ofenden en lo más profundo, porque nos ofenden en nuestra identidad. El amor a este país no se puede comprender sin darse cuenta de lo que han sido las tres grandes culturas, la árabe, la judía y la castellana, una pluralidad esencial en la constitución del ser español. Daniel Rodríguez viene a decir que esas tres cosas no son posibles a la vez, que hay que escoger. Nosotros decimos con toda claridad quién es el soberano. Para nosotros la soberanía radica en el Estado-Nación. Ese es nuestro gran pecado, lo que no nos perdonan. España es la pluralidad, el Estado es singular, y es en el Estado español donde se realiza la decisión democrática, no en Cataluña, no en Jaén, no en Sevilla. Ahí es donde se concreta la lucha de clases. Y esa soberanía es necesaria, pero insuficiente. Siempre lo fue, siempre estaremos obligados a tener políticas de alianza, por tanto soberanía e internacionalismo son dos caras de la misma moneda. La izquierda a nivel global no define dónde está la soberanía porque no cree en ella. Macron ha dicho que hace falta una Europa soberana, pero no hay un pueblo soberano europeo que haya decidido una constitución. Franceses, españoles, alemanes no son capaces de entender una soberanía al margen del Estado. Eso no significa que no valoremos la unidad y las alianzas entre diversos Estados, no defendemos sin más la desintegración de la Unión Europea, sino la creación de una Europa confederal, es decir una Europa donde España al final tenga la capacidad de decisión y no dependa de la decisión del Estado alemán, que es el que tiene la correlación de fuerzas más favorable.

—*No en Cataluña, no en Jaén, no en Sevilla. Parte de la izquierda no parece creerlo, al menos en lo que hace a Cataluña.*

Manolo Monereo: Las izquierdas son capaces de “perdonar” a los independentistas catalanes porque dicen que la soberanía reside en el pueblo catalán, pero nosotros decimos que la soberanía reside en

el Estado español. Es decir, nosotros no defendemos el soberanismo sin más, sino una propuesta democrática que hace depositario al pueblo español de su destino. Lo que nos parece increíble es que se valorice la soberanía de Cataluña como algo positivo en sí y a mí, que soy español, no se me otorga la posibilidad de tener mi soberanía. La Unión Europea entre otras cosas se carga la soberanía de los Estados en favor de los oligopolios capitalistas y del Estado alemán. Es una superchería, un engaño, y nosotros reivindicamos la Europa de los pueblos, que antes que nosotros un tal Charles de Gaulle ya había reivindicado.

Héctor Illueca: Volviendo al origen de esa pregunta que efectivamente acaba desembocando en el problema de la Unión Europea, yo creo que el trilema de Dani Rodrik parte de una premisa que debe ser puesta en discusión: Yo no creo que en ningún caso la globalización sea compatible con la democracia, y al mismo tiempo creo que la soberanía y la democracia son inseparables. Y digo que no es posible conciliar democracia y globalización por varios motivos. En primer lugar porque la democracia a nivel global exigiría un *demos* global y entonces seguramente seríamos gobernados por chinos e indios, y no creo que nadie en su sano juicio esté planteando esto. Y es que no hay democracia más allá del Estado-Nación. Otra cosa es que discutamos cuál es este Estado-Nación. Y globalización y democracia son incompatibles además por un problema que forma parte de la política real y es que detrás de la globalización están los Estados. La globalización está organizada por Estados Unidos y en algunos casos manu militari, igual que la primera globalización fue impuesta al mundo por Inglaterra, voluntariamente mediante tratados o con las cañoneras. Por lo tanto, detrás de la globalización se encuentran Estados que imponen un nuevo marco en la economía mundial. La forma específica que adquiere la globalización en Europa es la Unión Europea, que el fondo no va más allá de adaptar las nuevas reglas de la globalización al continente europeo, con un Estado detrás que actúa como garante, el Estado alemán. Eso es lo que se obvia cuando se proclama el fin de la soberanía, no viendo la

subordinación a Estados que no van a dejar de serlo y que no renunciarán jamás a su soberanía.

Manolo Monereo: Detrás del proyecto de la Unión Europea está la hegemonía de un Estado, eso es lo que nadie quiere decir. La Unión Europea es una unidad asimétrica hegemonizada por un Estado que impone su política.

Héctor Illueca: Eso nos lleva a la segunda cuestión que planteabas. Yo creo que el debate que se está planteando alrededor de nuestras posiciones no es un debate real. No es verdad que el debate real en Europa y en España se esté planteando alrededor de una disyuntiva entre el regreso al Estado-Nación o persistir en la actual Unión Europea o incluso profundizando en ella. No es verdad. Es la actual Unión Europea quien está exacerbando los nacionalismos en toda Europa, fracturando el continente entre un centro industrializado exportador desarrollado y una periferia cada vez más desindustrializada, crecientemente endeudada. Esta Europa no es que nos esté abocando al regreso al Estado-Nación; hacia donde estamos caminando a pasos agigantados es hacia la Europa de entreguerras. Y cualquier Europa pensable que no nos aboque al modelo de entreguerras tiene que construirse a partir de la soberanía de los Estados, poniendo en común todo aquello que se pueda poner en común, sin cuestionar la soberanía de los Estados.

—¿Y qué es lo que se debe poner en común en la Europa confederal que proponéis?

Héctor Illueca: Lo primero y fundamental es algún tipo de cooperación monetaria que permita hacer frente a los ataques especulativos y garantice un equilibrio de los flujos comerciales. Hay modelos en la historia de Europa anteriores al euro, por ejemplo la serpiente monetaria de los años 70 o el sistema monetario europeo de los años 90. Algunos lo llaman una moneda común, pero en ningún caso una moneda única.

—Por decirlo claramente, estás planteando una confederación de Estados abandonando el euro.

Héctor Illueca: Sí, lo que estoy planteando es un modelo confederal. Cuestión distinta es cómo se llegue hasta ahí, habrá que ver con qué tipo de evolución, si abandonando el euro o a través de

acuerdos, eso forma parte de una dinámica política que está por definir. No sabemos cómo va a evolucionar una Europa en crisis. Lo que sí estoy diciendo es que la única Europa pensable que quiera ser europea tiene que partir de la base de una cierta cooperación monetaria que es ineludible para proteger las economías nacionales, pero también que de alguna manera respete lo que Dani Rodrick denomina el espacio político. Es decir, los Estados tienen que tener espacio para tomar decisiones políticas e ir haciendo ajustes según la evolución del saldo en la balanza por cuenta corriente. Ha de haber un margen para que los Estados puedan proteger sus economías, para que puedan adaptarse a las situaciones de crisis. Esto si miramos hacia dentro, y hacia afuera es necesario un tipo de cooperación que sirva de parapeto frente a los ataques especulativos. Hay varios modelos, y quizá el más elaborado es el que ha planteado Frédéric Lordon. Este sería el primer pilar fundamental de una Europa confederada, y el segundo pilar sería una política exterior común que fuera realmente europea. A veces se olvida que el mundo está inmerso en una transición geopolítica que implica un desplazamiento del poder desde Occidente hacia Oriente, que pone en cuestión la hegemonía norteamericana y hoy ya sabemos que Estados Unidos se va a resistir y va a desafiar al nuevo mundo multipolar que está surgiendo, y es urgente que Europa recobre su autonomía estratégica con un ejército europeo y que sea capaz de alejarse de la OTAN, porque podrían arrastrarnos al abismo.

—*En este mismo número de la revista Rafael Poch plantea que un ejército europeo, ¿para qué?*

Manolo Monereo: Héctor ha mencionado, y yo retomo el tema, que en el mundo multipolar que se avecina nuestros intereses no coinciden de ningún modo con los de Estados Unidos. Los intereses europeos nos acercan a una alianza con Rusia y con China, sobre todo con Rusia, porque ese país no tiene aspiraciones hegemónicas en Europa y porque su economía es complementaria de la europea. Deberíamos tener un acuerdo de cooperación y de desarrollo entre Europa y Rusia, un acuerdo de paz, de colaboración. Es un tema clave porque una vez que tienes definido que el enemigo ya no es

Rusia, todo lo demás cambia absolutamente. Un acuerdo europeo con Rusia significaría una reducción de armamento en Europa, y eso quiere decir menos para más y no al revés. Sería deseable una especie de confederación de ejércitos europeos, con una industria militar propia. La cuestión a decidir es si un ejército europeo tomado en serio es complementario de la OTAN o ha de sustituirla. Yo soy partidario de un ejército europeo que sea autosuficiente y por tanto entre en un proceso de desconexión de la OTAN. Europa necesita un ejército adaptado a necesidades nacionales y a los planes de defensa, pero alejándose de la OTAN, porque lo que están pretendiendo Macron y Merkel actualmente es hacer crecer los arsenales militares y nucleares de Europa pero al lado de la OTAN, reforzando la defensa europea con la OTAN frente a Rusia.

—*Pero Estados Unidos no aceptará ese planteamiento que defiendes*.

Manolo Monereo: Claro. Estados Unidos no puede aceptarlo, lo que quiere es que le compremos armamento. Pero la política de defensa europea es donde mejor se puede ver el modelo confederal que proponemos. Es decir, o ejército europeo o OTAN, las dos cosas juntas no, porque eso solo nos lleva a una carrera de armamentos y a satanizar a Rusia. Lo que necesitamos es una política europea decidida por las potencias europeas que establezcan un acuerdo con Rusia bajo una concepción democrática y abierta de un nuevo orden económico y político militar internacional que no conduzca un enfrentamiento, que es lo que quiere Estados Unidos. Como muy bien dice Rafael Poch, el objetivo real de Donald Trump es China. A Europa no le conviene entrar en ese juego.

—*Para acabar con el tema Europa: Han fracasado las conversaciones sobre la reforma del euro; no se ve por ninguna parte ningún signo de avanzar hacia una mayor democratización; más bien es al revés, se consolida la hegemonía alemana a través del eje franco-alemán. ¿Qué creéis que le depara el futuro a esta Unión Europea?*

Héctor Illueca: Probablemente se avecina una crisis que quizas está ya en marcha y que se profundizará. Acabará haciendo saltar

en pedazos a todo el continente si no aparece una alternativa del tipo que comentábamos. La Unión Europea no sobrevivirá, no sabemos si será por la crisis italiana o si será otra crisis en cualquier otro país de Europa, pero lo que sí está claro es que el tipo de construcción europea que se ha producido es completamente insostenible, provoca tal factura entre centro y periferia, implica tal tipo de jerarquías de Estado en el seno de la Unión, donde unos ganan y otros pierden permanentemente, que eso a la larga resulta insostenible. En el modelo actual del euro hay unos países que conservan su competitividad, que pueden financiar sus estados del bienestar y que preservan su soberanía a costa de otros países, entre ellos el nuestro, que van perdiendo competitividad, que se van desindustrializando, que ven pisoteada su soberanía y que al final ven laminados sus estados de bienestar y este modelo a la larga es insostenible. La crisis italiana es muy seria y puede acabar suponiendo una fractura de esta Unión Europea, no digo del proyecto europeo, porque lo que tenemos no creo que sea un proyecto verdaderamente europeo. En esta Unión Europea que nos aboca a la Europa de entreguerras está aflorando un nacionalismo exacerbado, pero ¡cuidado! cuando hablamos de un nacionalismo exacerbado no estamos hablando solo de Salvini, no estamos hablando solo de Austria o de Polonia o de Hungría o de Francia, estamos hablando en primer lugar del nacionalismo alemán, de un nacionalismo económico que construye un consenso gigantesco en el país a base de una política neomercantilista que tiene como objetivo arruinar a sus vecinos. A eso se le llama nacionalismo económico, que de alguna manera ha fabricado un compromiso en el que está metida la derecha, la izquierda, los sindicatos, pero empieza a agrietarse. Es un modelo que ha funcionado muy bien durante décadas, prácticamente desde la reunificación alemana. El nacionalismo económico alemán ha convertido el proceso de construcción europea en un proceso de colonización donde unos países están especializados en perder y otros están especializando en ganar.

Manolo Monereo: Estas observaciones que ha estado haciendo Héctor son muy importantes. Quien rompe las reglas del juego de la

construcción europea es Alemania, porque genera una política que se basa en superar permanentemente su balanza de pagos castigando países básicamente del Sur. Como sugiere Héctor, el proceso de integración europea no se puede basar en una competencia entre los grandes y los pobres para que ganen siempre los grandes. El gran problema de Europa es Alemania. Nosotros tenemos que competir con alemanes con las reglas de Alemania. Alemania, después de la reunificación aceptó ir a la Unión Monetaria Europea siempre y cuando se hiciera con las reglas qué Alemania imponía. Eso ha caracterizado al euro. Y todo el mundo sabe hoy que el euro no es mantenible. Se dice con otras palabras, que está mal diseñado, que está mal hecho, pero el problema de fondo es clarísimo. Imagina, como presupongo yo, que llega una nueva crisis, tal vez en el primer semestre del año que viene, como empiezan a descontar ya los mercados. Suponte que cuando España no ha salido todavía de la crisis, de pronto tenemos un millón más de parados. La izquierda no está preparada para eso. VOX ha preparado una línea de resistencia que es imputar la crisis que viene a las políticas de Pedro Sánchez. VOX, PP y Ciudadanos afirmarán que la crisis es culpa de Pedro Sánchez, con un gobierno apoyado por Unidos Podemos…

—*Y dices que la izquierda no está preparada para resistir ese embate.*

Manolo Monereo: Héctor Illueca y yo llevamos años denunciando una cosa que no se quiere entender, que es que en 2007/2008 lo que se puso en crisis fue la globalizacion neoliberal. No ya el trilema de Rodrik, sino la globalización en sí. Mi opinión es que la izquierda no está en condiciones de pensar un escenario para los próximos años con una crisis económica internacional de grandes dimensiones. Y nosotros creemos que eso pasará pronto.

—*Pasemos a otro tema. La izquierda tampoco parece estar en condiciones de pensar una salida para la crisis catalana. Me pregunto si tenéis alguna idea sobre cómo salir de este atolladero*

Héctor Illueca: Cuándo se habla de la crisis catalana de lo que en realidad se habla es de una crisis constitucional. No descubro nada si digo que España hoy no tiene Constitución territorial. La

Constitución territorial se fue definiendo progresivamente, después de la aprobación de la Constitución, a partir de un equilibrio entre el Estado y las comunidades autónomas que iban aprobando sus propios estatutos de autonomía, en el caso de Cataluña primero mediante acuerdos en el Congreso y posteriormente con ratificaciones en referéndum. Es evidente que eso ha saltado por los aires después de la sentencia del 31/2010 del Tribunal Constitucional, y se ha planteado una situación anómala en la que un poder constituido –el Tribunal Constitucional– anula una disposición del Poder Constituyente. Eso efectivamente ha desencadenado una movilización social de carácter independentista muy importante, ahora bien, yo creo que eso fue el desencadenante, pero las causas profundas de esa movilización social, de ese descontento, tienen muchísimo que ver con otra crisis constitucional de la que nunca se habla, que es la crisis de la constitución económica y social pactada en 1978. Difícilmente puede discutirse que esa movilización independentista de alguna manera es la transfiguración de un descontento, de un malestar generado por la crisis económica, pero sobre todo por la gestión de la crisis que se ha hecho y por lo que supuso en términos de expectativas truncadas para grandes masas populares. Vivimos una crisis constitucional de grandes dimensiones porque el contrato social incorporado a la Constitución de 1978 para mucha gente ya no significa nada. ¿Qué significa el derecho a la vivienda para la gente joven? No significa nada. ¿Qué significa el derecho al trabajo con los niveles de paro que hay? No significa nada. ¿Qué significa el derecho a las pensiones, la salud pública, la educación? La arboladura de la Constitución económica y social sancionada por el pueblo español en 1978 ha sido completamente desarticulada desde la crisis por las políticas de austeridad impuestas por la Unión Europea, y esta crisis está en la raíz de lo que posteriormente ha venido pasando en Cataluña.

La solución de la crisis catalana pasa por buscar, y tampoco estoy descubriendo el Mediterráneo, un nuevo encaje de Cataluña en España dónde ambas se sientan cómodas. Y eso tiene que ver con un modelo de tipo federal, que es el único que puede permitir

reconstruir la articulación territorial. Me estoy refiriendo a la reforma del Senado, a un nuevo Estatuto de Autonomía, a un modelo de financiación justo. Pero no es posible resolver el problema de Cataluña sin resolver la crisis de la Constitución social. En España no habrá solución si no se pone sobre la mesa un nuevo contrato social que ofrezca garantías a las capas populares de que sus principales derechos y sus principales expectativas, sus intereses más básicos, van a verse respetados y abordados en un nuevo marco constitucional. Y al revés, no habrá solución a la crisis social si no es posible un replanteamiento de los parámetros fundamentales que hicieron posible la convivencia en el país durante 40 años. Yo creo que esa es una clave fundamental y no suele reconocerse que los dos problemas están estrechamente unidos y si no se intentan resolver a la vez no se van a resolver. En España hoy no se ha puesto sobre la mesa este debate, pero un nuevo proceso constituyente no es un simple deseo, sino una necesidad histórica. Sin embargo, hay un obstáculo que bloquea que este país pueda tener un horizonte y es la existencia de la monarquía. Nadie quiere abrir ese melón, es el obstáculo que está bloqueando el futuro del país.

Manolo Monereo: Yo me niego a pensar que detrás del problema catalán no hay un problema de clase y entre clases. El modelo democrático federal socialista republicano garantiza mucho más que el independentismo los derechos sociales y el autogobierno de Cataluña; en ese modelo el pueblo catalán será más soberano que lo que defienden los independentistas. Nosotros no somos independentistas, sino federalistas, porque unimos cuestión nacional, cuestión de clase, república y anticapitalismo. Y eso es lo que yo creo que la izquierda en Cataluña no ha hecho en los últimos años de hegemonía nacionalista. Un nacionalista catalán, Puigdemont por ejemplo, quiere la República catalana en el marco de la Unión Europea. Bueno, la soberanía que tiene hoy el Estado español sobre Cataluña es mucho menor que la soberanía que tiene la Unión Europea. ¡Si España es un proyecto en retirada! ¿Por qué se enfrentan con los que se retiran y no con Bruselas? Pues eso tiene que ver con la definición de clase del nacionalismo catalán. Yo

niego que se pueda ser de izquierdas y luchar por un independentismo que acepta la Unión Europea. En eso son más coherentes las CUP. Donde se equivocan es en ser base de masas de un nacionalismo gran burgués catalán al que lo único que le preocupa es luchar contra España, pero defiende una Europa neoliberal y antidemocrática alemana. El autogobierno de la población catalana será mucho más fuerte en una España republicana y socialista que en una Europa neoliberal.

—*Hablemos entonces de esa República.*

Manolo Monereo: Para nosotros la República significa la ruptura democrática. La monarquía ha sido siempre oligarquía, dictadura, democracia censitaria, ausencia de libertad, caciquismo… eso era para nosotros la monarquía. Que hoy se hable de la monarquía constitucional como si fuera democrática es el producto de la transición política española. Lo que nosotros reclamamos es un proceso constituyente que defina las características de una república federal democrática y socialista. Y reclamamos la soberanía porque hay dos poderes situados por encima del poder del pueblo, que son la oligarquía interna que determina el poder político, y la oligarquía externa que determina a la Unión Europea. Poderes opacos, fácticos, que están por encima de la soberanía popular. Sin acabar con ellos nunca habrá soberanía popular. Sin olvidar que la Unión Europea, que tiene unas características profundamente antidemocráticas, se superpone a la Constitución Española, obligándola en una determinada dirección. Por eso el concepto de soberanía está retornando, porque retorna el de oligarquía y el del feudalismo.

Héctor Illueca:: Las fuerzas sociales y políticas progresistas y de avance para el país que surgieron como consecuencia de la crisis no están aquí solo para desbancar a Susana Díaz o para echar a Rajoy. Ni siquiera para frenar a VOX. Yo creo que emergieron para liberar a su país del yugo de la Unión Europea y proclamar una república. Una izquierda a la defensiva que no sea capaz de inscribir su horizonte en un proyecto de país es una izquierda que será invariablemente derrotada. En el fondo, cuando hablamos de República lo estamos haciendo de una nueva idea de libertad.

Frente a la idea liberal de libertad, que pretende el reconocimiento de un espacio individual libre de interferencias del Estado, la idea republicana de libertad va más allá, tiene que ver con lo que podríamos denominar la ausencia de dominación y de dependencia, propone una idea de ciudadanía basada en que ninguna persona dependa de otra o pueda verse condicionada por otra hasta el punto de que acabe por entablar con ella una relación de dominación. La República es el estado que tutela la libertad republicana.

El Viejo Topo,
Núm. 372, enero 2019

Crisis de las ideologías e ideologías de LAS crisis
El futuro como problema político

I
La normalización de la excepción

Normalidad y excepción se suceden en fases donde se engarzan orden, caos y orden de nuevo. En el trasfondo, los ciclos del capital en su evolución histórica; cuando estos coinciden con cambios en la hegemonía geopolítica, la economía-mundo capitalista muta, cambia sustancialmente y entramos en una etapa percibida por los actores como "caos sistémico". El desorden lo invade todo, los viejos equilibrios se transforman, las identidades cambian y el futuro se convierte en un problema. No sé, como diría el joven Mao, si el momento es excelente o no, simplemente constatar que el avance histórico está conectado con épocas de crisis. Como siempre, su resultado nunca está escrito y depende de la capacidad de los actores, de su fuerza y decisión.

Estar en crisis exige "resituarse" en el mundo; paradójicamente, obliga a cambiar nuestra relación con el pasado y, desde ahí, otear el futuro para volver a un presente entendible. Situación de excepción y estado de excepción siempre están relacionados. Así ha sido, al menos, desde la Modernidad; lo hemos vivido muchas veces. De hecho, estamos en la crisis de la segunda globalización capitalista en la que entrevemos un capitalismo que cambia en sus fundamentos, una transición geopolítica de grandes dimensiones en medio de una crisis ecológico-social del planeta. La gran novedad de esta fase, insisto, percibida como caos y desorden, es que el giro geopolítico pone en crisis a Occidente como cultura dominante y emergen viejas, sofisticadas y dominadas civilizaciones como China y la India.

En un contexto como este, se impone clarificar el punto de vista. Se habla, con razón, de crisis de las ideologías; más adelante

volveré sobre ello. Solo, como punto de partida, lo siguiente: crisis es también retorno, vuelven todas las ideologías, incluso las peores; otras cambian, pero lo que aparece es un vacío, una subjetividad derrotada, sepultada bajo los carros de los vencedores. Me refiero al socialismo como cultura, organización y proyecto de superación del "desorden" capitalista y construcción de una sociedad sobre bases humanas y fraternas. Lo que se está agotando ante nuestros ojos es una etapa histórica marcada por la irrupción de las masas en la política como sujeto autónomo, el protagonismo de los de abajo y su capacidad para disputar la hegemonía a una burguesía conquistadora e imperial que estaba creando un mundo a su imagen y semejanza.

Situación de excepción y estado de excepción van juntos. La democracia realmente existente, la que conocemos y hasta valoramos, ha venido funcionando porque obligaba, no solo a reconocer el conflicto de clases, sino a construir un tipo de capitalismo donde la democracia constitucional fuese factible. Los cambios sustanciales en la economía capitalista están modificando la relación entre la economía y la política y, más allá, ponen en cuestión la democracia que hemos conocido hasta ahora, entendida como autogobierno de las poblaciones, como soberanía popular. El estado de excepción es siempre una decisión soberana; cuando esta ya no depende de la ciudadanía, emerge el poder, los poderes de hecho.

II
Vivir con el miedo

Hay una tradición bien asentada que afirma que la política, el Estado, tienen su fundamento en el control social del miedo; producir seguridad, cohesión e identidad como requisito previo y básico de toda comunidad política. Seguramente el dato más relevante de nuestras sociedades es una necesidad ontológica de seguridad. Las poblaciones demandan protección, certezas y orden en un mundo que se les hace cada vez más ancho y ajeno ante un futuro, no solo indeterminado, sino oscuro, problemático, que se atisba como negativo. El "progreso" fue el pasado y parte del

presente, no así el futuro. La “inseguridad existencial” es la vida de los “comunes y corrientes”; lo nuevo es que estos ya no tienen referentes ideales y políticos.

No hay que ser demasiado lúcidos para entender que esta demanda de seguridad frente al miedo tiene mucho que ver con la hegemonía política, económica y cultural de la globalización neoliberal. Aquí conviene detenerse un momento. El funcionamiento del capitalismo siempre se ha dado en contextos no capitalistas y ha necesitado de estos para su propio funcionamiento. De hecho, la historia del movimiento obrero como sujeto político ha estado siempre unido a la corrección de sus efectos y a la desmercantilización. La tensión entre capitalismo y sociedad siempre ha existido; lo nuevo, una vez más, es, como Polanyi nos enseñó, la pretensión de las élites capitalistas de re-mercantilizar el conjunto de las relaciones sociales, especialmente la fuerza de trabajo. El consenso en torno al Estado social tenía mucho que ver con su capacidad para dar seguridad a las clases subalternas y, más allá, a un conjunto amplio de la población. Las generaciones que protagonizaron la lucha social, el conflicto de clases y el cambio político en Europa, lo vivieron como conquista, como progreso irreversible y como sólida ancla para clarificar el futuro. Es esta percepción histórica la que ha cambiado y la que hoy determina, en gran parte, nuestro presente.

III
La rebelión de las élites y la desintegración del pueblo

El lector atento comprenderá que estamos viviendo un “momento Polanyi”, es decir, la reacción de las sociedades (desde su propia historia, desde su propia correlación de fuerzas y desde su horizonte de futuro) a un conjunto de políticas que han afectado negativamente a su vida, han cuestionado sus identidades históricamente constituidas y les han robado el futuro en sentido estricto. En todas partes, el mismo fenómeno, lo que cambian son las respuestas. ¿Qué es lo nuevo? La rebelión de las élites, su desprecio al pueblo, a su triste papel de inadaptados, de

perdedores, de incapaces de entender y comprender el mundo global, dinámico y abierto que están construyendo.

Hay una segregación económica, social, territorial y cultural –los chalecos amarillos en Francia lo expresan muy bien–, que separa a unas élites ampliadas de un pueblo marginalizado, precarizado y sin poder, que siente que ha perdido identidad y protagonismo y que, desesperadamente, busca salidas desde su memoria histórica, desde sus imaginarios sociales y desde una práctica que no acaba de convertirse en proyecto y en estrategia. Esta escisión está presente en todas las sociedades europeas. El problema es que la realidad creada por los medios no la dejan ver y, cuando emerge, siempre lo hace como excepción, cuando no como amenaza. De nuevo, hay que hablar de percepciones socialmente creadas.

La dictadura de lo políticamente correcto actúa como un discurso disciplinario que margina y criminaliza a los otros "discursos", los no convencionales, los contrapuestos, los antagónicos. Las rebeliones lo son también frente a los medios y a su supuesto control de la opinión pública. En todas partes, excepciones que confirman la regla de una reacción de la sociedad a políticas, prácticas y concepciones que la convierten en sujeto pasivo de una historia que va contra ellas.

Lo que está ocurriendo en países como Brasil ante el fenómeno Bolsonaro ayuda a entender lo que digo. Lo podríamos definir de la siguiente forma: anticomunismo sin comunistas, antisocialismo sin socialistas, contrarrevolución sin revolucionarios. Es una señal que marca una época. Las élites dominantes sienten que ya no tienen enemigo, que ya no tienen fuerzas que se les opongan existencialmente. Por decirlo de otra forma, que ya no tienen que pactar su modo de vida, sus privilegios, sus creencias, con una plebe, por fin, sometida, sin proyecto y con una débil capacidad de respuesta. Entiéndase bien, lo que está en cuestión es el reformismo. Hablar del programa del PT brasileño como el de una fuerza comunista, socialista, revolucionaria no deja de ser una exageración histórica. Lo que el sistema no admite hoy es el reformismo en sus versiones fuertes o débiles y lo que aparecen son unas élites con la aspiración de imponer sus prejuicios a toda la

sociedad. ¿Qué queda de la democracia? Su aspecto más formal, un procedimiento para seleccionar las élites gobernantes. ¿Qué desaparece? La democracia entendida como medio para conseguir justicia social, igualdad sustancial entre hombres y mujeres y desarrollo de las libertades públicas. En definitiva, una democracia que no decide nada fundamental, que tiene que aceptar los dictados de unos poderes económicos que han conseguido capturar al Estado y lo han puesto a su servicio.

El anti estatalismo neoliberal siempre ha sido falso. Los poderes económicos, mucho más en España, siempre han necesitado del Estado, han vivido de él y aspiran a seguir haciéndolo. Precisan un tipo de Estado que garantice sus poderes despóticos, su seguridad jurídica y, sobre todo, un modelo social que les permita mantener sus privilegios. La clave, poner fin al Estado social, es decir, a la regulación democrática del mercado, la defensa de los derechos sociales y la definición de políticas públicas que promuevan el pleno empleo.

IV
Crisis de régimen/crisis generacional: El bloqueo del futuro

Llevaba razón Ortega, la juventud está históricamente determinada y cada generación suele ser marcada por un hecho decisivo. Antes, los períodos de la juventud estaban señalados, eran conocidos y quedaban establecidos por un conjunto de momentos iniciáticos. Esto ya no es así. ¿Cuándo comienza y cuando termina la juventud? No lo sabemos realmente. La EPA lo establece como la edad de trabajar, de los 16 a los 30 años. Todo lo demás es arbitrario. Se pueden decir dos cosas para ir concretando. El período de juventud tiene que ver ya poco con la biología y lo que hoy lo determina es la emancipación familiar que, dicho sea de paso, en España es muy tardía. La juventud es, desde el punto de vista social, un complejo que encierra varias dimensiones de clase, de territorio, de género, de nivel educativo…

No es este el lugar para entrar en un análisis a fondo sobre el mundo de la juventud. Solo indicar que está muy condicionada por

la estructura familiar, el sistema educativo y el llamado mercado laboral. Algo parece claro: es la gran perdedora de la crisis y a la que no ha llegado realmente la supuesta recuperación económica. Altas tasas de desempleo se combinan con bajos salarios, gran precariedad y pésimas condiciones laborales. Se puede afirmar que la juventud, en gran medida, carece de derechos laborales y trabaja en condiciones de sobreexplotación.

Se dice con frecuencia, para definir la situación, que los hijos vivirán en peores condiciones que sus padres. ¿Qué se quiere decir realmente con esto? Que los jóvenes se hoy serán los pobres del futuro. Esta condición aparece velada por un dato conocido y es que la juventud, en gran parte, sigue viviendo del capital social acumulado por su familia. La etapa de la juventud es hoy, para una mayoría, una transición hacia la pobreza y ellos lo saben. El futuro es el problema y ante él caben dos opciones, afrontarlo o eludirlo; es decir, conquistar un futuro diferente o vivir al día y sumergirse en el presente. Una situación similar se ha dado en otras ocasiones en generaciones todavía vivas. Lo que el sistema ofrece es la salida individual, el sálvese quien pueda en un mundo de ganadores y perdedores.

Esta generación se ha constituido en torno a dos hechos históricos todavía vigentes: la crisis del régimen y el movimiento 15M. Parece evidente que la crisis económica fue aprovechada por los poderes fácticos para romper el pacto social en el que se basaba el régimen del 78. El 15M fue una reacción masiva, en gran parte protagonizada por los jóvenes, contra unas políticas que consideraban un golpe de Estado de hecho. Se ha afirmado que esa movilización fue importante pero minoritaria, ocultando que la opinión pública la apoyó ampliamente y, lo que es más significativo, su plataforma ideal fue apoyada por un bloque político transversal. En gran medida, Podemos recogió, supo traducir electoralmente, una aspiración social y generacional que modificó el sistema de partidos, la agenda política y obligó a los poderes a responder a la altura de los desafíos. Lo que vino después es conocido. Las élites hicieron los suficientes cambios para afrontar el reto y pasar a la ofensiva. Se emplearon todos los métodos posibles, desde la

creación de Ciudadanos pasando por una campaña brutal de los medios de comunicación y el uso sistemático de las llamadas cloacas del Estado.

No tenemos todavía la perspectiva para saber si la dirección del movimiento estuvo o no a la altura de una situación histórica excepcional. Los poderes consiguieron frenarlo, hicieron todo lo posible por dividirlo y reducir su tamaño electoral. Durante un tiempo, se habló de la excepción española o ibérica, caracterizada por un movimiento democrático radical, un Partido Socialista todavía significativo, una fuerza capaz de disputarle la hegemonía a la socialdemocracia y, sobre todo, la inexistencia de una fuerza de extrema derecha de masas. Parece que este escenario está cambiando. Los resultados de las elecciones en Andalucía dan pistas de que algo fundamental se está moviendo en nuestra sociedad.

¿Estamos ante el agotamiento del impulso del cambio que protagonizó el 15M? Y si es así, ¿qué consecuencias tendrá para la juventud? Preguntas comprometidas que obligan a reflexionar. Podríamos partir de la hipótesis de que se está iniciando una etapa caracterizada por la *frustración del cambio* que incorpora desmoralización, repliegue, pasividad y una pérdida de compromiso político colectivo. Si esto fuese así, el retorno a lo privado, a la salida individual, estaría abierto. Se podría añadir la aparición de una nueva juventud ligada a un nacionalismo español en crecimiento.

V

Ideologías de la crisis: Un pasado que vuelve cargado de futuro

Volvemos al principio. No hace demasiado tiempo se afirmaba con rotundidad que estábamos ante el fin de las ideologías, que las derechas e izquierdas tenían poco sentido y que lo importante era resolver los problemas desde la pericia de los técnicos. La Unión Europea fue la esencia de este mensaje. Había una sola política económica (la neoclásica). Esta tenía que estar en manos de técnicos que supieran, conocieran e interpretaran sus secretos; la economía era demasiado importante para dejarla en manos de la

soberanía popular y, más allá, había que combatir la pretensión de políticas alternativas a la oficial sobre bases socialdemócratas o de izquierdas, descalificadas sin más como populistas.

El pasado tiende a volver. Todas las ideologías retornan. Reaparecen (nunca se fueron del todo) el nacionalismo, las derechas duras, las extremas derechas xenófobas y, en muchos sentidos, racistas. El populismo de derechas se organiza como fuerza de masas buscando asentarse sólidamente en las clases trabajadoras. La religión vuelve como sujeto político apoyando al archipiélago de las derechas y con la aspiración de influir decisivamente en la agenda política. Lo singular, un Papa católico progresista en medio de la reaparición de todo tipo de fundamentalismos religiosos.

Al principio me referí a un vacío. Hay que volver a él. Al final, la decadencia de las ideologías acaba siendo la de una de ellas, la que ha presidido durante casi dos siglos un movimiento de masas de crítica al capitalismo y de apuesta por el socialismo. Este movimiento fue realmente global y determinó toda una época histórica. El capitalismo sin enemigos no tiene donde mirarse, ni corregirse, ni reformarse. Su variante bajo hegemonía financiera ha conseguido unificar el mundo, incrementar salvajemente las desigualdades sociales entre los Estados y en el interior de los mismos. De nuevo, ruidos de crisis y de amenaza de una recesión cercana. Es la otra cara de este capitalismo triunfante.

La contradicción es muy fuerte: este tipo de capitalismo se opone, rechaza cualquier tipo de reformas. Es más, se podría pensar que estamos viviendo en todas partes una contrarrevolución preventiva como si el sistema anticipase una crisis que podría ser definitiva. En este contexto, renunciar al ideario socialista equivaldría a dejarle el futuro a la barbarie y bloquear la esperanza de un mundo justo e igualitario en paz con el planeta.

El Viejo Topo
Núm. 373, febrero de 2019

VACÍO ESTRATÉGICO:
EL GOBIERNO COMO OBJETIVO

I

Propósito. Hace unos días que se realizaron las elecciones generales y, cuando se publique este artículo, se habrán celebrado autonómicas, municipales y europeas. Esto tiene sus ventajas e inconvenientes, soy consciente de ello. Lo importante: abrir un debate en Unidas Podemos y, más allá, en la izquierda española desde la conciencia de que estamos en un fin de ciclo y que iniciamos una nueva "estabilización" del Régimen del 78; entrecomillar estabilización tiene mucho de advertencia: la etapa histórica es, a nivel global, de excepción, de mutación, de cambios profundos que, de una u otra forma, afectarán a nuestro país.

Para debatir sobre Podemos tenemos una dificultad: es un partido-movimiento ágrafo: no tiene programa, no emite resoluciones políticas y sus órganos de dirección suelen refrendar lo que se discute y se decide en otras partes. Es el secretario general quien define y deslinda las grandes decisiones y lo hace en ruedas de prensa, en libros y, sobre todo, en informes orales de los que no quedan resúmenes escritos ni conclusiones. Saber lo que piensa Podemos no es nada fácil.

II

La extraña soledad del reformista. No hace demasiado tiempo Pablo Iglesias, en un programa de Fort Apache, hizo una reflexión que conviene tener en cuenta: ¿por qué, con nuestro programa tan moderado, nos atacan tanto? La sinceridad iba unida a la veracidad. Los ataques contra Podemos han sido especialmente duros, sistemáticos y planificados. Algunos le hemos llamado *trama*, una alianza entre poderes económicos, clase política y las llamadas *cloacas* del Estado. Sin este "poder de poderes" no es inteligible lo que pasa en la política española.

Volvamos a la pregunta de Iglesias. Lo que se viene a decir es que el reformismo, fuerte o débil, ya no es posible tampoco en nuestras sociedades europeas. Esto es lo nuevo. Podríamos caracterizar la fase –lo he hecho alguna vez– del siguiente modo: reformismo imposible, revolución improbable. Estos son los dilemas reales de la izquierda europea; mejor dicho, de la izquierda en cada uno de los países pertenecientes a la Unión Europea. El debate es viejo, ¿cómo se es revolucionario en condiciones histórico-sociales no revolucionarias? Para decirlo de otro modo, ¿cómo luchar por el socialismo en sociedades capitalistas avanzadas, enormemente estables y que han tenido, hasta ahora, la capacidad de usar el conflicto social como instrumento de desarrollo y estabilización?

No quisiera entrar en viejas polémicas. Solo constatar que en Europa apenas ha habido dos o tres coyunturas revolucionarias a lo largo de más de un siglo; lo que realmente ha existido son durísimos conflictos de clase en torno a reformas, a conquistas sociales para las clases trabajadoras que han cambiado profundamente nuestro entorno social. En su centro, una clase obrera organizada y partidos de masas que han actuado como agencias que han socializado la política, desarrollado la democracia y generado eso que se ha llamado el Estado social.

Pero esto es ya el pasado. Lo nuevo es que el sistema no admite reformas sustanciales, reformas estructurales o reformas no reformistas como nos planteó hace muchos años André Gorz. El pensamiento único neoliberal se ha convertido en política económica única que todos los Estados, de una u otra manera, están obligados a realizar. Se ha hablado mucho de candados en la Transición española. El candado más potente ahora lo forman los Tratados europeos que, como es sabido, constitucionalizan las políticas neoliberales y que consagra el artículo 135 de la Constitución española. Sé que hablar de esto es políticamente incorrecto y que de la UE no se habla, ni siquiera en las elecciones europeas. Algún día alguien dirá que el “rey está desnudo” y aparecerá el sistema euro como una jaula de hierro, como una trampa que impide realizar políticas sociales avanzadas y, sobre todo, afrontar nuestro problema más acuciante, construir un nuevo

modelo de desarrollo social y ecológicamente sostenible comprometido con la democracia participativa y defensor de la soberanía popular.

El tema se puede mirar desde otro punto de vista: ¿qué poder real tienen hoy los gobiernos de los países de la UE? Menos que antes, mucho menos. El politicismo todo lo confunde y esto mucho más. De aquí no cabe deducir que gobernar no tenga ninguna importancia. Los gobiernos, bueno es recordarlo, no tienen soberanía monetaria ni, en muchos sentidos, fiscal; están estructuralmente limitados por poderes ajenos que los convierten en periferias económicamente dependientes y políticamente subalternas de un centro organizado en torno a Alemania. Lo que intento decir es que gobernar, aquí y ahora, exige plantearse en serio cambiar las relaciones de España con la UE; es decir, prepararse para un conflicto especialmente duro, claro está, siempre que se esté dispuesto a realizar reformas de verdad y no meras correcciones del modelo.

Si algo ha quedado claro, antes y después de las elecciones, es que el gobierno de Sánchez considera los “criterios” de la Comisión Europea punto de partida imprescindible para la gobernabilidad del país. No nos engañemos ni tampoco engañemos; el contenido del consenso de los poderes económicos son las reglas que vienen de Bruselas. La soberanía limitada de España es la condición de su fuerza y su capacidad para influir en los gobernantes. ¿Alguien cree, a estas alturas, que se puede nacionalizar el sector eléctrico sin enfrentarse a la Comisión? ¿Alguien cree realmente que se puede intervenir el sector financiero y crear una banca pública con la aprobación de Bruselas? Se ha dicho que un gobierno de izquierdas tiene que escoger entre traicionar o perecer. Lo que queda claro es que debe elegir entre resolver los problemas vitales y reales del país y sus gentes y unos criterios impuestos por los poderes económicos europeos.

Esto va más allá de la economía y afecta a la democracia y a la soberanía popular. Gobierne quien gobierne, se acaban haciendo las mismas políticas o parecidas. Se degradan los derechos laborales y sindicales, el Estado social entra en una crisis

permanente y renace la pobreza en contextos de desigualdad extrema. El día a día puede dejarnos sin estrategia, pero, si esto no cambia, es decir, si las políticas neoliberales no son, de una u otra manera, superadas, los problemas actuales se agravarán, los populismos de derechas seguirán creciendo y los nacionalismos se irán imponiendo en nuestras sociedades. Nuestras democracias solo son viables si se identifican con la justicia social, si fortalecen el poder contractual y de negociación de las clases trabajadoras, si son capaces de controlar a los poderes económicos y ofrecer a las mayorías sociales seguridad, protección y un orden democrático.

Insisto, gobernar importa, pero hay que subrayar sus límites, prevenir sus conflictos y, sobre todo, saber que la UE impone restricciones extremadamente exigentes a todos los gobiernos que intentan ir más allá del modelo neoliberal vigente. Este es el verdadero núcleo duro de un proceso de integración que, justo es decirlo, está en crisis en todas partes.

III

¿Crisis de régimen? ¿restauración vencedora? Vivimos al día, de acontecimiento en acontecimiento. La línea es siempre la misma: de la dirección política a los medios y de éstos, a las instituciones: se cambia de posición política sin decirlo ni someterlo a debate; es un "decisionismo" permanente. Hablar de estrategia es no decir ya casi nada. Ahora que se cierra un ciclo electoral, convendría plantearse en serio lo que, hasta hace no mucho tiempo, era un debate de fondo: ¿está en crisis el Régimen del 78? Uno puede recitar la Constitución como elemento de propaganda política para señalar la contradicción más evidente entre norma y realidad. Lo que no se puede es eludir el dato de que nuestra Constitución tiene un carácter cada vez más nominal, menos normativo y que elementos sustanciales de la misma (destacadamente la llamada cuestión territorial) están en crisis.

Lo que está ocurriendo es que la correlación de fuerzas está cambiando en favor de los partidos que defienden la continuidad de este régimen. Se podría decir de otra forma: se está agotando el impulso transformador del 15M y, con ello, las posibilidades de un

proceso constituyente en sentido estricto y de una revisión a fondo de la vigente constitución. El proceso electoral ha dado muchas señales del cambio de esta atmósfera social: desmovilización colectiva y "movilización" individual, privada; miedo e inseguridad vividos en familia y, lo fundamental, la desaparición de la actuación colectiva, solo visible en los actos de Vox.

En el debate electoral, la cuestión catalana perdió su centralidad, al menos fuera de Cataluña. La derecha intentó seguir tirando de ella, pero no tuvo capacidad de convertirla en un debate real. En el pasado, en la izquierda, se distinguió entre "crisis de Régimen" y "crisis de Estado"; hoy parecería que la crisis de Régimen devino crisis de Estado. Los que pensaron que el Estado español no existía, que iba a permanecer impasible ante su posible desmembración, se han dado cuenta que ha salido fortalecido del envite y, lo que es más grave, ha emergido un nacionalismo español con vocación de masas. En plena campaña, Pablo Iglesias –citando a Héctor Illueca– habló de que estas elecciones tendrían un contenido "materialmente constituyente", es decir, que de una u otra forma, los problemas de fondo jurídico políticos que requieren de reformas sustanciales, seguirán estando presentes y que deberán resolverse, destacadamente la cuestión territorial.

IV

Pablo y la ballena. Comentar unos resultados electorales invita a la melancolía. Todo el mundo gana, o casi, y pocos reconocen las derrotas. El campo político tiene sus reglas y tiende, sobre todo en etapas de normalidad, a ser auto referencial. Políticos, periodistas y encuestadores acaban definiendo posiciones, vencedores y vencidos, que terminan por construir expectativas que el resultado final confirma o niega.

Con el tercer peor resultado de su historia, el PSOE aparece como claro vencedor; el PP sufre una durísima derrota; Ciudadanos se dispone a hegemonizar el bloque de las derechas y emerge con fuerza Vox. Unidas Podemos "salva los muebles" con un duro retroceso en escaños y en votos. La campaña electoral ha estado marcada por el miedo, por los miedos transversalizados y la

carencia de propuestas políticas claras y solventes que solo Unidas Podemos ha intentado remediar. Pedro Sánchez e Iván Redondo –se veía venir desde hace tiempo– convirtieron su gobierno en una plataforma político-mediática: gobernar para ganar unas elecciones. Así desde el primer día cada iniciativa, cada pacto, cada ocurrencia, se convertía en instrumento para conseguir réditos electorales. Convendría recordar que el gobierno del PSOE nunca intentó dar cohesión y coherencia a lo que se llamó la mayoría de la moción de censura y que los pactos con Unidas Podemos fueron muy difíciles y bajo el ritmo que al gobierno le interesaba. Pablo Iglesias ha llamado a estos acuerdos tomaduras de pelo.

No hace falta ser un genio para comprender que la estrategia de Pedro Sánchez no ha variado en lo sustancial: volver a convertir al PSOE en la fuerza central de la gobernabilidad del país y que para ello era decisivo recuperar una clara mayoría en la izquierda; es decir, reducir lo más posible a Unidas Podemos. El PSOE, desde su refundación en Suresnes, siempre ha tenido claro que compartir la izquierda, reconocer su pluralidad interna y buscar acuerdos de gobierno era radicalmente contrario a su estrategia política. Pedro Sánchez ha sido fiel a esta doctrina desde el principio. La campaña electoral ha sido un fiel reflejo de esto. Polarizarse con las derechas, sobredimensionar el factor Vox y reclamar el voto útil para parar la involución que nos amenazaba. Solo le salió mal la jugada de los debates. Tezanos acertó, de nuevo, poniendo en pie una vieja tesis suya: la derecha no gana, pierde la izquierda; por eso, la clave era tensionar, usar el miedo a fondo y movilizar a la izquierda. Se intentó ir más lejos, ocupar el espacio de Ciudadanos centrándose aún más y convirtiéndose en la única fuerza de gobernar desde un “talante” moderado, sensato y racional.

La campaña de Unidas Podemos fue una audaz y típica estrategia populista: a) aprovechó a fondo las revelaciones del caso Villarejo para criticar a los poderes económicos y a los grandes medios de comunicación; b) denunció la injerencia permanente del capital financiero y de las grandes empresas en la vida política, en los partidos y en la formación de los gobiernos; c) criticó moderadamente al PSOE por su tradicional incapacidad para

enfrentarse a los que mandan y no se presentan a las elecciones; d) y, genialidad, convertir su apuesta de gobernar con Pedro Sánchez en una reivindicación social, en una conquista democrática contra los poderes fácticos.

Esta estrategia electoral ha continuado después de las elecciones y ha ayudado mucho a aliviar los malos resultados. Aquí entra en juego una compleja relación entre percepción y realidad. Dado que las encuestas vaticinaban un resultado mucho peor que el obtenido, la percepción de los mismos no es tan negativa. Esto es verdad, una media verdad que puede dar rendimientos, pero que no puede ocultar la pérdida de peso social de una fuerza política que nació con voluntad de mayoría y de gobierno y que entra en lo que, en otro lugar, he llamado "problemática IU". Se tiende a olvidar que las percepciones no son arbitrarias y que tienen fundamentos sociales. Cuando se dice que la percepción de los resultados de Unidas Podemos son mejores que los resultados mismos, no se tiene en cuenta que ésta estaba también marcada por un 21% de votos obtenidos y por 71 diputados en los anteriores comicios. Los próximos estarán marcados por los resultados de 2019.

La autocrítica de Unidas Podemos ha sido débil, centrada fundamentalmente en las crisis internas y sucesivas de Podemos. Hay un silencio clamoroso que todos vivimos y de lo que no se habla. Me refiero a la crisis político-organizativa de Podemos. La cuestión viene de lejos, se puso de manifiesto en las elecciones de Junio de 2016, en las pasadas andaluzas y estalla en las de 2019. Podemos ha perdido militancia, activismo, compromiso. Los círculos han ido languideciendo y la vinculación social cada vez está más diluida. La articulación organizativa básica lo es a través de los cargos públicos e institucionales y el trabajo real ha ido pasando a profesionales asalariados. Las "nuevas formas de hacer política" se han reducido a la aprobación *on line* de programas y listas electorales, la pluralidad interna ha ido desapareciendo y, paradójicamente, se hace más conflictual. Podemos se ha ido "cartelizando" y convirtiéndose en la forma usual, hoy dominante, de hacer y practicar la política.

La “problemática” IU, que ninguna percepción social puede borrar, es que, si queremos tener más fuerza en el futuro, mayor capacidad para tener alianzas y gobernar, necesitamos más organización, mayores vínculos sociales y generar un tipo de ejercicio de la política que vaya más allá de los cuadros profesionales. La política es algo más que aparecer en los medios de comunicación, tener poder institucional y gestionar parcelas gubernamentales.

V

Conclusión: gobernar como objetivo; gobernar como problema.

El “se hace pero no se dice” nunca ha sido una buena directriz política y suele ocultar derrotas profundas. El paso siguiente es convertir la ruptura en reformas y, lo que es nuestra costumbre nacional, restauraciones permanentes. Cambiar todo para que sigan mandando los grandes poderes; en el horizonte, pasar del “bibloquismo” al bipartidismo en cómodos plazos.

Podemos, Unidas Podemos, han construido un programa que en su centro tenía la voluntad de constituir una mayoría social capaz de gobernar y dirigir el país. Durante años esto se fue convirtiendo en una identidad. Lo que hoy se está defendiendo es otra cosa, gobernar con el PSOE como socio minoritario. Podemos retorcer las palabras hasta ahogarlas; lo que no podemos es engañarnos a nosotros mismos. Convertir a Unidas Podemos en una fuerza política que tenga como objetivo gobernar con Pedro Sánchez supone un cambio de política. Podremos decir que no hay alternativa, que no tenemos elección y hasta que no hay más cera que la que arde, pero la realidad es tozuda y se venga de quienes la desconocen.

Antes he hablado de la genialidad de Pablo Iglesias al convertir la propuesta de gobernar con el PSOE en una reivindicación social anti oligárquica. Así mismo, he señalado que el poder de los gobiernos es hoy menor que antes y que las políticas neoliberales están sólidamente constitucionalizadas en la UE y, derivadamente, en España. Hay un dato del que poco o nada se habla: el programa. La experiencia de estos últimos meses de aliados preferentes del gobierno de PSOE nos dice que hay diferencias y que estas son

muy importantes. Gobernar es siempre producto de una determinada correlación de fuerzas sociales y electorales, de una subjetividad organizada. Por otro lado, el Partido Socialista sigue con su guion conocido de gobernar en solitario y con geometría variable de alianzas. Las próximas elecciones municipales, autonómicas y europeas serán, a este respecto, especialmente significativas.

La pregunta sigue siendo pertinente: ¿Por qué el PSOE va a querer gobernar ahora con Unidas Podemos cuando casi los triplica en número de diputados? ¿Por qué no antes, cuando eran fuerzas similares?

El Viejo Topo
Núm. 377, junio de 2019

REFLEXIONANDO SOBRE CLASE, SOBERANÍA Y SOCIALISMO*

Javier Aguilera y Manolo Monereo

> *"La revitalización de una política socialista, que yo considero esencial para nuestro futuro como sociedades modernas"…"tendría que defender la democracia realmente existente, que resulta que es la que encontramos en el seno de los Estado-nación, y oponerse a su sustitución 'cosmopolita' por la ilusoria e irreal democracia supranacional. El socialismo democrático comienza por abajo; debe crecer desde ahí; donde las condiciones son realmente muy diferentes en los distintos países, como han documentado de nuevo los diversos resultados electorales nacionales registrados en estas elecciones europeas"*
> Wolfgang Streeck

Los textos que se reúnen aquí son lo que en la tradición comunista se llaman "materiales", es decir, intervenciones, documentos y aportaciones a un debate de enjundia que no ha hecho otra cosa que (re)comenzar. El tema es complejo y subversivo. Se trata de un retorno, de algo que se consideró históricamente finalizado y que vuelve con otras formas, con otros contenidos y, como siempre, provocando estupor y críticas feroces. Nos referimos a la cuestión de la soberanía y, específicamente, a la del Estado-nación. Siempre fue subversiva y piedra de escándalo. El debate entre filósofos y juristas (Kelsen/Schmitt; Heller/Duguit) nunca ha sido pacífico y delimitó campos antagónicos que se mantienen hasta ahora. En el fondo, se trata de las complejas y difíciles relaciones entre el poder en sentido fuerte y el ordenamiento jurídico constitucional.

La discusión teórica refleja problemas políticos reales y vuelve a situar en su centro la relación entre globalización y Estado-nación. Conviene advertirlo, la globalización fue, desde su inicio, un término ideológicamente cargado y un proyecto político en torno a la construcción de una futura hegemonía de los Estados Unidos, que habían ganado una guerra y que se habían convertido en la "superpotencia". Ideológico significa, en este contexto, algo preciso: refleja fenómenos reales pero oculta su comprensión, la hace imposible como concepto y funciona legitimando unos discursos que

se han convertido en hegemónicos y que hoy están en crisis. En el eje del debate, un Estado-nación que había perdido su centralidad y que era necesario superar para poder intervenir en un mundo interconectado e interdependiente que mostraba la novedad de una historia que se cerraba.

La realidad fue diferente y contradictoria con su narrativa. La globalización, desde su inicio, se manifestó como un proyecto estatal al servicio de una potencia que quería construir un nuevo orden internacional a su imagen y semejanza. Los llamados "tigres asiáticos" y, sobre todo, China, se consolidaron como Estados-nación precisamente porque no siguieron las directrices de los organismos internacionales dominantes y pusieron el poder político al servicio de la industrialización, del desarrollo educativo y de unas economías fuertemente competitivas. Todo esto ya es el pasado. Lo que hace 20 años pudo parecer dudoso, hoy ya no lo es; el "nuevo siglo americano" terminó muy pronto y ahora estamos en los inicios de una transición geopolítica de grandes dimensiones. El "pacífico y civilizado imperio" no ha creado un mundo unificado, gobernable y abierto a los problemas globales. Estamos en una guerra entre grandes potencias con poderosos Estados-nación al frente, definiendo espacios, alianzas, líneas de fractura y desplegando una intensa y renovada carrera de armamentos. La "trampa de Tucídides" está ahí, delante de nosotros.

Que existe una dictadura de lo "políticamente correcto" y que actúa como un discurso disciplinario, no cabe la menor duda. Recientemente han salido tres monografías sobre el concepto de soberanía. La primera, de Emilio Gentile (traducida al castellano con el nombre *La mentira del pueblo soberano en la democracia*); la segunda de Alessandro Somma, *Sovranismi*; la tercera, de Carlo Galli, *Sovranità*. Los tres autores (connotadas personalidades académicas), defensores –desde distintas perspectivas– de la vigencia de la soberanía, y los tres fuertemente polémicos con el tipo de democracia que se está configurando en los países de la Unión Europea. Carlo Galli evalúa el problema denunciando directamente la corrección política que hoy domina en los medios de comunicación y en la sociedad; para este profesor de la Universidad

de Bolonia, hablar hoy de soberanía significa despreciarla o mofarse de ella. Defender la soberanía implica ser considerado un mal educado, un troglodita, cuando no demonizado como fascista. Es algo caduco, tribalismo, nostalgia, racismo, nazismo; necedad o delito. El cosmopolitismo es el bien; la soberanía, en su angustia espacial, es el mal. Si se debe hablar de soberanía sería la de los Estados Unidos de Europa, pero debe nacer ajena a la lógica de la soberanía estatal. Se podría continuar.

La paradoja es, al menos, significativa. Toda la arquitectura de las vigentes democracias constitucionales se fundamenta en la soberanía popular, todos los sistemas políticos se legitiman porque el poder deviene de un pueblo soberano. Es más, en el llamado conflicto de Cataluña, la legitimidad de la intervención del Estado se basa en la soberanía de un pueblo (el español) que ya se ha autodeterminado. ¿Por qué es subversivo defender la soberanía popular aquí y ahora? Porque significa enfrentarse con la Unión Europea y oponerse al tipo de democracia, mejor post democracia, que, lentamente se va imponiendo en los países que conforman la UE; “democracias recitativas”, como las define Emilio Gentile, “que tienen como escenario al Estado, como actores protagonistas a los gobernantes y como comparsa ocasional, al pueblo soberano, que entra en el palco solo para la escena de las elecciones, mientras que el resto del tiempo asiste al espectáculo como público”; el conocido especialista en el fascismo italiano, con cierta ironía, habla de que las constituciones de las democracias recitativas ya no comenzarán por aquello de “nosotros, el pueblo”, sino más bien por “nosotros, los gobernantes”.

Todo esto sería puro debate académico si no reflejase problemas reales y conflictos políticos que no hacen otra cosa que crecer. Detrás, hablemos claro, lo que está son los populismos de derechas y los nacionalismos que crecen en todas partes. Es el gran debate, son los enemigos a batir y se han convertido en el “imperio del mal”; a veces, parecería que son el mal absoluto. La corrección política actúa rápida y con fuerza, la defensa de la soberanía nacional, el cuestionamiento de la UE, el hablar en serio de la emigración o cuestionar las reglas de juego neoliberales es directamente

populismo de derechas; sin transición, fascismo. Y para que no nos olvidemos del todo del viejo imperio del mal, Putin es culpable y Rusia también.

Estos materiales que presentamos son la expresión de una corriente político-cultural que intenta organizar un sujeto político con voluntad de mayoría. El punto de partida, como dicen Formenti y Visalli, es que la izquierda realmente existente en Italia no representa a las clases subalternas. Sigue habiendo una izquierda cultural y social significativa, pero ya no es un sujeto político ni actúa como tal; las clases populares votan masivamente al Movimiento 5 Estrellas y a la Liga de Salvini. Adiós a la izquierda política y cultural más fuerte de Europa, al movimiento obrero mejor organizado y más creativo. Asombra que el problema siga siendo explicar a Salvini y no plantearse en serio por qué la deriva político-estratégica que hizo posible la destrucción de una cultura nacional-popular sólidamente asentada en el país. A recordar el dramático y lúcido libro de Lucio Magri *El sastre de Ulm*, editado por El Viejo Topo hace unos años, que sigue siendo un trabajado y honesto intento de explicar un declive, una decadencia que no por anunciada dejó de marcar la vida de centenares de miles de personas huérfanas de referentes morales e ideales.

Los autores se refieren continuamente a estos problemas y han dedicado tiempo, trabajo y libros a intentar explicarlo. Constatan un hecho común en diversos países, consistente en la creciente escisión de las sociedades en dos campos, uno minoritario –fuerte y compacto– que engloba a los poderes fácticos y a una parte de la clase política que defiende un modelo cosmopolita que sigue abrazando la globalización y que postula una forma-política de democracias limitadas y, cada vez, más formales. Al otro lado, una mayoría social perdedora, sin horizontes de futuro, condenada al aislamiento y a la postración. Constatan las demandas crecientes de protección, de seguridad y de justicia. Constatan los modelos sociales que se van imponiendo basados en la desigualdad, la precariedad y en las nuevas forma de pobreza. Constatan la creciente separación entre las élites políticas y las clases populares y, específicamente, el de una supuesta izquierda que no tiene otra

respuesta que el desprecio a unas poblaciones que no entienden, de las que no se sienten parte y a las que consideran definitivamente perdidas en el folclore patriotero de los diversos populismos de derechas o nacional-conservadores.

Sorprende que el *Manifiesto por la soberanía constitucional* se haya convertido en piedra de escándalo. Lo que proponen los autores no es nada nuevo. La Constitución italiana como hoja de ruta para refundar el Estado, desarrollar los derechos sociales, defender las libertades y hacer posible lo que la Constitución exige, la soberanía popular frente a la dominación externa y el control interno de la oligarquía. La soberanía democrática como programa, como propuesta a realizar. Un Estado fuerte (los autores lo llaman keynesiano) capaz de regular el mercado, controlar los oligopolios –específicamente el financiero– y planificar el desarrollo. Es el contenido real del artículo 3,2 –la cláusula de Lelio Basso– que exige remover todos los obstáculos que impiden el desarrollo de las personas.

El manifiesto incorpora medidas que se oponen a la aplicación en Italia de las políticas más negativas de la Unión Europea, defiende una regulación –sobre todo de la circulación de capitales– que garantice los derechos sociales en su país. Los autores distinguen claramente entre derecho de asilo y emigración y lo hacen desde una perspectiva internacionalista; es decir, garantizar el derecho al desarrollo humano y sostenible de los pueblos y Estados africanos criticando la hipocresía de la Unión Europea y sus Estados que siguen esquilmando recursos, imponiendo la sobreexplotación y favoreciendo la corrupción política de unas élites subordinadas a intereses foráneos. El primer derecho es el poder vivir en condiciones dignas en su propio país.

El manifiesto propone una Europa de pueblos y Estados libres, una Europa confederal. Es un viejo tema que defendieron en su momento De Gaulle, Chevènement, Debray y aquí en España, Héctor Illueca y nosotros. Moreno Pasquinelli ha tenido a bien, recientemente, entrar en polémica con los autores del Manifiesto y con nosotros. Solo tres cuestiones: a) La salida confederal puede entenderse de dos formas; transición hacia Estados soberanos en

sentido estricto o como una nueva unidad que hace de los Estados y de los pueblos los verdaderos sujetos de una Europa verdaderamente europea. b) Confederación significa también solidaridad e internacionalismo; la Europa que proponemos se basa en Estados fuertes, en la lucha contra la oligarquía, en democracias soberanas y en el control sobre la propia moneda sin la que no es posible una política económica alternativa y progresiva. c) Como se ha dicho antes, vivimos una transición geopolítica de grandes dimensiones; en su centro, una enorme redistribución del poder a nivel mundial: ¿qué papel va a jugar Europa en el nuevo marco que se está configurando? La confederación ayuda también a una Europa como sujeto político autónomo y no subalterno. Esto significa hablar en serio de Rusia y la necesidad de una asociación duradera y mutuamente ventajosa.

No nos corresponde explicar todos los textos que aquí se presentan. Son tan claros y evidentes que se comprenden por sí mismos. Formenti y Visalli nos adentran en cuestiones como la composición y estructura de las clases subalternas, los cambios que están suponiendo la revolución tecnológica en marcha, las fracturas sociales y territoriales y lo que podríamos llamar la geopolítica de las culturas nacional populares. El debate sobre el populismo emerge de nuevo desde posiciones poco conocidas en España y, más allá, qué puede significar aquí y ahora un partido de integración de masas, un partido-comunidad basado en la auto organización e impulsor de las iniciativas sociales en torno al trabajo voluntario de miles de hombres y mujeres comprometidos con la emancipación social.

La intervención de Thomas Fazi da muchas pistas sobre la Unión Europea después de la crisis relacionada con su monografía escrita con William Mitchell, traducida al italiano como *Sovranitá o barbarie*. Hay que subrayar que estos dos autores son defensores de la teoría monetaria moderna. Mimmo Porcaro hace una definición muy precisa de la situación política italiana y sus posibles derivas. Andrea Zhok nos hace reencontrarnos de nuevo con los que podríamos llamar el socialismo como problema o como alternativa. Es el debate crucial, el que define los campos; se trata de engarzar

la soberanía popular como programa desde una lógica anticapitalista y con voluntad socialista. Es el viejo hilo rojo entre Robespierre y Marx. Socialismo como problema significa afrontar “la gran derrota” que ha hecho desaparecer del sentido común de las clases subalternas la posibilidad y deseabilidad de una sociedad alternativa al capitalismo; es decir, de un modo de producir, consumir y vivir que desarrolle la libertad, relaciones armoniosas con el medio ambiente y el autogobierno de las poblaciones.

El debate continúa.

El Viejo Topo
Núm. 380, septiembre de 2019

Sin pelos en la lengua

Entrevista con MANOLO MONEREO

por Miguel Riera

—*Teniendo las elecciones a la vuelta de la esquina, me pregunto si podrías hacer a vista de pájaro un balance de cuál es la situación política general en España.*

—Uno de los problemas que tiene la vida pública española es estar sumergida en una cultura del instante que además está ligada a los medios de comunicación. En general, los políticos no tienen una visión de periodo largo, viven al día, rueda de prensa tras rueda de prensa y ocurrencia tras ocurrencia. Eso dificulta el diseño de una política ligada a un proyecto de país. En España no existe un proyecto de país alternativo por parte de ninguna de las fuerzas políticas hoy presentes. Y vivimos una lucha entre lo que podríamos llamar la ruptura democrática y la restauración. O dicho de otra forma, entre la ruptura democrática y el transformismo político.

—*Suena a sabido, a repetido*…

—Sí, es una vieja historia. España ha estado siempre sometida a un baile entre restauraciones, guerras civiles y golpes de estado, y hoy vivimos de nuevo esa historia. Hubo un 15M, con una crisis de régimen y un nuevo intento de ruptura democrática, y hoy estamos otra vez ante una lucha muy fuerte entre ruptura democrática y restauración.

—*¿Y quién va ganando?*

—A mi juicio, la batalla la va ganando la restauración. Y la fuerza motriz de esta restauración es el partido de Pedro Sánchez, que ha querido ser el eje de una recomposición del sistema político que consolide la monarquía, no cuestione los poderes fácticos e intente llegar a un acuerdo con las clases subalternas. Este es el papel

histórico del PSOE desde la transición, cambiarlo todo para que todo siga igual, en el sentido de que no se cuestione el poder de los que tienen el poder. Y para eso saben que tienen que llegar a un consenso con las clases subalternas. Eso no lo puede hacer el PP; lo ha podido hacer pero no ha querido Ciudadanos; y desde luego Vox está en otra cosa. El problema de fondo que estamos viviendo ahora es la lucha del Partido Socialista para situarse en el eje de la vida pública española durante una década.

—*¿Y ahí qué papel juega Unidas Podemos?*

—Unidas Podemos se equivocó gravemente cuando se tuvo la idea de que había que gobernar con el Partido Socialista. Aún hoy no llego a entender por qué se enrocó en esa posición. No entiendo cómo es posible que un partido con 72 diputados hiciera del gobierno con el PSOE el eje de su estrategia política. Eso es lo que ha ido fracasando sistemáticamente.

—*¿Por qué lo consideras un error grave?*

—Porque se renunció a lo fundamental, a disputarle la hegemonía al Partido Socialista y su mayoría en la izquierda española. Desde el primer momento nos convertimos en una fuerza subalterna al Partido Socialista. Esa posición pudo tener alguna razón de ser cuando construimos en Unidas Podemos lo que hemos llamado el gobierno de la investidura, porque la llegada al poder de Pedro Sánchez la dirigió Pablo Iglesias. Puedo entender que Pablo Iglesias en un momento dado pudiera pensar que con el PSOE se podía gobernar, pero en los meses en que nos considerábamos aliados preferentes del PSOE este nos trató, por decirlo suavemente, con un desprecio y un desdén insufribles. Nosotros nos hemos callado sobre cómo fueron estos meses de “cogobierno” con el PSOE. Pero se hizo evidente que el Partido Socialista tenía el propósito –siempre lo ha tenido– de reducir a Podemos a la mínima expresión electoral, sin molestar ni enfrentarse a la oligarquía, es decir, a Bruselas, a los grandes poderes económicos. Así ahora estamos ante el fracaso de una política basada en pretender gobernar con el PSOE y por tanto con una campaña electoral que ha de presentar otra estrategia política, una tarea muy complicada a la que nos ha

abocado en los últimos meses una mala política que no era ni realista ni realizable.

—Hubo un momento en que el sorpasso parecía factible, pero no se alcanzó. Y si no existe sorpasso, la experiencia de estos meses parece empujar a Unidas Podemos a asumir un papel de izquierda complementaria, lo cual nunca fue su objetivo. ¿Cómo escapar a esa contradicción?

—El problema de fondo es muy simple y tiene que ver con las debilidades de Podemos como organización política, las de su núcleo dirigente y las de sus relaciones con unos aliados que tampoco han definido suficientemente bien su estrategia política.

—¿Qué aliados?

—IU básicamente. Es importante detenernos un minuto sobre la organización de Podemos, que se ha ido construyendo como un partido de fracciones sin que haya habido una voluntad real de crear un partido sin fracciones. Lo que ha ocurrido es que una fracción se ha impuesto a otras, pero nunca se ha querido construir un partido realmente democrático, plural, abierto y sobre todo con una dirección colectiva. Eso nos ha hecho más débiles, ha dificultado el debate político y se ha concentrado el poder en un pequeño grupo que dirige la vida de Podemos. Un grupo muy pequeño. Es opinable si esa era o no la única alternativa real, pero ha tenido a mi juicio una consecuencia muy grave, que es la de no advertir que el país estaba cambiando. Cuando se entendió eso ya era muy difícil cambiar de ruta y por lo tanto era muy difícil cambiar de estrategia política.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—A qué me estoy refiriendo… antes Podemos tenía el viento a favor, todo lo que hacía le salía bien, pero eso se fue acabando cuando el poder reaccionó. Lo que ha ocurrido es que el margen de maniobra de Podemos se ha ido estrechando cada vez más y ha ido perdiendo en cada crisis interna fuerza, protagonismo y poder. En un momento determinado surge la idea magnífica, la idea clave, que dice que hay que gobernar con el PSOE como si gobernar con el PSOE fuese una cuestión de voluntad política. Quiero gobernar con el PSOE y como quiero, puedo. Lo que nadie discutía a fondo era

los límites de ese gobierno y la correlación de fuerzas en su seno, y sobre todo cuál era el programa de ese gobierno. La dirección de Unidas Podemos –no solo Pablo Iglesias– dice que hemos aprendido que el PSOE no es de fiar y como no es de fiar tenemos que estar en el gobierno. Y además tenemos que estar en el gobierno para vigilar las políticas sociales. Esa ha sido toda la estrategia. Hombre, es muy difícil gobernar con alguien que te dice que no está de acuerdo contigo y no se fía de ti. Y la discusión del programa conjunto no concierne solo al Ministerio de Trabajo. La finta que hizo Pablo Iglesias es: dejo a un lado la política internacional, no me meto con la OTAN, no me meto en la carrera armamentista ni en el posicionamiento de una guerra comercial y política que está llegando a límites increíbles entre EEUU y China. Dejo todo eso a un lado. Para una fuerza como Unidas Podemos eso es sorprendente. Pero no solo eso, todos sabemos que la política económica la dirige la Unión Europea y todos sabemos que está marcada por los tratados de austeridad, que la UE supervisa los presupuestos económicos y que su teoría básica es siempre la misma: devaluación salarial y austeridad. ¿No decimos nada, aceptamos sin más lo que negocie Pedro Sánchez? Y hay un tercer aspecto, Pablo Iglesias ha repetido que dejamos los temas de la crisis territorial a lo que diga Pedro Sánchez. Es decir, que estando nosotros en el gobierno estaremos a lo que diga Pedro Sánchez en un tema como el de Catalunya, que marcará la crisis del Estado. Entonces, mi pregunta es, si casi todo lo dejamos a un lado, ¿qué pintamos en el gobierno?

—*Buena pregunta*.

—A dónde voy es a lo siguiente: yo creo que no había base programática para un acuerdo con el Partido Socialista Obrero Español. Entrar en el gobierno era puro voluntarismo que no se sostiene sobre bases sólidas. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Pues que al final se impone la correlación de fuerzas. Fuimos a las elecciones de abril y Podemos evitó la catástrofe. Luego fuimos a unas elecciones municipales, autonómicas y europeas, donde estuvimos a puntito de la catástrofe, y no cambió el guion de Unidas Podemos. Ese es el gran error del equipo dirigente de Unidas

Podemos, no haber cambiado de estrategia cuándo se vio que la correlación de fuerzas nos era desfavorable. En las elecciones municipales, autonómicas y europeas se vio que Unidas Podemos había tocado suelo y que tenía grandes dificultades para tener una organización solvente a nivel de todo el estado. Se evitó la catástrofe pero estuvimos a punto de ella.

—¿Que tendría que haber hecho Unidas Podemos tras las elecciones de abril?

—Sin renunciar a la idea de gobernar con el PSOE, situar en primer lugar el programa, planteando los problemas reales delante de nuestro socio y en ese marco discutir si gobernar o no con el PSOE. No hicimos eso y ocurrió que al final estábamos hablando de gobierno, gobierno, gobierno, pero nadie ha tenido claro para qué gobernar. Yo nunca he dado por supuesto que había un acuerdo programático entre el PSOE y nosotros. Hoy sabemos que Pedro Sánchez ha estado engañando permanentemente a todas las fuerzas políticas, porque él lo que quería era ir a elecciones y enfrentarse a todos los demás partidos, ya que tiene la convicción de que hay dos fuerzas políticas que van a sufrir rudamente en estas elecciones, Ciudadanos y Unidas Podemos. ¿Y al final qué encontramos?: el bipartidismo. El Gran Acuerdo de las élites en España es el bipartidismo y lo que he llamado en algún momento la acción preventiva, que es lo que realmente se aprueba en Biarritz. Se trata de poner orden en las filas para que cuando llegue la crisis el sistema no se vea en peligro.

—Dices que no había acuerdo programático, no lo había, pero sí unos presupuestos pactados, que en parte son algo parecido.

—Yo era diputado cuando se pactaron, y ninguno de los camaradas que llevaban las negociaciones con el PSOE decía que las negociaciones eran satisfactorias. Todo el mundo se quejaba amargamente. Cuando dije públicamente que Podemos había sido inocente en sus relaciones con el PSOE, Pablo Iglesias me criticó en el primer mitin de la campaña de las pasadas elecciones, pero luego él ha dicho cosas peores, ha dicho que había sido una tomadura de pelo y un engaño, así que yo no estaría tan equivocado. Y solo dije que habíamos sido muy ingenuos pensando

que este PSOE iba a querer gobernar con nosotros y meternos en los salones donde se deciden de verdad las cosas. Lo vi venir, y por eso he dado un paso al lado.

—En este momento, las encuestas indican un descenso de Unidas Podemos no dramático, pero sensible. ¿Cuál debería ser la posición de Unidas Podemos tras el resultado electoral?

—Yo creo que Unidas Podemos debe dejarse de mitos y de voluntarismo. Gobernar con este PSOE solamente hubiese sido posible si entre el PSOE y nosotros hubiésemos tenido mayoría absoluta y si nosotros hubiésemos mantenido nuestros 72 diputados. Cada vez que vamos a unas elecciones el PSOE se come una parte de nosotros. No es casualidad, porque si toda nuestra estrategia es gobernar con el PSOE ya estamos admitiendo una subalternidad, le estamos dando el protagonismo de la vida pública al PSOE. Te conviertes en la izquierda complementaria, no en una izquierda autónoma que tiene un proyecto alternativo al del PSOE. ¿Eso significa que para luchar hemos de convertirnos en una fuerza que tenga miedo al poder, miedo a gobernar? No; nosotros tenemos nuestra posición política que hemos de negociar con el PSOE. ¿Que hay posibilidades de aprobar unos buenos presupuestos? Pues se aprueban con el PSOE. Pero de eso a una estrategia que lo fija todo en gobernar con el PSOE hay un margen enorme. Y es un error tan grande que creo que lo pagaremos gravemente. Yo desde luego hago campaña a favor de Unidas Podemos, estoy cerrando la lista por Córdoba. Unidas Podemos es mi proyecto, pero también, con toda claridad, digo que lo que tiene que hacer Unidas Podemos son cosas muy simples que estaban muy claras hace un año y medio y que hoy ya no lo están tanto.

—¿Por ejemplo?

—Primero, tener un proyecto solvente de país, que no lo tenemos. No hemos sido capaces de generar un proyecto de país en los grandes temas. Es decir, plantearnos qué hacemos ante la carrera armamentista, ante la crisis climática, qué hacemos ante la crisis de régimen. ¿Estamos de acuerdo con esta UE? ¿Estamos de acuerdo con el euro? ¿Con las políticas que nos impone Europa? ¿Con el modelo territorial de España? Cuando hablamos de una izquierda

federal, ¿lo somos realmente? ¿Estamos de acuerdo en defender la unidad del país desde una perspectiva republicana? ¿En defender un proceso constituyente? ¿En defender reformas constitucionales? Ante estos grandes temas Unidas Podemos necesita tener propuestas.

Y hay un segundo aspecto. La política no es meramente una cuestión de comunicación, una política de izquierda implica un sujeto político organizado. Me resulta increíble que se defienda la alianza con Izquierda Unida pero que se quede solo en una cuestión parlamentaria. A mí me gustaría que los dirigentes y los parlamentarios de Unidas Podemos bajaran a las provincias, a los pueblos, que bajaran a Sevilla, Málaga, Córdoba, Ciudad Real, Albacete… y que vieran lo que hay ahí abajo. ¿Hay unidad? ¿Hay comités de base? ¿Qué Podemos hay por abajo? Todo eso se ha dejado de lado, se menosprecia a la gente organizada. Para muchos dirigentes de Unidas Podemos la campaña electoral es *Yo, mi equipo de comunicación y trabajar en redes*. ¿Alguien cree que así la izquierda se va a recomponer frente al Partido Socialista? La Izquierda Unida de futuro, la izquierda de Unidas Podemos, en definitiva la izquierda capaz de construir una alternativa requiere algo más que líderes, algo más qué ruedas de prensa; requiere ideas, creencias, proyectos y organización. Y no tenemos ideas, ni creencias, los proyectos son cada vez menores y desde luego no hay organización.

—¿Y hay mimbres para construir todo esto?

—Sin lugar a dudas. En estos días me viene mucho a la cabeza una vieja idea de Pietro Barcellona comentando la obra de Pier Paolo Pasolini, que es que el mayor error de la izquierda italiana ha sido el elitismo. El gran error de Unidas Podemos también es el elitismo. El menosprecio de la gente. El no considerar imprescindible la movilización y la organización desde abajo.

—Dicho así parecería que Podemos es un proyecto que nace y se ancla en las clases medias.

—Lo es ahora en gran parte. Un proyecto de unas capas que no tienen en cuenta a las clases trabajadoras. Hay siempre una

contradicción entre lo que se hace y lo que se dice, y hoy menos mal que siguen existiendo Izquierda Unida y el Partido Comunista para seguir trabajando en y con el movimiento obrero. La verdad es que encuentro hasta raro encontrar dirigentes obreros en Unidas Podemos.

—De entre los problemas que has enunciado y sobre los que Unidas Podemos no tiene una posición clara, está el del papel de la Unión Europea. Tú has escrito mucho sobre ello, pero tus tesis no han tenido reflejo en las posiciones públicas de Unidas Podemos…
—El gran consenso político de la Transición fue la Unión Europea, y aún hoy para la mayoría de los españoles la Unión Europea es incuestionada e incuestionable. Pero ninguna persona seria de izquierdas, sea comunista, socialdemócrata de verdad o verde puede pensar que esta Unión Europea está impulsando un nuevo papel de Europa en el mundo. Hay un consenso básico en que las políticas de la Unión Europea, desde Maastricht hasta aquí, han resultado negativas para los trabajadores y sus derechos, están matando la democracia y son una máquina de construir fascismos. Eso casi nadie lo niega. Se puede matizar, decir que la culpa no es de la UE sino de los Estados, como si los Estados fueran libres para desarrollar sus propias políticas... Desde que existe el tratado de Lisboa sabemos que hay políticas obligatorias y que si no las sigues te sancionan. Si te sales de las reglas empiezan a ponerte multas y tu situación es cada vez más difícil hasta que te desconectan del Banco Central Europeo, es decir, de la liquidez. Así fulminaron a Tsipras. De Maastricht en adelante la UE ha sido un desastre social, una máquina de lucha contra los derechos de los trabajadores. Poco a poco se está poniendo encima de la mesa la liquidación del Estado social. Lo diré de otra manera: la UE ha conseguido tres cosas fundamentales: constitucionalizar las políticas neoliberales, que se hacen obligatorias para todos los estados; que esas políticas obligatorias se hagan bajo la hegemonía alemana; y la aparición de una especie de asimetría entre centro y periferia, donde los países centrales definen las grandes políticas y las periferias son quienes las sufren. Como consecuencia de ello la Unión Europea ha ido

generando un espacio político en el que el populismo de derechas y la extrema derecha están creciendo. Resumiendo: todo el mundo hoy en la izquierda está de acuerdo en que esta Europa va por muy mal camino, y algunos pensamos que hay que salir de ella, y que tarde o temprano implosionará. Otros consideran que se puede reformar desde dentro; yo no lo creo.

—Entonces, ¿qué hacer?

—Nosotros, Unidas Podemos, deberíamos defender la soberanía popular española y el NO al euro. Ahora bien, nosotros no decimos que hemos de regresar a nuestro Estado-Nación y refugiarnos en la autarquía. Nosotros defendemos la máxima solidaridad entre los Estados y los pueblos de una Europa confederal. Lo fundamental, y Héctor Illueca y yo hemos dedicado dos libros a explicar esto, es que no se puede construir Europa sin los Estados ni, peor aún, contra los Estados, y que todo lo que sea posible en la Europa del futuro lo harán las poblaciones defendiendo sus derechos sociales y su papel en el mundo. Desde esa perspectiva nosotros estamos en un proyecto realmente europeísta de defensa de lo que ha sido la Europa moderna, creada por 150 años de lucha de clases y por dos guerras mundiales, y que es la Europa que exige mantener unos derechos sociales básicos, controlar el mercado e imponer la democracia como el elemento fundamental para la toma de decisiones. Esa es nuestra propuesta.

—Salir del euro, así, a palo seco, daría lugar a una notable convulsión y no parece que estemos preparados para soportarla.

—Entre salir del euro y estar como estamos hay mucho terreno por medio. Los criterios de convergencia de la Unión Europea son un desastre social y económico, y hay que cambiar los tratados. Es lo que se ha llamado por nuestros socios europeos, Mélenchon, Die Linke, el Plan B. Si no somos capaces de cambiar los tratados y se nos obliga a implementar políticas neoliberales, entonces nos vamos de la Unión Europea.

—Eso implicaría un retorno a la consolidación del Estado-nación, algo que no está de moda. ¿Qué pasa con el Estado-nación? ¿Porque cuando defiendes el Estado-nación se te acusa de rojopardismo y otras lindezas?

—Desde hace mucho tiempo existe una contradicción fundamental entre globalistas y antiglobalistas. Y hay una izquierda globalista. En todos los países europeos el *establishment*, los grandes medios de comunicación, los grandes partidos están de acuerdo con la globalización tal como es, y cuyo elemento central es la defensa a ultranza de la Unión Europea. Todos los que se oponen a eso son rápidamente descalificados, definidos negativamente, porque el poder define lo que es correcto y lo que es incorrecto, lo que es bueno y lo que es malo. La izquierda española en su mayoría, incluso Unidas Podemos en parte, se ha situado en la izquierda globalitaria. A los que estamos en contra se nos ha acusado de ser la izquierda *Viriato*. La izquierda que está contra el progreso, nada menos.

—¿Viriato?

—Viriato se enfrentó a Roma no porque Roma significará el progreso, sino porque esclavizaba a los suyos, mataba sus tradiciones. Se nos llama Viriato porque no estamos de acuerdo con el dominio de la UE, como los lusitanos no lo estaban con el dominio romano. Todas las invasiones se han hecho en nombre de la civilización y de la raza superior. Renunciar a ser Viriato es renunciar al derecho de los pueblos a decidir su futuro. Ser Viriato es no aceptar la dominación extranjera de alguien que se considera superior cultural y políticamente, y que se impone con las armas en la mano.

—Armas económicas, supongo…

—Económicas, políticas y militares. Siempre esas cosas han ido juntas. Sabemos que somos minoría, pero lo que más nos molesta de toda esta historia es el triste papel de una parte de la izquierda, que actúa como los agentes y servidores de lo políticamente correcto. Son la infantería ligera de las políticas liberales. Son los que hacen bueno a Soros, los que hacen buena a la UE.

—¿Son estas las izquierdas a las que se refiere el filósofo Diego Fusaro como izquierdas fucsia?

—Sí. Yo creo que odian tanto a Fusaro por este tipo de cosas. Porque los define muy bien. Pero no es solo Fusaro, en Italia están

otros como Moreno Pasquinelli, Porcaro, Formenti… gente que está harta de una izquierda subalterna que es capaz de asociarse para defender las peores políticas, a las que se había opuesto siempre la izquierda. El gran problema de Italia es que es la izquierda la que ha generado a Salvini. Salvini es hoy posible porque la izquierda italiana no tiene un proyecto alternativo de país, alternativo al neoliberalismo. Italia es, de nuevo, un laboratorio de Europa y tarde o temprano lo que pase en Italia nos va a pasar a nosotros.

—*Según esto, en España podría asomar en cualquier momento un Salvini…*

—Hoy podemos ver como crece la desafección a la democracia, y se empiezan a dar las condiciones para que pueda surgir un Salvini. No es Vox, una excrecencia del PP nutrida de señoritos franquistas, pero hoy hay base para el surgimiento de un populismo de derecha. El asunto es, ¿cómo se impide? ¿Aceptando las políticas de austeridad de la UE? ¿Cumpliendo a rajatabla el papel que nos asignan los grandes *lobbies* europeos? La demanda de seguridad y de futuro que exigen los jóvenes ¿quién las va a atender? ¿Siguiendo las directrices de la UE? El problema radica en que las políticas que asume la izquierda empiezan a entrar en contradicción con las demandas y las necesidades del pueblo. De los trabajadores. De la mayoría social. Y aparece la derecha de Salvini que con un discurso populista, con una defensa de la soberanía que en este caso no es más que un significante vacío. Ante eso, la izquierda no está siendo capaz de dar lo que el pueblo necesita. Si no somos capaces de hacerlo estamos condenados a que aflore un Salvini y a que la izquierda desaparezca.

—*Las palabras tienen dueño. No sé si eres consciente de que emplear la expresión "nacional-popular" invita a un uso torticero que la asimila a rojopardismo, neofascismo, ultraderechismo, etc.*

—Hay que recuperar el lenguaje. La idea de lo "nacional" proviene de las Cortes de Cádiz. La idea de patria tiene básicamente que ver con los liberales españoles. El problema es que le hemos regalado a la derecha nuestro vocabulario. Fusaro dice: valores de derecha y políticas de izquierda. Yo digo: valores de izquierda y políticas de izquierda. Yo soy republicano, y para mí la idea de patria, es

perfectamente asumible. Yo me considero parte de la izquierda patriótica republicana española. ¿Me dirás que eso crea contradicciones? Pue sí, porque nuestro lenguaje ha sido colonizado durante cuarenta años por la cultura del franquismo. Pero la idea de patria, de constitución, de democracia, de defensa de la familia, todo eso son ideas y valores de izquierda. Por cierto, y por poner un ejemplo de lo que quiero decir, no vaya a ser que ya me tachen de defensor del patriarcado: yo no defiendo la familia tradicional española, sino la familia real que está surgiendo hoy, con una mujer que se ha puesto en pie y con un hombre que también está cambiando. Yo lo que reclamo son valores de izquierda y propuestas de izquierda. ¿Que vivimos en la contradicción? Pues es evidente, por ejemplo con la cuestión catalana. Yo defiendo la unidad de España. No tengo la menor duda. ¿Qué ocurre? Que frente a la derecha yo creo que España es un estado plurinacional. Y la mejor manera de encontrar salida a esa plurinacionalidad es un estado federal. Eso lo hemos defendido siempre, en la clandestinidad, en la transición, y ahora hemos de seguir defendiéndolo. Lo que no se puede es combatir el nacionalismo catalán con el nacionalismo español y viceversa. Hacen falta ideas republicanas, ideas federales, políticas que fomenten una solidaridad de clase entre las clases trabajadoras de Cataluña, de Castilla, de Andalucía, etc.

—Acabamos de cambiar de tercio casi sin querer, y no dejaré pasar la ocasión. Hablemos de Cataluña.

—En Cataluña se ha ido construyendo un medio ambiente donde el nacionalismo estaba convirtiéndose en un sentido común con carácter general. No podemos olvidar que en los tiempos del 15M hubo que evacuar a Artur Mas en helicóptero. Recordarás que algún dirigente de Esquerra Republicana señaló al 15M como un proyecto españolista, y sospecho que también temían que fuera una expresión de clase.

—Recuerdo, sí. Carod Rovira invitó a los manifestantes a que se fueran a mear a España.

—Las clases dirigentes catalanas cerraron filas y organizaron un proyecto de secesión que la izquierda no ha sabido entender.

Consentimos demasiadas cosas cuando se rompió la legalidad, las consentimos y nos callamos, aunque era el momento de tener una posición clara. Lo que vino después ha sido mucha confusión, y al final pérdida de votos y de identidad. El secesionismo ha planteado una ruptura con el autonomismo que significaba la ruptura de la comunidad catalana. Sin duda la sentencia del Tribunal Constitucional a instancias del PP contribuyó a la "desafección" que señaló Montilla, pero eso no debe impedirnos ver que la secesión rompería la comunidad catalana en dos. El intento de ruptura del Estado español es algo que debiera pensarse mucho teniendo en cuenta la tradición de este país. Intentar romper un Estado como el español, con toda su terrible historia, es una irresponsabilidad. Las rupturas de Estados suelen estar acompañadas o bien de una intervención extranjera, o bien de una guerra civil. Deberíamos tenerlo bien presente.

—Regresemos a Diego Fusaro. Si creyéramos lo que a veces se lee en las redes este joven filósofo marxista sería nada menos que ideólogo de Salvini, miembro de la extrema derecha y no sé cuántas descalificaciones más. Obviamente lo dice gente que habla de oídas y no lo ha leído. A ti se te ha asociado a este nombre acusándote de mantener parecidos planteamientos a los suyos, aunque sin que se hayan atrevido a descalificaciones tan gruesas.

—Hay varios aspectos que en relación con Fusaro me gustaría precisar con claridad. En Italia, y en otros países, hay una derecha soberanista, pero lo que no hay es una izquierda soberanista. O hasta ahora no ha emergido. Y en los últimos años, en muchos países de Europa se ha ido configurando una defensa del Estado-nación, de la identidad y de la cultura nacional. Pero eso no lo ha protagonizado la izquierda, sino la derecha. Es verdad que una cosa es Le Pen, otra Berlusconi o Salvini, y otra los hermanos Kuczynski en Polonia, pero en muchos países nace lo que podríamos llamar una oposición nacionalista a la Unión Europea, bien porque están en contra de la inmigración, bien porque están contra lo que ellos llaman la disolución de la identidad nacional, o bien por qué consideran que la Unión Europea es demasiado intervencionista. El resultado es que en muchos países oponerse a la Unión Europea,

defender la soberanía popular, la soberanía económica, la salida del euro o políticas de desarrollo nacional se considera que son propuestas de extrema derecha. Cuando algunos de la izquierda defendíamos cosas parecidas hace años de alguna manera nos consideraban nostálgicos, gente fuera del mundo, marxistas reaccionarios. Todo este mundo de la izquierda ilustrada a lo Negri, socialdemócratas de diversos lados, tiene la idea de que el Estado-nación es algo arcaico. Por eso se nos ha descalificado permanentemente.

¿Dónde está el problema con Fusaro y de paso conmigo? Pues en la reivindicación de un soberanismo de izquierdas frente al soberanismo de la derecha. Es más, creo firmemente que nosotros somos los únicos que podemos derrotar a los soberanistas de derecha. Algunas veces he dicho que el enfrentamiento del populismo de derecha con el populismo de izquierda será el último combate. Todas estas izquierdas fucsia, como las llama Fusaro, tienen miedo no de Salvini, lo que les da más miedo es que pueda haber una izquierda soberanista con un proyecto socialista. Se han pasado 30 años negando esa posibilidad y nos consideran sus verdaderos enemigos. Por eso nos descalifican, nos persiguen, nos desprecian. ¿Qué pasa con Fusaro? Yo a Fusaro lo conozco desde hace años, porque lo he leído en *El Viejo Topo*, porque lo he seguido en Italia y porque leí mucho a su maestro, Costanzo Preve. Decir que Preve era rojobruno es… bueno, yo creo que si lo oyera se levantaría de la tumba enormemente cabreado. Fusaro es un joven intelectual que creo que tiene una visión demasiado ingenua de la política, que hace que se meta en todo tipo de charcos facilitando que sus enemigos retuerzan argumentos para usarlos contra él. Decir que Fusaro es racista, decir que está en contra de la inmigración, que es fascista o antifeminista, es una barbaridad y no tiene nada que ver con el debate real que se está dando en Italia. El gran miedo que tiene la izquierda globalitaria es que en España surja una izquierda soberanista, una izquierda republicana democrática que tenga en su centro la soberanía nacional desde una perspectiva socialista. Yo estoy convencido de que en lo que me pueda quedar de vida pública estaré siempre con estos

sambenitos, que provienen de personas que no son solo zafios intelectualmente, sino que no tienen ninguna voluntad de transformación real.

—Una de las cosas que se le reprochan a Fusaro –y que igual algún día te lo sueltan a ti– es el desprecio a los inmigrantes. El ataque a lo que Fusaro llama la deportación de los emigrantes.

—Lo que no puede hacer un Estado es que haya unas personas al borde de la muerte y que no se les ayude. No se puede consentir tener a personas hacinadas en un barco sin que se les dé protección. Lo primero que hay que hacer es recogerlos y luego redistribuirlos en función de acuerdos que se establezcan en la Unión Europea. Y una cosa es el refugiado y otra el inmigrante económico. Al refugiado hay que protegerlo siempre, y la ley internacional así lo dice.

Ahora bien, España no necesita más inmigrantes. En España tenemos un 14% de paro, y un 30% de paro de los inmigrantes que están en territorio nacional. Es irreal plantearse una política de llegada masiva de inmigrantes distorsionando el mercado laboral. Eso llevaría a un conflicto entre los pobres, y es fundamental evitarlo.

Lo diré de otra manera: sin cambiar la política económica dominante no se puede cambiar la política inmigratoria de este país. Un segundo aspecto tiene que ver con el antiimperialismo. Porque yo reivindico un punto de vista antiimperialista contra el dominio y control de Europa sobre la riqueza y las poblaciones africanas.

Recientemente *La Vanguardia* ha publicado un suplemento extraordinario que demuestra que África es el futuro. Yo estoy convencido de que el futuro de Europa, sobre todo del sur de Europa, va a depender de tener buenas relaciones de colaboración y fraternidad con África. No solamente rechazo cualquier idea de una emigración como chivo expiatorio de nuestros problemas, sino todo lo contrario, reivindico una nueva relación entre Europa y África, la del norte y la subsahariana. Porque la África que está ahí no es solamente la África de las pateras, hay otra África que está en transformación. De los nueve primeros países del mundo en crecimiento demográfico cinco son africanos. De los nueve en

crecimiento económico cinco son africanos. Uganda, Nigeria, República del Congo, Etiopía, Tanzania… ahí estará la mayor explosión demográfica de África. Se equivocará quien crea que sin un cambio en las políticas africanas de Europa con África vamos a poder soportar la presión demográfica de países como Nigeria, que tiene hoy 190 millones de habitantes y que tendrá 264 millones en el 2030, y 411 millones en el 2050. En la República Democrática del Congo hoy son 120 millones, y en el 2030 serán casi 200. Etiopía tiene hoy 105 millones y dentro de 20 años serán 140. Hoy África tiene 1.200 millones pero en el 2050 serán 2.400 millones. Estamos ante cifras gigantescas que nos hacen ver que África está creciendo, que las cuestiones demográficas se convierten en un problema importantísimo y que la única manera de resolverlo es conseguir para África un desarrollo sostenido y justo, y eso significa ayuda económica y dejar de depredar los recursos naturales africanos. La cuestión climática será mucho más grave para África que para nosotros, y por tanto hay que adelantarse, hay que hacer planes. Lo absurdo es, como está haciendo la Unión Europea, llevar a cabo una política de frontera adelantada en la zona del Sahel para impedir la emigración. Pero para impedir la emigración de verdad lo que hace falta es desarrollo económico y justicia social. África está creciendo demográficamente, pero también lo hace económicamente; se está industrializando gracias a China. Yo no veo a África como una amenaza, sino que la veo como una solución a nuestros problemas. Hay que poner África en condiciones económicas y sociales que hagan no necesario que unas mafias más o menos articuladas estén cobrando para traer gente a Europa para que vivan en condiciones miserables, porque lo que están haciendo en Europa una gran parte de los inmigrantes es convertirse en carne de cañón, sometidos a una nueva forma de esclavitud.

El problema actual de la emigración lo hemos de solucionar con la solidaridad de los trabajadores con los inmigrantes y combatiendo el capital y sus políticas. Sé que no es fácil porque la inmigración en las condiciones que ha impuesto el liberalismo inevitablemente implica un enfrentamiento entre clases de los trabajadores; por eso

la mejor política de la defensa de la inmigración es la lucha por los derechos sociales, la lucha por un sindicalismo fuerte, es decir, una política democrática y socialmente avanzada. Esa es la única manera. Si no lo conseguimos, la inmigración será un problema muy serio para nosotros.

El Viejo Topo
Núm. 382, noviembre de 2019

MÁS ALLÁ DEL BREXIT ALGUNAS LECCIONES

Donde se trata del Brexit

Puede parecer paradójico, pero la tarea política fundamental de Gran Bretaña no era otra que cumplir el mandato democrático de sacar a ese país de la Unión Europea. Este era el debate real que estaba en el centro de la agenda política. La historia del Brexit, desde que Cameron lo convocó y lo perdió, es terreno de disputa, de enfrentamiento y de división más allá de sus límites ideológicos, políticos y territoriales. Todo ha terminado por organizarse en torno a la poliédrica figura de Boris Johnson. Pocos políticos han sido tan denigrados, caricaturizados y despreciados como él. La comparación con Donald Trump se hizo obligatoria. Son los malos de la película. La corrección política dominante, una vez más, ha sido vencida y no lo soportan. Al final, como siempre, la culpa es del pueblo que vota mal y que está convirtiéndose en un problema para la propia pervivencia de las democracias liberales.

El debate del Brexit ha sido muy duro, durísimo. Dividió al país, a las fuerzas políticas y, en muchos sentidos, sitúa a la UE en un escenario de crisis de futuro. Sobre el terreno han intervenido cuatro actores ante un público que ha terminado por definir el partido. El primero han sido los grandes partidos británicos; el Conservador lo ha tenido más fácil, ya que los partidarios de continuar en la UE no eran demasiados y su gran apuesta era un acuerdo con la Comisión Europea que ralentizara el proceso; el Partido Laborista lo tenía mucho más difícil, su base social estaba dividida y su equipo dirigente mantuvo una línea contradictoria que, al final, no acabó convenciendo ni a unos ni a otros. El segundo actor ha sido la Comisión Europea; se puede hablar de dos momentos o, mejor dicho, de dos estrategias que se han ido combinando en el tiempo. La primera, la de los que pensaban que quedaba abierta la posibilidad de un referéndum de rectificación; la clave, alargar el proceso lo más posible y buscar complicidades con las fuerzas

partidarias de continuar en la UE; la segunda estuvo clara desde el principio: obligar a los británicos a aceptar condiciones duras y lanzar una advertencia de que la salida de la UE tendrá costes extremadamente graves para quienes lo intenten. El tercer actor es el Partido del Brexit de Nigel Farage. Se trata de un político singular; ha creado diversos partidos, siempre con la idea de defender la soberanía democrática y la independencia de Gran Bretaña y la salida de la UE. Personaje controvertido, acusado de racista y xenófobo que ha creado lo que podríamos llamar un partido "ideológico" más interesado en cambiar el país que en conquistar el poder; sin él, difícilmente hubiese ganado Johnson, ya que se retiró de aquellas circunscripciones en las que podía competir con los tories. El cuarto actor ha sido la opinión pública. Lo menos que se puede decir es que ha terminado por hastiarse de una clase política enredada en la casuística procedimental de la UE, que no acababa de tomar decisiones y, lo que era peor, embarraba un terreno de juego donde la confusión terminaba por eludir la decisión fundamental, si Gran Bretaña iba a salir o no de la Unión Europea.

La ruptura de Boris Johnson con Theresa May tiene que ver con clarificar una situación política que se le iba de las manos al gobierno conservador. Había que convocar elecciones lo antes posible. La vida le ha dado la razón. Bien aconsejado por Dominic Cummigs, Johnson se dedicó a estudiar a fondo el mapa electoral de los distritos donde había ganado el Brexit y, específicamente, los feudos que tradicionalmente votaban al Partido Laborista. Estos eran los lugares que iban a decantar la batalla política. La consigna electoral era "retomar el control", fórmula clara y precisa que venía a empoderar a la ciudadanía, darle el control de su destino al pueblo británico y que él decidiese. La respuesta laborista fue intentar eludir el debate central con una propuesta programática claramente de izquierdas. Cuando Corbyn fue obligado a definirse por un segundo referéndum (en el que él mismo anunció que sería neutral) la suerte estaba echada definitivamente.

No se trata de hablar ahora del tipo de campaña y del papel de los medios en ella. Solo indicar que los contrarios al Brexit estuvieron bien representados y que otras formaciones como los nacionalistas

escoceses o los liberal-demócratas jugaron un papel nada desdeñable frente a Boris Johnson. Los resultados son conocidos y, en muchos sentidos, coinciden con el voto a favor del Brexit. Los tories consiguieron el 43,6% de los votos, el mayor porcentaje desde 1979, un punto más que en las elecciones de 2017. La bajada la experimentó el Partido Laborista, que pasó del 40% al 32,2%. Esto, unido al sistema electoral, terminó dándole mayoría absoluta a los conservadores. Mejoraron en escaños los nacionalistas escoceses, los liberal-demócratas y tuvieron una ligera pérdida los nacionalistas irlandeses. Si intentamos profundizar, se puede hablar de que el Brexit, como en casi todas partes, ha hecho emerger dos realidades diferenciadas, más allá de los viejos alineamientos políticos. Empleando la terminología de Guilluy, se puede hablar de "Gran Bretaña y sus periferias", donde claramente aparecen ganadores y perdedores de la globalización capitalista territorialmente organizada. De un lado, el gran centro globalizado y gentrificado del sur y sureste de Inglaterra; de otro, las nuevas periferias desindustrializadas, agrícolas y envejecidas del norte y centro del país. Es la gran fractura social y territorial que divide el país. En todas partes se repite esta confrontación territorial que se puede engarzar con viejos conflictos identitarios.

Hay una cuestión que hay que tener siempre en cuenta. La rabia, difícilmente contenida, de las élites europeas y sus medios contra el Brexit, Johnson y Corbyn debería partir de un dato que clarifica mucho la relación entre la ciudadanía y la UE. Desde 1992, a partir de Maastrich, todos los referéndums convocados para ratificar cambios en los tratados fundacionales de la UE han sido rechazados; es decir, cada vez que las poblaciones han sido consultadas para profundizar en los procesos de integración europea, han votado en contra. Las gentes no son tan ignorantes como creen sus clases dirigentes. Después de la crisis del 2008, la extrema derecha lo sabe, las poblaciones asocian derechos sociales, protección, seguridad y democracia a los Estados nacionales y, por lo tanto, cada vez identifican más la UE con las propuestas neoliberales, la ruptura con el constitucionalismo social y

la rebelión de unas élites que, conscientemente, rompen con sus países e intereses.

La tragedia Corbyn

La figura del líder del Partido Laborista es difícil de catalogar. Una cosa parece clara desde el principio: no es un político convencional y, en muchos sentidos, es lo contrario a lo que se entiende por tal en la política actual. Tiene principios y es coherente con ellos. Pocos políticos han sido tan denigrados como él, precisamente por esto. Desde que fue elegido para la Cámara de los Comunes en 1983, se situó en la izquierda de su partido. Lugarteniente de Tony Benn, siempre defendió un programa de izquierdas y se opuso durante más de 20 años a las políticas neoliberales impulsadas por lo que luego se llamó *el nuevo laborismo* de Tony Blair. Se distinguió por oponerse a las aventuras militares de EEUU y Gran Bretaña y defendió infatigablemente al pueblo palestino y todas las causas, que de una u otra forma, reclamaban un nuevo orden internacional más justo e igualitario. La derecha laborista y la derecha sindical lo han visto siempre como un usurpador y como un peligro que había que erradicar, costase lo que costase. De un modo diferente a España y bastante similar a Grecia, las grandes movilizaciones contra las políticas austericidas y en favor de los derechos sociales, no crearon un nuevo partido político, sino que refundaron uno existente (el Partido Laborista) que abría una ventana de oportunidad. Esta tuvo que ver con la derrota de Ed Miliband y su propuesta de democratizar el partido, que dio la posibilidad de que personas ajenas a él pudiesen votar pagando tres libras. Un viejo y creíble político en edad de jubilación (Corbyn nació en 1949) apareció como el portavoz de viejas y nuevas generaciones que protestaban contra el sufrimiento social causado por una política que descaradamente beneficiaba a unos grupos del poder económico que habían conseguido cooptar a la clase política.

Los resultados de Corbyn para liderar su partido fueron impresionantes. Consiguió el 59,5% de los votos, 40 puntos más que el segundo; casi el 50% de los miembros de pleno derecho, y barrió entre los simpatizantes que se inscribieron en el partido. La

sorpresa fue general. El mayor enemigo de Corbyn, insisto de nuevo, estuvo más dentro de su partido que en los medios conservadores que le atacaron sin piedad desde ese momento. El nuevo líder del partido tuvo que convivir en minoría tanto en el grupo parlamentario, en el gobierno en la sombra y en la dirección del partido. En junio de 2016 se celebró el referéndum del Brexit.

Cameron convocó el referéndum para ganarlo, reforzando así su liderazgo en el Partido y fortaleciendo su alianza con los liberal-demócratas en el gobierno. Pensaba que el "no" ganaría claramente, frenando a Nigel Farage y, sobre todo, al nuevo partido laborista que se había ido reorganizando en torno a Corbyn, que fue coherente con lo que hasta ese momento era la política del partido, bajo la consigna "permanecer y reformar". Los conservadores se rompieron y, contra todo pronóstico, el "sí" ganó. Repito, en feudos tradicionales laboristas (Centro y Norte de Inglaterra) el Brexit ganó y la situación de Corbyn se hizo difícil. La derecha, siempre la derecha del partido, lo aprovechó para culpabilizar de la derrota a la nueva dirección laborista insinuando que Corbyn no había hecho una campaña claramente en favor de la continuidad de Gran Bretaña en la UE. Apareció, también, la acusación de antisemitismo que lo ha acompañado desde que llegó a la jefatura del Partido Laborista. Se ha demostrado que esta acusación era falsa desde siempre y pervive solo porque sus enemigos en el partido la mantienen y la convierten en instrumento contra su liderazgo.

La derecha del laborismo sometió a Corbyn a una moción de desconfianza en el grupo parlamentario donde esta ganó claramente, 176 votos a favor y solo 40 en contra. El dirigente acudió a la militancia y ganó con un 62% frente al 38% de su oponente, Owen Smith. En las elecciones generales de 2017, todo apuntaba a una debacle laborista. No fue así; el voto creció del 30 al 40%, 30 parlamentarios más. ¿Dónde estaba la clave? En la propuesta política y en la movilización del partido. Por primera vez en muchos años, los laboristas tenían una propuesta socialdemócrata clara enfrentada directamente y sin ambigüedades a las políticas neoliberales, defendiendo los derechos sociales y sindicales de las clases trabajadoras, buscando una alianza explícita

con las nuevas generaciones. La hegemonía de la izquierda se hizo más visible en el grupo parlamentario, en el gobierno en la sombra y en la dirección del partido, pero no llegó nunca a tener una mayoría clara en estos órganos.

A mi juicio, la clave estuvo siempre en relación con el Brexit y, más allá, en el papel de las clases trabajadoras en la reconstrucción de Gran Bretaña. No era fácil: los votantes laboristas están divididos en la proporción de 2 a 1 entre los que apostaban por la permanencia en la UE y los que querían abandonarla. Más en concreto, en el referéndum, el 37% de los laboristas dieron su voto para el abandono de la UE. En encuestas posteriores al referéndum, el votante laborista se dividía entre un 33% que apoyaba entusiásticamente la salida de la UE, un 24% la aceptaba y un 43% se declaraba hostil al Brexit. Las bases electorales y la dirección laborista estaban divididas. El problema era ¿cómo gobernar el conflicto para disputarle la hegemonía a un Partido Conservador dividido que sufría el acoso de la Comisión Europea? Hubo dos reacciones, una la de Johnson y otra la de Corbyn. El dirigente conservador fue claro y directo, sacar a Gran Bretaña de la UE oponiéndose a un periodo de transición demasiado largo que hipotecaría la soberanía del país, defendiendo la unidad –sobre todo– en Irlanda del Norte y en Escocia en momentos en los que los nacionalistas ponían de nuevo en la agenda un referéndum para salir del Reino Unido. La respuesta del dirigente laborista fue débil, apostar por un Brexit blando intentando dividir a los tories y esperando que los grupos de poder económicos los disciplinaran. El gobierno May, sometido a durísimas presiones internas y externas, enfangó el debate generando una enorme confusión en la opinión pública, agravada por la derecha laborista que defendió hasta el final la permanencia, sí o sí, de Gran Bretaña en la UE, criticando a Corbyn por sus ambigüedades y su falta de liderazgo.

Es fácil decirlo ahora, pero creo, con toda modestia, que había una posibilidad: aceptar el Brexit sin ambigüedades y disputar la hegemonía a los conservadores, a las derechas internas y externas en torno al programa laborista que había suscitado el apoyo de una gran parte de la población, específicamente de sus feudos donde

ganó el Brexit y de donde sacaron la mayoría los conservadores. Insisto, las dificultades serían muchas, pero no tantas como las que tiene que soportar ahora. Seguramente hubiese tenido el coste de la ruptura con la derecha del partido. No sería la primera vez. Ahora Corbyn ha anunciado su dimisión y la derecha intenta reconquistar el partido. No sabemos qué pasará, pero mucho me temo que el gobierno de Boris Johnson inicia un largo periodo de ejercicio del poder y que la desmoralización, la crisis de liderazgo y los medios acaben por romper la heterogénea coalición de fuerzas que sostenía a Corbyn.

¿Es posible otra Europa?

Las críticas a Boris Johnson y a Jeremy Corbyn tienen que ver, centralmente, con la UE. Uno, por defender el Brexit y el otro por no atacarlo con suficiente fuerza. Es un viejo debate que retorna cada vez con más fuerza. Se podría decir que es el gran consenso, el último gran consenso que alinea derechas e izquierdas, extremos centros y nuevos populismos que, más allá de tímidas demandas de soberanía, no acaban de afrontar el problema de fondo; es decir, la relación profunda entre integración europea, políticas neoliberales y el desmantelamiento del Estado social.

Una de las muchas paradojas de las críticas europeístas y social-liberales a Corbyn es que defiende políticas anticuadas que presuponen la existencia del Estado nacional, la viabilidad del pleno empleo, justicia social y reindustrialización desde un sector público ampliado con capacidad para gobernar la economía. Esta crítica se hace justamente en el momento en que el Reino Unido rompe con la Unión Europea y reclama su soberanía e independencia nacionales; es decir, cuando es viable una salida socialdemocrática para defender un proyecto de país alternativo al que piensan los conservadores. Como antes indiqué, este es el núcleo duro de una derrota de la izquierda que se podría haber evitado.

La ampliación del espacio económico, la desregulación y el incremento de la competencia, la carencia de mecanismos fiscales compensatorios y la adopción del euro, han generado dinámicas que fracturan económica, social y territorialmente las sociedades;

fracturas que acaban siendo políticas y que tienen consecuencias destructivas para las sociedades. No es casualidad que, en este momento histórico, las poblaciones reclamen protección, seguridad, justicia, orden; es decir, más Estado, más intervención pública, más control social de la economía y una democracia económica que ponga freno a los grupos financieros y empresariales que controlan nuestras vidas. Todo esto choca con los criterios que organizan la construcción europea, que han sido constitucionalizados y convertidos en obligatorios para todos y cada uno de los Estados miembros. Esta contradicción tenderá a agravarse en el futuro y marcará toda una fase.

La Unión Europea es, sobre todo, una forma de dominio político. El ordoliberalismo ha construido un modo específico de intervención que garantiza la hegemonía del capital, sus intereses generales, organiza y disciplina a las clases dominantes, desmantela los instrumentos sociales y las políticas que los regulan; en último término, esto es posible porque lo garantiza el Estado alemán, que tiene un poder estructural que lo beneficia sistemáticamente. Estamos ante el fin de lo que Danilo Zolo llamó *la analogía doméstica*. La ideología europeísta, más o menos explícitamente, tenía como fundamento un diseño institucional donde los Estados nacionales eran deconstruidos y, progresivamente, sustituidos por un Estado supranacional que recogería sus funciones básicas. Todo proceso en el desmantelamiento de los Estados era saludado como un avance en la construcción de una nueva realidad que, tarde o temprano, culminaría en los Estados Unidos de Europa. Siempre se trató de un sueño y nunca fue un proyecto político real. Era la cobertura ideológica de algo más concreto y preciso: desmantelar el Estado social, desregular la economía, mercantilizar las relaciones sociales y limitar sustancialmente los derechos laborales y sindicales. Lo que nunca podrían haber hecho sin graves costes los gobiernos de los Estados individualmente considerados, lo hizo posible una UE, modo específico y radical de globalización capitalista, concebida sin alternativa y como irreversible. Esto explica el durísimo enfrentamiento, la rabia de las clases dirigentes y

de sus medios de comunicación ante la salida de Gran Bretaña de la UE.

Hay algo histórico que se escapa en este debate. Bien mirado, para los europeístas más duros, la salida de Gran Bretaña debería ser saludada y percibida como una oportunidad; se ha culpado a este país de ser un obstáculo permanente a la construcción política de la Unión y la *quinta columna* de EEUU. Es más, ha sido permanentemente culpabilizada de los sesgos más duros neoliberales de las políticas europeas y campeona insuperable de la eliminación de los derechos sociales. ¿Es solo un precedente que hay que combatir o se trata de algo más? Mi hipótesis es que el problema más serio que tiene la UE está relacionado con su posición internacional, con la carencia de un sujeto europeo capaz de intervenir de modo independiente en un mundo que cambia aceleradamente. Es la otra cara de la construcción europea: a más UE, más dependencia de los EEUU; a más UE, menos capacidad para intervenir autónomamente en las relaciones internacionales; a más UE, más nacionalismos y más populismos de derechas.

Sí es posible otra Europa. Lo que está cada vez más claro es que no será esta Unión Europea. La cuestión es decidir entre su implosión o la construcción de un nuevo marco, que llamaría confederal.

El Viejo Topo
Núm. 385, febrero de 2020

ESPERANDO AL GODOT DE LA UNIÓN BANCARIA EUROPEA

Stuart Medina y Manolo Monereo

Vladimir: ¡Qué! ¿Nos vamos?
Estragón: Sí, vámonos.
No se mueven.

La Unión Europea es quizá el mayor ejercicio de grandilocuencia y propaganda de la Historia. Adornado de ropajes de proyecto progresista, la UE ha sido incluso capaz de convencer a muchos laboristas británicos para que apoyasen el "Remain" por su presunto compromiso con la defensa de los derechos de los trabajadores y los derechos humanos, eso mismos que los británicos se habían asegurado décadas antes de su entrada en esta institución mientras cartas de Trichet y tratados de Maastricht los erosionaban en el resto de Europa y Von der Leyen alienta a los griegos a disparar contra los inmigrantes sirios que ahora se han convertido en el "escudo de Europa". La UE es capaz de decir que va a acometer el mayor proyecto de descarbonización con un presupuesto 7.500 millones de euros. Parece mucho pero es solo el 0,04% del PIB europeo y está lejos de ser un proyecto solidario con las naciones más castigadas por la crisis, ya que parece que la mayor parte del dinero se irá a Alemania y otros países de Europa del Este. Como referencia baste decir que China, denostada por ser uno de los mayores emisores del mundo junto con Alemania, anunció que gastaría 360 mil millones hasta 2020 en transición energética.

Travestida en ropajes de proyecto solidario y progresista, en realidad la UE es un proyecto al servicio de oligarquías capitalistas, preferentemente las bancarias del núcleo hanseático. La pasada crisis demostró que los países europeos se esmeraban a la hora de salvar a los bancos franco alemanes. Pero cuando se trataba de ejercer una solidaridad efectiva con los países en dificultades fueron

menos generosos, lo cual no empece a la UE adornar sus vanas iniciativas con bellos discursos y palabrería hueca.

Nada ilustra mejor este patrón de conducta que la creación del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE). Los fondos destinados a evitar la quiebra de países como Grecia, Portugal o Irlanda en realidad hicieron bien poco por ayudar a estos países a hacer sus cuentas públicas sostenibles. El dinero salió hacia los bancos extranjeros con la misma celeridad con la que entró, de manera que éstos pudieron descargar de sus carteras la inviable deuda griega. El MEDE se nos vende como un ejemplo de solidaridad europea. Pero los países rescatados fueron sometidos a drásticos programas de recortes para cumplir con objetivos de deuda y déficit que dificultaron su recuperación económica. Grecia fue sometida a una administración de tintes coloniales.

El MEDE no es una institución de la UE. Se creó fuera de los tratados de la UE (TTUE) por acuerdo intergubernamental para gestionar los instrumentos de rescate de los países PIIGS (Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España) cuando la crisis financiera global, iniciada en 2007, puso al descubierto los fallos de diseño de la unión monetaria europea: la carencia de un banco central que actuase como prestamista de último recurso de los estados y de una unión bancaria real. Muchos analistas han coincidido en señalar estas carencias de la UME (pero a la mayoría de ellos se les olvida que aún más grave es la carencia de un gobierno federal).

La crisis financiera global se llevó por delante a muchos bancos. Ante un deterioro de los balances de los bancos privados la unión monetaria europea quedó al desnudo, dejando bien a la vista sus vergüenzas. Sin fondos europeos de garantía de depósitos, sin fondo de resolución bancaria, ni un banco central que actuase como prestamista de último recurso, solo quedaban unos estados privados de la capacidad de emisión requerida. Estos se veían abocados a dejar caer sus sistemas financieros o a la insolvencia.

En un escenario cada vez más caótico algunos gobiernos de la zona euro concedieron préstamos a Portugal, Grecia, Irlanda y Chipre con el acompañamiento del Fondo Monetario Internacional. Estos préstamos se instrumentaron a través del MEDE. Los estados

que recibieron estas facilidades financieras tuvieron que someterse a una estricta condicionalidad supervisada por una troika formada por el BCE, el Fondo Monetario Internacional y el MEDE. Para rescatar a los bancos españoles el MEDE concedió una línea de crédito de hasta 100 mil millones de euros, de los que el gobierno de Rajoy dispuso inmediatamente de 40 mil millones. La mayor parte de esos fondos se dan por perdidos (A. Maqueda, 2019).

No fue el MEDE la respuesta más eficaz para ayudar a estados que trataban de gestionar crisis bancarias de una envergadura sin precedentes. Como dice Warrren Mosler, no hay crisis financiera que no pueda resolverse con un déficit fiscal suficientemente grande. Pero la opción fiscal se le había cerrado a los países miembros de la zona euro. De hecho, la condicionalidad de las ayudas financieras a la aplicación de políticas de austeridad dificultó la recuperación de las economías periféricas.

El mérito real de resolver la crisis financiera europea lo debemos al anuncio de Mario Draghi de que el BCE haría cuanto fuese necesario para sostener el euro. Un oportuno pronunciamiento del Tribunal de Justicia Europeo permitió una interpretación de los TTUE que habilitaba al BCE para que iniciase políticas monetarias "no convencionales": las compras de deuda pública en los mercados secundarios dentro del llamado programa de compra de activos (APP). Este programa de "flexibilización cuantitativa" causó una rápida caída de las primas de riesgo. La deuda pública española, italiana, portuguesa e italiana recuperaron su condición de activo sin riesgo lo cual salvó a los gobiernos de una inminente suspensión de pagos.

El éxito del programa APP, cuya virtud no está en inundar los bancos de reservas –acción de nula eficacia para estimular la creación de crédito bancario y alcanzar los objetivos de inflación– sino en convertir a la deuda pública en un activo libre de riesgo, debería habernos convencido de que la solución para prevenir una futura inestabilidad financiera no es un MEDE, sino el apoyo de los bancos centrales a los gobiernos.

En ausencia de un gobierno federal europeo que gestione un presupuesto que suponga un porcentaje significativo del PIB de la

zona euro y pueda realizar transferencias a regiones en recesión y ejecutar políticas anticíclicas potentes y eficaces, lo prudente es que sean los estados los que emitan activos financieros sin riesgo, que por cierto necesitan mantener los bancos comerciales en sus balances. El programa APP del BCE debería ser permanente y no estar condicionado a ejercicios de virtuosismo presupuestario.

Además el MEDE, embudo utilizado para que los países PIIGS tragaran, *velis nolis,* políticas de austeridad, ha contribuido a cercenar cualquier proyecto ambicioso con pretensiones de transformar nuestro tejido productivo, por ejemplo con un plan de trabajo garantizado, un green new deal, un plan de reindustrialización o un plan de inversión en I+D. Esta obsesión por las finanzas "responsables" nos condena al estancamiento económico cuando no al atraso. El *rigor mortis* de las economías periféricas. La crisis sanitaria que nos ha contagiado el coronavirus es un doloroso recordatorio de la incapacidad de reaccionar con agilidad y aplicar potentes medidas anticíclicas de los gobiernos europeos. Compárese la respuesta de nuestras autoridades con la hazaña china de construir en Wuhan un hospital en diez días poniendo de manifiesto la potencia de un gobierno que aprovecha la capacidad fiscal que le permite el disfrute de su soberanía monetaria. La designación de dos personas absolutamente contraindicadas para la situación de alarma actual como Von der Leyen y Lagarde acentúan la falta de orientación e impulso de las autoridades europeas.

* * *

Ignorando la evidencia, el liderazgo europeo parece creer que lo que conviene es un MEDE mejorado. Entre los estados frugales del Septentrión europeo quizá porque lo estimen un instrumento útil para disciplinar a los vagos del Sur.

Los países de la zona euro han negociado modificaciones al tratado del MEDE que pretenden llevar la zona euro a la ansiada unión de capitales. Crean un fondo de resolución bancaria europeo, pero sigue sin incorporar un pilar básico como sería un seguro de depósitos europeo sin el cual los estados podrían ver su solvencia

comprometida ante una gran crisis bancaria al carecer de un banco central propio. La reforma pactada crea un “cortafuegos” para la Unión Bancaria, una solución de emergencia para situaciones en las que los recursos del Fondo Único de Resolución Bancaria no son suficientes para hacer frente a una quiebra bancaria. En los borradores del tratado de reforma que iba a incorporar esta institución intergubernamental al ordenamiento de la UE se llegó a proponer que el MEDE pasara a llamarse Fondo Monetario Europeo. Alguien debió advertir lo inoportuno de esa denominación, con terribles resonancias, y se abandonó tal pretensión. Tampoco parece que vaya a incorporarse a los tratados europeos.

En la peor tradición europea, la financiación que aporte el MEDE a un estado miembro estará condicionada a programas de ajuste macroeconómicos –es decir, austeridad y suspensión de la democracia. El Tratado de reforma del MEDE le otorgaría más poderes de supervisión sobre los estados sometidos a rescate.

Este tratado de reforma está a años luz de un proyecto que habría planteado un gobierno federal con capacidad de gestionar un presupuesto que representara al menos el 15% del PIB de la zona euro y de emitir deuda pública respaldada por el Banco Central Europeo (BCE). En vez de esto tendremos otro acuerdo que establece una jerarquía de naciones con acreedores en la cúspide y deudores en la base.

Klaus Regling, director gerente del MEDE, en una reciente rueda de prensa, declaraba que estaba alineado con la intención de completar el tratado porque “está en el corazón de aquello en lo que creemos y para lo que trabajamos en el MEDE”. Se nota que se está impacientando porque este tratado se tenía que haber aprobado en diciembre de 2019 y haber entrado en vigor en enero de este año. La parálisis europea; un liderazgo incapaz encarnado en Von der Leyen y Lagarde, duo puesto por acuerdo francoalemán sin respetar unas mínimas reglas de decoro parlamentario; las desavenencias entre los países frugales del Norte y los pedigüeños del Sur que no consiguen ponerse de acuerdo sobre la forma de cerrar la brecha de unas pocas décimas sobre el PIB que abre el Brexit en los

presupuestos comunitarios; y la caótica política italiana, han conseguido posponer la entrada en vigor del tratado.

En España este tema ha ocupado apenas unas columnas en la prensa salmón pero en Italia se han encendido todas las alarmas por los riesgos que suponen para la supervivencia de ese Estado nación y para el sistema financiero. Italia ha experimentado dos décados de deflación, escaso crecimiento e inversión pública y privada, insuficientes desde que entró en el euro y no existe el mismo consenso asfixiante sobre la zona euro que domina en la Península Ibérica. El europeísta Partido Democrático ha dicho que el tratado es cosa hecha y que no hay vuelta atrás. Pero su socio de gobierno, el líder del M5S y ministro de Exteriores, Di Maio, ha dicho que se debería retrasar la firma de la reforma. Di Maio ha anunciado que estaban trabajando desde su partido para introducir reformas al tratado. Matiza que hasta «que tengamos una idea clara de la situación, no se firma nada y no se aprueba nada». Ha afirmado que el Parlamento italiano evaluará y votará todos los cambios del nuevo tratado antes de que la UE lo firme previsiblemente en el primer trimestre de 2020 (Redacción de *La Vanguardia*, 2019). La Lega, el partido de derecha populista, también se ha mostrado crítico ante la potencial pérdida de soberanía.

Encuentro comprensibles las objeciones de los partidos italianos a la reforma del MEDE. Las posibles consecuencias de las cláusulas de acción colectiva que el nuevo tratado obliga a incorporar a las nuevas emisiones de los estados son muy preocupantes. Entre las emisiones de deuda pública suele haber múltiples tipos y categorías de títulos con distintas condiciones y derechos reconocidos a favor de los tenedores. Ante la necesidad de afrontar un proceso de reestructuración de la deuda pública de un estado algunas clases de tenedores pueden oponerse eficazmente a un plan que no les convenga, negándose a participar de forma que una minoría más combativa podría asegurarse mejores condiciones y dificultar la reestructuración de la deuda pública. Para evitar este tipo de posicionamientos ventajistas de determinados colectivos de bonistas las cláusulas de acción colectiva deberán incorporarse obligatoriamente a todas las emisiones a partir de 2022. Además el

MEDE se convertiría en el ente que negociaría las condiciones de reestructuración suplantando a los estados emisores.

Esta reforma otorga un gran poder al MEDE, un organismo que no responde ante ningún parlamento, en detrimento de la soberanía nacional básica. Esto es de por sí inquietante, pero hay más. El nuevo tratado abre la puerta a que las emisiones de los estados europeos puedan ser reestructuradas y, por consiguiente, dejan de ser el activo sin riesgo que buscan incorporar los bancos a sus carteras. Ante cualquier dificultad se podría presentar un escenario de profecía autocumplida en el que los inversores decidieran desembarazarse de sus posiciones de deuda pública. Esto podría provocar caídas de precios, un aumento de las rentabilidades exigidas, mayores dificultades para que los estados atiendan el servicio de su deuda y una nueva huida de inversores que desembocara en una reestructuración obligada y una inevitable intervención del MEDE con la consiguiente pérdida de soberanía y la imposición de planes de austeridad draconianos de carácter procíclico que seguirían profundizando la crisis.

Además, el sistema financiero podría encontrarse con dificultades para conseguir realizar sus posiciones en los que deberían ser los activos sin riesgo por definición, creando tensiones de liquidez e insolvencias en el sistema financiero. Estas situaciones activarían el recurso al fondo de resolución bancario y a los fondos de garantía de depósitos que todavía son nacionales, deteriorando aún más la solvencia de los estados y aumentando las posibilidades de que se vean obligados a recurrir al MEDE.

El tiempo pasa y las elecciones italianas se están acercando. No resultaría sorprendente que muchos italianos aprovecharan la ocasión para vengar la imposición de otro gobierno tecnocrático europeísta y eligieran un gobierno incómodo para Bruselas.Quizá Italia consiga boicotear una reforma completamente contraria a los intereses de la mayoría de la población de la periferia de la UE.

Desafortunadamente los líderes europeos no parecen entender las sutilezas del sistema bancario y monetario.

Afortunadamente los líderes europeos siguen esperando a Godot.

Delendum est euro.

Referencias

–Redacción de *La Vanguardia*. (11/12/ 2019). Italia apoyará la reforma del MEDE, aunque debatirá cualquier cambio en enero. *La Vanguardia*. Obtenido de https://www.lavanguardia.com/politica/20191211/472181229340/italia-apoyara-la-reforma-del-mede-aunque-debatira-cualquier-cambio-en-enero.html

–Antonio Maqueda. (16/01/2019). España devuelve casi la mitad del préstamo para el rescate bancario. *El País*. Obtenido de https://elpais.com/economia/ 2019/01/15/actualidad/1547586155_631004.html

El Viejo Topo
Núm. 387, abril de 2020

SITUAR EL SOCIALISMO EN LA AGENDA POLÍTICA

Nuova Direzione es una organización política de reciente creación formada por cuadros sociales y políticos de la izquierda italiana. Las tesis aprobadas en su Congreso fundacional tienen mucho interés porque recogen los cambios en el funcionamiento del capitalismo en una sociedad como la italiana, que vive una crisis orgánica. No se trata aquí de sintetizarlas ni de comentarlas, sino de situarlas en un contexto presidido por la derrota, la carencia de proyectos solventes y la búsqueda desesperada de referentes. La izquierda italiana no existe como fuerza relevante en la vida pública. Hay una izquierda social y cultural rica pero dispersa, dividida en compartimentos estancos y sin capacidad de contribuir positivamente a un proyecto alternativo de país.

Las tesis apuntan a situar de nuevo el socialismo como proyecto histórico. La palabra clave es fundación. No se intenta revisar, de oponer por enésima vez teoría y práctica, el socialismo pensado por los padres fundadores y el socialismo realizado. La tarea es de cimientos, de arquitectura, de edificio. Pensar la sociedad alternativa desde las contradicciones del capitalismo realmente existente y más allá, desde la experiencia histórica de su construcción y derrota. Tomarse en serio la filosofía de la praxis y fundar, no solo teoría, sino estrategia, programa y pasión colectiva. Luchar contra un imaginario que vive, después de 30 años, bajo el síndrome TINA, no hay alternativa. Es una tarea colectiva, de militantes, de intelectuales críticos que se insertan en las clases populares y que generan un proyecto alternativo viable.

Lo primero es situarse bien ante el capitalismo que tenemos delante de nuestros ojos, definirlo y expresar sus contradicciones. Financiarización, globalización y transición geopolítica expresan un nudo gordiano que es necesario romper. Las contradicciones están ahí: crisis financieras recurrentes, destrucción de los controles sociales y políticos al mercado capitalista; desigualdad creciente y

pobreza devenida estructural; una revolución tecnológica usada –las tesis hacen hincapié en este asunto– como instrumento de dominación contra las clases trabajadoras y sus sindicatos. Un segundo tema, el metabolismo de la sociedad humana y el medio natural en plena ruptura. Cuesta trabajo ir más allá del folklore de un ecologismo convertido en ideología de grandes empresas, de grandes medios de comunicación y de ONGs imperiales, pero el problema es real y ayuda a entender qué significa, aquí y ahora, aquello de socialismo o barbarie; mejor dicho, de una barbarie sin alternativa.

Hay una cuestión que atraviesa las tesis políticas. Tiene que ver con el capitalismo. Se podría expresar así: ¿la revolución social es el producto de las contradicciones internas del capitalismo o el choque de éste con la sociedad? Desde otro punto de vista, el capitalismo produce relaciones sociales capitalistas y difícilmente se encontrará en ellas el "material" para producir una sociedad alternativa. El nexo geopolítica y capitalismo, es decir, el imperialismo, tiene mucho que ver con este debate y hoy cobra actualidad. ¿Es China un país capitalista? ¿Qué tipo de capitalismo? Y ¿cuál es su papel en unas relaciones que cambian aceleradamente?

De una u otra forma reaparece el gran debate: ¿qué sociedad, qué estructuras de poder y qué tipo de relación entre economía y política caracterizaron las formaciones económico sociales que pretendieron construir el socialismo? Los que siguen defendiendo una sociedad alternativa al capitalismo tienden a separarse de ese proceso histórico, a criticarlo desde fuera negando su propia naturaleza emancipatoria. Creo que estos análisis no dan mucho de sí y no explican bien el fenómeno. Muchos lo vemos de otra forma, como producto del choque del capitalismo con las sociedades, por así decirlo, tradicionales, y como vía a la industrialización y al desarrollo sobre bases no capitalistas. Pensaríamos la transición, a lo Samir Amin, como un complejo histórico-mundial de larga duración, reversible siempre y donde la política en sentido fuerte tendría el primado. La cuestión tiene diversos desarrollos y hace posible la convergencia entre soberanía nacional y popular;

internacionalismo y la construcción de un nuevo orden internacional en momentos –hay que subrayarlo de nuevo– en que retorna la lucha por la hegemonía entre las grandes potencias, la competencia económica se acerba, la carrera armamentista se acelera y la guerra aparece en el horizonte. El socialismo como posibilidad y aspiración encontrará ahí su destino.

Hablar de tesis políticas obliga a situarse bien en lo nacional, en la comunidad histórica y en sus contradicciones sociales y culturales. El análisis que se hace de la Unión Europea es riguroso y su denuncia, solvente. La relación entre la UE y la crisis orgánica del Estado italiano está claramente expresada con un contenido de liberación social y nacional, no dejando a un lado los temas espinosos y especialmente difíciles como la emigración, la situación de las clases trabajadoras y el populismo de derechas en su contenido más profundo. Se trata de una crítica al neoliberalismo, a la subalternidad de las clases dominantes italianas al poder alemán y a una supuesta izquierda que actúa como masa de maniobra de unos poderes económicos cada vez más fuertes y autoritarios.

El debate estratégico retorna. Eso es una buena señal. El nudo Lenin-Gramsci hay que fortalecerlo desde su complejidad. Las tesis se formulan con modestia, con sinceridad, en momentos en los que la confusión reina, la formulación de un proyecto alternativo rechazada por el omnipotente poder del mando neoliberal unificado. Estamos ante una tarea –allí y aquí– que está empezando, que requiere de una crítica despiadada de la ideología dominante y la reconstrucción de un imaginario social alternativo donde ideas, creencias, estrategia y programa se puedan soldar en conciencia colectiva, acción social y organización de masas. El debate continúa.

El Viejo Topo
Núm. 388, mayo 2020

EL MIEDO A ESPAÑA LA EUROPA DE MAASTRICHT COMO ALTERNATIVA

A la memoria de Julio Anguita. Construyó hipótesis, definió proyectos y luchó con pasión. Era mi amigo.

Propósito

Visto en perspectiva, asombra la importancia del debate sobre Maastricht en Izquierda Unida y, más allá, en la izquierda española. Se daba en un giro de época y en el final de un ciclo histórico. Hoy los sabemos con precisión: el agotamiento del impulso del movimiento obrero organizado en torno a un proyecto alternativo de sociedad y Estado, comprometido con la emancipación social y con el socialismo. Como suele ocurrir, había muchos debates en el debate y se entrecruzaban problemas coyunturales con otros más de fondo. Para una parte de los intervinientes, se trataba de una huida, de alejarse del comunismo cuando este entraba en una crisis final. La consigna era simple: disolver el PCE, convertir a IU en partido político y solicitar nuestro ingreso como observadores en la Internacional Socialista. El PCI era el partido guía, marcaba el camino. En este contexto se dio el debate sobre Maastricht.

La posición mayoritaria, defendida por Julio Anguita, aglutinaba a un grupo heterogéneo, en el que también se mezclaban muchos debates. El fiasco de Maastricht nos situó ante problemas difíciles de resolver, que exigían tiempo, análisis de fondo y decisiones meditadas. La política te impone escenarios, plazos; había que definirse. Sabíamos que la cuestión era estratégica, que había que empezar por lo más acuciante y continuar profundizando de cara a un futuro que obligaba a rupturas históricas inevitables. Desde el primer momento tuvimos consciencia de lo que estaba en juego: aceptar Maastricht significaba poner en peligro nuestro débil Estado social, hacer las políticas neoliberales obligatorias para nosotros y dificultar seriamente el reformismo político en cualquiera de sus acepciones.

Lo que vino después es conocido: Julio Anguita fue sometido a un ataque brutal, usando a fondo las “cloacas” del Estado y los medios cercanos al poder, encabezados por el grupo Prisa. Las descalificaciones se mezclaban con los insultos y los desprecios, las mentiras; se fueron convirtiendo en sentido común para mucha gente y los que mandan consiguieron frenar un proyecto en ascenso, dividirlo y derrotarlo. Maastricht no fue el único debate, pero fue el más importante. Estas reflexiones tienen que ver con el legado de Anguita. Nuestra obligación es ir con él y más allá.

1. Introducción: la venganza de la historia

Estamos transitando de una “crisis de Régimen” a una “crisis en el Régimen”. Como se ha venido advirtiendo desde el principio, el dilema no era entre el Régimen del 78 y la ruptura democrática. El contrato social había sido roto por los poderes económicos dominantes con la colaboración del PSOE y, sobre todo, del PP. Si queríamos conservar las libertades y derechos conquistados, deberíamos ir hacia un nuevo proceso de cambio democrático activando el poder constituyente originario del pueblo. Que los procesos políticos se bloqueen y se impidan tiene consecuencias, se pudren e involucionan. En eso estamos. De nuevo se habla de “estrategias de tensión”, de operaciones “tipo Bolsonaro” y de escenarios que recuerdan el del 23F. La pandemia está actuando como acelerador de un proceso que, de una u otra forma, ya estaba ahí.

No se trata aquí de hacer un análisis académico sobre lo que significa realmente una “crisis en el Régimen”. Lo decisivo, a mi juicio, es entender que ahora la iniciativa está en las fuerzas del sistema y en los poderes fácticos. Superada la etapa de movilización popular y cuestionamiento de las políticas dominantes que había significado el 15M, pretenden ahora ir hacia un tipo de Régimen más autoritario, que minimice nuestro débil Estado social, que debilite los derechos sociales y que recorte sustancialmente las libertades. La señal inequívoca de esta crisis en el régimen está en la autonomización de los aparatos del Estado y el surgimiento en ellos de sectores que toman la iniciativa y se preparan para un

combate frontal. Todo esto tiene una fecha de inicio: el discurso del Rey el 3 de octubre de 2017, que no era complementario, y así fue percibido, del que transmitía el gobierno de Mariano Rajoy, sino alternativo.

El escenario político está mutando y aparecen los viejos fantasmas de una Transición que nunca termina y que en cada momento nos pone delante de los ojos los límites que no se pueden superar y la necesidad de aceptar las reglas de unos poderes que ya no ocultan sus pretensiones. La pregunta: ¿cómo es posible una oposición tan radical, tan extrema ante un gobierno tan moderado como este? No hablo de la propaganda ni las descalificaciones partidistas. Intento comprender cómo los grandes medios de comunicación, los poderes económicos y empresariales, los grandes grupos financieros ejercen una oposición de este tipo y usan, sin ningún tipo de precaución, a las tres derechas como instrumento de acoso y presión.

La autonomía de lo político existe y tiene que ver con el poder. Muchos argumentarán que los grandes intereses económicos no son cuestionados y que las medidas que se pretenden tomar se quieren hacer con el consenso más amplio posible, incluida la patronal y los grandes poderes económicos. Se podría añadir que, hoy por hoy, la movilización social es problemática y que solo la intenta Vox y sus amigos de la derecha extrema. Si esto es así, si el gobierno no va a realizar políticas que vayan más allá de lo que ha hecho la socialdemocracia en Portugal o en Grecia, la pregunta sigue siendo necesaria.

Lo que se atisba son unos grupos de poder y élites políticas que consideran que ha llegado el momento, dada la debilidad de la izquierda social y política y el nuevo contexto internacional (específicamente el de la Unión Europea), de ir más allá de los consensos básicos de una transición que debe darse por terminada; eso sí, sin anular su discurso legitimador. Las tres derechas lo llevan practicando desde hace meses y hay que reconocer que les está saliendo razonablemente bien. Merece la pena subrayarlo: los poderes se preparan activamente para el enfrentamiento futuro, creando escenarios, anticipándose y sacando ventaja. El territorio lo

fijará la Unión Europea. El objetivo: doblegar a Pedro Sánchez, obligarle a imponer políticas de ajuste pactadas con las instituciones europeas. El instrumento, la ruptura del gobierno y la salida de las y los ministros de Unidas Podemos.

Se habla en estos días de las alternativas para la reconstrucción económica y social del país. De hecho, hay abierta una comisión parlamentaria dedicada a estos temas que se está convirtiendo –esto es inevitable– en un terreno de enfrentamiento entre el gobierno y la oposición. Parecería que hay dos proyectos –que se diferencian en el papel– que incluyen los servicios públicos esenciales, la ampliación del Estado social y el desarrollo de los derechos laborales, sindicales y económicos de los trabajadores. A mi juicio, esta conclusión es un error estratégico. La cuestión principal sería el papel que debería cumplir España, su estructura económico-productiva y social, en la nueva división del trabajo que se está configurando en la UE y que ahora se encubre con el llamado Programa Europeo de Reconstrucción. Para decirlo con más precisión, si se va o no a un nuevo modelo de desarrollo económico, social y ecológicamente sostenible. Esto significa aplicación sistemática de las nuevas tecnologías, reindustrialización, derechos sociales, salarios dignos y pleno empleo. Volveremos a esta cuestión.

2. La “fuga” de España: una estrategia recurrente

Antes me he referido a viejos fantasmas que retornan. Conviene detenerse en ello. La clase política que llegó al gobierno en 1982 (el PSOE, pero mucho más allá) incorporó una serie de claves que se han ido perpetuando a lo largo del tiempo. Lo podríamos resumir como “líneas rojas” sabidas y nunca explicitadas del todo, que no se pueden traspasar. Hablo de la monarquía; las reformas sustanciales de la Constitución como la “cuestión territorial”; la OTAN y el papel de las Fuerzas Armadas; nuestra pertenencia indiscutida e indiscutible a la UE. Estas líneas invocan, hay que decirlo con claridad, una realidad histórico-social, una “constitución material” en sentido estricto, que de cuestionarse, se haría inviable la democracia española. Nuestras libertades, nuestros derechos

conquistados serían siempre provisionales, concesiones sujetas a un ejercicio “responsable” en el marco de lo tolerado por los poderes de hecho. La amenaza: la insurrección de las derechas económicas y políticas; estrategia de tensión y golpe de Estado.

La estabilidad de nuestra joven democracia dependía de la inserción en las estructuras del poder de Occidente hegemonizadas por la Administración Norteamericana. Dicho de otra forma, el futuro del país exigía ser tutelados por potencias extrajeras, ceder soberanía para huir de una España que daba miedo. A menos soberanía, más “democracia”. La “fuga” de España como estrategia a la espera que la Unión Europea avanzara hacia un Estado Federal. Los nacionalistas periféricos han defendido con coherencia este camino: la desintegración del Estado español en el marco de una unidad superior que nos llevaría a la Europa de regiones-pueblos. La reivindicación de la soberanía es siempre frente a España, nunca en contra de la de la Unión Europea. A más Europa menos España.

El europeísmo de las derechas es singular. Nunca tuvieron dificultad para aceptar el papel dependiente y subordinado de España en la Europa alemana. Lo vieron como algo inevitable y necesario; porque su problema era el mismo que el del PSOE: controlar el conflicto social, neutralizar el sindicalismo de clase, reducir el peso político del PCE e IU. El tratado de Maastricht, la Unión Económica y Monetaria, era la gran oportunidad para disciplinar a la economía, ponerle una camisa de fuerza al movimiento obrero y que fuese la UE quien tomara las decisiones económicas fundamentales. Ceder soberanía para tener más poder sobre las clases populares de su propio país.

La Unión Europea, digamos la verdad sin eufemismos, la Europa alemana, es el gran consenso del bloque de poder dominante en España. Su sesgo de clase es clarísimo. Los tres grandes actores de la vida política española, las derechas, los socialistas y los nacionalistas, están en lo que Miguel Herrero llamó el “síndrome de Vichy ”, es decir, transferir a un tercero (la Alemania hitleriana) la capacidad de decidir un conflicto interno: “la esencia de Vichy no fue otra que la colaboración con el ocupante para que este hiciera el

trabajo sucio que mucha derecha francesa (y también gran parte de la izquierda) deseaba haber hecho, pero no se atrevía acometer por sí misma"[1].

Los actores sociales, básicamente los sindicatos, siguen la misma o parecida estrategia que las fuerzas políticas dominantes. Eso sí, les queda la delicada tarea de "inventarse" periódicamente una "Europa social" siempre emergente. La paradoja es relevante: a más Europa, menos solidaridad de clase, menos convergencia social y menos peso del sindicalismo en todas partes. La gravedad del problema no es fácil de ocultar: el movimiento obrero organizado no ha sido capaz de organizar una huelga general de los trabajadores de la UE en un momento tan dramático como la crisis del 2008. Hoy languidece entre comisión y comisión, grupos de trabajo y reuniones periódicas en las instituciones. En la realidad de los conflictos y de las luchas, el internacionalismo es menor que en la etapa del predominio de los Estados-Nación. La ceguera voluntaria crece mucho en tiempos de derrota[2].

3. De la crisis del covid-19 al "momento Hamilton": las armas de la crítica

El europeísmo dominante en el país tiene un fervor, una constancia y una terquedad digna de admiración. Es cierto que va en favor de la corriente, que los que mandan están con ellos y que cuentan con un aparato de propaganda de grandes dimensiones; sin embargo, asombra su activismo, aun cuando los hechos no lo corroboren; su continua búsqueda de nuevas consignas y, hay que subrayarlo, de enemigos que hagan aceptable un proyecto que vive y sigue viviendo una crisis existencial. El "otro" populismo europeísta funciona a toda vela, desde la denuncia inmisericorde del "nacionalismo populista", la crítica a la izquierda supuestamente nostálgica del Estado-Nación y la descalificación de aquellos que se atreven a cuestionar el tipo de integración, sus políticas y el modelo de toma de decisiones.

No hay política sin retórica; después de los acuerdos de la Comisión sobre el programa de reconstrucción europea, lo que la tecnocracia europea llama *Next Generation UE*, la épica se ha

hecho carne y programa: Europa pasa a la ofensiva; Europa contraataca; Europa potencia; el eje franco-alemán toma el mando. Esperaban una señal, una conjunción astral y esta llegó de la mano de Macron y de la señora Merkel: reconstrucción europea, 500 mil millones. Luego, (¡albricias!), la todopoderosa Presidenta de la Comisión, la también alemana Ursula von der Leyen, habló de 750 mil millones de euros. Este es el único camino, el de una UE que se pone de nuevo en marcha con ayudas directas, con solidaridad y sin "hombres de negro".

Lo que me llena de emoción es eso del "momento Hamilton". No hay que ser especialista en la historia de los EEUU para saber que Alexander Hamilton, persona singular, fue el más centralista, proteccionista y militarista de todos los padres fundadores de una república, que nació, es bueno recordarlo, imperialista desde sus inicios, ungida de un destino manifiesto hegemónico y con vocación de gran potencia. Hamilton daba miedo a gentes tan significativas como Madison o Jefferson por su talante autoritario, por su desprecio del federalismo y su concepción plutocrática de la política. Hamilton, en muchos sentidos, puso los cimientos institucionales y políticos que llevarían a la Nación americana a ser una gran potencia, el que posibilitó el "golpe de timón" para pasar de confederación a una federación-Estado. Lo que se quiere decir es que la *Next Generation UE* es el inicio de este avance hacia unos Estados Unidos de Europa y que se hace con impulso hercúleo del eje franco-alemán. Una cosa a no olvidar, Hamilton fue el auténtico creador del moderno proteccionismo, el maestro de aquellos que se enfrentaron al libre comercio y que supieron que la condición para la industrialización es protegerse de las grandes potencias y dotarse de poderosos instrumentos para conseguir soberanía e independencia económica.

Comparar el "momento Hamilton" con el "momento Merkel" es algo más que una injusticia histórica, es una manipulación que oculta la realidad de lo acordado. Como se verá más adelante, las propuestas de recuperación económica y social que vienen de la Comisión (aún no aprobadas) poco o nada tienen que ver con el legado histórico del que fue una figura única en unos EEUU que se

ponían en marcha para realizar su destino. El problema tendría que plantearse de otra forma: ¿las medidas que está tomando la UE están a la altura de los desafíos excepcionales que impone una pandemia inédita que va a dejar profundas huellas sociales, económicas y psicológicas? Creo que no; no solo porque son tardías, sino porque están muy lejos de las aspiraciones y necesidades de unas poblaciones que están viviendo un auténtico drama.

La primera cuestión tiene que ver con algo que se da por sabido, pero que hay que situar en el centro del debate. Japón, Gran Bretaña, EEUU no han tenido ningún problema en inyectar una enorme cantidad de dinero en sus economías en muy poco tiempo. Eso lo podría haber hecho la UE y no ha sido así. Se dirá que los Tratados lo prohíben; es cierto, pero, de facto, hoy la UE vive un estado de excepción; las reglas básicas de los Tratados han sido suspendidas y las medidas que se están tomando bordean su legalidad, cuando no la infringen. Como analizó William Mitchell[3], la negativa a monetizar la deuda es estrictamente política e ideológica, nada tiene que ver con la ciencia económica. Se trata de controlar el gasto público e impedir la intervención del Estado. Obligar a las instituciones públicas a someterse al control de los mercados financieros sirve para neutralizar el conflicto social, imponer políticas neoliberales y devaluar la democracia como autogobierno de las poblaciones.

El factor tiempo es esencial. No es lo mismo la ayuda en el inicio de la pandemia que cuando esta comienza a ser controlada. Para ser eficaz, es decir, para evitar la destrucción del tejido productivo, la ruina de miles de pequeñas y medianas empresas y de las economías familiares, la ayuda tendría que haber sido inmediata. La estrategia de las instituciones y de Alemania ha sido ganar tiempo y tomar las decisiones, como ellos suelen decir, en frío, sin la presión de la necesidad. En muchos sentidos, el daño ya se ha hecho y es irreparable. Su consecuencia es que la crisis se ha agravado, las economías se han endeudado aún más y el margen de maniobra para realizar políticas públicas se ha acortado mucho. El Banco

Central Europeo está cumpliendo una labor positiva intentando controlar las primas de riesgo; eso sí, fortaleciendo el papel de la banca y de los grandes fondos de inversión que han podido ganar mucho dinero sin arriesgar nada. La economía política del rentista sigue siendo la dominante en esta fase del capitalismo depredador.

4. Unión Europea: estado de excepción y desarrollo desigual. Las armas de la crítica

Todavía sigue el debate sobre la polémica sentencia del Tribunal Constitucional alemán en torno a la compra de deuda por parte del Banco Central Europeo. Los ataques han sido especialmente duros, no es casualidad, por parte de los mismos que hoy apoyan con entusiasmo las iniciativas de las instituciones europeas. En el fondo hay un problema jurídico-político que se elude sistemáticamente. Se puede plantear así: la transferencia de soberanía de los estados hacia la Unión Europea es de tal magnitud, de tal calado, las mutaciones que provoca en los distintos ordenamientos jurídicos-constitucionales son tan significativas, que hay que preguntarse si no ha llegado el momento de convocar al que tiene el poder constituyente originario, el pueblo alemán. El Tribunal no se opone a que se plantee la posibilidad de construir un Estado supranacional, lo que rechaza es que se haga por la vía de los hechos, al margen de los mecanismos formales prescritos en la Ley Fundamental de la República. Las instituciones de la UE, especialmente el Tribunal de Justicia, llevan años trabajando precisamente para eludir el "momento democrático-constituyente" presuponiendo que el ordenamiento jurídico es ya materialmente una constitución, singular, pero constitución de facto.

Mezclar democracia y proceso de integración es justamente lo que las élites europeístas quieren evitar a toda costa. La tarea es ardua pero exitosa: desmantelar el Estado social, limitar el control de los gobiernos democráticos sobre los grandes oligopolios financieros-empresariales, desmontar la "constitución del trabajo" y –es la clave– devaluar la democracia como autogobierno de las poblaciones y convertirla en un conjunto de procedimientos para seleccionar gobierno y clase política; es decir, transitar a

democracias (neo)liberales, porque a los Estados Unidos de Europa nadie los espera y menos que nadie los Estados del núcleo hegemonizado por Alemania.

El gran problema de las propuestas del eje franco-alemán es que diseña un tipo recuperación desigual que profundiza las asimetrías entre el centro y la periferia, viola legalidad de la UE e instaura un verdadero Estado de excepción; es decir, suspende el derecho y asegura el dominio de los poderes de hecho. Pasó en el 2008 y vuelve a pasar ahora. No es este el lugar para analizar los cambios sustanciales que se están operando en la economía-mundo capitalista y la apertura de nuevo de un conflicto geopolítico de dimensiones sistémicas. Alemania y Francia viven dilemas estratégicos existenciales. Merkel quiere eludir escoger campo y Macron apenas si acierta a identificar qué es lo que está en juego en la partida. Nuestros timoneles dudan y Alemania, como Estado, no se lo puede permitir. No se lo puede permitir.

Alemania sabe lo que se juega. No tiene problemas en ceder en lo secundario para defender, ante todo, sus intereses nacionales. Los tiene y nunca los olvida. En su centro: el ordoliberalismo entendido como posición política, mucho más que económica; que también. Alemania está definiendo su lugar en el mundo que viene. La UE es su reserva estratégica y, en parte, su mercado cautivo. Ganar tiempo y hacer gestos para preparar su estructura productiva económica y militar para un futuro de guerras económicas, conflictos geopolíticos y de crisis de liderazgos. El Estado de excepción significa para Alemania intervenir a fondo y sin límites en sus empresas, fortalecer su debilitado sistema financiero e invertir en las nuevas tecnologías del mañana. El capitalismo de Estado lo descubrieron ellos; las viejas relaciones entre monopolios, poder político y sindicatos siempre han estado ahí. Ahora, de nuevo, tiene tareas nacionales. Las famosas reglas del mercado único siempre le importaron poco y ahora menos que nunca.

El Estado alemán está interviniendo en la economía a lo grande. De los 1,95 billones de euros de ayudas públicas de emergencia aprobadas por la Comisión, el 52% van para la gran potencia germánica. La cifra es impresionante, sobre todo cuando se las

compara con Francia: 17,5%; Italia:15,5% o España, 2,5%[4]. Según un estudio del conocido "think tank" europeo Bruegel las respuestas fiscales y financieras movilizadas por los Estados europeos también reflejan esa enorme desigualdad de partida. La respuesta presupuestaria inmediata de Alemania equivaldría al 10,1% de su PIB (ajuste sanitario, laboral y social), Francia el 2,4%, España el 1,1%, Italia el 0,9. Se podría continuar. Si seguimos con el informe de Bruegel veríamos también que el país de la señora Merkel ha aportado en aplazamientos de impuestos y tasas equivalentes el 14,6 % del PIB; si le añadimos inyecciones de liquidez y garantía financieras, el 27,2% del PIB, nos daremos cuenta del enorme esfuerzo que está realizando ese país, solo comparable a EEUU, Gran Bretaña o Japón. La Unión Europea no está al nivel de las grandes potencias, Alemania sí. Este país entendió muy bien la significación histórica de Hamilton, ayudó a explicarla un conocido economista alemán que tuvo bastante que ver con la unidad alemana y su industrialización, nos referimos a Friedrich List.

Parto de los montes. La Next Generation UE es una propuesta que la Comisión lleva al Consejo del 19 de junio de un fondo excepcional y temporal –hay que subrayarlo– para la recuperación económico-social de la Unión que se añade al marco financiero plurianual 2021-2027[5]. Se trata, se dice, de 750.000 millones euros, lejos de la propuesta española (1,5 billones) y más lejos de la del Parlamento europeo (2 billones). La novedad más relevante es que de esos millones 500.000 serían subvenciones y 250.000 préstamos. Se dice que a España podrían corresponderle en torno a 140.000 millones, 77.000 en forma de subsidios y 63.000 de préstamos. Italia, la más beneficiada, recibiría 80.000 en subsidios y 90.000 en forma de préstamos. El periodo de ejecución sería del 2021-2024. En cifras globales, 35.000 millones anuales. Dos novedades de importancia: se alcanza el 2% sobre el PIB de presupuesto y la financiación se hará emitiendo bonos con garantía del presupuesto de la Unión. Este fondo se añade al reforzado marco financiero plurianual 2021-2027 de 1,1 billones de euros. La cuestión de la condicionalidad no viene al caso. Son programas

decididos y ejecutados por la Comisión según criterios propios, ella decide y ella la ejecuta. Esta es la parte sustancial de la propuesta desarrollada en tres grandes pilares y por medio de iniciativas a ellos definidas.

No negaré que suponen cambios con respecto a criterios anteriores. Ahora bien, son claramente insuficientes y, antes ya se dijo, no atajan los graves problemas de los Estados y de las poblaciones a corto y a medio plazo. ¿Qué hubiese significado de verdad un “momento Hamilton” en circunstancias tan excepcionales como estas?: sumar todas las deudas de los Estados, crear un fondo con ellas y renegociar condiciones adecuadas para su futuro. Punto. Haría más, crearía un presupuesto de verdad (el 2% por ciento es ridículamente insuficiente) y emitiría deuda estatal en cantidades masivas (la deuda es un problema grave cuando es en moneda extranjera, como es el euro). No le temblaría el pulso en monetizar la deuda como han hecho los gobiernos de Japón, Gran Bretaña, EEUU y tantos otros. Neoliberales sí, pero no fanáticos. Resumiendo: 1) La propuesta debe ser aprobada por el Consejo Europeo, cosa no especialmente fácil. 2) La Comisión ha conseguido lo que quería, ganar tiempo para discutirla una vez que la pandemia empieza a ser controlada y obligar a los Estados a aceptar sus condiciones ante los graves problemas económico-sociales y, sobre todo, una deuda que ha crecido enormemente. 3) Hasta Enero los gobiernos no recibirán fondos de la Unión, agravando su situación financiera y presupuestaria.

Las cifras de las instituciones de la UE hay que tomarlas con cuidado; con frecuencia se confunden las informaciones con simple propaganda. Si siempre hay que ir a la letra pequeña, en este caso es obligatorio. Una sana incredulidad ayuda mucho. Thomas Fazi, periodista y economista de nivel, ha llamado la atención sobre un dato significativo. Comentando las cantidades asignadas a Italia –172 mil millones de euros– comprobó que las cifras de la Comisión eran diferentes, 153.000 mil millones. Cuando se descuenta la contribución italiana al presupuesto, la cantidad es sensiblemente menor: 56,7 mil millones de euros. Igualmente pasa con las

cantidades asignadas a España, que estarían en torno a 82,2 mil millones.

5. La Unión Europea y la OTAN: ¿garantes de nuestras libertades públicas y de nuestros derechos sociales? Las armas de la crítica

La crisis de la Unión Europea hay que situarla, insisto de nuevo, en los cambios que se están produciendo en la economía-mundo capitalista caracterizados por tres hechos, a mi juicio, fundamentales. En primer lugar, la gran transición geopolítica definida como el paso de un mundo unipolar a un mundo multipolar. En su centro, una enorme redistribución del poder y una lucha frontal por la hegemonía entre EEUU y China. Esto va a marcar toda una época histórica. En segundo lugar, la crisis de la globalización capitalista en sentido estricto y, más allá, la de un capitalismo en decadencia. En tercer lugar, el agravamiento de la crisis ecológico-social del planeta, del metabolismo de la sociedad y la naturaleza que, como muestra el Covid-19, se rompe por su lado más complejo, la cadena alimentaria. Habría una cuarta, en mi opinión la más radical: Occidente y su modernidad está dejando de ser la geocultura dominante. 500 años en cuestión.

Este mundo que cambia sitúa a la UE ante dilemas que no es capaz de afrontar. La crisis que hoy vive lo expresa con toda claridad. La hipótesis que defiendo es que el “momento Merkel” no solo no significa una salida de la crisis, sino que es expresión de su agravamiento. Solo desde un prejuicio arraigado se puede pensar que las medidas tomadas por las instituciones europeas van en el camino de unos Estados Unidos europeos o algo parecido. Alemania, que es el hegemón de la UE, está definiendo su futuro geopolítico en un mundo cambiante. Sometida a una fuerte presión, ha cedido en cuestiones no fundamentales y ha apostado decididamente por sus intereses nacionales, que no son otra cosa que aprovechar la pandemia para una reestructuración radical del modelo productivo y su (re)inserción en la economía internacional.

El ciclo Merkel se está acabando y, con él, toda una época histórica. ¿Qué relaciones va a mantener Alemania con EEUU? ¿Va

a seguir siendo el aliado fiel y convertirse en un instrumento de EEUU en su pugna contra China? ¿Sus relaciones con Rusia van a seguir determinadas por su pertenencia a la OTAN y su alianza con los países de Visegrado? Todo esto está abierto. Lo fundamental, ¿esta UE, con Alemania mandando, va a jugar un papel autónomo y diferenciado en esta transición geopolítica que estamos viviendo?

Estas preguntas son pertinentes y nos sitúan ante los problemas existenciales de una UE sometida a desafíos de grandes dimensiones. La política del "bloque de poder" en España ha consistido en insertarse al precio que sea –es el consenso básico de la transición– en una Unión Europea en construcción. No importa que este tipo de integración nos convierta en una periferia económica dependiente y políticamente subalterna. Los cuatro grandes actores de la política española están, de una u otra forma, en este proyecto; es decir, las derechas, el Partido Socialista, los nacionalistas y los sindicatos. Unidas Podemos sigue soñando que esta Europa neoliberal puede ser transformada y convertida en un espacio de derechos sociales, de libertades y de desarrollo económico integrador y justo.

A estas alturas, entiendo bien a aquellos que, muchas veces dramáticamente, expresan una posición que viene a decir lo siguiente: solo Europa nos salvará de nosotros mismos, de nuestras contradicciones sociales básicas, de nuestra oligarquía, del golpismo. Después de Vox, esto se ha acentuado mucho. Gentes respetables, críticas históricamente con la UE, la defienden como un mal menor. Esta Europa no les gusta; la idea de una España soberana e independiente la ven como algo problemático y negativo en las condiciones actuales.

Niego la mayor. Mi interpretación es diferente. Lo diré con claridad: este tipo de integración europea (la UE) debilita estructuralmente nuestras democracias, limita nuestro débil Estado social, desestabiliza las relaciones laborales, "la Constitución del trabajo" y neutraliza el conflicto social que ha sido el verdadero motor de las libertades y los derechos. Se habla mucho de "democracias iliberales", de "democracias autoritarias", "democracias recitativas" y, evidentemente, de los peligros de los

populismos de derechas. ¿Tiene algo que ver este tipo de construcción europea con la presencia, cada vez más fuerte, de derechas extremas y de extremas derechas? ¿Tiene algo que ver esta Europa con un tipo específico de relación entre política y sociedad, entre economía y Estado, que crea las condiciones objetivas y, en parte, subjetivas, para el renacimiento de neofascismos más o menos explícitos?

Las respuestas a estos interrogantes suelen ser variantes de un contrafáctico: solos estaríamos peor y punto. A partir de aquí, se enhebra un discurso interminable que justifica cesiones, sacrificios y derechos. Se puede entender que aquellas personas o colectivos que creen en la economía capitalista, en el Estado mínimo, en la autorregulación de los mercados, en la necesidad de limitar soberanía popular y frenar la democracia social, en constitucionalizar las políticas neoliberales, etc. etc. apuesten decididamente por esta UE, la deifiquen y la conviertan en el horizonte insuperable de nuestra época. Lo que es difícil de entender es que socialdemócratas, gentes de izquierdas, socialistas y hasta comunistas sigan defendiéndola y, en momentos en los que vivimos, se conviertan en apologetas de la misma. No nos engañemos, lo que este tipo de integración europea impide es el reformismo en cualquiera de sus versiones, las políticas económicas democráticas y el constitucionalismo social. Si lo sabemos ¿por qué callar? ¿por qué engañarnos y engañar? Esto solamente puede producir autoritarismo social e involución política.

Imaginemos –hagamos el esfuerzo, por favor– que en los próximo 10 años no existen los Estados Unidos de Europa; imaginemos que las políticas neoliberales dominantes se perpetúan más allá del “momento Merkel”; imaginemos que los Estados-nación siguen existiendo; imaginemos que las sociedades se fracturan, crecen las desigualdades y la precariedad se profundiza; imaginemos que las nuevas generaciones pierden conexión con el futuro y son obligadas a convivir en condiciones sociales basadas en la explotación y la inseguridad; imaginemos la necesidad de un servicio público sanitario potente y justo. ¿Qué proyecto de país para un escenario como este?

Las derechas españolas van a este desafío a la ofensiva y sin complejos. Han conseguido convertir esta constitución en su constitución; los símbolos patrios, incluida la bandera, es suya. La monarquía es también suya, junto con las fuerzas armadas y de seguridad. No tienen problemas, al contrario, con las políticas de austeridad y con los recortes sociales y laborales. Unir su futuro a una gran Alemania es un viejo sueño común con nacionalistas vascos y catalanes. La nación española es suya; seguirán defendiendo el "nacionalismo español" frente a la UE o los "otros" nacionalismos, nada les cuesta. Han optado por la OTAN y la supeditación completa al "amigo americano". La contrarrevolución preventiva les parece una opción adecuada y la limitación de las libertades, una necesidad frente a un "comunismo" que retorna en cada manifestación, en cada revuelta social.

Este tipo de integración intenta imponer, no lo ocultan, una norteamericanización de la vida pública europea; tiende a reforzar el poder judicial y reequilibrar a su favor las instituciones estatales; apuesta por una democracia procedimental que niegue los fundamentos del autogobierno del pueblo. La clave: desconectar democracia de soberanía. En definitiva, el modelo político que la UE impulsa, pretende romper con la democracia europea tal como la hemos conocido desde la II Guerra Mundial: un sistema político basado en el conflicto de clases, el Estado social, en derechos sindicales y laborales fuertes, en el gobierno democrático de la economía, empezando por las finanzas. "Más Europa" significa en este contexto transitar a sistemas políticos donde las plutocracias tengan todo el poder, los derechos sociales vayan desapareciendo; los partidos convertidos en "cárteles" y la oposición en la otra cara del poder; el bipartidismo en la forma del poder y la política en el ejercicio subvencionado de los que viven de ella. "Poder de los jueces" y "autonomización" de determinadas instituciones del Estado empiezan a atisbarse en un mañana que ya está aquí. La pregunta es obligada: ¿Quién, qué fuerzas, está mejor situado en la coyuntura histórica? ¿Quién tiene una correlación política más favorable? Esta UE: ¿a quién fortalece? Dicho de otro modo: ¿El modelo económico y social neoliberal a quién beneficia? ¿Qué tipo

de democracia, qué forma-Estado les corresponde a los países periféricos en el orden ordoliberal que se impone en la UE?

6. Para no terminar: la centralidad del proyecto nacional-popular. ¿Crítica de las armas?

Situar de nuevo el eje izquierda derecha como fundamental dice ya poco. Hasta cierto punto, confunde más que aclara. El signo de los tiempos es que toda la terminología que ha venido usando el movimiento obrero organizado se ha vuelto problemática y obliga a un penoso esfuerzo de definición. Lo que intento decir desde hace mucho tiempo es que, o hay un reencuentro de las fuerzas democrático-socialistas con la realidad histórico social de España o seremos derrotados de nuevo. Una fuerza es grande cuando es capaz de impulsar un proyecto nacional popular a la altura de los desafíos de la época. La construcción de un bloque político social alternativo no será fácil, nunca lo fue. La etapa que se abre sigue siendo de resistencia, acumulación de fuerzas y de insertarse activamente en el conflicto social. Esto significa también hacer política, aprovechar la coyuntura histórica para mejorar las condiciones de vida y de trabajo de las clases subalternas; defender enérgicamente los derechos y libertades y reforzar los servicios públicos que hoy cobran una importancia excepcional. Ahora, como antes, lo definitorio es tener un discurso veraz, un análisis realista de la correlación de fuerzas y defender principios claros, posibles, solventes y por serlos, revolucionarios.

Podemos darle todas las vueltas que queramos. Los problemas no podrán ser ya eludidos: los Estados-nación existen y saldrán más fuertes de esta crisis. La globalización capitalista retrocede en todas partes. El mundo que hemos conocido está cambiando aceleradamente. La tendencia histórica va en dirección de guerras económicas especialmente duras, conflictos político-militares permanentes; crisis sociales prolongadas y mutaciones socio-ecológicas de magnitud desconocida. Los Estados tienen que ser transformados en el largo y sinuoso proceso de construcción del socialismo; siempre han sido necesarios pero insuficientes: hay que

inventar nuevas formas de solidaridad y de internacionalismo. No tenemos tiempo.

El Viejo Topo
Núm. 390/391, julio-agosto de 2020

---

1. Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón. “Riesgos colaterales de la Constitución Europea” Publicaciones de la Universidad de Oviedo 2005. Tambien “El síndrome de Vichy”. *El País*. 10 de junio 1997. Para una visión profunda y de largo plazo sigue siendo aconsejable el libro *1914-2014* de Jean Pierre Chevènement, editado por El Viejo Topo en 2014. *La Scomparsa della Sinistra in Europa* de Barba/Pivetti ofrece un panorama sobre los avatares de las izquierdas desde un punto de vista no muy usual: la política económica. Editado por Imprimatur en 2016 en Reggio Emilia. Italia.
2. Sobre la Europa Social conviene leer el artículo de Cédric Durand. “¿Puede la clase obrera tener un proyecto europeo?”. *Viento Sur*. Número 159; agosto 2018. Wolfgang Streeck. “Regresión Progresiva”. *New Left Review* número 118. Sept/Oct 2019.
3. Sobre estas cuestiones el libro de William Mitchell *La Distopía del Euro,* Lola Books, Berlín 2016, ayuda mucho a entender cuestiones complejas y, veces, oscuras. *La jaula del euro* de Dominico Moro y *La Moneda del Pueblo* de Stuart Medina, editados por El Viejo Topo en 2018 y 2017 respectivamente, ofrecen instrumentos útiles para comprender cuestiones que están pensadas para que las entiendan solo unos pocos.
4. Eliseo Olivares. “El riesgo de una recuperación desigual”. *El Periódico*. Barcelona. Sobre centro y periferia en la UE es fundamental el libro *La crisis de la Eurozona* de un colectivo de autores italianos. Editorial RBA, Barcelona 2018. Al que habría que añadir el trabajo de Lapavitsas/ Flassbeck *Contra la Troika*, Akal 2015, Madrid.
5. Sobre estas cuestiones me he basado en artículos recientes de Juan Francisco Martín Seco y Juan Torres. Como se suele decir, la responsabilidad de los errores es solo mía.

UNA IZQUIERDA SOBERANISTA

Prólogo del libro *La variante populista* de Carlo Formeti (*El Viejo Topo*)

No se trata de un fantasma, es algo más material, más molecular, más consistente: la emergencia de una izquierda soberanista. Entendámonos, una izquierda que pretende reconciliar de nuevo emancipación social, soberanía popular y reconstrucción de un Estado democrático avanzado.

Volver a reconciliar tiene que ver con invertir la ruta que durante más de treinta años ha opuesto estos valores a la izquierda realmente existente, considerándolos reliquias de un pasado que no volverá o, peor aún, obstáculos que hay que superar para enfrentarse a los retos de esta modernidad tardía.

Lo vivimos cada día, a veces, como aquí y ahora en España, dramáticamente. Primero, se toma nota con gran alarma del renacimiento de viejos y nuevos nacionalismos y de la tendencia en diversos Estados a la fragmentación y a la ruptura territorial; segundo, se defiende vehementemente la globalización y su específico modo de concretarse en nuestro continente, es decir, la Unión Euro-pea, entendida siempre como algo irreversible e inevitable a la que solo cabe modular, atemperar o democratizar; tercero, se propone profundizar en la integración supranacional y en la progresiva pérdida de soberanía de los Estados en la perspectiva de un lejano momento en el que se iría, más o menos, hacia unos Estados Unidos de Europa.

Como se puede entender, la clave de este argumentario está en que estos tres supuestos no se relacionen entre sí. ¿Cómo nos vamos a extrañar de que cuando planificadamente se está deconstruyendo a los Estados europeos realmente existentes, renazcan o se revitalicen nacionalismos nuevos o viejos? ¿Cómo no entender que cuando la democracia como autogobierno de la ciudadanía pierde peso e influencia ante poderes económicos

oligárquicos, o no democráticos como las instituciones europeas, renazcan demandas de soberanía, de identidad, de protección? ¿Cómo no comprender la desafección, ante instituciones y partidos políticos tradicionales cuando se han ido rompiendo las reglas de un pacto implícito que ligaba capitalismo regulado con democracia política y derechos sociales?

Algunos hablamos de que Europa vive un "momento Polanyi". Más de tres décadas de hegemonía de políticas neoliberales han ido minando el poder de los trabajadores en la sociedad, limitando los derechos sociales fundamentales y recortando sustancialmente el Estado social. Se puede decir que a más integración europea, menos de mocracia real y menos derechos efectivos para las mayorías sociales. El "mercado autorregulado" ha avanzado mucho y, como nos enseñó el viejo socialista austriaco, las sociedades están reaccionando y lo hacen con los "materiales" disponibles y desde supuestos políticos muchas veces antagónicos. En todas partes, con demanda de soberanía en un sentido preciso: derecho a decidir el modelo social, el modelo político, el modelo territorial; las poblaciones no son nada, no tienen poder, ven cómo sus condiciones de vida y de trabajo empeoran y cómo el horizonte de "sentido" se bloquea y cierra.

La reacción de la sociedad, en una u otra dirección, no es algo pre-moderno o un atavismo de un pasado que se niega a desaparecer. Es la consecuencia de una modernización capitalista en un momento de crisis de la globalización neoliberal realmente existente. Las poblaciones reclaman en todas partes lo mismo: soberanía, Estado, orden, protección, seguridad, futuro. Como la historia mostró en la anterior globalización y en las diversas crisis del capitalismo, la reacción de la sociedad se produce en el marco de correlaciones de fuerzas dadas que pueden ir hacia la derecha, la derecha extrema o hacia la izquierda en sus distintas variantes. No es cosa de ir demasiado lejos en este prólogo; baste decir que la encrucijada en la que nos encontramos podría ser definida del siguiente modo: la crisis de un capitalismo sin alternativa.

El libro de Carlo Formenti entra de lleno en esta problemática que acabo de esbozar. Carlo, es bueno subrayarlo, es un sociólogo

competente, militante sindical durante mucho tiempo y exponente destacado de la llamada cultura obrerista italiana. En los últimos años se ha dedicado con pasión y rigor a una crítica de los supuestos teóricos y políticos que han ido conformando el imaginario de una parte considerable de la izquierda social italiana. Formenti es un especialista en las nuevas tecnologías y sus relaciones con la producción, la economía y la estructura social. Se podría decir que ha ido elaborando una crítica del "uso capitalista" de las modernas tecnologías de la información y la comunicación.

El choque ha sido duro. El debate con el obrerismo dominante sigue abierto y Formenti ha tenido que soportar críticas poco elegantes y descalificaciones groseras. La polémica es tan antigua como la historia del marxismo entre aquellos que ponen el acento en el desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas y cómo estas cambian las relaciones sociales, y aquellos otros que ponen el acento en la materialidad de la lucha de clases, en la subjetividad organizada como algo no ajeno, sino parte sustancial de las propias fuerzas productivas. No es casualidad que el libro de Formenti concluya con un apéndice dedicado a la ontología del ser social de Lukács.

Un prólogo nunca debería resumir un libro y, mucho menos, servir de instrumento para discutir con el autor. No lo haré; solo indicaré algunos nudos que lo hacen especialmente relevante para nuestro presente, siempre con el ánimo de invitar a una lectura crítica. El título, *La variante populista*, tiene mucho de provocación. Los que empleamos el término *populista* o *populismo de izquierdas* lo hacemos conscientemente. Usar la provocación como un puñetazo encima de la mesa para desvelar una realidad que se quiere negar con la descalificación de *populista*. Formenti lo dice claramente: el populismo es la forma de la lucha de clases hoy, aquí y ahora. Dicha la provocación y cargada de sentido, empezamos a discutir en serio los problemas de nuestra sociedad desde el punto de vista de las clases trabajadoras.

Carlo Formenti hace un análisis muy serio de este capitalismo financiarizado que, al parecer, no tiene alternativa. Somete a una crítica profunda los análisis dominantes de lo que podríamos llamar

la izquierda “globalista” desde una valoración sensata de la correlación real de fuerzas existente, haciendo un enorme esfuerzo por entender las transformaciones que se han producido en las clases trabajadoras, en el viejo y nuevo proletariado. Lo hace contundentemente, sabiendo de lo que habla y desde un punto de vista anticapitalista y con voluntad socialista.

Inevitablemente, hablar de populismo significa fajarse con Ernesto Laclau y con Chantal Mouffe. Formenti lo hace con respeto pero con radicalidad, intentando ir más allá de los mencionados autores desde una estrategia nacional-popular que tiene en su centro a Antonio Gramsci. De los nudos a los que antes me referí, quiero analizar uno que me parece sustancial. Me refiero a la contraposición entre una economía social y moral basada en los flujos, opuesta a una economía basada en el territorio. Esta contraposición me parece decisiva. Lo que podríamos llamar la territorialidad del poder, entendida como una apropiación colectiva de un espacio que busca la inserción armoniosa en un medio del que somos parte y, desde ahí, construir un modo de vivir capaz de integrar nuevas tecnologías, cualificación y emancipación de la fuerza de trabajo y formas de organización social que promuevan la solidaridad, el altruismo y el buen vivir de las personas. Para Formenti, el “atraso” puede ser un adelanto. Muchos estamos reflexionando con él en la necesidad de un nuevo “meridionalismo” que convierta a nuestro Sur descalificado, denigrado y dependiente en una alternativa posible que nos reencuentre con el Norte en un cambio de civilización, de modos de vida, desde una lógica socialista y fraterna.

Noviembre 2017

Prólogo del libro *¡El socialismo ha muerto! ¡Viva el socialismo!* de Carlo Formenti (*El Viejo Topo*)

Cercate Ancora, es el viejo mandamiento del último Napoleoni, seguir investigando. Carlo Formenti lo lleva haciendo desde siempre. Se trata de explicar la derrota sin matar el impulso emancipatorio, la revolución en sentido estricto. Formenti lo hace con radicalidad, amplitud de miras y, sobre todo, con rigor. A su libro anterior[1] le ha añadido otro que resume un largo debate con Onofrio Romano, cuyo título "Cortar las ramas secas" se refiere a la necesidad de podar el árbol del marxismo para que éste pueda seguir siendo útil al proceso de liberación social. Otra tarea realizada –al fin y al cabo Formenti es un *operaista* del primer día– ha sido la publicación de un film-grabación de 7 horas con Mario Tronti.

El título de este libro da una idea precisa de lo que el autor quiere transmitir. El socialismo, tal como lo hemos conocido, ha muerto definitivamente. Es preciso construir un nuevo proyecto que, partiendo de la derrota, genere un imaginario y una estrategia capaces de crear hegemonía social en torno a una alternativa a la sociedad capitalista realmente existente. No se trata de fabular nuevos proyectos o realizar sesudos análisis sobre las contradicciones que llevaron al fin del viejo socialismo. Esto hay que hacerlo, pero hay que ir más allá propiciando prácticas sociales, propuestas políticas viables que construyan un bloque social alternativo.

El libro de Formenti expresa muy bien esta idea de indagación, de investigación. En él hay lecturas, intervenciones, tesis políticas que construyen un mapa de problemas y que sugieren salidas que, una y otra vez, aparecen en un texto problemático y problematizador. Hay también ajustes de cuentas en el mejor sentido, es decir, autocrítica de la tradición de la que se viene y, sobre todo, ideas-

fuerza para la construcción de un proyecto alternativo. Mario Tronti le llamaría a este trabajo colectivo laboratorio político.

Como suele ocurrir, el escándalo es previo a la política. Lo que dice y defiende Formenti va contracorriente y algo más: va contra lo políticamente correcto. Ir contracorriente no está mal visto, es frecuentemente aplaudido por los medios. Se trata de ir contracorriente de lo prohibido por la dictadura de la corrección política dominante. Vivimos, de una u otra forma –siempre ha sido así– bajo el control de un discurso represivo que se ha ido cerrando cada vez más conforme el proyecto globalitario ha ido entrando en crisis y la política única, cuestionada. La clave es la descalificación para impedir el debate de ideas.

El libro podría definirse como “materiales para la reconstrucción de un proyecto de liberación”. El autor lo hace sobre cuatro planos. El primero, cuestionar algunos elementos de la tradición marxista que considera superados y un obstáculo para una práctica alternativa. El segundo, definir las características del capitalismo actual en sus complejas relaciones con la sociedad y con los cambios geopolíticos radicales que están transformando el mundo que hemos conocido. El tercero, la reivindicación del Estado nación como instrumento fundamental para una estrategia política progresiva. Y un cuarto plano que entra directamente en los debates sobre populismo, la superación o no de la forma partido, el papel de los sujetos y actores sociales en momentos en los que las viejas identidades se están disolviendo y otras, que se consideraban superadas, retornan bajo formas diversas.

Lo que nunca debe hacerse en un prólogo es explicar el libro y, mucho menos, pretender sintetizarlo. Más bien, la tarea sería dar argumentos para propiciar su lectura situando el contexto político cultural del debate e individualizando aquellos elementos más sobresalientes. Los cuatro planos citados merecen un comentario adicional para situarlos en la agenda que tenemos en nuestro país. Conviene partir de un dato especialmente relevante: en la Italia de hoy, la izquierda no existe como fuerza política significativa; sigue existiendo como realidad social y cultural pero ya no aparece con capacidad para determinar la vida pública. Se podría argumentar

que existe el Partido Democrático que, de una u otra forma, cumple el papel de izquierda. No es así. Como es sabido este partido es el "contenedor" de restos del antiguo PCI, la Democracia Cristiana y del Partido Socialista. La resultante es un partido liberal social que es percibido como la clase política de la II República. Cuando se habla del establecimiento, de la casta, se habla, en gran medida, del PD. Si el transformismo ha sido una tradición política italiana, hay que decir que hoy revive con una fuerza inusitada cuando vemos a un partido "antisistema" como 5 Estrellas cogobernando con su tradicional enemigo, es decir, con el PD.

Se ha hablado de "Estado profundo" tomando nota de que, más allá del juego entre partidos y de las mayorías parlamentarias, existe un núcleo duro de poder articulado en torno a las altas magistraturas del Estado y del Banco Central Italiano que velan para que se cumplan estrictamente las directrices que vienen de la Unión Europea. Esto es así, tan visible y tan eficaz, que uno de los componentes fundamentales del gobierno (insisto, más allá de los partidos) es el "partido" del Presidente de la República que refleja poderes, de hecho, que determinan la vida pública italiana. Esto ocurrió con el gobierno de la Liga y 5 Estrellas y es parte decisiva en el actual. Es de imaginar que Salvini ha aprendido la lección de que la soberanía económica es algo más que las políticas que vienen de la Comisión Europea y que reflejan una alianza de clases que se organiza y se concreta en cada uno de los Estados. Este es el verdadero poder.

"Cortar las ramas secas", antes ya se indicó, significa, primariamente, apartar aquellos elementos de la tradición marxista, no solo que ya no funcionan, sino que se convierten en un obstáculo para un proyecto de liberación a la altura de los tiempos. Las continuas referencias al *operaismo* italiano tiene que ver, no solo con la biografía del autor, sino porque son puntos altos de una elaboración teórica que es necesario superar. El primer elemento tiene que ver con lo que podríamos llamar el carácter progresivo del capitalismo en cada una de sus formas históricas. Esta idea no es nueva, está presente en toda la historia del marxismo y se abre en dos vertientes: una que ve la revolución como producto de las

contradicciones internas del propio capitalismo y otra que pone el acento en el choque entre el capitalismo y las sociedades tradicionales. El debate es estratégico, con implicaciones teóricas importantes; entre otras, el por qué las revoluciones se han producido en las periferias del sistema, el peso del reformismo en occidente y el fracaso, en definitiva, del socialismo en los países centrales.

La otra cuestión es aún más compleja. Tiene que ver con el sujeto de la revolución; mejor dicho, con la existencia de un sujeto preestablecido, históricamente determinado, como instrumento de la revolución social. Formenti lo rechaza de plano y lo convierte en un sujeto a construir política, social y culturalmente en el marco de un bloque nacional popular alternativo. El libro entra a fondo en esta cuestión desde diversos ángulos con tonos diferenciados, estrechamente relacionados con sus libros anteriores. El otro lado de la contradicción (aquí el posicionamiento es radical) tiene que ver con la supuesta neutralidad de las tecnologías en el conflicto social, específicamente en la llamada revolución digital. El autor es especialista en estas cuestiones y no habla “de oído”. Para Formenti, la tecnología es un instrumento de las clases dominantes y juega un papel fundamental en el control y disciplinamiento de las clases subalternas.

Como suele ocurrir, el debate tiene interlocutores diversos y, por decirlo así, aliados en esta tarea de la crítica al capitalismo realmente existente y la apuesta por su superación socialista. El diálogo –antes ya se ha dicho– con Onofrio Romano juega un papel fundamental en lo que podríamos llamar la “rectificación antropológica” de la tradición revolucionaria que tiene a Marx en su origen. En un libro no traducido aún al castellano[2], Onofrio Romano nos introduce en una crítica sociológica a nuestras sociedades desde dos paradigmas que no son fáciles de explicar en toda su complejidad, el horizontalista y el verticalista. Ambos tienen que ver con las relaciones entre la sociedad y la estructura jurídico-política. El paradigma horizontalista subraya un orden espontáneo que tiende, como el mercado, a autorregularse, que genera armonía y

garantiza la libertad. El paradigma verticalista parte de un supuesto contrario, que el orden, la seguridad, no solo no se garantizan en la sociedad, sino que son necesarias instituciones-jurídico políticas capaces de asegurarlos e imponerlos.

Es fácil entender las implicaciones de esta relación entre la sociedad como lugar del orden espontáneo y el Estado como instrumento de regulación y control. El debate es relacional y refleja movimientos históricos en uno u otro sentido. El ejemplo del ordo liberalismo alemán nos ayuda a explicar esto. El Estado siempre intervine y los liberales alemanes lo han sabido desde hace mucho tiempo. El problema es cómo y para qué. El Estado debe de intervenir solo para garantizar las condiciones del funcionamiento normal del mercado en un movimiento doble, liberar los obstáculos que el Estado y la sociedad han impuesto al mercado capitalista y crear las condiciones para su expansión al conjunto de las relaciones sociales. Romano plantea que esta contradicción es permanente; unas veces predomina una y otras, la otra. La influencia de Polanyi es clara y no solo de él, sino de otros padres de la sociología moderna. Se podría añadir que el predominio teórico de uno u otro paradigma se puede relacionar, sin demasiadas dificultades, con el ciclo A y B que Polanyi individualiza en la evolución histórica del capitalismo y sus crisis.

La piedra de escándalo sigue siendo la defensa que Carlo Formenti hace del Estado-nación, de la independencia nacional y de la soberanía popular. El tema es, cuando menos, paradójico. De un lado, hoy hay más Estados que en cualquier época anterior. Es más, todo apunta a que, de una u otra forma, la tendencia es a que continúen creciendo. La defensa a ultranza de la globalización, no solo no los ha hecho disminuir, sino que, por su propia dinámica, tiende a desmembrar a Estados ya existentes. De otro lado, la crítica ruda y feroz contra los Estados soberanos se hace compatible con el apoyo a secesiones o rupturas territoriales que tienden a reproducir, a un nivel inferior, todas y cada una de las características cuestionadas de los mismos. Es una vieja historia que se repite, fragmentar los Estados para debilitar a los oponentes y asegurar el predominio político.

Asombra la doble vara de medir y que se intenten convertir los prejuicios en razones. El ejemplo de Cataluña da muchas pistas para entender el modo en que el globalismo se ha hecho hegemónico. Se dice, es ya sentido común, que los Estados-nación existentes son demasiado grandes y demasiado pequeños; que nada pueden ante los nuevos desafíos y que son demasiado grandes para resolver problemas territoriales geográficamente limitados. Defenderlos es arcaico, reaccionario y hasta patriarcal. En el centro, el cuestionamiento de la idea de soberanía. Hasta aquí todo normal. Este discurso quiebra cuando aparece la cuestión catalana. La soberanía del pueblo español es problemática; la soberanía del pueblo catalán, un derecho humano básico. Poco importa que más de la mitad de los hombres y mujeres que viven en Cataluña no quieran la independencia, pero el debate sobre ella obliga al ejercicio del derecho de autodeterminación.

Hay soberanías buenas y malas; la que no se perdona es la del Estado-nación. España –siempre ha sido esencialmente plural– es negada como realidad históricamente construida hasta el punto que referirse a ella en positivo, es sospechoso de nacionalismo españolista y de deriva hacia la derecha. Ser de izquierda gallega, asturiana o andaluza está bien visto, no genera problemas. Lo que no se puede reivindicar es una izquierda española que tenga un proyecto alternativo frente al nacionalismo español y frente al nacionalismo de las periferias. Periódicamente oímos propuestas que vienen a decir, más o menos, lo siguiente: unámonos todas las izquierdas regionales y nacionales para acabar con el Estado español. Conviene pararse un momento. Tendría cierta lógica la propuesta de una alianza contra un Estado centralista, capturado por los grupos de poder económico e insuficientemente democrático. No es esto. No se busca la construcción de un nuevo Estado sino su ruptura. Lo peor, siempre se puede empeorar, es que todo esto se hace en nombre del derecho a construir un nuevo Estado, parte de una Unión Europea que es profundamente centralista, que limita estructuralmente el autogobierno de las poblaciones y que expropia la soberanía económica de los Estados.

La renuncia por parte del movimiento obrero organizado y por la izquierda política al Estado nación, es decir, a la soberanía popular, solo es explicable desde una hegemonía absoluta de los grandes grupos de poder económicos. Hoy, también en los países que conforman la Unión Europea, los Estados nacionales siguen siendo el lugar del gobierno y de las políticas públicas, el nicho del conflicto social y distributivo y desde donde se regula el mercado y se inserta en la economía global. Desde ellos se organiza la participación política y se ejercen los derechos y libertades. Y algo que lo explica casi todo: han sido el producto de una guerra de clases que ha cambiado la relación entre la política y la sociedad y han creado el constitucionalismo social que ha transformado las vetustas democracias liberales.

Después de la crisis, el debate es hoy mucho más claro: 1) De esta UE no saldrán los Estados Unidos de Europa. Las naciones no se van a disolver y, mucho menos, las que tienen el poder real; Gran Bretaña apuesta claramente por la salida y Francia y Alemania no están interesadas, ni de lejos, en este proyecto. 2) La UE se ha ido convirtiendo en una forma de dominio que tiene como objetivo administrar los intereses generales del capital, garantizados por la hegemonía del Estado alemán. Para hacer factible esto, se han ido desmontando progresivamente los mecanismos jurídico-políticos y sociales que lo regulaban; lo que se ha conseguido es expropiar a las poblaciones de la soberanía económica y traspasarla a organismos no democráticos y sin responsabilidad. 3) La dinámica de las actuaciones de la Comisión Europea y el Tribunal de Justicia ha conseguido desvirtuar los elementos más progresivos de las constituciones sociales. De hecho, el ordenamiento jurídico de la Unión Europea se ha convertido en una “Constitución material” que funciona, en la práctica, por encima de los ordenamientos jurídico-constitucionales de cada uno de los Estados que la componen. 4) La degradación de nuestras democracias, la crisis de la política y la desafección ciudadana tienen que ver con que se ha roto la columna vertebral del Estado social: la relación entre autogobierno, soberanía popular y Constitución. ¿De qué sirve votar si, al final, son los órganos de la UE los que definen lo que se puede y no se puede

hacer o decidir? Se vote lo que se vote, se hace en el marco de las políticas neoliberales que han sido constitucionalizadas como las únicas posibles. El pluralismo político desaparece, la vida pública se empobrece y, lo que es peor, la idea misma de oposición deja de tener sentido.

La democracia no es solo un procedimiento para seleccionar las élites gobernantes. Ha sido y es mucho más que eso. Las democracias surgidas después de la II Guerra Mundial han estado indisolublemente unidas al conflicto social, al reconocimiento de las clases trabajadoras y a la defensa de sus derechos. Lo que aparece hoy es una contradicción, tan vieja como la modernidad, entre la democracia liberal y la democracia social. La izquierda, en sus diversas acepciones, ha sido la protagonista de este conflicto. Se ha construido en torno a ella asegurando derechos laborales, sindicales y sociales que, de una u otra forma, desmercantilizaban la fuerza de trabajo y favorecían su poder contractual en unas relaciones conflictivas con los grandes poderes económicos y empresariales. La UE ha sido el principal instrumento para romper el nexo entre la democracia como procedimiento y la democracia como autogobierno. Sobre esto no hay grandes desacuerdos. Se habla normalmente ya de post democracia, de democracia recitativa, de democracia limitada, de democracia oligárquica, La pregunta es ¿dónde está el problema? En pretender cambiar las políticas neoliberales en el marco de una Unión europea que las ha constitucionalizado, las ha convertido en obligatorias para todos y, donde, es lo más grave, su reforma es prácticamente imposible.

Inevitablemente, en este contexto surge el debate sobre el populismo. Carlo Formenti viene defendiendo, desde hace mucho tiempo, que los nuevos “fenómenos populistas” son, aquí y ahora, la expresión de la lucha de clases en un momento histórico en el que las viejas identidades se están desintegrando, las clases trabajadoras se van fragmentando y, esto lo refuerzo yo, el socialismo ha desaparecido del imaginario colectivo. Capitalismo sin alternativa, capitalismo sin horizonte, capitalismo como decadencia de una península convertida en continente. El populismo como

expresión del conflicto social en estas condiciones extremadamente precisas e históricamente fechadas.

Nuestro autor, una y otra vez, vuelve al debate, a la confrontación de ideas, defendiendo una estrategia nacional popular y haciendo dialogar a Gramsci con Laclau, con Chantal Mouffe, con Nancy Frazer, con David Harvey. El último libro de Mario Tronti[3] da buenos argumentos para profundizar en una problemática esquiva. Para este, el populismo tiene mucho que ver con la contradicción no resuelta, entre gobernantes y gobernados en la modernidad. El concepto político de pueblo expresa una ruptura, el pueblo es siempre pueblo-parte, no es una totalidad que sume y agregue a una población dada. Como dice bien Tronti, hay populismo porque no hay pueblo en el sentido que se acaba de decir. Aparece el "momento populista", es decir, una ruptura entre poderes hegemónicos y sujetos sociales que expresan demandas específicas, que tienden al enfrentamiento. El momento populista es siempre una excepción que confirma la regla, señal de una escisión. La construcción del pueblo como sujeto político es un proceso que se organiza conscientemente y que requiere determinadas condiciones políticas.

Formenti critica a Laclau en dos temas importantes: 1) la crítica del economicismo que hace Gramsci, de la que parte el autor argentino, en determinado momento cambia; de la determinación económica de la superestructura se pasa a la independencia de la misma, hasta el punto que parece que la autonomía de lo político rompe su conexión con la realidad social. 2) La importancia del líder; si bien, en un primer momento, esto puede ser inevitable, la "socialización del liderazgo", como muestra la experiencia reciente latinoamericana, se convierte en una necesidad política imperiosa; crear organización, partido, dirección colectiva y un proyecto de sociedad capaz de convertirse en un imaginario vivido de las clases subalternas.

El libro de Carlo Formenti es una aportación muy importante para aquella parte de la izquierda que, asumiendo la derrota, sigue defendiendo un proyecto anticapitalista con voluntad socialista. La

clave, hoy como ayer, es defender un programa como horizonte y medio de organizar una contra hegemonía frente al carácter desintegrador y nihilista de un capitalismo depredador que amenaza la propia existencia de nuestras sociedades. Lo que viene es el desorden y el caos, los conflictos civiles y sociales y la anomia generalizada de un cuerpo social cada vez más desvertebrado y sin raíz. En este sentido, el socialismo es algo más que una civilización alternativa: es la condición previa y necesaria a la existencia de la civilización misma.

Febrero, 2020

---

1. “La variante populista”.
2. “La libertà verticale”.
3. “Il popolo perduto”.

POR UN PROYECTO ALTERNATIVO DE PAÍS

Entrevista a
MANOLO MONEREO

por Miguel Riera

—En uno de tus últimos artículos recuperas una idea que, aunque tímidamente, se ha formulado de tanto en tanto en el ámbito de la izquierda sin que nunca llegara a tomar forma: la convocatoria de unos Estados Generales de la Izquierda. Me pregunto por qué crees que es necesario regresar a esa propuesta ahora, cuando precisamente tenemos a la izquierda en el gobierno.

—Creo que es un buen momento porque se ha cerrado un ciclo político y se ha iniciado otro. Cerrado el ciclo de lo que podríamos llamar el 15M, ahora estamos iniciando un nuevo ciclo político en el que datos esenciales, políticos y sociales, han cambiado.

—¿A qué cambios te refieres exactamente?

—En primer lugar ha cambiado el panorama internacional; la agravación del conflicto China-EEUU se hace cada vez más aguda, acentuada ahora por la campaña electoral de Trump. En segundo lugar, la crisis de la Unión Europea se profundiza, a pesar de las supuestas bondades de los últimos acuerdos que ha tomado la UE en relación con la crisis derivada de la pandemia. Y en tercer lugar, la propia pandemia, que va a cambiarlo todo. La pandemia está agravando una crisis que permanecía latente en la economía. Pero políticamente el dato más significativo es que hay un gobierno de coalición entre el partido que sale del 15M –Podemos más IU y PCE– y el Partido Socialista, lo cual conjuntamente con un crecimiento de la derecha configura un marco nuevo a este ciclo que comienza.

—Y, en ese marco, ¿para qué unos Estados Generales de la Izquierda?

—Para empezar, para construir algo que necesitamos y todavía no tenemos: un proyecto alternativo de país. Cuando hablo de un proyecto alternativo de país no estoy hablando de un programa de gobierno, sino de grandes propuestas que permitan a la sociedad tener un punto de referencia ante los graves problemas que vivimos y a partir de ellos reconstruir el movimiento popular que hoy está bajo mínimos. No olvidemos que Unidas Podemos ha llegado al gobierno en un momento de debilidad del movimiento popular. De debilidad electoral, orgánica y política. Es decir, no se ha llegado al gobierno como producto de una determinada correlación de fuerzas, sino que más bien ha sido producto de unas circunstancias favorables que lo han hecho posible, y con un programa que me temo que desde hace tiempo no tiene ya vigencia.

—Estás haciendo una descripción bastante pesimista de la situación política española y precisamente cuando las izquierdas han llegado por primera vez al gobierno. ¿No hay ahí una contradicción de fondo?

—No, porque ya he dicho que no tenemos un gobierno de izquierda producto de una gran movilización, de una toma de la calle por parte de la izquierda, sino que es más bien la conclusión de un periodo en el que por un lado la debilidad del Partido Socialista fue manifiesta, pues no fue capaz en las últimas elecciones de mejorar el resultado anterior, sino que empeoró, y por otro Unidas Podemos siguió perdiendo votos. El resultado de esas dos debilidades es un gobierno no querido por parte del PSOE y querido por Unidas Podemos, producto de circunstancias ocasionales que lo han hecho factible. Eso no significa ni mucho menos que yo menosprecie lo que se puede hacer desde el gobierno, pero constato que específicamente Unidas Podemos no llega a él con la fuerza, la organización, la implantación y los vínculos sociales necesarios para hacer visible un proyecto autónomo.

—¿No era esperable que los puntos de vista del socio menor en el gobierno quedaran opacados, en segundo término?

—Lo diré de otra manera. Para mí la política de alianzas no es simplemente sumar voluntades. Es un modo de encarar el conflicto, y desde esa perspectiva a más unidad mayor autonomía. Es decir,

Unidas Podemos tiene que señalar con frecuencia y sistemáticamente los puntos que le unen al Partido Socialista en el gobierno, pero también los puntos en que diverge. Los puntos en los que somos diferentes. En este contexto, para Unidas Podemos unos Estados Generales de la Izquierda serían muy positivos, porque le añadirían a lo que pueda hacer en el gobierno el plus de tener un proyecto propio y saber diferenciarse con nitidez del Partido Socialista.

—*Tal y como lo planteas, el PSOE quedaría entonces excluido de participar en estos Estados Generales de la Izquierda.*

—No se trata de excluir a nadie, sino de que a mi juicio el PSOE no es en puridad una fuerza que tenga un proyecto de transformación. Los últimos debates a los que hemos asistido sobre los acuerdos de la UE y el de la monarquía, incluso los anteriores sobre los problemas territoriales del Estado, no están mostrando a un PSOE que en las cosas fundamentales plantee una política alternativa, más bien todo lo contrario. Queda claro que el auténtico partido del régimen del 78 no es el PP, sino el partido socialista, y eso no lo olvida nunca Pedro Sánchez, que está dando un abrazo de oso para por un lado aparecer él como el gran centro del país –lo que Felipe González quiso ser e hizo en parte– y por otro lado reducir el peso electoral de Unidas Podemos al mínimo. Esa estrategia el Partido Socialista no la abandona nunca.

—*Y el PSOE, ¿tiene a tu juicio un proyecto de país?*

—Como suelen decir ellos y en esto no mienten, el proyecto del país ya existe, y es la Constitución Española. Pero la Constitución Española ya no es lo que era y hace falta entre otras cosas un nuevo proceso constituyente.

—*Volveremos a eso, pero en cuanto a los Estados Generales de la Izquierda ¿quién los convocaría, si tenemos precisamente a la izquierda en el gobierno y no parece interesada en ello? ¿Con qué instrumentos, de qué manera, quién convocaría esos Estados Generales de la Izquierda?*

—Debería convocarlos la fuerza que tiene más peso hoy en la izquierda, Unidas Podemos y sus confluencias regionales. De eso no tengo ninguna duda. Podría haber una primera fase de debate de

la cual salieran unas conclusiones, que luego tendrían que ser discutidas y articuladas en asambleas de base. En cualquier caso debería articularse un proyecto alternativo de país en todos los aspectos fundamentales. Eso serviría para vivificar un debate de masa, para vivificar una deliberación democrática lo más amplia posible donde pudiéramos rearmarnos para la fase que viene, que es todo menos fácil, porque lo que se abre en España ahora no es un proceso de nueva normalidad como dice el gobierno, sino una nueva anormalidad que tiende a la excepción. Esta etapa que se abre ahora requiere un rearme moral e intelectual muy importante para un periodo que va a plantear grandes exigencias organizativas, políticas y programáticas.

—Recientemente, tras el penoso espectáculo que nos ha ofrecido el rey emérito, has recuperado otra vieja propuesta, la de articular un movimiento por la Tercera República.

—Sí, y hablo de movimiento, no de partido. Su constitución debería ser una conclusión de estos Estados Generales, pues una definición programática republicana es inexcusable en este momento y puede ser una síntesis de un imaginario social y político alternativo que señale una ruptura democrática. Desgraciadamente en este proceso de normalización que ha ido llevando Unidas Podemos hubo un excesivo pesimismo al pensar que la posibilidades de ruptura democrática se habían agotado. Eso tenía una base real, pero no significa que no vayas a ser capaz de situar un proyecto alternativo al mismo tiempo que estás propiciando un acuerdo con el Partido Socialista. Tener un proyecto alternativo, una estrategia, ayudaría mucho a darle un sentido a la lucha y a los conflictos sociales que inevitablemente van a venir.

—¿El republicanismo podría ser entonces el estandarte de una ruptura democrática?

—Movimiento por la República significa identidad, proyecto. He dicho antes que el partido del régimen es el Partido Socialista, y digo ahora que lo que articula todo el régimen, su columna, es la monarquía. Eso se ha visto con claridad en la caída de Juan Carlos I: se sacrifica al Emérito para que no perjudique a Felipe.

Y estamos en lo que yo llamo un poco irónicamente el efecto Corina: cada vez que el hijo se separa de su padre para salvar la monarquía, la pone en crisis. Cuando Felipe VI dice que echa al destierro a Juan Carlos lo está incriminando, culpabilizándolo, y revelando con toda claridad que durante muchísimos años el jefe del Estado ha sido el jefe de una trama de corrupción que ha enriquecido profundamente a la casa de los Borbones y que ha convertido al rey en uno de los comisionistas más importantes del mundo.

—La idea de utilizar el ideal republicano como signo de identificación y de proyecto alternativo global no excluye que seamos realistas y que pensemos que con la Constitución actual es prácticamente imposible el advenimiento de una Tercera República. Supongo que habría que volver a plantear la necesidad de un proceso constituyente.

—Señalaré tres cuestiones para contestar a tu pregunta. Hablamos de la Tercera República, y quiero poner mucho énfasis en esta idea de Tercera. No debería ser ya un movimiento nostálgico de la Segunda República, ahora se trata de pensar colectivamente qué significa la Tercera República en un mundo que no es el del año 1931, un mundo que ha cambiado sustancialmente. Tercera República significa algo diferente y mejor frente a la monarquía parlamentaria, y es eso lo que hay que subrayar. La segunda cuestión es su urgencia histórica. Hoy parecería que los únicos republicanos son los nacionalistas, los independentistas. Y si el republicanismo se identifica con el independentismo, la posibilidad de la República en España está muerta. Para mí eso es decisivo, y por tanto lo que planteo es que hace falta el surgimiento de un fuerte republicanismo español. Si no damos esa batalla en torno a una identidad española no sirve para nada luchar por la Tercera República. Y luego obviamente está el tema constitucional. La Constitución española está hecha para impedir cualquier cambio. Ahora bien, una Constitución que no se autoenmienda es una Constitución que corre el peligro de separarse de la realidad. Es una Constitución que se va separando de la sociedad, de los conflictos sociales, de las nuevas realidades. La nuestra es una Constitución

que a mi juicio estará en crisis dentro de no mucho tiempo, y el problema de fondo es que ni es posible un proceso constituyente ni una reforma de la propia Constitución. Creo que las condiciones objetivas para un cambio de Constitución se darán seguramente no tardando demasiado, y es muy importante abrir de una vez este proceso constituyente.

—Recuerdo unas jornadas sobre el proceso constituyente que organizó Unidas Podemos de las que salió un libro que se publicó en el Topo, "Volver a mirarnos". ¿Qué pasó con eso?

—Pues seguramente a alguien se le ocurrió que eso ya no era importante, que lo importante era gobernar, y dejamos de entrar en los grandes temas de reforma de la Constitución. Y una cosa es que no haya condiciones para este proceso constituyente y otra cosa acumular fuerzas, sembrar, discutir, poner en pie proyectos y propuestas justamente para que en un periodo no muy largo este proceso pueda de una manera u otro configurar una alternativa. Si, por ejemplo, mañana entrase en crisis la Unión Europea y se iniciara un proceso de descomposición de lo que para mí es el gran escudo de la derecha europea, la situación de España volvería a cambiar y acabaría poniéndose encima de la mesa la recomposición del Estado.

—Ya que citas Europa, tú has escrito que la Unión Europea es un sistema de dominio político del que el euro es su perfecto instrumento. No parece que nuestras izquierdas compartan esa opinión, y mientras la discusión sobre la UE es muy viva en Italia y también ha surgido en Francia y en la misma Alemania, aquí en España esta discusión no existe.

—Lo digo provocadoramente: para mí el problema es Europa y España es la solución. Veamos, la UE es un proyecto pensado durante mucho tiempo en Estados Unidos y por las elites europeas después de la derrota del nazi fascismo y del proceso de descolonización, y tras el cambio en la correlación de fuerzas mundiales. En un reciente número de *El Viejo Topo* habéis reproducido el acta de un debate de altos vuelos que revela que tras la fundación de la Unión Europea estaba Estados Unidos, que quería fortalecer el polo europeo de la Alianza Atlántica con

Alemania y Francia en el centro y desde ahí articularse geopolíticamente frente al enemigo, que era la Unión Soviética con las tropas del Pacto de Varsovia en Berlín. Todo ese mundo cambia cuando cae la Unión Soviética y lo que se produce es una refundación de la Unión Europea que tiene muchas facetas, que se ven ya claramente después de Maastricht.

—*¿Cuáles han sido los principales cambios tras esa refundación?*

—La primera cosa que aparece y con mucha fuerza es que se constitucionalizan las políticas neoliberales. Y se aprovechó la crisis económica para profundizar aún más esta constitucionalización. Estamos en una Europa neoliberal en sus fundamentos jurídico-políticos. La segunda línea fundamental es la sistemática y profunda lucha contra el Estado social. Los avances sociales conseguidos después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se establece un estado que interviene la economía, que regula el mercado, que protege los derechos laborales, se están revirtiendo. Estamos ante un gigantesco movimiento de retroceso que intenta poner fin a la Europa democrática, la Europa que tiene su origen en la lucha contra el fascismo y en el papel de la clase trabajadora. Y una cosa extremadamente preocupante es que se ha ido asentando en la Unión Europea un conflicto entre un centro cada vez más fuerte, formado por los países frugales con Alemania, y dos periferias, una en el Este y otra en el Sur, cada vez más dependientes económica y políticamente. Esta diferenciación entre un norte y un sur lo que señala es que la Unión Europea tiene ganadores y perdedores.

—*Obviamente, estos cambios acarrean consecuencias.*

—Obviamente. Y una de ellas es la degradación de la democracia. Una vez que desposees a las poblaciones de la soberanía y les quitas la política económica, que está fuera del debate público al estar constitucionalizada, la democracia se queda en una simple selección de gobernantes, se degrada. La gente tiene cada vez menos motivación porque sabe que gobierne quien gobierne en lo fundamental van a hacer las mismas políticas. Decae la idea de oposición, decae la de gobierno alternativo, decae la idea de democracia como elección entre distintos modos de organizar la vida y la sociedad. Y por último quiero señalar un hecho paradójico:

a más Europa, más dependencia de EEUU. Ahora vivimos una situación increíble: Trump desprecia a los europeos, les exige continuamente que incrementen sus gastos militares, que le sigan en sus aventuras y si no lo hacen amenaza con irse de la OTAN, es decir, ya no se oculta su carácter de instrumento de la política imperial norteamericana.

—Tú no estás contra la idea de Europa sino que estás a favor de otra Europa. Tu apuesta sería la de una Europa confederal, pero me pregunto hasta qué punto a los países frugales y singularmente a Alemania le interesaría una Europa confederal.

—Esa es la gran pregunta, que además da muchas pistas sobre lo que es hoy la UE y hacia dónde va. ¿Qué que significa una Confederación Europea? A mi juicio tendría tres objetivos fundamentales. El primero es una Europa que juega un papel internacional como sujeto autónomo e independiente que pretende intervenir desde sus tradiciones, cultura y experiencia en ese nuevo mundo multipolar que se está construyendo. En segundo lugar es una Europa que parte de los Estados y de los pueblos, sujetos políticos no a destruir, sino a valorizar. Tenemos que partir de los estados, de los pueblos, de los trabajadores como sujetos fundamentales de esta nueva Europa que queremos construir y que preserva los intereses nacionales. Europa no es un club de amigos que se quieren y que comparten riesgos, valores y futuro, no, en Europa hay una lucha de intereses entre Estados más fuertes o más débiles que tienen distintas trayectorias y distintos modos de asegurarse. Pongo un ejemplo: la Italia de hoy necesita poner en pie un enorme tejido industrial que viene decayendo desde la época de su ingreso en el euro. Este país no puede ser convertido por los intereses de los países del centro en un país sin industria y por tanto eso implica contradicciones con Alemania, con Austria, con el Benelux. Es decir, tener un tejido industrial propio requiere un esfuerzo y no es fácil que te lo acepten los países que ya se han encargado –como ha hecho Alemania con una estrategia neomercantilista exacerbada– de destruir el tejido industrial de los países del Sur. Hablo de Italia, pero podía hacerlo de España. Cada país ha de decidir su interés estratégico, su nivel de

industrialización, su dotación de recursos públicos, qué tipo de derechos sociales, qué sistema fiscal, qué sistema productivo. Todo eso tiene que decidirlo el Estado y luego hacerlo compatible con los demás Estados. Lo que no puede seguir sucediendo es que la oligarquía europea se siente y decida el futuro de España, el futuro de Cataluña, el futuro del País Vasco, de Andalucía, y que nos diga qué industria hemos de tener. ¿Quién nos lo ha de decir?, ¿las grandes multinacionales europeas? ¿Los lobistas que negocian en el parlamento europeo y con la Comisión? Confederalidad significa que en último término están la soberanía y la democracia en cada uno de los países. Significa una Europa unida a nivel internacional con un papel nuevo y específico en el nuevo orden que se está configurando, una Europa que comienza desde los Estados y los pueblos y no contra los Estado y los pueblos, y en la que se defienden los intereses nacionales, los derechos sociales, buscando la convergencia con Europa.

—*¿No hay ahí una contradicción?*

—Internacionalismo y defensa de los intereses nacionales no deberían oponerse. La mejor manera de tener una posición verdaderamente internacionalista es llegar a acuerdos entre países desde una posición común y no que países impongan a otros países sus criterios, porque esa es una nueva forma de imperialismo. Pero, respondiendo a tu pregunta anterior, creo que una Europa confederal no la aceptarían ni Alemania ni una parte de la izquierda. Una Europa que defienda la soberanía popular, los derechos sociales, y que haga suyos los postulados que son dominantes en cada una de las Constituciones hoy existentes no la aceptarían los que están al mando en la Unión Europea. La verdad es que el tipo de Europa que se quiere construir es una Europa neoliberal que liquide las conquistas históricas de los trabajadores y los pueblos y que nos meta en una involución autoritaria neoliberal. Porque eso es lo que viene, más autoritarismo, más involución social, más desigualdades y menos derechos, por eso tu pregunta tiene sentido, y por eso cuando algunos hablamos de Europa confederal también lo hacemos para hacer más visible la contradicción que implica desmantelar nuestros Estados-nación para alcanzar un supuesto

Estado supranacional con las mismas características que el Estado-nación. Eso no funcionará, porque no lo aceptarían los principales países europeos. Decir Estado europeo es decir algo muy simple pero que políticamente es imposible, que es pasar de un Estado-nación a un Estado supranacional que tendría las mismas características del Estado-nación. Eso nunca lo aceptarán los países del centro, que siguen las pautas de lo que diseñó Von Hayek a finales de los años 30 y que llamó federalismo económico. Y, digamos la verdad, ¿alguien cree que Alemania se va a disolver como estado para ser parte de un estado supranacional?

En definitiva, la Europa-Estado Federal es la cobertura ideológica de un proyecto caracterizado por la hegemonía de Alemania y de sus postulados económicos y políticos; la constitucionalización de las políticas neoliberales; la expropiación de la soberanía económica de los Estados y, consiguientemente, la devaluación de la democracia en un sentido fuerte, entendida como autogobierno del pueblo. La elección real no es entre el Estado nación (España) y una Europa en construcción, sino entre una Europa que se integra bajo principios neoliberales garantizados por el Estado alemán y una España que garantiza en su Constitución la soberanía popular, el Estado social y la igualdad sustancial.

—*Si no vamos a construir un Estado, ¿para qué el euro?*

—Ya nadie duda de que el euro no tiene posibilidades de continuar en el tiempo si no hay un proceso de integración supranacional que convierta la UE en un Estado. Y eso no va a ocurrir. Antes estallará el euro. Por eso los últimos acuerdos europeos que se acaban de alcanzar son más la expresión de una crisis que de un renacimiento. La expresión de un fracaso, un darle tiempo a Alemania para que se recomponga, más que una alternativa. La Unión Europea no tiene viabilidad como proyecto político si no hay una reforma sustancial del euro y para que haya esa reforma se tiene que unir de nuevo la política económica con la política fiscal y monetaria, y tiene que haber un Estado europeo con un presupuesto adecuado y se debe de controlar el peso y el papel del Banco Central Europeo. Nada de eso va a pasar. Y estoy convencido de que una nueva crisis económica internacional hará inviable el euro y nos hará volver a las

economías nacionales y a la moneda propia nacional, lo cual yo considero como un avance y no como un retroceso. Yo soy partidario del regreso a la peseta y de un pacto europeo para el retorno de los Estados a la economía previa al euro.

—Para que eso sucediera de una manera razonable y sin tragedia se tendría que alcanzar un acuerdo pacífico entre los países europeos que incluyera la disolución del euro? ¿Lo crees posible?

—Si fue posible el acuerdo en positivo para acabar con las monedas debería ser posible el acuerdo negativo. En este momento eso no es viable, pero estoy totalmente convencido de que el coronavirus lo va a cambiar todo y lo que pensábamos que era imposible más pronto que tarde podrá ser posible. De momento sería razonable llegar a la conclusión de que el euro no es viable para el conjunto de la Unión Europea. Seguramente es viable para Alemania y los países frugales, pero no para los países del sur de Europa.

—Ahora la pregunta del millón: ¿por qué la izquierda española no discute ni reflexiona –por lo menos públicamente– sobre estos temas?

—Las élites que protagonizaron la transición, tanto las elites reformistas del régimen como las de la llamada oposición democrática, tenían la convicción de que Europa era la solución de todos nuestros males y la única alternativa posible. Eso quien mejor lo supo interpretar fue Felipe González. Ese fue el gran consenso de la clase política española, la idea de que Europa era la solución a todos los problemas. Creían que no había alternativa. Esa idea de Europa como alternativa para enviar al pasado los problemas de España es lo que hace que aquí la clase política no discuta nunca sobre el tema europeo. Desde el primer momento se ha dicho sí a todo lo que viene de Europa. Con pequeñas modificaciones constitucionales estamos cediendo tal soberanía a la Unión Europea que se desvirtúa la propia Constitución española. Pero eso nunca se plantea y muy poca gente se atreve a decir que entre los derechos, libertades y el tipo de relación económica que la Constitución española consagra y la construcción europea hay una contradicción básica fundamental; eso nunca se dice. Se bendice lo que nos digan, y al final no queda otra, ese es el marco general que

establece lo que yo llamo un discurso disciplinario. Y ese discurso no solamente lo mantienen las élites económicas, sociales y mediáticas, sino que si te sales de él no tienes presencia en la vida pública. Te eliminan. Y la izquierda más lúcida se sabe en minoría en esos asuntos, y no da la batalla.

—Habrá entonces que rearmarse. Tal vez esos Estados Generales podrían ser un buen comienzo.

El Viejo Topo,
Núm. 393, octubre de 2020

Segunda parte
Artículos en *Cuartopoder*

¿FASCISMO EN ITALIA? DECRETO DIGNIDAD

Héctor Illueca, Manuel Monereo y Julio Anguita

La aprobación del llamado “Decreto Dignidad” por parte del gobierno italiano ha provocado furibundas reacciones en diversos círculos políticos y empresariales. La multinacional alemana Foodora abandona Italia. Lejos de toda prudencia, las principales organizaciones patronales amenazan con despidos masivos. El día de su aprobación en el Senado, los representantes del Partido Demócrata exhibieron carteles en los que podía leerse *#ByeBye lavoro* (“Adiós trabajo”), lo que motivó que la presidenta de la cámara los llamara al orden. Periodistas a sueldo de las finanzas han emprendido una campaña sin precedentes contra el artífice de la norma, Luigi di Maio, el joven ministro de Trabajo y vicepresidente del país transalpino. Hasta los sindicatos han manifestado su oposición al Decreto, aunque en este caso por motivos muy distintos a los anteriores. Lo cierto es que el Decreto Dignidad ha abierto un intenso debate en la sociedad italiana sobre los parámetros que rigen las relaciones laborales y, más allá, sobre las políticas sociales y económicas aplicadas en Europa desde la aprobación del Tratado de Maastricht.

¿A qué viene tanto ruido? Empecemos por contextualizar el Decreto Dignidad en la historia de la legislación laboral italiana. Una historia, por cierto, que resultará familiar a los lectores españoles. Durante los últimos treinta años, las sucesivas reformas laborales han desregulado el mercado de trabajo y han generalizado la precariedad laboral: la Ley Treu (1997), la reforma Biaggi-Maroni (2003), los denominados “bonos de trabajo” (2008), la Ley Fornero sobre las pensiones (2012)... estas y otras normas fueron construyendo un mercado laboral precario y desregulado en el que los empresarios tienen por entero la sartén por el mango. La culminación de este proceso fueron las reformas acometidas por Matteo Renzi en los años 2014 y 2015, que implantaron el llamado

“contrato único” (despido libre) y la contratación temporal sin causa como formas ordinarias de gestión de la mano de obra en las empresas. O sea, precariedad para todos y en todas partes. Recordemos, sin acritud, que por aquel entonces el actual presidente del Gobierno de España, Pedro Sánchez, consideraba a Renzi su principal referente en Europa.

Partiendo de esta base, no puede negarse que el Decreto Dignidad constituye un punto de inflexión en las políticas sociales aplicadas en Italia desde la irrupción del neoliberalismo. Se dirá, con razón, que la norma no cuestiona el paradigma dominante del mercado de trabajo y que serían necesarias reformas mucho más profundas y ambiciosas. Así es. Pero ello no debería impedirnos valorar en su justa medida el Decreto Dignidad.

Veamos sucintamente su contenido. Para atajar la precariedad laboral, se reduce la duración máxima de los contratos temporales de 36 a 24 meses y, todavía más importante, se restablece el principio de causalidad en la contratación temporal a partir del primer año de vigencia del contrato, de modo que éste solo podrá prorrogarse cuando existan circunstancias temporales y objetivas que lo justifiquen. Aún más, con afán evidentemente disuasorio, se incrementa significativamente la indemnización por despido de los contratos temporales y se penaliza el uso abusivo de los mismos, aumentando la cotización adicional a la Seguridad Social en 0,5 puntos por cada prórroga del contrato.

Pero no solo eso. El Decreto Dignidad establece también importantes restricciones a la deslocalización empresarial, sancionando a las empresas que abandonen el territorio italiano con la pérdida de las ayudas públicas vinculadas a inversiones productivas que hayan recibido, e imponiendo fuertes multas administrativas si la empresa se desplaza a países no pertenecientes a la Unión Europea. Aunque está por ver cuál es su eficacia, creemos que se trata de una decisión valiente al menos por dos razones: primero, porque supone un cuestionamiento de los principios que inspiran la construcción neoliberal del mercado europeo, señalando el nudo de problemas a los que muy pronto tendrá que enfrentarse el gobierno italiano; y, segundo, porque

fortalece la posición de poblaciones laborales completas que hasta ahora asistían impotentes a la degradación sistemática de sus condiciones de vida y trabajo para “hacer de Italia un país competitivo” y “salvar los puestos de trabajo”.

Por último, pero no por ello menos importante, el Decreto Dignidad aborda la prohibición de la publicidad de las apuestas deportivas y juegos de azar, en la pretensión de erradicar una lacra social que golpea sin piedad a las familias italianas, especialmente a las más pobres y vulnerables. Con la única excepción de las loterías nacionales, la norma prohíbe cualquier clase de publicidad relacionada con apuestas y juegos de azar, efectuada por cualquier medio, incluyendo eventos deportivos, culturales o artísticos, transmisiones de televisión y radio, prensa diaria y periódica, publicaciones en general, vallas publicitarias e Internet. La lucha contra la ludopatía nunca ha sido fácil, tampoco en Italia, como evidencian las muchas iniciativas fallidas que se emprendieron en el pasado. Al proceder de este modo, el gobierno italiano está asumiendo la defensa de las clases populares frente a grupos de presión poderosos e influyentes que controlan los principales medios de comunicación a través de gigantescas inversiones publicitarias.

En nuestra opinión, la importancia del Decreto Dignidad no puede ser ignorada. El gobierno italiano parece ser el único que ha tomado nota de la importante Resolución del Parlamento Europeo aprobada el pasado 31 de mayo sobre la lucha contra la precariedad laboral, en la que se insta a los Estados miembros a erradicar el empleo precario y a promover el trabajo de calidad, seguro y bien remunerado. Es posible que las medidas laborales del Decreto sean insuficientes, pero rompen con el pasado reciente y transitan un nuevo camino. Las medidas contra las deslocalizaciones apuntan a las empresas que en mayor medida han explotado y precarizado el trabajo. La lucha contra la ludopatía implica la defensa efectiva de los más pobres y excluidos, de las personas que sufren la crisis y lo han perdido todo. Guste o no guste, el Decreto Dignidad constituye un notable esfuerzo por defender al pueblo italiano contra los señores de las finanzas y de las deslocalizaciones. En política hay

que debatir sobre datos y hechos. Juzgar las intenciones es propio de inquisidores y pobres mentes que carecen de argumentos racionales. ¿Fascismo en Italia? Decreto Dignidad.

5 de septiembre de 2018

¿Todos los gatos son pardos?

Héctor Illueca, Manolo Monereo y Julio Anguita

Hemos aprendido mucho y seguimos aprendiendo de la polémica que ha generado nuestro artículo sobre el Decreto Dignidad. Lo primero, la tiranía de lo políticamente correcto: una coincidencia amplia y consistente entre la extrema izquierda y los apóstoles del neoliberalismo. Los dos dicen lo mismo, descalifican de la misma forma y definen al actual gobierno italiano en términos similares. Las élites neoliberales europeas y algunos intelectuales de izquierda amalgamados en una extraña convergencia. Lo segundo que hemos observado es algo muy típico de nuestra cultura política: la banalización del fascismo. La política como espectáculo cotidiano y vacuo. Cuando todo es fascismo, nada lo es, y se pierde la sustancia de lo que fue y significa la dictadura terrorista del capital monopolista. Verdad es que de noche todos los gatos son pardos, pero no es de noche, sino de día, y el que no vea la realidad es porque está ciego o no quiere verla.

Vayamos por partes. Amén de algún libelo que no merece mayor comentario, nuestro texto ha suscitado numerosas respuestas y reacciones que nos han hecho pensar. Permítasenos destacar entre ellas los escritos publicados por Enric Juliana (“Atracción fatal”), Esteban Hernández (“La izquierda: opción B”), Miguel Urbán y Brais Fernández (“Decreto dignidad: ¿Fascismo en Italia? Una respuesta”) y Alberto Tena y Giuseppe Quaresma (“Pensar Italia”). En general, se nos critica haber realizado un análisis descontextualizado del Decreto Dignidad, obviando las demás políticas del gobierno italiano, especialmente en materia de inmigración. Desde su punto de vista, y citamos literalmente a Urbán y Fernández, “es fundamental para comprender la política económica y social de un gobierno analizar el conjunto de su deriva, no presentar de forma aislada y parcial una medida”. También hay otras críticas, pero nos parecen secundarias y están subordinadas a esta idea principal.

Pues bien, no es verdad que nuestro texto descontextualice el Decreto Dignidad, como si fuera una norma a-histórica. Al contrario, nuestro análisis parte de la evolución histórica de la legislación laboral italiana, caracterizada por la desregulación progresiva del mercado de trabajo desde hace más de tres décadas. Es precisamente esta evolución, culminada con la reforma de Renzi, la que nos permite percibir los cambios introducidos por el Decreto, así como sus limitaciones. Por cierto, tampoco es verdad que nuestro texto "infle" y "celebre" el alcance de la norma, como afirman Urbán y Fernández. Partiendo de su importancia objetiva, señalamos hasta en dos ocasiones que el Decreto Dignidad nos parece insuficiente y que abogamos por reformas mucho más profundas. Ahora bien, de momento el gobierno italiano es el único que ha desarrollado la Resolución del Parlamento Europeo sobre la lucha contra la precariedad laboral, aprobada el 31 de mayo. ¿Qué va a hacer el gobierno español? ¿Qué harán los demás gobiernos europeos?

Pero no solo eso. El contexto es importante, claro que lo es. Sin embargo, parece que nuestros críticos ven la paja en el ojo ajeno sin percatarse de la viga en el propio. Sorprende que ninguno de ellos se detenga a analizar el enfrentamiento que el gobierno italiano mantiene con la Unión Europea (UE). Verdaderamente asombra que su descripción de la política italiana no preste atención alguna a lo que Juliana denomina "el momento Europa". Desde las pasadas elecciones del 4 de marzo, Italia es un pueblo bajo el fuego, señalado por la UE y acosado por los mercados. El programa giallo-verde ha despertado la hostilidad del poder financiero y su avanzadilla de Bruselas. ¿Tiene esto algún significado para nuestros críticos? ¿No les parece importante el contexto europeo? ¿Por qué este silencio? Estas cuestiones merecen un debate sin descalificaciones ni esquematismos basados en discursos con plantilla. Veamos algunos datos.

El 28 de mayo de 2018 se produjo un acontecimiento insólito. La Lega y el Movimiento 5 Estrellas (M5E) propusieron a Mattarella, presidente de la República de Italia, el nombramiento como ministro de Economía de Paolo Savona, un economista euroescéptico de 81 años. Sin embargo, obedeciendo órdenes de Bruselas, Mattarella se

negó a firmar el nombramiento, provocando una grave crisis institucional. Todavía no habían pasado dos días cuando el comisario europeo de Presupuestos, el alemán Günther Oettinger, pidió a los mercados que enviasen una señal “para no permitir que los populistas de izquierdas y derechas tengan responsabilidades de gobierno”. Oettinger trataba de desestabilizar al gobierno italiano desencadenando un pánico bursátil y una escalada de la prima de riesgo, lo que efectivamente logró en las semanas siguientes: desde entonces, Italia ha estado en el punto de mira de los mercados, que han desplegado un ataque especulativo orientado a derrocar al gobierno. Es seguro que el pueblo italiano captó perfectamente el mensaje: la UE no solo es contraria a la justicia social y a cualquier política económica sensata; la UE es enemiga de la democracia.

La actual fase de la política italiana solo puede comprenderse en el marco del enfrentamiento que el gobierno nacional mantiene con Bruselas. Reducir esto, como hacen Urbán y Fernández, a una simple “disputa entre sectores de las clases dominantes”, es decir, a “una batalla por cómo gestionar el neoliberalismo”, significa ignorar aspectos esenciales de la actual situación política. Afirmar, como hacen Tena y Quaresma, que en Italia ha emergido “un nuevo bloque histórico” y que “dentro de ese bloque hay un arco ideológico complejo y abierto”, resulta más interesante desde un punto de vista político, pero es todavía insuficiente. De hecho, la alianza entre La Lega y el M5E se apoya en dos bloques diferentes y contradictorios: por un lado, la base social de La Lega, radicada fundamentalmente en el norte y formada por pequeños y medianos empresarios golpeados por la globalización, con apoyos importantes en las capas superiores de la fuerza laboral; por otro, la base social del M5E, concentrada en el sur y centro del país e integrada por las clases subalternas y estratos medios empobrecidos. Estamos, por tanto, ante una gran alianza político-social que expresa la ira acumulada por la gestión neoliberal de la crisis, una rebelión ya inocultable de los humillados y ofendidos por las políticas de la UE.

El reparto de roles en el gobierno italiano refleja la complejidad de su base social: mientras el M5E muestra una mayor vocación social impulsando medidas como el Decreto Dignidad, La Lega postula

una política fiscal a la medida de los sectores que constituyen su base electoral. Hay, por supuesto, divergencias y contradicciones, como la política migratoria de Matteo Salvini o, más recientemente, la nacionalización de las autopistas, convertida en una demanda democrática tras el derrumbe del puente Morandi. Lo cierto es que el gobierno giallo-verde es un espacio en disputa que no puede eludir concesiones importantes a las clases populares y trabajadoras. Por eso hay que prestar atención a medidas como el Decreto Dignidad, constatando sus limitaciones, sí, pero también sus avances en un contexto complejo y absolutamente imprevisible. Englobarlo todo bajo la etiqueta de "fascismo", como algunos han hecho estos días, puede ser más cómodo para evitar cierta fatiga intelectual, pero nada aporta al conocimiento de la realidad.

¿Qué está pasando en Italia? A la vista de lo que llevamos dicho, no parece muy difícil de entender. Lo que emergió en las elecciones del 4 de marzo es una auténtica rebelión popular contra la UE, similar a la que se produjo en Gran Bretaña con el brexit. Una rebelión muy parecida a las que tuvieron lugar en otros países europeos como Francia, Holanda o Grecia, donde sucesivos referéndums rechazaron sin ambages el diktat de Bruselas. Ya no es posible ocultar que detrás del gobierno italiano hay un ejército de perdedores que salieron con los huesos rotos de la globalización y las políticas de austeridad europeas. Lo más fácil es decir, como se escucha a menudo, que se trata de trabajadores atrasados, incapaces de entender los sacrificios que exige el neoliberalismo cosmopolita. O mejor aún, tacharlos de racistas y fascistas, renunciando a explicar los fenómenos políticos que acontecen en la UE. ¡Qué desprecio a las mayorías sociales! ¡Qué elitismo intelectual!

Decía Walter Benjamin que el ascenso del fascismo es la consecuencia de una revolución frustrada. Los autores de este artículo no tenemos ninguna simpatía por Matteo Salvini, pero creemos que su ascenso, y el de otras figuras afines en varios países europeos, no es más que un reflejo del fracaso de la izquierda. La demostración de su incapacidad para canalizar las energías de cambio latentes en la sociedad. La prueba que

atestigua la decadencia de una izquierda que se hizo neoliberal y ya no es capaz de entender a su pueblo. Se acabó el tiempo del europeísmo ingenuo y evanescente. Se acabó el tiempo de “más Europa”. La clave, se quiera o no, es la contradicción cada vez más fuerte entre los partidarios de la globalización neoliberal y aquellos que, con más o menos conciencia, defienden la soberanía popular y la independencia nacional y apuestan por la protección, la seguridad y el futuro de las clases trabajadoras.

14 de septiembre de 2018

LA DICTADURA DE LO POLÍTICAMENTE CORRECTO: UN DISCURSO DISCIPLINARIO

A la memoria de Danilo Zolo, maestro

Hemos aprendido y seguimos aprendiendo. El debate que queríamos abrir Anguita, Illueca y yo, desgraciadamente, no ha sido posible. Ha habido de todo menos debate. Interpretaciones sesgadas, descalificaciones, insultos y desprecios de diversa intensidad. Discusión en serio, con muy pocos, a los que se lo agradecemos. Hemos chocado con lo políticamente correcto. Lo sabíamos. Lo que ignorábamos es su extensión e intensidad. Una convergencia entre extremas izquierdas varias, derechas de diversos signos e intelectuales orgánicos empeñados en marcar el debate político. Hemos atravesado líneas rojas y se ha pretendido escarmentarnos y con ello, expulsarnos del debate público.

Desde un cierto punto de vista, estamos rodeados de discursos, discursos dominantes y dominados, cristalizaciones de ideología organizada en torno a enunciados dotados de sentido. Lo políticamente correcto establece no solo lo que se puede discutir, sino el modo de hacerlo; se convierte en un discurso que establece una hegemonía. Nos hemos enfrentado a una variante de éste que podríamos denominar discurso disciplinario. Lo que hay en el trasfondo es simple: estigmatizar, criminalizar opiniones y convertir a los adversarios en enemigos. Esto tiene, al menos, una doble consecuencia: se fija lo correcto y se prohíbe lo incorrecto hasta tal punto que se obliga a los actores a distanciarse de él, a repudiarlo públicamente. Un ejemplo lo tenemos delante de los ojos en el debate abierto en torno al artículo de Clara Ramas sobre el patriotismo democrático.

Se dice que estamos rectificando sin desdecirnos de lo escrito. No es verdad, lo que estamos haciendo es aclarar las muchas tergiversaciones, malas interpretaciones y falsedades. Podemos habernos equivocado en tal o cual frase, pero lo que dijimos está

claro: 1) que nos oponíamos a banalizar el fascismo y que para entender lo que está pasando en Italia hace falta un análisis concreto de la realidad concreta; 2) que el actual gobierno italiano tiene un proyecto contradictorio que representa a un determinado bloque social con relaciones complejas con las clases trabajadoras (ejemplo de eso, el decreto Dignidad); 3) la enorme responsabilidad de la izquierda italiana en el surgimiento y desarrollo del populismo de derechas. En el centro, la gran hipoteca para la economía y sociedad italianas de la Unión Europea bajo hegemonía alemana.

En vez de discutir los contenidos, se nos descalificó acusándonos de blanquear el fascismo emergente en Italia y de mil fechorías más. Hubo quien pretendió rizar el rizo distinguiendo entre adversarios neoliberales y enemigos populistas. No hay censura sin sospecha. Sin solución de continuidad, se pasó a interpretar intenciones ocultas. Los genios de la lámpara encontraron pronto una supuesta línea rojo-parda que daba sentido a nuestros artículos. Faltaba Rusia, pero ya apareció. Como no había mucho que discutir, se buscó una conexión adecuada: estamos con Salvini, estamos con sus políticas y defendemos sus opciones. Nunca hablamos de emigración, pero se convirtió en el centro del ataque. Rápidamente se vio las derivas de un discurso disciplinario, se criminaliza la política migratoria del gobierno italiano y se salva la de la Unión Europea en un momento donde el Consejo Europeo acaba de aprobar la creación de una muralla de hierro que impida la llegada de cualquier tipo de emigrantes y la externalización de “centros” de acogida en el norte de África.

Los elementos del discurso disciplinario han aparecido una y otra vez entre tanta descalificación e insulto. Dos muestras: cómo se tratan los temas asociados a la globalización capitalista y la Unión Europea. Según este discurso, la globalización es irreversible y buena (la falacia naturalista es fundamental en este tipo de enunciado); quien no está de acuerdo con ella es un reaccionario, contrario al progreso y a un futuro brillante ligado a las nuevas tecnologías. Si es necesario, se pueden sacar textos de Marx en favor del librecambio o “justificando” la conquista de la India. El otro lado de la contradicción es también claro: el Estado-nación está

históricamente superado y es malo, no se puede partir de él y, mucho menos, reformarlo para contribuir al desarrollo de los derechos sociales, de las libertades públicas y de la soberanía popular. Se reconoce que hay ganadores y perdedores y lo que se busca es una globalización de rostro humano, una gobernanza de la humanidad entera bajo compactas democracias de mercado.

Lo de la Unión Europea afecta mucho más, es uno de los grandes consensos de la Transición. Se considera que la UE es Europa, un bien en sí más allá de los conflictos de clase y de poder. El euro, un instrumento inacabado pero que orienta en el buen sentido. Desmantelar los controles sociales, políticos y económicos del Estado-nación se considera algo positivo, ya que nos acercará en un proceso histórico a unos supuestos Estados Unidos de Europa. Defender la soberanía popular, los intereses nacionales y las políticas económicas progresivas está considerado como nacionalismo, como formas variadas de populismo y, más allá, negadoras de Europa como proyecto. Poco se dice del vínculo atlántico, menos de la OTAN y sus políticas de rearme, casi nada de la creciente subalternidad con respecto a la América de Donald Trump. Una cosa sí que queda clara, Rusia es culpable; hay que impedir, cueste lo que cueste, una alianza de ésta con Alemania, Francia y demás países de la Unión.

Un discurso disciplinario que domina, controla y marca el debate público. Unas veces implícitamente y otras, explícitamente y siempre como marco cognitivo en el que hay que estar para ser respetado y convertido en una fuerza reconocida por los que mandan, por los poderes fuertes. Todavía asombra que, cuando se ve crecer a una fuerza como Vox, se la relacione con el conflicto entre las dos derechas, PP y Ciudadanos. Es decir, de nuevo se ignora que hay una relación directa, visible entre las políticas que impone la UE, la degradación de la vida de las personas, las enormes desigualdades sociales y la crisis de unas nuevas generaciones a las que se les bloquea el futuro.

En una cosa no se equivocan, nosotros proponemos una república federal que mire al socialismo desde una defensa nítida de la soberanía e independencia nacional, los derechos sociales y las

libertades públicas y, más allá, la lucha por la hegemonía de las clases trabajadoras en base a un nuevo proyecto de país en una Europa democrática y solidaria.

26 de septiembre de 2018

Soberanía, democracia y socialismo

Héctor Illueca, Manolo Monereo y Julio Anguita

Desde que Bodino escribiera *Los seis libros de la República* en 1576, el concepto de soberanía ha recorrido un largo camino. En un principio se asociaba al Estado absolutista e implicaba la potestad de expedir y derogar leyes y obtener la obediencia de los súbditos sin necesidad de su consentimiento. Sin embargo, no será hasta bien entrado el siglo XVIII, tras un arduo conflicto social y político, que se reconozca al pueblo como verdadero titular de la soberanía y se afirme el papel de la ley como expresión de la voluntad popular. Había hecho su aparición Rousseau. Desde entonces, la idea de soberanía ha sido desarrollada y matizada por innumerables pensadores, generalmente en el sentido de establecer límites al poder del Estado e introducir garantías frente a la arbitrariedad. Pero conservando siempre aquella sustancia que había identificado Rousseau y que está en la base de la democracia: la capacidad de los pueblos de autogobernarse y decidir el modelo social, económico y político en el que desean vivir.

Pues bien, la Unión Europea es la negación de la soberanía y de la democracia. Lo hemos dicho en el pasado y no vamos a insistir mucho en ello. La Europa neoliberal ha exacerbado la competencia entre países, ha liquidado los derechos sociales y está corrompiendo los valores cívicos de las sociedades europeas. Aún más, el neoliberalismo ha dividido el continente europeo en un núcleo de países industrializados dirigido por Alemania y una periferia cada vez más dependiente desde el punto de vista económico. En el espacio europeo no hay lugar para las políticas redistributivas; aquí lo único que cabe es un neomercantilismo feroz e inmisericorde que, en el mejor de los casos, genera crecimiento empobreciendo a las mayorías sociales. Los ciudadanos europeos empiezan a entender el significado de la *lex mercatoria* que impera en Europa: voten lo que voten, siempre es lo mismo. Y si alguien

osa desafiar la autoridad de Bruselas, los mercados le hacen entrar en razón desencadenando ataques especulativos hasta provocar un corralito bancario. Primero fue Grecia. Ahora, tal vez, Italia.

Ha llovido mucho desde la aprobación del Tratado de Maastricht. Tras casi tres décadas de neoliberalismo, las sociedades están reaccionando en el sentido previsto por Polanyi. Millones de personas lo han perdido todo y asisten atónitas a la desintegración de sus comunidades sociales. La miseria se extiende cada día y la juventud carece de horizonte. ¿Acaso puede sorprender el auge que el populismo de derechas está experimentando en Europa? ¿Puede extrañar la reaparición de demandas de soberanía, de seguridad, de protección frente a las consecuencias deletéreas del mercado autorregulado? Cada vez más ciudadanos apelan al Estado y reivindican un marco nacional porque saben que es el único en el que pueden intervenir y vencer. Tildarlos de “fascistas” es no entender, o no querer entender, la verdadera naturaleza de la Unión Europea, su carácter jerárquico y destructivo, su orientación profundamente antidemocrática. La re-nacionalización de la política europea no es un efecto coyuntural de la competencia entre partidos, sino el producto histórico de la globalización capitalista y de la forma específica que ésta ha adoptado en Europa.

Llegados a este punto, tenemos que ser claros. Lo que se está produciendo en Europa no es un enfrentamiento entre un fascismo atávico y un europeísmo pretendidamente liberal y cosmopolita. Lo que se está produciendo en Europa es un enfrentamiento entre dos nacionalismos exacerbados por la competencia que tiene lugar en la economía europea: el nacionalismo económico de Alemania, que propugna una política neomercantilista, y un nacionalismo reactivo y revanchista que emerge en países como Italia, Francia o Gran Bretaña, por no hablar de Europa del Este. El europeísmo vacuo que exhiben las élites políticas y económicas, su defensa cerrada del euro y del mercado único, no es más que una coartada ideológica del nacionalismo económico alemán. Hace casi doscientos años, el gran economista alemán Friedrich List advirtió lúcidamente que la doctrina cosmopolita obedecía a razones nacionalistas de los países industrializados, que predican la libertad

de comercio a los países pobres solo cuando saben que no pueden competir con ellos.

El europeísmo y el globalismo pueden todavía cautivar a las clases medias intelectuales, pero no frenarán el avance del populismo de derechas. Para ello se necesita una nueva síntesis política que sea capaz de interpelar a los estratos populares con ideas fuertes, con pasión e imaginarios radicales. La clave es unir un discurso dirigido a las grandes mayorías sociales con un programa orientado a la defensa de la dignidad de las clases populares y trabajadoras: la recuperación de la soberanía como base de la democracia; la reindustrialización de España a partir de la intervención pública en la economía; una política orientada al pleno empleo; y una profunda transformación del Estado en un sentido republicano, federal y democrático. Naturalmente, ello exigirá un replanteamiento de las alianzas internacionales y una nueva unión entre los países europeos que respete la soberanía de los Estados: una Europa confederal. De fondo, la posibilidad real de una gran alianza entre las clases trabajadoras, los estratos medios empobrecidos y las pequeñas y medianas empresas golpeadas por la globalización. Si no la construye la izquierda, no lo hará nadie.

El soberanismo ha venido para quedarse. Lo que estamos viendo solo son los primeros vientos de la tempestad que se avecina. A estas alturas, la única pregunta relevante es quién hegemonizará las fuerzas sociales que ha desencadenado la globalización y que demandan protección, seguridad, identidad. La inquietud de las élites neoliberales europeas resulta comprensible: es el correlato lógico de su hostilidad al Estado y a la democracia. Por el contrario, la postura de algunos intelectuales de izquierda es muy difícil de entender. Las personas que nos han criticado estos días soslayan que el control de la soberanía es una condición indispensable de la democracia. No parecen comprender el carácter dependiente y subalterno del país en el que viven. Rechazan, en fin, cualquier posibilidad de realización histórica concreta de las aspiraciones populares. Hermann Heller escribió algunas páginas luminosas sobre esta contradicción del movimiento socialista. La única alternativa real al populismo de derechas es una síntesis política

que anude soberanía, democracia y socialismo como respuesta a los sufrimientos sociales provocados por el neoliberalismo. Pero una cosa es segura: el futuro de los pueblos se construirá sobre las cenizas de esta Unión Europea.

2 de octubre de 2018

¿Democracia en la eurozona?

Héctor Illueca, Manolo Monereo y Julio Anguita

La anécdota la ha contado Varoufakis y no tiene desperdicio. Corría el año 2015 y el Gobierno de Syriza, elegido en las elecciones del 25 de enero, se estrenaba en los foros europeos. El flamante ministro de Finanzas de Grecia acudió a la primera reunión del Eurogrupo el día 11 de febrero, con la intención de exponer ante sus colegas el programa económico de su gobierno. Allí estaban, entre otros, Pierre Moscovici, comisario europeo de Asuntos Económicos y Financieros, Christine Lagarde, directora del Fondo Monetario Internacional (FMI), y Mario Draghi, presidente del Banco Central Europeo (BCE). Varoufakis transmitió al Eurogrupo el compromiso de Grecia con la divisa europea y explicó el programa de reformas que se disponían a implementar, subrayando el mandato democrático surgido de las urnas el 25 de enero: renegociar los términos del rescate financiero acordado por el gobierno de Samarás. Cuando hubo terminado su intervención, pidió la palabra el entonces ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, que empezó su alocución con una frase lapidaria: “unas elecciones no pueden cambiar la política económica”.

Algunos años más tarde, otro gobierno europeo elegido en las urnas ha recibido la misma respuesta por parte de las instituciones comunitarias. Lo anunciaba este martes Pierre Moscovici en una atribulada rueda de prensa: la Comisión Europea ha rechazado el borrador presupuestario presentado por Italia y ha instado a las autoridades del país transalpino a modificarlo en el plazo máximo de tres semanas. Poco importa que su economía esté sumida en la recesión y el estancamiento desde hace casi diez años debido a las políticas de austeridad europeas. O que su renta per cápita sea hoy más baja que antes de la introducción del euro. O que el desempleo juvenil se haya disparado con la crisis, superando ampliamente el 40 por ciento en algunas zonas del sur del país. Nada de esto parece

importarle a las instituciones europeas. La Comisión considera que el proyecto de presupuesto de Italia para 2019 supone un incumplimiento grave de los objetivos económicos fijados por la Unión Europea (UE), especialmente en materia de déficit público, y conmina a su gobierno a ajustarse a las obligaciones que establece el Pacto de Estabilidad.

Ahora bien, las palabras de Schäuble y Moscovici no bastan para doblegar la voluntad de países como Grecia o Italia. Ni siquiera los tratados europeos permiten asegurar el cumplimiento de objetivos que, en última instancia, siguen dependiendo de la voluntad soberana de los Estados. Hace falta algo más para explicar la arrogancia que exhibe el poder de Bruselas. Es imprescindible una instancia superior que, en ausencia de un auténtico Estado europeo, sea capaz de imponer los parámetros neoliberales y domeñar a los países que osan desafiar al *statu quo*. Pues bien, esa instancia son los mercados financieros internacionales y su consagración se produjo con el Tratado de Maastricht de 1992. La clave era asegurar la independencia del BCE y prohibir la financiación de los déficits públicos por parte de la autoridad monetaria, obligando a los Estados miembros a acudir a los mercados para proveerse de fondos. Hoy sabemos que Alemania condicionó su entrada en la moneda única al cumplimiento de esta exigencia, que ha transformado la relación entre el capitalismo y la democracia en Europa.

En efecto, el Tratado de Maastricht dio entrada en el contrato social a una instancia externa que amenaza con devorar la política democrática en el ámbito de los Estados miembros: el poder financiero. Como señala Wolfgang Streeck, el Estado deudor no responde solamente ante los ciudadanos que expresan sus preferencias por medio de elecciones periódicas. Junto a ellos, o mejor dicho, por encima de ellos, se encuentran los acreedores financieros internacionales, que prestan dinero al Estado y reaccionan con virulencia a cualquier exceso que se produzca en el ámbito de las finanzas públicas. Todo el mundo sabe que un ataque especulativo puede provocar el colapso de la deuda pública si los mercados se niegan a seguir financiando al Estado. Por eso

conservar su confianza ha devenido una prioridad vital para los gobiernos, que supeditan el bienestar de la ciudadanía a los intereses de los mercados, llegando incluso a modificar las constituciones para satisfacer a los prestamistas. La relación entre el capitalismo y la democracia siempre ha sido conflictiva y contradictoria, pero en esta UE está a punto de terminar con el triunfo definitivo del capitalismo.

La configuración institucional de la UE es estructuralmente antidemocrática y constituye una amenaza para el bienestar de la ciudadanía. Cualquier cuestionamiento de las políticas de austeridad conlleva duras represalias por parte de los mercados, que gozan de la complicidad (y la instigación) de Bruselas. Los pueblos del sur de Europa saben muy bien cómo se las gastan los señores de las finanzas: entre 2010 y 2012, en los momentos más duros de la crisis económica, el BCE alentó feroces ataques especulativos contra la deuda soberana de los países periféricos, forzando a sus gobiernos a emprender reformas durísimas que no habrían podido aplicarse sin la presión de los mercados. La reforma laboral, la privatización de las pensiones públicas y el desmantelamiento del Estado social fueron impuestas por la UE en contra la voluntad de la ciudadanía. Solo cuando los gobiernos estuvieron de rodillas, elevando las políticas de austeridad al rango de criterio constitucional, Mario Draghi anunció que haría “todo lo necesario para preservar el euro” y el BCE intervino en los mercados de deuda para estabilizar la prima de riesgo.

En este contexto, la vieja pregunta de Carl Schmitt adquiere un nuevo significado: ¿quién es el soberano? El pueblo italiano va a comprobarlo muy pronto. Su gobierno ha elaborado unos presupuestos de estímulo al crecimiento en un país con una economía estancada, lastrado por el desempleo y azotado por la pobreza. Algunos aspectos, como los recortes fiscales, son sin duda criticables, pero ello no debería ocultar la cuestión fundamental: la respuesta de la UE es irracional, carece de base científica y supone un nuevo golpe a la democracia en Europa. La estrategia de la Comisión Europea empieza a surtir efecto: la prima de riesgo italiana ya ha superado los 300 puntos básicos. Si el gobierno

italiano no se aviene a las exigencias de la UE, la presión irá en aumento y el conflicto será inevitable. El proceso se prevé largo y complicado, y el desenlace es incierto. No obstante, una cosa es segura: la sinrazón neoliberal acelerará la radicalización nacionalista del electorado en Italia y otros países, y redundará en beneficio de políticos como Matteo Salvini. Ya está ocurriendo. ¿Democracia en la eurozona? Juzguen ustedes mismos.

28 de octubre de 2018

¿Un frente antifascista europeo?

Héctor Illueca, Manolo Monereo y Julio Anguita

> *"Quien no quiere hablar acerca del capitalismo*
> *debería callarse también respecto del fascismo"*
> (Max Horkheimer)

Era previsible, aunque quizás no tan pronto. La consigna que se está difundiendo es construir un frente político antifascista europeo. Lo estamos viendo estos días. Con gesto adusto y semblante grave, algunos intelectuales proclaman el nuevo credo: "¡Frente a la amenaza del fascismo, unidad de los demócratas!". El asunto tiene cierta lógica: si lo que está emergiendo en la Unión Europea (UE) es algo más que populismo de derechas, o sea, fascismo puro y duro, hace falta una gran alianza política que haga de freno, de dique, a algo que se presume como un mal absoluto al que hay que derrotar, cueste lo que cueste. En el centro de la propuesta, la defensa de unas instituciones que hay que estabilizar y consolidar. Nos referimos, naturalmente, a la UE y a la democracia liberal.

¿Un frente antifascista europeo? Vivimos la cultura del instante y la memoria desaparece de nuestro horizonte, que es donde realmente juega su papel. Grecia y Tsipras han desaparecido del debate público y no debería ser así. El país heleno fue escarmiento, experimento y, en muchos sentidos, castigo. La presencia del gobernante griego en septiembre pasado en el Parlamento Europeo no mereció la atención debida. Tsipras compareció con el orgullo del deber cumplido y del trabajo bien hecho en representación de un país transformado. Tres años después de haber sido propuesto como presidente de la Comisión por la izquierda alternativa bajo la orientación de "otra Europa posible", aparecía como el defensor de esta UE frente a la barbarie populista. Es más, propuso una alianza que vaya desde Macron hasta la izquierda, abierta a los liberales y a los conservadores moderados. Se podría decir que estos tres años

han dado para mucho y que han terminado por oscurecer cualquier proyecto que no sea la defensa de la UE realmente existente. Efectivamente, Grecia ha cambiado mucho. Ha pasado de tener una deuda pública del 135 por ciento del PIB en 2009 al 180 por ciento en la actualidad, el paro ha pasado del 10 al 20 por ciento y el país ha perdido 400.000 habitantes. Una tragedia asumida a mayor gloria de esta UE y de los mercados.

La realidad acaba siempre chocando con el dominio de lo políticamente correcto. Lo primero que no se quiere analizar es si las políticas que ha venido realizando la UE antes y después de la crisis tienen que ver con el surgimiento y desarrollo de nacionalismos excluyentes y de fuerzas políticas que, por comodidad, definiremos como populismos de derechas. A estas alturas pocos dudan de que las políticas de la Unión han ido desmontando sistemáticamente el Estado social en cada uno de los países, erosionando los mecanismos de control social y político de los mercados capitalistas y debilitando el poder contractual de las clases trabajadoras y sus sindicatos. La UE ha terminado por constitucionalizar las políticas neoliberales hasta hacerlas obligatorias y, lo que es más grave, sancionables, con duras multas para los países que osen infringirlas. La idea de fondo, el dogma que se impone hoy en el debate de la Comisión con España e Italia, no es otro que frenar y reducir el gasto público. El objetivo no es ya el 3 por ciento, sino el superávit en la fase alta del ciclo. La democracia ha devenido en limitada porque, gobierne quien gobierne, tiene que aplicar políticas monetarias y fiscales de corte neoliberal bajo amenaza de los mercados, del todopoderoso Banco Central Europeo y de una Comisión intransigente en la aplicación de los Tratados. ¿Realmente puede sorprender el auge del populismo de derechas en la UE?

Hay que decirlo también aquí y ahora: en momentos en los que el mundo está cambiando de base y atraviesa una transición geopolítica de grandes dimensiones, donde la tendencia de fondo es la multipolaridad, es decir, en pleno proceso de redistribución del poder a nivel global, la UE carece de un proyecto autónomo identificable. La ausencia de una política internacional propia capaz

de orientar una transición que se presume conflictiva, condenará a Europa a la subalternidad respecto a la política norteamericana. La "trampa de Tucídides" no es un asunto menor ni una elucubración intelectual. EE. UU. no va a renunciar de forma pacífica a las posiciones de dominio conquistadas tras la Segunda Guerra Mundial, lo que sitúa la guerra como instrumento prioritario para definir los grandes problemas estratégicos. Para Europa, la OTAN implica perpetuar la supeditación a los intereses geoestratégicos norteamericanos, el incremento de los presupuestos militares y convertir las demandas de seguridad en un problema de orden público y de fortaleza del Estado penal.

¿Un frente antifascista europeo? Hay una paradoja que no siempre se tiene en cuenta cuando se reclama la defensa de la democracia. Sabemos lo que se quiere decir: defensa de los derechos y las libertades democráticas. Ahora bien, la paradoja es que, en muchos sentidos, la propuesta que hay delante y detrás de la UE es el retorno a una democracia liberal, es decir, poner fin al constitucionalismo social, a las democracias avanzadas producto del conflicto de clases y de dos guerras mundiales que tuvieron a Europa en su centro. La rebelión de las élites, una vez caído el "imperio del mal" y desaparecido el enemigo interno socialista, tenía como objetivo la restauración de una democracia funcional al mercado, supeditada a él, que expropia la soberanía económica y despolitiza la política. En cierto sentido, se puede hablar de "norteamericanización" de la vida pública europea y de una escisión cada vez más clara entre la democracia como procedimiento y la democracia como autogobierno.

Sin embargo, lo peor de este nuevo frentismo emergente es que no es capaz de entender las relaciones existentes entre la integración europea (la UE) y la crisis de nuestras debilitadas democracias, ni tampoco las profundas transformaciones que se están operando en nuestras sociedades. No deberíamos engañarnos ni dejarnos engañar: la restauración de democracias de mercado requiere, necesita del miedo como fundamento; de personas aisladas, socialmente desvinculadas e inseguras frente al futuro. El tipo de capitalismo hoy dominante necesita personas que

actúen según las reglas y modos que éste exige. Cuando hablamos del “momento Polanyi” nos estamos refiriendo a un fenómeno que aparece en todas partes: una reclamación fundante de protección, de seguridad e identidad, de nostalgia de un orden basado en la comunidad.

Este nuevo frentismo confunde los efectos con las causas; pretende combatir el populismo de derechas sin reparar en las circunstancias que lo han engendrado; aspira a legitimar instituciones que están en crisis en todas partes y hace de la conservación de lo existente el fundamento y el horizonte de lo que está por venir. ¿Realmente se cree que desde estos supuestos es posible rearmar política y culturalmente un movimiento de oposición a las derivas autoritarias que experimentan nuestras sociedades? ¿Alguien piensa seriamente que desde estos puntos de partida se generarán el entusiasmo, la adhesión y el imaginario necesarios para una movilización social capaz de ganar y activar a las mayorías sociales? No lo creemos. Más bien pensamos que será lo contrario. Defender instituciones en crisis y socialmente deslegitimadas únicamente propiciará el fortalecimiento de populismos autoritarios y nacionalistas que acabarán por desviar las demandas de protección hacia fórmulas securitarias que impliquen la restricción de las libertades y de los derechos. Si la izquierda acaba defendiendo este nuevo frentismo, terminará por romper sus ya debilitadas relaciones con las clases populares, perpetuando un camino que la llevará de desaparecer como alternativa de gobierno.

Creemos que hay que aprender de la historia. La democracia, nuestros clásicos así lo entendieron, se defiende desarrollándola, ampliándola, extendiéndola. Esto significa poner en primer plano la contradicción entre la democracia y el capitalismo. Más concretamente, exige desmercantilizar, garantizar los derechos sociales básicos y entablar relaciones armoniosas con la naturaleza. También significa democratizar la democracia llevándola a las empresas, a las grandes instituciones financieras, fomentando formas alternativas de organizar la economía y la democracia participativa. Despatriarcalizar la sociedad potenciando la igualdad sustancial y una democratización de la vida cotidiana de las

personas. Desglobalizar, recuperar la soberanía popular como fundamento del orden político, como derecho al autogobierno y a la definición constitucional de un proyecto colectivo basado en una sociedad de mujeres y hombres libres e iguales, comprometidos con la emancipación.

Merece la pena recordar una reflexión que nos dejó Perry Anderson hace algún tiempo en un excelente artículo: “para las corrientes anti-sistema de izquierdas, la lección que hay que sacar de estos últimos años está clara. Si quieren dejar de ser eclipsados por sus homólogos de derechas, ya no pueden permitirse ser menos radicales y menos coherentes que ellos en su oposición al sistema. En otras palabras, el futuro de la Unión Europea depende tanto de las decisiones que la han moldeado que ya no podemos contentarnos con reformarla: hay que salir de ella o deshacerla para poder construir en su lugar algo mejor, con otros fundamentos, lo que equivaldría a arrojar al fuego el Tratado de Maastricht” (*Le Monde Diplomatique*, marzo de 2017).

Nuestra línea de pensamiento está muy próxima a la del historiador británico: se trata de defender el proyecto europeo contra su principal amenaza, que no es otra que la UE, y apostar por una Europa confederal que defienda la paz, las libertades públicas, los derechos sociales y la igualdad entre pueblos y naciones. Para ello, los Estados, la soberanía popular y el autogobierno de las poblaciones europeas no pueden ser considerados como obstáculos a derrotar, sino como instrumentos indispensables que permiten tejer relaciones de cooperación entre los pueblos y garantizar los derechos humanos fundamentales. El debate real en Europa no es entre fascismo y antifascismo. El debate real es continuar con el proyecto neoliberal de la UE o defender un proyecto europeo que realmente lo sea. La respuesta la dará la historia.

16 de noviembre de 2018

Serenidad, firmeza y proyecto alternativo

Héctor Illueca, Manolo Monereo y Julio Anguita

La irrupción de Vox en el Parlamento de Andalucía, esperada pero no con tanta presencia, ha provocado una serie de sentimientos y actitudes que han ido desde la estupefacción hasta la inquietud, pasando por airadas reacciones. Las precipitadas y desafortunadas convocatorias para manifestarse contra estos resultados no solo le han hecho un flaco favor a la democracia, sino que le han proporcionado a este partido una excusa para asignarse la palma del martirio. Más protagonismo regalado a dicha fuerza política por quienes se reclaman de un frentismo antifascista.

Creemos que debemos acercarnos a este asunto con la serenidad necesaria para la reflexión, que si es imprescindible siempre, en el asunto que nos ocupa lo es más aún.

Y lo primero a considerar y constatar es la excesiva inclinación, por parte de medios de comunicación y comentaristas políticos, a poner el énfasis en los resultados obtenidos por la extrema derecha. Al fin y a la postre, esta fuerza política es solamente la infantería de un bloque en fase de cristalización avanzada, constituido por el PP y Ciudadanos. No hay nada más que oír las declaraciones, los discursos y las propuestas de Casado y Rivera desde hace tiempo. Y junto a ellos la fundación FAES y el propio Aznar como intelectuales orgánicos de esta nueva CEDA en construcción. Nada falta: declaraciones de miembros de la jerarquía eclesiástica congratulándose de los resultados electorales en Andalucía, medios de comunicación que desde hace bastante tiempo han transformado los informativos en partes de guerra de los golpistas de 1936. Y, junto a ello, sentencias judiciales que rezuman las viejas esencias de la misoginia franquista.

El matiz diferenciador de Vox estriba en la falta de complejos para explicitar el discurso que los llamados “constitucionales”, PP y Ciudadanos, apuntan, insinúan o mantienen con sus silencios y

evasivas. Por otra parte, esta facción de la derecha que ha emergido no es en todo exactamente homologable con las fuerzas de extrema derecha que crecen en gran parte de la UE. Éstas viven en países que, se quiera o no, han conocido y debatido con el Protestantismo, la Ilustración, el Kulturkampf, el Liberalismo o el Modernismo. La extrema derecha española es, en gran parte, producto del misoneísmo español más castizo.

Instalada en el autismo intelectual de la Contrarreforma, ha tenido su hábitat político en la permanente alianza entre el Trono y el Altar. La extrema derecha patria ha sido, y es, la actualizadora del odio al pensamiento libre que instituyera Fernando VII. Y si es cierto que en la Europa cincelada por la Ilustración el Mein Kampf y sus diversas excrecencias trajeron el holocausto, no es menos cierto que hoy hacer apología del nazismo o del fascismo está prohibido y penado. Aquí en la piel de toro, los crímenes de la dictadura franquista gozan de una desmemoria cultivada e interesada. Por no hablar de los permanentes falseamientos de los hechos históricos e incluso de la Historia de España en su conjunto.

Pero si hay algo en lo que el bloque de derechas no tiene fisura ni matiz alguno es en el sustrato social cuyos intereses representa y defiende, en la identificación plena con la intangibilidad sempiterna de la propiedad de los latifundios, el poder de las hidroeléctricas, la accesibilidad al goce y disfrute exclusivos de las prebendas contenidas en los Presupuestos Generales del Estado, la simbiosis, familiarmente heredada, con las Administraciones Públicas, la evasión fiscal como hobby y señal de distinción, o en la corrupción endémica y el silencio cómplice con los reales y con los supuestos delitos fiscales que afectan a la Corona. La extrema derecha europea, por convicción o por camuflaje, no tiene más remedio que adornar sus programas y discursos con propuestas y medidas de índole social. La extrema derecha española es neoliberal sin ambages y sin afeites.

Y también desde la serenidad es conveniente e inevitable hacerse dos preguntas ¿Por qué la extrema derecha ha cosechado este avance impensable hace poco tiempo? ¿Por qué ha habido un nivel tan alto de abstención en lo que se entiende por izquierda?

Confesamos que para nosotros la verdaderamente inquietante es la segunda. Sin embargo, entregarnos a un ejercicio simple de análisis en estos críticos momentos sería instalarse en el empantanamiento generalizado de la culpa que tan morbosa y masoquistamente anida en la izquierda. Optamos por intentar responder a una pregunta ya clásica y por eso de actualidad permanente: ¿qué hacer? Creemos que en las líneas de la propuesta van implícitas la crítica y el modo de superar la situación.

Estamos ante una crisis generalizada no solo de la globalización, sino de la civilización industrial que la ha impulsado. Los límites al crecimiento productivo impuestos por la sostenibilidad, así como el superado pico del petróleo, obligan a una respuesta que sea producto de las mayorías sociales capaces de evitar que nos sumerjamos en un nuevo feudalismo en el que los Estados desaparecen de facto y las multinacionales constituyen una gobernanza mundial con sus propias instituciones y organismos. una humanidad fallida.

La izquierda debe asumir el rol del discurso profético que consiste en decir la verdad y a su vez proponer una alternativa de carácter socialista a la producción, la distribución y el consumo. Y ello desde la concepción que liga la economía al territorio. La izquierda debe asumir, desde su incardinación en el aquí y el ahora, lo que es, lo que ha representado y lo que quiere representar. No valen ya los equívocos.

Esa propuesta, conjuntamente con la actitud que conlleva, supone que debemos hacer un permanente ejercicio de firmeza coexistente con el análisis, la elaboración y la participación colectiva y democrática. Los valores que acompañaron al nacimiento de la izquierda, igualdad, justicia, democracia y socialismo ni pueden velarse ni tampoco dilatarse para otros momentos, etapas o fases. La ciudadanía, el pueblo trabajador, necesitan de referencias indubitables. Propuesta, firmeza, ejemplo y justeza son los pilares sobre los que la izquierda debe construir su contraofensiva en esta hora.

Lo primero: no hay proyecto político digno de tal nombre sin programa. Y éste no es solamente el conjunto de acciones, medidas

y actividades conducentes a su implantación, sino que debe ser visualizado a través de las alianzas sociales que lo sustentan y apoyan. Pero esas alianzas no pueden ser producto de una coyuntura electoral y a los únicos efectos de la participación en las listas. Las alianzas requieren de tiempo suficiente, programa elaborado colectivamente, ética y valores cívicos incorporados al programa en medidas concretas, voluntad de sumar e integrar. Las alianzas para la izquierda terminan justamente en el sitio donde objetiva y socialmente comienza la situación a cambiar y a ser superada.

Para que un programa concite la adhesión, el apoyo y la participación social crecientes necesita de fases y etapas. Y esas fases deben ser explicadas con la mayor claridad posible. El horizonte contempla las medidas más contundentes y de mayor calado. Pero nunca se llegará a ellas sin el apoyo social mayoritario. Por eso se imponen medidas de carácter urgente y prioritario que atajen los problemas inmediatos de los sectores más desfavorecidos: salario mínimo, pensiones y jubilaciones, vivienda, servicios sociales, etc. Sin un mínimo apoyo desde el inicio, las medidas de carácter más ambicioso y necesario, así como las de carácter cultural, convivencial y de normalización de la diferencia, serán imposibles.

Lo segundo: nada es posible sin organización. Pero no hay organización sin la participación que posibilite que cada individuo del colectivo propio y aún el de otros cercanos sepa exactamente el objetivo, el plan, las fases, las alianzas y los valores a desarrollar en cada sitio. Ello implica que desde hoy mismo se debe acometer el proceso. No se puede esperar ni tampoco centrarse en los próximos comicios electorales. Al desarrollar el proyecto, no solo se prepara el futuro sino que se hace el análisis del ahora, corrigiendo en la práctica los errores.

Y lo tercero: organización y programa han de insertarse en un proyecto de país que genere las condiciones de una nueva hegemonía. Los derechos sociales han sido pulverizados y la constitución territorial amenaza siniestro total. La ciudadanía percibe que la monarquía constituye el principal obstáculo para que el

pueblo español pueda abordar los problemas que ensombrecen su existencia. En este contexto, la celebración de un referéndum sobre la forma política del Estado podría ser la única salida a una situación diabólica muy bien descrita por Pérez Royo: reformar la Constitución es una necesidad histórica, pero resulta imposible hacerlo a causa de la monarquía. Las fuerzas populares que han emergido estos años no nacieron para derrotar a Susana Díaz o para echar a Rajoy. Tampoco para frenar a Vox. Nacieron para ser la alternativa a un régimen inmerso en una transición profundamente regresiva. Nacieron para derrotar al neoliberalismo y fundar una nueva República.

15 de diciembre de 2018

JUNTOS NO PODEMOS, POR SEPARADO SÍ

Lo que quiero argumentar es lo siguiente: 1) Unidos Podemos corre el riesgo de difuminarse o desdibujarse por su cooperación, más o menos conflictiva, con el Gobierno de Sánchez; 2) si esto ocurre, una parte del voto de Unidos Podemos terminaría en el PSOE y otra en la abstención; 3) la suma del voto del PSOE y de Unidos Podemos no daría para derrotar a las derechas. En positivo, parto del convencimiento de que la única forma de derrotar a la hidra de las derechas es si Unidos Podemos no solo recupera votos, sino que los amplía. Vayamos por partes.

Si algo nos dice la experiencia con el Gobierno de Sánchez son las profundas diferencias en temas de fondo y en el estilo de hacer política. Este no ha sido capaz de construir una mayoría programática y tiene enormes dificultades para definir una alianza política a corto y a medio plazo. Vive por y para ganar las próximas elecciones; todo lo demás es secundario. Los acuerdos alcanzados tienen que ser peleados minuto a minuto y, a veces, la síntesis final produce una frustración difícil de ocultar. Las líneas rojas de este gobierno chocan con el programa de Unidos Podemos y, más allá, con aspiraciones de una mayoría social que creyó que con Sánchez algunas cosas cambiarían. Las gentes no esperaban demasiado, solo coherencia con lo que el PSOE había defendido en la oposición a la derecha. Al final, lo que queda son titubeos, vacilaciones, retrocesos y batallas perdidas antes de darlas.

Los límites del Gobierno están quedando claros: primero, alineamiento férreo con la política exterior norteamericana; segundo, aceptación consciente del “consenso de Bruselas”, es decir, de las reglas neoliberales de la Comisión europea; tercero, defensa, a veces gratuita, de la Monarquía y del actual monarca; cuarto, complicidad con los poderes fácticos.

Cuando me refiero al seguidismo con la política de Donald Trump, no es solo a la OTAN sino a su política exterior en sentido amplio (como ejemplo, Venezuela). Lo de la Unión Europea no resulta

extraño por la trayectoria de la actual ministra de Economía; sorprende la falta de crítica, de oposición con los enormes problemas que deja la crisis en España y cuando, de nuevo, aparecen señales de otra por venir. Su posición con la Monarquía no es extraña vista la trayectoria del PSOE; el problema es que, por el miedo a abrir la "cuestión republicana", se bloquea la necesidad de cambios en nuestro ordenamiento constitucional. ¿Alguien cree que se puede solucionar la cuestión territorial sin reformar la Constitución? Por no hablar de la corrupción o de las garantías de los derechos sociales. La complicidad con los poderes fácticos es una vieja obsesión de Sánchez: demostrar a los que mandan que él lo hace mejor y que es la única persona capaz de dar continuidad al Régimen del 78.

La gestión de las relaciones con Cataluña reflejan muy bien las debilidades e incapacidades de un Gobierno que vive al día y a eso le llama política. La posibilidad de un programa común entre el Partido Socialista y Unidos Podemos no parece posible; tampoco hay señales de que Sánchez lo desee. Si al final no hay presupuestos, lo que nos espera es una polarización dura y sistemática entre las derechas y el PSOE. Se ha hablado mucho en estos días –es la típica movida madrileña– de un gran centro que impidiese un futuro gobierno PSOE/Unidos Podemos. Lo que viene es algo más que eso y lo llevará hacia adelante como táctica electoral el Partido Socialista: definir un espacio moderado y centrado en torno al Gobierno de Sánchez para vencer a las derechas y, desde ahí, movilizar el voto útil debilitando la fuerza electoral de Unidos Podemos. El problema, insisto sobre ello, es que esto puede no ser suficiente para ganarle a las derechas y sirva para liquidar la capacidad de resistencia popular a un gobierno Ciudadanos-PP-VOX.

No comparto el pesimismo en torno a Unidos Podemos, ni comparto la idea de su decadencia electoral. Creo que hace falta iniciativa política, claridad de ideas, imaginación y una dirección capaz de estar a la altura del tiempo histórico. Tampoco comparto la idea de que nuestra mejor campaña sea reivindicar lo acordado con el Partido Socialista. Conectar con una base electoral y social

desmovilizada y, me temo que desmoralizada, requiere algo más que una buena campaña electoral. Hay que cambiar los imaginarios sociales, generar ilusión y compromiso en un momento en el que los jóvenes, trabajadores, autónomos, mujeres y hombres, se juegan el futuro. La clave: un proyecto de país en positivo, posible y asumible por una gran mayoría disputándole la hegemonía a una socialdemocracia sin proyecto que lo único que defiende es el mal menor.

Ahora todo es más difícil. El viento de cola ya no nos sopla con la fuerza de antes. Hay que “organizar la subjetividad” relanzando un proyecto que sigue estando vivo, que es más necesario que nunca y que hay que convertirlo en programa, en propuesta, en una esperanza concreta. Nuestras gentes son personas que conocen su mundo, que saben las enormes dificultades de cambiar unas relaciones de poder consagradas durante años y que han aprendido la dureza de unos poderes fácticos que no perdonan a quienes los cuestionan. La pelota sigue estando en nuestro campo. Catarsis y nuevo inicio.

11 de febrero de 2019

UNIDOS PODEMOS: RECONSTRUIR LA ESPERANZA

Madrid siempre ha sido igual y no cambiará, una continua sucesión de maniobras, conspiraciones, fintas. Hay que saber situarse y ser capaz de distinguir las voces de los ecos. Desde hace unos meses, desde que se baraja la posibilidad de elecciones, se viene sosteniendo que hay, nada más ni nada menos, una “operación de régimen” para impedir un futuro gobierno PSOE/Unidos Podemos. No digo que todo sea una pura elucubración, solo sostengo que se trata de una de las manifestaciones de las profecías auto cumplidas, de tomar como hechos los que convienen a un determinado discurso político.

Lo primero que sorprende es tomar como un dato algo que, al menos para mí, es todo menos evidente. Me refiero a la posibilidad de un gobierno conjunto del Partido de Pedro Sánchez con UP. Se supone, por lo tanto, que habría un programa común, ministros y ministras de ambas formaciones y una mayoría parlamentaria que lo sostuviera. Si algo hemos aprendido en estos meses, es que las diferencias programáticas entre el PSOE y UP son muy serias y que las líneas rojas que estableció el gobierno de Pedro Sánchez, por así decirlo, están relacionadas con la perpetuación del modelo económico y social dominante en el país.

Otro asunto debería tenerse también en cuenta y que ahora se hace evidente con toda su fuerza en la larga precampaña que tenemos por delante. Gobernar juntos implicaría que hubiese una mayoría en las cámaras suficiente para ese gobierno. Aquí es donde empieza un problema táctico de enorme importancia y que las encuestas ya van señalando: en las actuales condiciones, defender como conquista democrática una alianza con el PSOE, puede terminar fagocitando electoralmente a Unidos Podemos. No me refiero solo al voto útil sino a un mecanismo que debilita cualquier posibilidad de ir más allá de los límites impuestos hoy por los poderes. Unidos Podemos ha gestionado con mucha dificultad esta

asociación con el gobierno Sánchez ya que no se ha conseguido establecer un programa común, ni siquiera una hoja de ruta que permitiera fortalecer la autonomía política y programática de UP.

La cuestión va más allá de lo estrictamente formal. Cuando se dice que hay una operación para impedir un gobierno conjunto PSOE/UP, lo que se está diciendo es que, tanto el PSOE como Unidos Podemos están de acuerdo en ese proyecto. Se da como un hecho lo que es un problema, para nada resuelto. En este tema, como en otros, se ve la importancia de tener una visión estratégica más allá del día a día y sus avatares. ¿Qué es lo que está en juego en nuestro país? A mi juicio, si la crisis del régimen ha terminado y entramos en una restauración y si se han agotado ya las posibilidades de un cambio sustancial, es decir, de una ruptura democrática. Se podría profundizar más y plantearnos qué hacer si, definitivamente, la restauración se impone. Estos son los dilemas estratégicos a los que debe responder una fuerza como Unidos Podemos. Lo que no comparto de esta supuesta operación de los poderes fácticos es que se presuponga que el Partido Socialista y el gobierno de Pedro Sánchez no son parte de ella. Este gobierno no es el de un resistente, sino el de un superviviente. Ambas cosas no son lo mismo y tienen que ver con una vieja obsesión de Sánchez: volver a convertir al Partido Socialista en la centralidad del sistema político garantizando, en última instancia, la perpetuación del régimen monárquico.

Conviene seguir tirando del hilo. Lo he repetido muchas veces en los últimos tiempos: asociarse al PSOE era una operación compleja que requería poner el acento en la autonomía del proyecto concretándolo y haciéndolo visible. La clave era salir del palacio y activar nuestra presencia en la sociedad civil organizada. La idea de unos estados generales para la alternativa tenía que ver con esta estrategia de diferenciación y de movilización de una base social y electoral que había perdido referencias y que daba señales de pasividad, cuando no de desmoralización. Enfrentados a un ciclo electoral completo (elecciones europeas, autonómicas y municipales fijadas para mayo) estábamos obligados a desarrollar la otra pata, es decir, fortalecer Unidos Podemos como algo más que un simple

frente electoral parlamentario. Crear comités de Unidos Podemos a todos los niveles, reinsertarse en el tejido social y propiciar formas más abiertas de participación política. Todo esto se ha acelerado con la convocatoria de elecciones generales por parte de Pedro Sánchez.

El verdadero dilema de las próximas elecciones, desde el punto de vista de las mayorías sociales, no es crear las condiciones para un supuesto gobierno entre el PSOE y Unidos Podemos sino fortalecer un proyecto político que deje abierta la posibilidad de un cambio real en España; seguir potenciando una fuerza plebeya y republicana capaz de cuestionar los fundamentos del neoliberalismo. Gobernar o no, dependerá de nuestra capacidad para desarrollar esta fuerza; en todo caso, será su consecuencia. La clave es el programa como un contrato con la ciudadanía que expresa una alianza social y una propuesta política de largo alcance.

¿Qué alianza social? Pido disculpas por repetirlo tantas veces: la que engarza a las capas medias críticas y a las clases trabajadoras. ¿Sobre qué principios? Ecofeminismo, federalismo, socialismo y republicanismo. ¿Qué centro de articulación? Un nuevo proyecto de país democrático e igualitario, ecológico y socialmente fundamentado y abierto a una perspectiva socialista. En el centro, un nuevo modelo productivo y de poder más allá de la Europa alemana del euro, defensor de la soberanía popular y de la fraternidad republicana.

13 de marzo de 2019

CONTRA EL PESIMISMO: UNA UTOPÍA CONCRETA

Los tiempos que vienen no serán fáciles para Unidos Podemos. Trabajar contra las encuestas, recuperar los vínculos perdidos y reforzar la organización requerirá de mucho esfuerzo y una dirección política ágil y convincente. Creo que es posible devolver la ilusión a una base social y electoral que ha perdido referentes, que da señales de pasividad y, a veces, de desmoralización. Creo que sigue habiendo disponibilidad para la acción, para la recuperación de espacios; lo que hace falta es un discurso político claro, nítido, que unifique demandas sociales de fondo y que genere una esperanza que venza a una resignación que, por momentos, parece insuperable.

Ernst Bloch hablaba de utopía concreta; Julio Anguita, de la necesidad de un discurso profético. Ambos nos dan la pista de que hoy lo que hace falta son principios, fundamentos que construyan imaginarios sociales alternativos que fomenten el compromiso moral y que impulsen la movilización. Utopía concreta no significa una simple quimera, un sueño inalcanzable o el invento de mundos futuros desconectados de nuestra realidad. Hay realismos y realismos. El positivista trascribe la realidad como hecha para siempre, homogénea y unidireccional; el otro realismo, el histórico dialéctico, la entiende como algo contradictorio, con potencialidades diversas y con líneas de actuación variables. El discurso profético parte de esta realidad contradictoria y tira de aquella parte que tiende a la emancipación, a la auto organización y a la construcción de un sujeto político con un proyecto alternativo de Estado, sociedad y gobierno.

Desde este punto de vista, pretendo hacer una aportación al debate programático que se debe de estar abriendo en el mundo de Unidos Podemos. Programa tiene que ver más, en este contexto, con discurso; es decir, con una síntesis de valores, principios y propuestas dirigidas a provocar adhesión, apoyo, implicación que

contribuyan, no solo a impulsar el voto, sino a fomentar una subjetividad organizada en torno a un proyecto político enraizado sólidamente en las clases populares. Sé de las dificultades, pero creo que merece la pena trabajar con una idea fuerte de discurso programático. Es cierto que esto implica un determinado tipo de campaña electoral: convertirla en un proceso de pedagogía popular, de potenciación de marcos y de imaginarios sociales que potencien una identidad que, no solamente frene la pérdida de votos, sino que reconstruyan un espacio político que pasa por momentos difíciles.

Recientemente Héctor Illueca, con acierto, ha hablado de momentos constituyentes, es decir, que las próximas elecciones esconderían dilemas constitucionales no explicitados que, seguramente, no se discutirán en la campaña y que sus resultados determinarían el futuro de dichos dilemas. Si interpreto bien lo que quiere decir, la mayoría resultante de estos comicios consolidarían (materialmente) un nuevo régimen político de facto que ya no sería el de 1978 (algo peor y más a la derecha) o bien, una nueva mayoría que abriera la posibilidad de un proceso constituyente.

Muchos hemos venido defendiendo que el proyecto alternativo de país que necesitamos debería (pedagógicamente) fundarse en las reformas que la vigente constitución necesita. Una revisión constitucional, de fondo, que garantice sus aspectos positivos y que abra la posibilidad a nuevos desarrollos jurídico políticos que tienen que ver con los grandes desafíos de un futuro que está delante de nuestros ojos. Proyecto de país, proceso constituyente y cambio constitucional podrían articular una mayoría social transversal capaz de convertirse en un sujeto político que organice un nuevo régimen político democrático, republicano, federal, comprometido con la justicia social y capaz de establecer una alianza orgánica con las fuerzas que defienden la vida del planeta y la igualdad de las mujeres.

Es difícil hablar de política cuando se está en campaña electoral. La paradoja es solo aparente. Para la política dominante, las campañas sirven para ganar votos cueste lo que cueste, fomentando imágenes, creando enemigos artificiales, criminalizando conductas y aprovechando los enormes y desiguales recursos de

los que mandan y no se presentan a las elecciones. La nueva política (sabiendo que es contra corriente) debe propiciar la deliberación democrática basada en principios claros, en propuestas coherentes con estos, motivando el compromiso político y la movilización. Sin afectos, sin pasión, no se construyen proyectos colectivos. Como nos enseña la poesía, afectos, emociones y pasiones no tienen que ser necesariamente irracionales y son una vía de conocimiento.

¿Para qué sirven los principios? Para criticar lo existente e instrumento para organizar la alternativa. Los principios son razones para la acción, una acción consciente y dirigida que guíe con coherencia las propuestas programáticas. ¿Cuáles serían aquí y ahora esos principios? A mi juicio, la construcción de una izquierda patriótica, republicana, federalista y ecofeminista. Presiento de inmediato la incomodidad; ¿cómo hablar de esto en precampaña electoral? Pido disculpas por adelantado, pero estoy convencido que Unidos Podemos necesita una identidad fuerte, de principios claros y de una propuesta solvente y en positivo. Los principios son los que organizan el discurso político, le dan coherencia, impulsan a la acción y fomentan el compromiso.

Lo de izquierda patriótica sé que es lo que más rechina y creo que hay que partir de la contradicción y convertirla en imaginación creadora. Decenios de nacional-catolicismo, decenios de nacional-constitucionalismo han colonizado las subjetividades colectivas y las identidades públicas. Sentirse español y, mucho más, defender un proyecto desde la izquierda española siempre ha estado mal visto. Suena mal y choca con los saberes socialmente construidos. Sin embargo, denominarse, por ejemplo, de la izquierda andaluza no es problemático; tampoco catalana, vasca o canaria, hasta castellana. Lo que no está aceptado es ser de izquierdas y español.

Nadie es ingenuo a estas alturas. El debate es entre nacionalismos y no hay espacio para una izquierda española, republicana, federalista y con voluntad socialista. Es más, cuando se defiende, aparece muchas veces como una provocación. No es este el lugar de las causas histórico-sociales que nos han llevado a una situación como esta. Algunos de nosotros, en otro contexto, nos

preguntábamos por qué en España no ha cuajado nunca el concepto de patriotismo constitucional. Los imaginarios sociales se construyen y se deconstruyen en el espacio tiempo, pero hay temas que nunca logran imponerse.

La tarea histórica consiste en engarzar de nuevo la idea de soberanía popular, república y socialismo, es decir, soberanía como autogobierno, republicanismo como régimen político de hombres y mujeres libres e iguales y socialismo entendido como instrumento para superar un sistema económico que promueve la alienación, la desigualdad y discriminación. En su centro, el eco-feminismo como una nueva síntesis que articula reproducción social, defensa de la vida y, sobre todo, la solidaridad con las futuras generaciones. Patriotismo y nacionalismo no son la misma cosa y, políticamente, se contraponen. Patriotismo, en su larga historia, ha sido siempre compromiso con una comunidad, con su defensa, porque en ella existen derechos y libertades. La clave siempre ha sido la misma, una idea de patria que se construye cada día, que exige el control de la oligarquía, que se opone a la tiranía y que establece una idea republicana de la soberanía entendida esta como programa: los poderes externos e internos no pueden determinar el destino del país.

Se trataría de aprovechar esta campaña electoral para definir un proyecto de país alternativo, reconstruir los vínculos sociales perdidos, reforzar la unidad por abajo y renovar profundamente la organización. Tareas nada fáciles, pero es tiempo para los grandes desafíos, para romper con un pesimismo que bloquea la esperanza, para, en definitiva, volver a encontrarnos con unas clases medias críticas, con unas clases trabajadoras dispersas y una juventud que parece que pierde ilusión, horizonte de futuro y que puede terminar decantándose por lo menos malo.

La clave es definir cuál es el gran problema de España, el problema de los problemas, al que hay que batir para que el cambio sea posible. Hay que nombrarlo, correr el riesgo de definirlo y asumir las consecuencias. El problema radical de España es el control que los poderes económicos ejercen sobre la clase política en su conjunto y, derivadamente, sobre la vida pública. Se trata del

poder de una oligarquía financiero empresarial que ha ido acumulando riqueza, poder e influencia hasta un punto que impide el cambio político por muy débil que este sea, que hace imposible el reformismo y que contamina al conjunto del sistema político mediante una corrupción sistemática y permanente. Los poderes económicos tienen poder de veto y ahora pretenden, una vez más, una nueva restauración que dé vida a un régimen solo formalmente equiparable con el del 78.

Hace tiempo que algunos de nosotros hablábamos de “trama” y de “tramas”. Lo que queríamos señalar es la existencia de una alianza específica entre una parte del poder económico, sectores de la clase política, núcleos del aparato del Estado y las grandes empresas mediáticas. La historia y evolución de esta trama ha sido descrita, entre otros, por Rubén Juste en su libro sobre el Ibex 35. Cuando se habla de trama aparece aquello de “visión paranoica o conspirativa de la historia”. Parafraseando al viejo Lenin, habría que decir que las conspiraciones existen desde siempre y seguirán existiendo. Lo que no se puede es explicar la historia solo a partir de las conspiraciones. La trama Villarejo, conocida desde tiempos inmemoriales, hay que entenderla como agente de una trama principal que es la que ordena y dirige. Insisto, esta trama, la de verdad, ha pasado de tener poder de veto a intentar dirigir la vida pública. Este es el verdadero problema de las democracias: unas clases dirigentes que han acumulado tal poder que, gane quien gane las elecciones, se hacen las políticas que ellas deciden. La Unión Europea es su principal instrumento, ¿alguien cree que sin ella se podrían mantener estas políticas y estos gobiernos?

Como hemos dicho muchas veces en los últimos tiempos, el objetivo de estas elecciones no es saber con quién va a gobernar el PSOE, sino crear las condiciones para que el impulso de cambio siga vivo o, al menos, aliente una fuerza política determinante, sólidamente implantada en el país, con una fuerte presencia institucional y, sobre todo, capaz de ejercer una verdadera oposición política y social. Definir un proyecto de país requiere un trabajo colectivo a medio y a largo plazo, realizado después de un debate profundo y que exprese una toma de conciencia que tienda a

convertirse en alternativa política. Lo que ofrecemos es algunas ideas que muevan al debate y que organicen razones para actuar.

Por una Europa europea. La actual Europa alemana del euro no ha hecho otra cosa que dividir a nuestros pueblos, limitar la democracia y liquidar los derechos sociales en casi todas partes. Europa no es la Unión Europea, es mucho más y hay que recuperarla. Nuestra propuesta es clara: no se puede reconstruir Europa sin sus Estados y sus pueblos. Por eso, apostamos decididamente por una Europa confederal. No hay que tener miedo a hablar de los tratados y, mucho menos, del euro, sabiendo, como nos dicen decenas de especialistas de nivel, que sigue siendo su gran debilidad y que puede terminar por desintegrarla.

Por un Estado emprendedor y estratégico. La soberanía siempre ha sido un programa; necesitamos un Estado capaz de desarrollarla y fortalecerla. Defendemos un Estado capaz de distribuir la renta y la riqueza, que regule el mercado y planifique el desarrollo económico al servicio de las mayorías sociales. Esto exige un fuerte sector público, empresas públicas potentes y la nacionalización de algunos sectores estratégicos que solo perviven por el control que ejercen sobre las élites políticas. Necesitamos un sistema fiscal justo, redistribuidor y capaz de sostener nuestro débil Estado de bienestar.

Por una democracia económica y social. Hay que ir más allá del Estado social que hemos conocido. Defender la democracia aquí y ahora, democratizar los poderes económicos empezando por las empresas; reforzar los derechos laborales y sindicales y construir una sociedad basada en el pleno empleo; la reducción de la jornada laboral y la socialización de los cuidados. Ideas fuerza: redistribuir renta, riqueza, poder y tiempos sociales.

Blindar constitucionalmente los derechos sociales para garantizarlos. La fortaleza del desarrollo social de un país se mide, entre otras cosas, por los espacios que han sido desmercantilizados. Si algo hemos aprendido de esta crisis es que los derechos sociales son especialmente débiles en nuestras sociedades y reversibles. Garantizarlos constitucionalmente significará obstaculizar los intentos de los poderes económicos y las

derechas para cuartearlos, reducirlos y limitarlos. Las movilizaciones de los pensionistas han demostrado que el “pacto generacional” es uno de los fundamentos de una sociedad digna.

Transición energética/reestructuración ecológica de la economía y de la sociedad. Todos lo sabemos y lo que hace falta es voluntad política. Se trata ahora de cambiar de óptica. La crisis es una oportunidad para construir un nuevo modelo de desarrollo social y ecológicamente sostenible; emancipación social y relaciones respetuosas con nuestro medio se complementan, se necesitan mutuamente; reconstruir los fundamentos de un modo de vida alternativo es un desafío que relaciona nuevas tecnologías, trabajo digno y reapropiación del espacio. Se habla de la España vacía y hasta se convierte en tema electoral. La cuestión de fondo casi nunca se explicita, a saber, romper con la lógica del desarrollo desigual del espacio que empobrece y despilfarra. Volver al territorio, generar círculos virtuosos que lo asienten y construir democracias participativas que lo hagan posible; economía circular, sociedad circular y auto organización social pueden ser uno de los fundamentos de una democracia cotidiana post capitalista.

Por la paz, el desarme y la seguridad colectiva. No entrará en la agenda electoral, pero debería estar presente. En este mundo que cambia y que tiene en su centro una nueva redistribución del poder entre las grandes potencias, la “trampa” de Tucídides retorna y con ello, el rearme generalizado, la militarización de las relaciones internacionales y el desmantelamiento (Donald Trump es su principal arquitecto) de todo un conjunto de tratados que pretendían poner fin a una lógica de poder que, directa o indirectamente, impulsaba el conflicto nuclear. La retirada de EEUU del tratado que prohibía la instalación de misiles de alcance intermedio en Europa (INF), expresa un salto cualitativo y vuelve a situar a nuestro continente como territorio de conflicto, enfrentamiento y guerra. Hace falta cambiar: a) iniciar un proceso de desconexión de la OTAN; b) fortalecer un pilar europeo de defensa más allá de lo que hoy es la UE; c) un acuerdo de desarrollo y seguridad con Rusia.

Poder constituyente/República. Se ha llegado a decir que las elecciones son un mal momento para hablar de política a lo grande.

Seguramente será verdad, pero no debería ser nuestra verdad. Si se habla de momentos constituyentes, se debería decir con igual fuerza que el dilema no está entre los que defienden la Constitución del 78 y los que defendemos un nuevo régimen. Este nunca ha sido el verdadero dilema. La Constitución del 78 es, para determinadas partes de la misma, nominal. Cuando pasen estas elecciones, el dilema seguirá estando vivo. Por esto es bueno defender que, para asegurar lo mejor de la Constitución del 78, hace falta un proceso constituyente que haga visible el poder del soberano, la soberanía popular. Una campaña electoral tan larga como la que vamos a vivir, debería ser un momento especialmente significativo para reforzar una identidad cuando ésta se convierte en un problema político. Unidos Podemos debería de ser el “partido” de las republicanas y los republicanos españoles.

Ecofeminismo para defender la vida y para cambiar nuestras vidas. Es señal de la época que todas las denominaciones políticas acaben siendo objeto de debate y conflicto en sí mismas. El reino de lo vaporoso, la dictadura de lo políticamente correcto y el dominio de un día a día que mata la estrategia, puede terminar por hacernos olvidar lo verdaderamente importante. El surgimiento de la ecología política, del feminismo socialista y las luchas contra la colonialidad del poder, nos dicen que está emergiendo un nuevo paradigma emancipatorio que intenta soldar una alianza histórica entre los viejos postulados socialistas del movimiento obrero y nuevos actores sociales que defienden una crítica más profunda del modo de vivir, consumir y producir del capitalismo que hoy conocemos.

Termino como empecé. No hay razones para el pesimismo. Somos lo que hemos podido ser, dadas las circunstancias internas y externas; quizás rectificar el punto de partida y dotarnos de una nueva perspectiva. Juan Rivera lo ha señala en estos días, hay que aprender una dura lección de la historia de España: cualquier intento de un cambio político verdadero tiene que saber que se enfrenta irremediablemente a una oligarquía financiero-empresarial, a una trama de poder que tiene poder de veto y capacidad para obstaculizar las aspiraciones de una mayoría social que desea una

sociedad de mujeres y hombres libres e iguales basada en la justicia social y en la soberanía.

1 de abril de 2019

EL RETORNO DE LA POLÍTICA: EL GOBIERNO COMO PROBLEMA

Es una vieja sensación que me persigue desde 1982: la izquierda gana y nosotros perdemos. No es fácil convivir con la alegría de los demás y, a la vez, sentirse triste. Es la vieja problemática de Izquierda Unida que, de nuevo, se repite de forma ampliada. Las gentes se sienten aliviadas de que, juntos, hayamos derrotado a un monstruo y que se abra para el país un periodo de tranquilidad, de normalidad y progreso. Bien mirado, hay una cómoda mayoría de izquierdas en el Congreso de los Diputados y, lo más difícil, mayoría absoluta en el Senado. La izquierda ganó, pero ¿quién ganó?

Hay, insisto, una mayoría social y parlamentaria para poner en marcha una agenda social que revierta todos los derechos perdidos y fortalezca nuestro débil Estado social. Hay una mayoría social y parlamentaria para regenerar nuestra demediada democracia, que cree las condiciones para limitar la corrupción y el creciente control que el poder económico ejerce sobre la clase política. Existe la mayoría social y parlamentaria que puede poner en marcha la reforma fiscal que nuestro país necesita desde hace muchos años, que garantice el gobierno democrático de la economía y genere las bases para construir un nuevo modelo de desarrollo social y ecológicamente sostenible. Existe una mayoría social y parlamentaria para liderar un conjunto de reformas constitucionales, empezando por la electoral, que necesitamos apremiantemente, sabiendo que será muy difícil y que requerirá una fuerte movilización política y un consenso más allá de la correlación electoral existente. De lo que estamos hablando es de un proyecto de país que debemos construir si queremos impedir la involución social, el retroceso político y la restricción sistemática de nuestras libertades públicas; es decir, ser coherentes con lo que se ha dicho y defendido en esta durísima campaña electoral en el sentido de remover todas las condiciones que, de una u otra forma, favorezcan

la hegemonía de la derecha extrema o de la extrema derecha en España.

Pero ¿qué izquierda? Aquí es donde vienen los problemas, los dilemas que, de nuevo, van a tener que afrontar las diversas fuerzas de la izquierda ante la hegemonía de un Partido Socialista que ha salido fortalecido de una confrontación electoral bronca y dura. No hay que irse a la historia, basta solo repasar las enormes dificultades que ha tenido que soportar Unidos Podemos para hacer girar hacia la izquierda a un partido que vivía una transición política, organizativa y programática. Pedro Sánchez gana en la sociedad y gana en su partido y ahora está obligado a definir un programa de renovación que está exigiendo una mayoría social muy amplia y, específicamente, una juventud que espera algo más que meras palabras. Excepto Unidos Podemos, las demás fuerzas políticas poco han dicho sobre los problemas reales del país y, mucho menos, sobre las propuestas necesarias para conquistar un futuro que genere seguridad, protección y orden en sociedades que viven atemorizadas, en riesgo existencial y en una creciente precarización de sus vidas.

Pablo Iglesias ha hecho una campaña valiente, clara y no exenta de riesgos: mayoría para gobernar con el Partido Socialista. Las encuestas eran malas y auguraban una catástrofe; al final, un fuerte retroceso electoral y una pérdida significativa de escaños. Lo fundamental, Unidos Podemos ha dejado de ser un actor principal, un protagonista decisivo para organizar, en torno a él, el cambio político de España. Se ha entrado en lo que podríamos llamar “problemática IU”, en un escenario donde la clave es influenciar, definir, determinar un marco político en el que ya no se es actor principal. No es este el momento ni el lugar para evaluar con veracidad la situación de Unidos Podemos y, específicamente, de Podemos. Solo referirme a una partida en la que se ha jugado una primera fase y que, dentro de unos días terminará con unas importantísimas elecciones municipales, autonómicas y europeas. Tiempo habrá. Lo que está en juego es si, como ha defendido Unidas Podemos, la clave para cambiar las políticas dominantes hoy en España está en gobernar con el PSOE. Para decirlo más

claramente, la garantía del cambio sería estar sentados en el Consejo de Ministros de un gobierno de Pedro Sánchez.

Mi escepticismo crece después de conocer los resultados de estas elecciones generales. Si fue imposible hacerlo cuando el diferencial entre el PSOE y Unidas Podemos era escaso, ahora que este se amplía, lo lógico es un PSOE que pretenda gobernar en solitario con alianzas variables y siempre mirando por mejorar su margen de maniobra y su hegemonía. Gobernar no es lo decisivo, nunca lo fue. Lo decisivo es el programa, la propuesta política. En su centro, si se van a emprender un conjunto de reformas que vayan sacando a este país del neoliberalismo, de la injusticia social, de la precariedad y la desigualdad. Si Pedro Sánchez tuviera sentido histórico, aceptaría la oferta de Pablo Iglesias; me temo que no lo hará y no lo hará porque tiene un proyecto, por así decirlo, felipista: ocupar la centralidad política inaugurando una nueva restauración y consolidando los poderes existentes. Para ello necesita que a su izquierda no haya nadie que cuestiones su liderazgo, que le dispute espacios de poder desde una voluntad de gobierno y de mayoría.

Hay un dato que conviene recordar, el miedo va siempre de ida y vuelta. Pedro Sánchez e Iván Redondo han usado y abusado del temor de las personas a un neo franquismo emergente y a unas derechas que se radicalizaron mucho. Les ha dado resultado. Sin embargo, los problemas siguen estando ahí. Ida y vuelta sí, del miedo. Las expectativas de esta sociedad son escasas. Si algo demuestra la reciente campaña electoral es que las personas la han vivido privadamente, movilizadas cognitivamente, pero sin trasladarse a la acción colectiva y a la movilización de masas. Los medios de comunicación nos han individualizado también en el miedo y han cumplido su función de manipulación.

Como prueban todas las elecciones de nuestro entorno, se vota en negativo, contra los que mandan, porque nadie soluciona realmente sus problemas. La confianza se gana y se pierde muy rápidamente. ¿Qué pasará si el gobierno Sánchez fracasa, si no está a la altura de las circunstancias y, una vez más, se defraudan las esperanzas de la población? El dilema es claro: o cambio a fondo o regresión. En medio no hay nada.

1 de mayo de 2019

CELEBRACIONES DEL ESTADO: ¿SE INICIA LA GRAN RESTAURACIÓN?

Las honras fúnebres a Alfredo Pérez Rubalcaba nos han sorprendido a muchos. Es cierto, como dice Juliana, que hay "momento PSOE", pero, aun así, asombra tanta alabanza, tanto elogio a un político que, como Jano, ha tenido y tiene, dos caras. Ha habido emociones populares, más allá de los límites del socialismo español, y el reconocimiento fue a un hombre de Estado, a una persona especialmente capaz, al que siempre se le ha relacionado con los aspectos más oscuros del aparato del Estado. Dos cosas han sido especialmente subrayadas: el fin de ETA y las labores de colaborador necesarias en la difícil y compleja abdicación de Juan Carlos I.

¿Momento PSOE? Sin duda. Pero ¿qué significa esto? Lo primero y fundamental, la vuelta del PSOE a la centralidad en un mapa político que le es muy propicio. Las derechas en crisis y en proceso de reestructuración que va a ser dura y larga en el tiempo. Unidas Podemos en dificultades. Ha retrocedido en votos, en diputados y senadores y, sobre todo, ha entrado en un territorio (problemática IU ampliada) nuevo, especialmente difícil y con un vació estratégico serio. La llamada cuestión nacional sigue abierta en ambos lados y en el territorio específico catalán parece que las urnas han determinado interlocutores más claros, más fiables y con mayor sentido de realidad. En general, las gentes han vivido estas elecciones pasadas con mucho desasosiego, con inseguridad y hasta con miedo. La sensación es de alivio y, aunque hay mucho escepticismo de fondo, las gentes quieren creer, lo necesitan para seguir viviendo y apuestan por un gobierno que haga lo que se ha comprometido.

El "momento" PSOE tiene otro componente que alguno de nosotros hemos visto en las honras fúnebres a Rubalcaba. Podríamos definirlo del siguiente modo: en lo fundamental, las tareas han sido realizadas. ¿Cuáles? Desactivar las condiciones

que hacían posible, e incluso probable, una ruptura de régimen en España. Aparentemente, los males del pasado han sido descontados, la movilización social es hoy escasa y no tiene perspectivas políticas, la crisis de representación parece haber sido superada, la corrupción da la sensación que ha desaparecido de la agenda política y solo la “cuestión catalana” rompe un marco que se ha hecho muy favorable al sistema.

Es el momento de Pedro Sánchez. Lo que ha ofertado en estas elecciones es un talante, un estilo de gobernar y un compromiso nítido con los derechos sociales. No mucho más, pero tampoco menos. Interpretar los estados profundos de una sociedad tan heterogénea y conflictual como la nuestra no es fácil. La indignación de fondo sigue existiendo, simplemente es que no se ven salidas también de fondo, que no son percibidas como posibles y cuya representación no acaba de encajarles. El secretario general del PSOE aparece como un mal menor en el que se desea confiar y al que, esperanzadamente, desean que acierte.

Hay un dato que no se puede olvidar en este contexto, el fortalecimiento de los aparatos e instituciones del Estado y su cohesión interna. Es cierto que el movimiento independentista catalán ha ganado peso en estas elecciones y que la cuestión sigue abierta. El dato nuevo que perciben las poblaciones es que el Estado ha salido fortalecido del desafío y que las posibilidades “materiales” de su desvertebración han quedado, como mínimo, aplazadas para un futuro no cercano. El papel del rey en esto ha sido fundamental. La pieza maestra para enfrentarse a la crisis de régimen en ciernes fue la abdicación del rey y la llegada de Felipe VI. Las cloacas del Estado, las incapacidades del movimiento y errores propios hicieron todo lo demás. La república nunca fue un problema secundario. Otra cosa es su viabilidad práctica y el temple necesario para reivindicarla con todas sus consecuencias.

Insisto, momento Pedro Sánchez. Ahora tiene que gobernar, enfrentarse a los problemas de fondo de un país que tiene su futuro quebrado y cuya viabilidad requerirá de mucho esfuerzo, tenacidad y un proyecto claro. De Europa viene lo de siempre, necesidad de seguir practicando ajustes y poniendo dificultades para revertir el

modelo de sociedad organizado tras la crisis. En las elecciones europeas tampoco se hablará de los problemas fundamentales y todos desean cambiar una Unión Europea que se ha ido convirtiendo en un problema para las mayorías sociales, sobre todo del Sur. Una clave, cambiar sustancialmente el actual modelo de acumulación y crecimiento por otro social y ecológicamente sostenible. En su centro, fortalecer la capacidad contractual, sindical y política, de las clases trabajadoras. Convendría no cerrar los ojos a los dilemas político militares que están atravesando el sistema mundo. Se podría resumir así: la política como continuación de la guerra por otros medios.

Ahora estamos ante elecciones muy importantes. La ciudadanía se juega muchas cosas. Son algo más, mucho más, que una segunda vuelta. Unidas Podemos ha “salvado los muebles” e intenta, con mucho esfuerzo, recomponer alianzas sociales, bases electorales y compromiso político. Se puede consolidar una tendencia o recomponerse para los nuevos retos de un país que está cambiando de ciclo político. La discusión, parece, es gobernar sí o sí, con Pedro Sánchez. Nada sabemos. Queda claro que se ha defendido un programa y se ha elegido el territorio de la Constitución para su defensa. Un tema queda abierto, ¿qué papel va a jugar Unidas Podemos si, definitivamente, estamos ante una enésima restauración monárquica?

15 de mayo de 2019

Europa frente a China: es la geopolítica, es la geopolítica

No empiezo por aquello de “es la geopolítica, estúpidos” por dos razones, porque me parece de mala educación y, sobre todo, porque ayuda poco a adentrarse en un tema tan complejo como este. Da un poco de vergüenza decirlo, en etapa electoral, ya no se hace política en serio, a lo grande. Todo el mundo quiere cambiar Europa sin saber si es posible o no y en qué dirección. 30 años después, todos defienden la Europa social, un nuevo modelo de desarrollo europeo y la necesidad de una transición energética. De la emigración, lo justo. Y no mucho más. De rondón, se habla de ejército europeo, de una mayor autonomía de EEUU y nada se dice de lo fundamental, a saber: de la suspensión por parte de EEUU del Tratado de las fuerzas nucleares de alcance medio (INF), del incremento sustancial de los presupuestos militares, de una carrera armamentística que se acelera y de una UE que, conforme más se integra, neoliberalmente hablando, menos papel juega en un mundo que está mutando radicalmente.

De geopolítica se puede hablar mucho y de varias maneras. No es este el lugar para entrar en debates de fondo. Algunos entendemos la geopolítica como un arte de base estatal o paraestatal, que se fundamenta en ciencias como la geografía, la demografía, las relaciones internacionales y, sobre todo, política y ciencias militares. Se puede decir que, de una u otra forma, existe un equilibrio, un cierto orden de poder que identificamos con el término sistema mundo capitalista. Su característica: estar organizado jerárquicamente, donde sus específicas relaciones y su modo de distribución del poder concretan cada etapa histórica. Los actores, en un sentido amplio, se sitúan ante cada momento en función de si se está en fase de equilibrio u orden –más o menos estable– o de desorden y caos. La clave es siempre conocer y actuar cuando el sistema se transforma, cuando vive una transición como la actual en la que se rompe con viejas hegemonías y se

busca un nuevo orden basado en reglas de juego distintas y una nueva distribución del poder. En estas estamos ahora.

Las crisis desvelan lo que la normalidad oculta. El conflicto entre Huawei y Google enseña más sobre el comercio internacional, el de verdad, el real, que los tediosos manuales sobre relaciones económicas internacionales, costes comparativos incluidos. Por lo pronto, nos dice que las grandes empresas multinacionales tienen siempre un Estado-nación detrás y que se someten a él cuando se les necesita. En segundo lugar, nos dice que estamos ante una guerra económica de grandes proporciones. Por lo pronto, la globalización salta por los aires y se queda en lo que fue, un mundo a imagen y semejanza de EEUU. Y, en tercer lugar, que en el trasfondo de esta disputa está la lucha por la hegemonía, es decir, organizar una nueva redistribución del poder en el sistema mundo capitalista. La transición hace tiempo que comenzó. Vivimos en una etapa de excepción y crisis que durará mucho tiempo y que, de una u otra forma, marcará el presente y el futuro de la economía, de las relaciones internacionales y de los Estados individualmente considerados.

¿De dónde venimos? De una época histórica muy especial, la que alumbró la II Guerra Mundial y que duró casi 50 años, cuyo elemento central fue un equilibrio bipolar como modo de regulación que articulaba, en el tiempo y en el espacio, fases de “guerra fría”, guerras calientes y de conflictos que hoy se llamarían de “zonas grises”, todo ello presidido por el miedo a un conflicto nuclear que supondría una destrucción mutua asegurada de las grandes potencias. El conflicto nunca desaparece y la lucha se organiza en función de escenarios y de estrategias mejor o peor pensadas. El mundo socialista implosionó y EEUU se convirtió en lo que alguien llamó la hiper potencia; el mundo bipolar terminó y parecía que la tendencia era hacia un mundo unipolar hegemonizado por la gran potencia norteamericana. La globalización fue, una vez más, el proyecto político y la ideología legitimadora de este dominio. Hay una parábola que explica bien el fin de todo esto que es que Hillary Clinton, la compañera del hombre que “decretó” la globalización, fue vencida por Donald Trump que venía a constatar, no solo su

agotamiento, sino la necesidad de un cambio radical en la política interna y externa de los EEUU. ¿Cómo interpretar la política de este personaje que parece actuar como un matón en unas relaciones internacionales cada vez más complejas y diferenciadas? Lo primero, tomárselo en serio y pensar que es bastante probable que gane las próximas elecciones norteamericanas. En segundo lugar, más allá de cómo gestiona los conflictos, su estrategia representa un núcleo de poder fuerte y que tiene un consenso popular notable. En tercer lugar, que con él o sin él, la política exterior norteamericana no variará sustancialmente en el futuro.

¿Cómo definir la actual estrategia norteamericana? Lo diré así, un realismo ofensivo, tomando prestado un concepto que ha desplegado convincentemente John Mearsheimer. EEUU se siente desafiado, tiene una clara hegemonía en el hemisferio occidental y, de nuevo, aparece una gran potencia con vocación de hegemonía en el hemisferio oriental. Ese desafío EEUU no lo puede permitir y sabe que, tarde o temprano, se va a enfrentar a él. Su escenario básico está en Asia y, de lo que se trata ahora es de organizar una coalición de Estados con el objetivo de frenar a China e impedir que se acabe convirtiendo en la primera potencia económica, tecnológica, diplomática y político militar de un mundo en transición. Lo que hace EEUU es adelantarse e intentar cuartear un poder al que fundadamente se le teme. La política exterior norteamericana es integral, ya no distingue entre comercio internacional, innovación tecnológica y la llamada “revolución” en los asuntos militares. Como en el caso de China, la administración norteamericana no distingue entre tecnologías civiles y tecnologías militares y se aprestan a una ofensiva larga y difícil en todos los planos, desde el ciberespacio, la inteligencia artificial o el uso de conflictos de baja y variable intensidad.

Quien habla de crisis habla de escenarios no siempre bien controlados y de dinámicas donde es fácil perder la dirección. Lo de Irán es un problema real y que tiene detrás, no solo un territorio geopolítico estratégico, sino la presencia en él de un actor en la zona que lo es, a la vez, en la política interna norteamericana; me refiero a Israel. John Mearsheimer y Stephen Walt escribieron una

monografía, “El lobby israelí”, que fue un auténtico escándalo y cuya tesis fundamental era que, por la presencia activa de este lobby, EEUU no es capaz de definir una estrategia autónoma en un lugar de enorme importancia para sus intereses.

Como es sabido, Israel es el único Estado del mundo que tiene licencia para intervenir militarmente en cualquier lugar de Oriente Medio sonde, según él, se jueguen sus intereses vitales. Netanyahu ya ha advertido que no admitirá un Irán nuclear y esto significa que, dados determinados contextos, Israel puede intervenir sobre objetivos iraníes, como ha hecho recientemente en Siria. La estrategia de EEUU hay que verla siempre desde estos supuestos y va encaminado a provocar una crisis política, social y económica que ponga fin al régimen dominante en la antigua Persia. Lo ha hecho muchas veces y sabe cómo hacerlo.

¿Qué papel juega la Unión Europea en este mundo que cambia aceleradamente? Poco o nada. Lo primero que falta es una decisión política. ¿Está de acuerdo con ser parte y actor de un mundo multipolar en gestación o va a seguir presa de unos viejos supuestos como los de la OTAN que han perdido su razón de ser y ya no definen el mundo que viene? Lo que sabemos no dice mucho de la dignidad de la UE como actor internacional. Donald Trump lo dice claro y no se le quiere escuchar: los intereses estratégicos norteamericanos están dirigidos a contener, frenar e impedir que China se convierta en un actor que dispute la hegemonía norteamericana en el hemisferio occidental.

Esos son sus intereses y a ellos se tienen que subordinar sus aliados, hasta el punto que ha avisado que está dispuesto a abandonar la OTAN y que los europeos se ocupen de su propia defensa. Es algo más que una bravata y la reacción de UE es débil, incoherente y sin capacidad para definir en qué consiste realmente su llamada autonomía estratégica. Aquí tampoco hay que engañarse, la “vieja-nueva” Europa, es decir, los países del Este, son aliados estratégicos de EEUU y hacen del enemigo ruso su identidad y el fundamento de su política exterior. El tipo de Europa (los norteamericanos siempre estuvieron por la ampliación al Este) que se está construyendo les beneficia, la hacen girar más a la

derecha, promueven polítca económicas fuertemente neoliberales y hacen de su pertenencia a la OTAN la razón de ser que impide un acuerdo en serio con Rusia. Paradójicamente, esto se tiende a olvidar, son los más interesados a un entendimiento con China y formar parte de la nueva Ruta de la Seda defendida por el viejo imperio del centro.

Espero que, cuando termine este ciclo electoral, podamos discutir de geopolítica en serio. Quien piense que vamos a tener por delante cuatro años de armonioso gobierno del PSOE no debería de olvidar que vivimos una etapa de anormalidad, de excepción y transición donde lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer. Una cosa es segura: retorna el conflicto, retorna la guerra y retorna un mundo ancho y ajeno marcado por una crisis ecológico social de grandes dimensiones.

22 de mayo de 2019

UNIDAS PODEMOS: LA REALIDAD COMO PROBLEMA

Estas elecciones abren un nuevo ciclo político. Podemos cierra uno completo que comenzó en unas elecciones europeas en 2014. En medio, varias elecciones generales, municipales, autonómicas y europeas. La resultante final es una derrota que, en muchos sentidos, cierra una fase de expectativas de cambio, de ruptura y de disputa por la hegemonía política en un país que vivía una crisis de régimen. Las esperanzas abiertas por el 15M se han ido agotando y la recomposición del sistema político parece que ha culminado en una enésima restauración.

No es este el momento de hacer una evaluación de lo que ha pasado en los últimos 5 años. Ahora parece que solo toca debatir de algo que parece ser la quintaesencia del único cambio posible: gobernar con el PSOE. Nadie podrá negarle a Pablo Iglesias la capacidad casi infinita de reinventarse a sí mismo; tampoco nadie le podrá negar audacia y determinación. Convertir la propuesta de entrar en un gobierno presidido por Pedro Sánchez en una reivindicación democrática y anti oligárquica resulta, cuando menos, sorprendente. Convencer de ello al PCE, a IU, a Equo y demás convergencias y, sobre todo, a casi el 15% de los votantes, da que pensar. Los resultados de las elecciones generales fueron malos, pero, hay que decir, que fueron solapados –en parte– por la sistemática y constante propuesta de gobernar con el PSOE.

Es un viejo tema, las relaciones entre realidad y percepción. Las encuestas anunciaban un descalabro de grandes proporciones y los resultados finales permitieron hacer la lectura de que, siendo malos, se “salvaron los muebles”. Como suele ocurrir, lo que se transmite no siempre se corresponde con la realidad, con los movimientos sociales de fondo y, sobre todo, cuando dicha realidad cambia aceleradamente. Las percepciones nunca son arbitrarias y se reajustan en función de los resultados. No es lo mismo partir de un 21% de votos que de un 15% y eso ha afectado a las elecciones

que acabamos de celebrar. Ese 15% ha continuado bajando hasta llegar a unos resultados que, casi unánimemente, han sido calificados como típicos de la vieja IU. El tema de fondo era saber si la campaña había invertido la tendencia o, simplemente, la había frenado.

Gobernar o no, no es una cuestión de principios; depende del programa, de la correlación de fuerzas y de la interpretación de una coyuntura histórica determinada. Pablo Iglesias ha insistido mucho sobre esto, gobernar para impedir un acuerdo entre el PSOE y Ciudadanos. No nos podemos fiar de un PSOE que cuando puede, acaba por hacer las políticas que los poderes económicos imponen. Esta ha sido la idea central de una larga campaña electoral. Entendamos lo que se quiere decir: hay una operación de régimen para imponer un gobierno PSOE/ Ciudadanos; la tendencia predominante en los socialistas va en esa misma dirección, es decir, impedir un gobierno de coalición con Unidas Podemos; luego la clave es gobernar, conseguir los votos suficientes para forzar, para garantizar el gobierno de coalición. Este último aspecto es algo más que un salto lógico.

Hay dos cuestiones que es necesario clarificar, ¿es posible un acuerdo programático entre el PSOE y Unidas Podemos? y ¿es posible el tipo de acuerdo que quiere UP? La primera cuestión es mucho más complicada. En un contexto nacional (poderes económicos) e internacional (Comisión Europea) como el que conocemos y un Partido Socialista que vira al centro, es difícil imaginar que se pueda llegar a un acuerdo programático sustancial entre ambas formaciones políticas del tipo que ha defendido UP en todo este ciclo electoral. A la segunda pregunta hay que responder que el riesgo era muy alto ya que haría falta un número sustancial de votos y escaños que garantizaran una mayoría común. Las elecciones generales demostraron que esa relación de fuerzas no existía. El último proceso electoral confirmó esta tendencia a la baja. Siempre quedará como posibilidad haber hecho una campaña en positivo en torno a un proyecto de país concretado en un decálogo de ideas-fuerza capaz de organizar a un bloque progresivo comprometido con la superación de las políticas neoliberales y, lo

fundamental, por un nuevo modelo de desarrollo social y ecológicamente sostenible.

Cuando hablamos de “problemática IU” nos estamos refiriendo a una contradicción que ha presidido la política de Unidas Podemos, al menos, desde que se apoyó la moción de censura de Pedro Sánchez. Lo podríamos formular así: conforme más se acercaba Unidas Podemos al PSOE, menos autonomía de proyecto y una relación de fuerzas cada vez más desfavorable que le impedía, de hecho, conseguir el objetivo que se pretendía, gobernar en el futuro con el PSOE. Ofrecerse continuamente a Pedro Sánchez para gobernar, fomentaba el voto útil y hacía cada vez menos necesaria la presencia de una fuerza determinante como debería haber sido Unidas Podemos. Se podría decir de otro modo, la consigna de gobernar con el PSOE cuando se está bajando electoralmente, lo que provoca es un fortalecimiento del Partido Socialista.

No se trata de un debate teórico, sin más. Los más de 8 meses de colaboración parlamentaria con el Partido Socialista deberían haber enseñado muchas cosas y desaconsejado otras. Supimos desde el primer momento que el gobierno de Pedro Sánchez tenía como objetivo fundamental ganar las elecciones; organizar una campaña electoral que le permitiera volver a lo que fue en el pasado, convertirse en el partido eje de la recomposición del régimen, ser el partido central que define los límites y las opciones. La clave, reducir el peso social y electoral de Unidas Podemos. Cualquier opción política del PSOE tenía que partir de la derrota de Unidas Podemos. Si, además, la derecha se dividía y aparecía VOX, mucho mejor. La reacción de Unidas Podemos se podría exponer así: puesto que el PSOE capitaliza las medidas positivas que UP, entre otros, promueve, la única alternativa es gobernar con el PSOE. Esto fue algo más que un salto de cualidad, fue un atajo, una fuga ante problemas graves que se iban acumulando en Podemos y, derivadamente, en sus diversos y heterogéneos aliados. Lo más sorprendente de esta colaboración con el gobierno socialista fue la aparición de continuas diferencias política en las grandes cuestiones y que cada acuerdo suponía un conflicto, una lucha constante. Hablar de gobernar con el PSOE implicaba, entre otras cosas, que

hubiese una convergencia programática que, en esos meses, nunca se hizo evidente.

Las elecciones andaluzas de 2018 fueron un toque de atención que no se supo leer y que ya señalaban un cambio de tendencia. La campaña electoral fue muy dura y difícil. Las direcciones de Adelante Andalucía trabajaron contra corriente, el viento había dejado de soplar a favor y la tendencia de cambio daba síntomas de agotamiento; había una profunda desmovilización, los vínculos sociales se estaban resquebrajando y los círculos perdieron dinamismo, militancia y compromiso. Podemos se había ido "cartelizando" y empezaron a crecer las dificultades para ir más allá de una simple coalición electoral. Hay que subrayar que las contradicciones internas se fueron acentuando, la dinámica fraccional se amplió ante una base militante cansada de peleas y de luchas por el poder.

Era necesario un golpe de timón, pararse para analizar las nuevas realidades y relanzar el propio proyecto. El PSOE empezaba ya a iniciar su despegue y tuvimos que acostumbrarnos a trabajar contra las encuestas. No se entendió que darle el gobierno a nuestro principal adversario electoral implicaba algo más que un reajuste táctico. La alianza parlamentaria con el PSOE no era otra cosa que la continuación del conflicto por otros medios. La clave, acentuar la autonomía del proyecto, impulsar el desarrollo político y organizativo en momentos en los que la conciencia, la subjetividad era absolutamente necesaria; ganar presencia en la sociedad civil, saber diferenciarse desde un proyecto propio, definido en positivo. Lo sabíamos, todo esto era muy difícil y requeriría una dirección política a la altura de los desafíos y dedicar muchas horas de trabajo a los círculos. La resultante de tanto desafío fue exigir gobernar con el PSOE. El problema es que para conseguirlo había que tener fuerza, votos, organización e identidad. Lleva razón Pablo Iglesias, gobernar es cosa de relación de fuerzas; el problema es que con esta política, cada vez somos más débiles, más prescindibles. Seguramente de esto y de algunas cosas más, habló Pedro Sánchez con Merkel y con Macron.

3 de junio de 2019

UNIDAS PODEMOS: UNA PROPOSICIÓN

Misión cumplida. Esto es lo que le habrá dicho Pedro Sánchez a Merkel y a Macron. España ya es un país normal, un país plenamente europeo. Tenemos a la extrema derecha en las instituciones; Podemos se ha visto reducido a las dimensiones tradicionales de la izquierda no socialista y, como en Portugal, la socialdemocracia hegemoniza un mapa político que hasta hace bien poco nos parecería imposible. Tanta normalidad nos mata.

Hasta ahora el debate real estaba en la dimensión de los adjetivos: resultados malos, malísimos, o simplemente desastrosos. No entraré en eso. La reacción de los aparatos de Unidas Podemos, también la normal: repliegue y llamamiento a la unidad ante las previsibles dificultades de una negociación política con el Partido Socialista. Se han perdido, entre unas elecciones y otras, más de dos millones de votos y el papel de Unidas Podemos ya no es, ni de lejos, lo que fue. UP es una fuerza importante, influyente; ya no es determinante. Se puede explicar de una u otra forma, poniendo los acentos en dificultades internas o externas y, hasta se puede, rizando el rizo, considerar que son los resultados menos malos posibles. Lo decisivo, estamos en una “problemática IU”

El repliegue no ayuda. El orgullo de partido es bueno, pero no debe de servir como instrumento para ocultar un retroceso electoral que solo se puede definir como derrota. Hirschman nos lo enseñó hace muchos años: si no se promueve la “voz” de los inscritos, de los afiliados y afiliadas, lo que vendrá es la “salida”, a medio y a largo plazo, que ninguna lealtad podrá impedir. Reconocer la derrota y abrirse a un debate general, tomando la iniciativa y haciendo una lectura –lo más veraz posible– de unos resultados electorales malos y proponer, desde la humildad, elementos de una estrategia capaz de situarnos, de nuevo, en un lugar preferente en la vida pública española.

Algunos de nosotros hemos venido planteando, desde hace tiempo, elementos para un análisis crítico y autocrítico que los

resultados electorales hacen hoy obligatorio. Lo primero y fundamental, una lógica de apertura frente a una lógica de repliegue; lo segundo, la centralidad de la política, de una política no politicista e implicación de la militancia en la solución de unos problemas que no pueden quedar en una élite dirigente alejada de los círculos. Lo que se pide es grandeza, pensar en grande, precisamente en los momentos difíciles y evitar que el debate democrático sea sustituido por descalificaciones, insinuaciones y, lo que es peor, atribuir a lógicas conspirativas lo que son legítimas posiciones políticas.

Política y apertura a los mecanismos de voz. Se debería plantear con toda normalidad la necesidad de una asamblea extraordinaria en torno a octubre o noviembre de este año. Dar seguridad, a los hombres y mujeres que siguen creyendo en Podemos, que habrá un debate de verdad, riguroso, colectivo, con voluntad de integración. Pido perdón por adelantado, lo he propuesto muchas veces y sigo en ello: necesitamos unos estados generales para la alternativa. Hoy, más que nunca, hace falta un proyecto viable de país, capaz de suscitar adhesión y compromiso, dirigido a las mayorías sociales desde la voluntad explícita de que podemos cambiar una realidad para mejor y ofrecer futuro a unos jóvenes que hacen de la precariedad un modo de vida que les conduce a la pobreza.

La audacia también en los métodos. Pablo Iglesias debería encabezar un manifiesto (lo podríamos llamar el manifiesto de los cien) como base para iniciar un debate de masas más allá de los límites actuales de Podemos y abierto a IU, al PCE, Equo y demás confluencias. Dicho manifiesto tendría una parte analítica especialmente rigurosa que intente explicar las causas de un retroceso político especialmente duro y, sobre todo, una propuesta –sintetizada en doce o trece ideas fuerzaque centrara el debate y ayudase a una síntesis final. Debate sí, y de masas, abierto a un espacio que se ha ido estrechando en los últimos tiempos, desde convicciones razonadas y razonables capaces de organizar una pasión justiciera.

Otro elemento, en paralelo, sería la constitución de una “federación” de partidos, con normas comunes, con la vocación de

traducir una coalición parlamentaria en una fuerza política viva, autónoma, vinculada a los territorios, a los lugares de trabajo y estudio. Se deberían constituir comités unitarios a todos los niveles y asambleas de base comunes. La discusión del manifiesto y la participación activa en los debates debería de ser un estímulo fundamental en busca de una dialéctica unitaria que se ha ido perdiendo (a veces dramáticamente) en los últimos tiempos. La idea clave es la de proceso, con la política en el puesto de mando y la creación de instrumentos que fomenten la solidaridad y el sentido de pertenencia a un proyecto común.

Para terminar esta modesta proposición, la necesidad de construir un “sujeto político unitario” con voluntad de mayoría y de gobierno. Las dos cosas van unidas: una mayoría para gobernar desde un proyecto propio, solvente, viable social y políticamente. Ni programa máximo, ni programa mínimo, programa para la acción consciente que mueva a mayorías, que genere, lo repito, compromiso e ilusión. Tres ideas aprendidas del feminismo como estilo y método de trabajo: a) autoestima; b) reconocimiento y c) democratización sustancial del poder y de los tiempos sociales.

8 de junio de 2019

EL PROBLEMA ES EL PSOE

Al final, la política es un arte; su vocación científica es admirable, pero no logra consolidarse como un saber específico. Uno de sus rasgos es que la experiencia nunca acumula capacidad de previsión y de análisis. Se corre siempre el riesgo de empezar cada día: solo queda la memoria. Esto viene a cuento del debate de investidura que comienza estos días. Es la misma historia de siempre, las mismas estrategias de siempre, solo cambian los personajes. El PSOE tiene 123 diputados, su tercer peor resultado de la historia y, claramente, no tiene mayoría absoluta; necesita, como mínimo, a Unidas Podemos y a algunos más. Hay que decir que Pedro Sánchez llegó al gobierno gracias a ERC, los antiguos Convergentes y, sobre todo, el PNV. Se sabe que un actor fundamental en la conformación de esa mayoría alternativa fue Pablo Iglesias.

Conviene partir de la historia aunque esta sea reciente. Los tiempos mediático políticos se aceleran y corremos el peligro de que se nos olvide lo que pasó anteayer. Hay un hecho que no se tiene en cuenta y que Unidas Podemos no subraya lo suficiente. Me refiero a una valoración objetiva de los meses de colaboración parlamentaria entre los partidos de Pedro Sánchez y de Pablo Iglesias. Nunca hubo un programa común, jamás se buscó una complicidad entre las fuerzas que habían puesto a Sánchez en el gobierno y, lo que es más grave, el PSOE manipuló según sus intereses electorales y mediáticos a esas fuerzas. Cada “conquista” en derechos sociales o en igualdad de género fue eso, una dura lucha entre los sindicatos (la izquierda) y la patronal (el gobierno). La ingenuidad de las fuerzas del cambio fue inmensa. Pablo Iglesias habló de tomadura de pelo.

Sin decirlo, sin evaluarlo, el núcleo dirigente de Unidas Podemos llegó a una conclusión: con este PSOE, o gobiernas o te engañan. No entro en si esta era la mejor alternativa posible. Ya he dicho mi opinión varias veces; solo constatar, una vez más, que Pedro

Sánchez se parece mucho a Zapatero y, sobre todo, a Felipe González. Lenin, pido perdón, solía decir que en política no basta con saber lo que uno quiere hacer sino lo que está obligado a hacer. El Partido Socialista ha sido el Partido central del Régimen surgido en el 78. Guste más o menos, ellos han sido el Partido que ha construido la legitimidad social y política de la restaurada monarquía borbónica. Felipe González fue el Cánovas de esta restauración. Las derechas lo han llevado siempre muy mal y, cada dos por tres, intentan matar al Sagasta de turno. Nunca lo consiguen del todo.

Dicho con más claridad, Pedro Sánchez está en una constante: convertir, sí o sí, a su partido en lo que fue el PSOE de Felipe González y Zapatero. No es nada personal, es político. Si uno ve la línea de fondo, siempre ha sido la misma, él y su partido son los únicos capaces de superar las crisis del Régimen y darle una nueva vida a la monarquía inaugurada por Felipe VI. El homenaje a Rubalcaba tenía toda esta fuerza restauradora que es la gran herencia de Felipe González. ¿Cuál era la condición para hacer esto factible? Reducir, limitar, y anular la fuerza electoral y política de Unidas Podemos. Esto, en muchos sentidos, ya se ha conseguido. Las próximas negociaciones van encaminadas a convertirla en fuerza testimonial.

Son malos los tiempos en los que nos vemos obligados a reivindicar lo evidente. El problema entre Sánchez e Iglesias no está en los sillones, ni siquiera en el número de carteras ministeriales. Está en el programa. Sabemos que el papel lo aguanta todo y una cosa es firmar un acuerdo y otra, cumplirlo. Cuando hablo de programa, me refiero a la traducción de demandas sociales, intuiciones y esperanzas populares en acciones de gobierno. Para que se me entienda, uno de los rasgos básicos de la ruptura del contrato social en España fueron las dos reformas laborales que incrementaron la precariedad, debilitaron el papel de los sindicatos de clase y generaron las condiciones para una sobreexplotación de la fuerza del trabajo. Podría hablar de otras cuestiones de fondo que refuerzan la idea de que hay diferencias sustanciales entre el PSOE y Unidas Podemos, pero no creo que aquí sea necesario. Hay un elemento importante que no hemos discutido lo suficiente: ¿cómo

gobernar con nuestro mayor adversario electoral cuando, además, tenemos diferencias programáticas sustanciales?

Lo que viene ahora también es conocido: situar a Unidas Podemos contra la pared bajo la amenaza de unas elecciones generales anticipadas de las que sería responsable. Conforme se acerquen los momentos finales, la presión será enorme y saldrán todo tipo de dossiers; desde luego, está en juego el futuro de Unidas Podemos, no solo el de su equipo dirigente. El escenario de elecciones anticipadas por culpa de Pablo Iglesias es complicado. Lo trágico es que el problema no es de Unidas Podemos, es del PSOE. En cualquier parte de la Europa actual, lo normal sería un gobierno de coalición sobre bases programáticas y, desde él, ampliar esa mayoría (que la hay) para resolver las grandes cuestiones sociales, crear consenso para entrar de una vez en el problema territorial y, lo más importante, impedir que las derechas retornen de nuevo al gobierno.

Si todo es tan razonable, si todo es tan de sentido común como dice Sánchez, ¿por qué no ir a un gobierno de coalición con UP cuando, además, no se lo pone demasiado difícil? A mi juicio, esto tiene que ver con razones que no se dicen, que no se explicitan y que están relacionadas con el futuro del país y con eso que, genéricamente, llamamos izquierda. Lo primero, aprovechar la mala situación de Unidas Podemos para agravarla, profundizar sus conflictos y poner en cuestión a su equipo dirigente. En mi opinión, esto ha sido así desde el principio. En segundo lugar, asentar el régimen de Felipe VI buscando, desde él, la solución de los problemas reales del país y convirtiendo al PSOE en el eje de la recomposición del sistema político. En tercer lugar, apuesta clara y nítida por la Unión Europea y la OTAN, intentando convertirse en protagonista de una nueva socialdemocracia a la altura de los tiempos; es decir, en un partido demócrata que vaya de Macron a Tsipras. En cuarto lugar, reforzar la tendencia a un bipartidismo con nuevas formas y protagonismos que posibilite la ampliación de lo que podríamos llamar el partido del Régimen.

Insisto, en esta dura y compleja negociación se juega el futuro de Unidas Podemos. Haya acuerdo o no, nada será ya igual que antes

y obligará a replantearse a fondo proyecto, estrategia, organización e implantación social. Lo peor sería consolidar la idea de que no hay acuerdo por el deseo de gobernar cueste lo que cueste. Ese es el territorio que va a marcar el PSOE. Pablo Iglesias ha demostrado este fin de semana que no tiene oposición significativa en los órganos de Podemos. Sería necesario que los votantes, inscritos, cuadros y dirigentes regionales fueran copartícipes de lo que se está haciendo. Discreción y secretismo son casas diferentes. La discusión sobre el programa tendría que ser pública, conocida en tiempos y formas. El debate sobre la futura composición del gobierno requiere prudencia y decir solo lo necesario.

11 de junio de 2019

El compromiso entre el PSOE y UP, ¿una tregua catastrófica?

> *"Pueden darse soluciones cesaristas sin un César, sin una gran personalidad 'heroica' y representativa"*
> *"Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo, que puede o no desarrollarse hasta los grados más significativos".* Antonio Gramsci

Ha sido una batalla dura, durísima en el marco de una guerra que viene de lejos y que continuará. Los actores principales se han venido preparando durante mucho tiempo para esta confrontación y ahora, por fin, las cartas están boca arriba y la retórica ya cumple su papel de acompañante en la contienda. Pedro Sánchez a lo suyo, ir hacia la izquierda para buscar la centralidad del tablero. Por si alguien no lo tenía claro, ha mostrado sin sutilezas que la condición de un PSOE hegemónico, de nuevo, en España pasa irremediablemente por reducir el peso electoral y social de Unidas Podemos. Todo lo demás es secundario. Pablo Iglesias lo tiene claro desde hace tiempo: para que Podemos tenga futuro, en estas condiciones, tiene que tocar poder; lo demás es pura ilusión, izquierdismos y falta de coraje. Coherentemente, ha hecho un gran esfuerzo para homologarse a lo existente, ser un tipo de izquierda complementaria para poder gobernar con el PSOE. Iglesias muestra, de nuevo, una enorme capacidad para reinventarse a sí mismo y hacer de lo accesorio, lo principal.

Conviene no pasar por alto cosas que han ocurrido y que han marcado profundamente nuestro presente. No hay que confundirse: estamos, como lo diría Passolini, en una típica maniobra de "palacio" donde el público observa la escena y es requerido para posicionarse, en un sentido u otro, en lo que acaba siendo –la definición es de Gentile– una "democracia recitativa". El juego de estrategias se ha hecho siempre pensando en el presente y en el futuro, usando el pasado como catalizador de un argumentario que tenía unas posibles elecciones futuras como amenaza. Es el manejo

de los tiempos y del poder. Aunque pueda parecer lo contrario, el PSOE no ha cambiado nunca de estrategia. Algunos hablarían de abrazo del oso, otros de neutralización política. Las elecciones generales del mes de abril fueron pensadas, entre otras cosas, para fortalecer electoralmente al Partido Socialista y convertir a UP en un partido “bisagra”. La catástrofe estuvo muy cerca y se evitó por una campaña potente del candidato Pablo Iglesias. Convertir la idea de gobernar con el PSOE en una reivindicación plebeya fue una genialidad, pero no pudo evitar un mal resultado electoral con una pérdida significativa de votos y diputados. Lo más grave fue que PSOE y UP no daban mayoría suficiente para gobernar. El PSOE hizo de esto un argumento visible para conseguir lo fundamental: impedir un gobierno de coalición con UP. Desde el principio supimos que Pablo Iglesias era el problema. Las elecciones europeas, municipales y autonómicas se acercaron mucho a la catástrofe y debilitaron enormemente la capacidad negociadora de UP.

A Pablo Iglesias le ha sobrado capacidad de iniciativa, decisión y una estrategia clara. Lo que le ha faltado, al final, es votos. Se ha movido con pericia e inteligencia y ha demostrado lo que ya sabíamos, que el territorio de la comunicación es el suyo. Nos quedará la incógnita de saber cuándo se convenció de que la clave era gobernar sí o sí, con él a la cabeza. La petición de disculpas a Pedro Sánchez durante la moción de censura mostraba que la decisión ya estaba tomada. Había una lógica que se hacía evidente ante nuestros ojos, el impulso del cambio se agotaba; la organización Podemos entraba en un proceso de disgregación y de pérdida de vínculos sociales; la dirección política nunca terminó por consolidarse y la lucha entre fracciones acabó por minar la pluralidad interna. Para decirlo de otro modo, estábamos pasando de una guerra de maniobras a una guerra de posiciones; es decir, entrábamos en un período de acumulación de fuerzas, de consolidación y ampliación de las alianzas, de búsqueda de un programa alternativo de país que diera identidad, sentido y orientación a una formación política que mostraba señales alarmantes de debilidad orgánica y política.

Pablo Iglesias, al final, se dio cuenta de los problemas reales e hizo algo muy propio de él, buscar un atajo, “exprimir” la situación e impedir, de cualquier forma, la cristalización de una correlación de fuerzas que podía conducir al mundo duro y extremadamente difícil de reconstruir, desde abajo, organización, programa y estrategia. Exprimir la realidad significa esto, sacar partido antes de que la estructura de oportunidad se cierre definitivamente. Gobernar con el PSOE era la táctica, la estrategia y la política; concentrarse en este punto y jugársela. La clave última terminó siendo una dirección homogénea, un grupo parlamentario cohesionado y una relación privilegiada con los medios de comunicación.

El argumentario de Podemos fue, desde el principio, claro, diáfano. Primero, el PSOE no es de fiar y cambia según esté en el gobierno o en la oposición; segundo, el programa tiene poca importancia, ya que el PSOE puede incumplirlo sin grandes problemas; tercero, es necesario un gobierno de coalición con presencia proporcional de ministros y ministras de Unidas Podemos. Lo repito, en su centro, Pablo Iglesias. Si analizamos con cierto detenimiento este razonamiento veremos que hay un salto (sin red) entre los dos primeros pasos y el tercero. La política no es siempre lógica, pero se debe argumentar bien. ¿Qué se está diciendo realmente? Que no hay bases objetivas y subjetivas para una política de gobierno conjunto entre el PSOE y UP. El programa del PSOE, mejor dicho, su estrategia –se ha demostrado hasta la saciedad estos dos meses y mediopasa por convertirse, de nuevo, en el eje de la recomposición del sistema político dominante en España; depender de Unidas Podemos se convierte en un obstáculo que se agrava hasta el infinito si se convierte en un gobierno conjunto.

UP sabe perfectamente que es un socio no deseado y que solo por la matemática electoral estará en el Gobierno. Lo diré con claridad: un gobierno de coalición entre PSOE y UP no es otra cosa que la continuación del conflicto por otros medios y, dadas las condiciones del debate político existente en España, será una tregua, una “paz armada” entre contendientes que saben que las

batallas decisivas están por venir y que, al final, lo que está en juego es pura y simplemente, el futuro de la izquierda.

Pablo Iglesias ha salido fortalecido y gana tiempo. Puede presentarse a una 3ª asamblea de Vista Alegre con los deberes hechos y con la magnanimidad que conlleva el saber dar públicamente un paso atrás. Conoce la geopolítica lo suficiente para saber que el sistema-mundo vive un momento de transición delicadísimo y que bastará una nueva crisis económica, un conflicto en Oriente Medio –con Irán, por ejemplo– para que todo salte por los aires. Lo de Cataluña tiene difícil arreglo y Sánchez ha marcado claramente el territorio. La cuestión social sigue muy abierta y la posición del PSOE es, cuanto menos, confusa; por no hablar de las imposiciones de Bruselas en su obsesión por reducir el déficit en España. El secretario general de Podemos tiene que cumplir con IU y el PCE e ir más allá de una simple coalición parlamentaria, sabiendo que hay que tomar iniciativas unitarias en momentos en los que Íñigo Errejón piensa seriamente en construir un nuevo partido. Aprovechar la tregua para hacer organización, para insertarla en la sociedad y crear cuadros, cueste lo que cueste. La cuestión de los intelectuales se ha abierto dramáticamente y el aislamiento de Podemos se puede convertir en endémico.

Continuación del conflicto por otros medios. A mayor cooperación con el PSOE, mayor autonomía y diferenciación. El paso atrás de Pablo Iglesias puede ser algo positivo para salir del “palacio”, volver a las plazas propiciando un rearme moral e intelectual, reconstruyendo vínculos perdidos y haciendo partido. La alternativa es la subalternidad política, la disgregación y la división. El tiempo corre.

22 de julio de 2019

¡QUE SE VAYAN TODOS! EL RETORNO DEL "MOMENTO POPULISTA" QUE NUNCA SE FUE

No me preocupa la democracia iliberal. Para combatir el autoritarismo existen muchas personas con buen sentido. Me parece más peligrosa esta democracia liberal totalizadora, impolítica y antipolítica que encuentra cada vez más personas que la asumen. (Mario Tronti)

Enric Juliana, con su estilo peculiar de hacer periodismo, en pleno debate de investidura, publicó un artículo cuya tesis de fondo era que se abría un espacio político en España para un Salvini. Unos días antes, Cesar Rendueles escribió sobre lo mismo pero desde otro punto de vista. Creo que es pertinente relacionar el fracaso y la frustración de la investidura de Pedro Sánchez con algo latente, subterráneo que se da en lo que podríamos llamar la recomposición del sistema político español. Vox fue ya un aviso, la decadencia de Podemos fue otro y, en general, una restauración que se impone más por la debilidad de los demás que por la fuerza de un proyecto con un consenso de masas fuerte. Están también los personajes. En sociedades desvertebradas, con partidos políticos débiles, con unos medios de comunicación muy potentes y con la cultura del instante convertida en política, los referentes personales cuentan y mucho. De estas jornadas de debate asombra la falta de grandeza, de sentido histórico, de conexión sentimental de una clase política que empieza a ser vista como problema, como obstáculo fundamental a la solución de los grandes retos y desafíos de nuestro país. Juliana acierta poniendo la mirada en el otro lado de la realidad que los medios ocultan o velan.

Hay que subrayarlo, venimos de un sólido y potente "momento populista" cuyos efectos se viven aún hoy y que, aun habiendo perdido impulso, ha modificado –y de qué manera– el sistema de partidos y marcado con fuerza la agenda política. Conviene recordar que aquí hubo una rebelión social y ciudadana de carácter democrático, pacífico y propositivo que situó en la escena política la

necesidad de una renovación sustancial de la democracia y que puso en crisis al Régimen del 78. Las políticas de crisis desvelaron tres cuestiones que determinaron el debate. Primero, que el bipartidismo era un "partido-régimen"; es decir, una forma-poder que estaba de acuerdo en lo fundamental y divergía en lo accesorio. En segundo lugar, que el bipartidismo era una forma de organizar el poder para que mandaran los que no se presentan a las elecciones, la oligarquía financiera y empresarial. Tercero, que la corrupción no era algo episódico, excepcional, singular sino que era el mecanismo básico que los poderes económicos tenían para controlar a una clase política cada vez más subalterna; la corrupción era sistémica. Podemos, su núcleo dirigente, fue capaz, en ese momento, de traducir políticamente todo un conjunto de demandas insatisfechas, de rabia social acumulada, de impotencia por ver, de nuevo, cómo la crisis la pagaban las clases trabajadoras, los jóvenes emigraban y la precariedad se convertía en un modo de vida.

Lo que ha pasado después es conocido. Lo primero, una reacción brutal contra Podemos y su núcleo dirigente en la que se emplearon todo tipo de armas y se usó y abusó de las llamadas cloacas del Estado. Lo segundo, las fuerzas políticas tradicionales tuvieron que acomodarse a la nueva realidad. La agenda la marcaba Podemos exigiendo nuevas políticas y nuevas formas de ejercerla. En tercer lugar, se fue confeccionando una hoja de ruta con temas significativos: reformas constitucionales y proceso constituyente, centralidad de la cuestión social, democracia participativa y lucha sistemática contra la corrupción. El "enemigo" estaba claro, la oligarquía, los poderosos, los que verdaderamente mandaban y controlaban al "partido del régimen". Si comparamos esta plataforma moral e ideal con la realidad política de nuestro país hoy, se entenderá lo mucho que los poderosos han avanzado en estos años y por qué el impulso del cambio se ha ido agotando.

Hay un asunto que creo que cambió mucho el marco del debate. Es la llamada cuestión territorial; es decir, el proceso secesionista en Cataluña. La fortaleza del movimiento independentista catalán era grande, pero la reacción en el conjunto del Estado fue enorme. Creo que no se han sacado, al menos explícitamente, todas las

consecuencias de una situación que generaba una crisis existencial del Estado y una ruptura de la comunidad política catalana. Esto tiene que ver con un tema crucial y durante mucho tiempo despreciado. Me refiero a la cuestión de la soberanía y del Estado nación en Europa. Para decirlo con claridad: retorna en todas partes la reivindicación de la soberanía y se le niega a España. La consecuencia más visible, la emergencia, más o menos difusa, del nacionalismo español como fenómeno de masas y la recomposición de los aparatos e instituciones del Estado cuyo elemento más significativo fue la abdicación del rey. En estos últimos tiempos hemos asistido a una profusión de calificaciones, anatemas e insultos en torno a debates sobre el populismo en Europa y, específicamente, en España. Emilio Gentile ha puesto orden en el asunto reclamando la especificidad de los fenómenos históricos y poniendo en cuestión la jerga impuesta por los agentes de lo políticamente correcto. Vox no es fascismo y, lo fundamental, poco tiene que ver con el populismo de derechas verdadero, es decir, con el de Le Pen o Salvini. Vox es una fracción del Partido Popular, culturalmente nacional-católica que reivindica el liberalismo económico, que defiende a la monarquía y que es, como todas las derechas, ferozmente anticomunista; si se quiere, neo franquismo sin más.

Volvamos al momento populista. Mario Tronti lo ha dicho en un libro sabio y hermoso (*El pueblo perdido. Por una crítica de la izquierda*): “El populismo es la forma, una de las formas en la que se reproduce periódicamente el problema irresuelto de la modernidad política, la relación entre gobernantes y gobernados”. La novedad es que se da de forma inédita en formaciones sociales post industriales y en sistemas políticos post democráticos. Se trata de un fenómeno muy general y que afecta, al menos, a Europa en su conjunto. Ha sido señalado por autores muy diferentes (Gentile, Mouffe, Mair, Capella, Formenti) que ponen el acento en la crisis de la democracia realmente existente y la transición hacia otro sistema (democracia recitativa, democracias perfeccionadas y limitadas, democracias autoritarias). En su centro, la globalización capitalista y la integración europea; la erosión planificada del Estado nación y la

desnaturalización de la soberanía popular percibida por las poblaciones como pérdida de una democracia efectiva, de derechos y libertades reales, impotencia de una ciudadanía sin poder. Solos, débiles y sin futuro. La creación consciente del miedo, es decir, de individuos aislados, sin derechos y vínculos genera inevitablemente demandas de protección, seguridad, justicia y orden en las sociedades. Detrás de un "momento populista" siempre hay un "momento Polanyi" que crea condiciones y posibilita agregaciones. La socialdemocracia (la izquierda) se ha ido configurando, cada vez más, como parte de una clase dirigente cosmopolita, globalista, que, no solo no entiende las necesidades y demandas de las clases populares, sino que tiende a despreciarlas como atrasadas, inadaptadas, ligadas al folklore del patriotismo.

El "momento populista" retorna pero –aquí acierta de nuevo Juliana– desde el otro lado, por así decirlo, desde el populismo de derechas. Hay dos preguntas: ¿por qué? y ¿cómo evitarlo? Mucho tema para un artículo, pero conviene iniciar el debate. A mi juicio, tiene que ver con dos elementos: la debilidad del proceso de restauración en marcha y la homologación de Unidas Podemos. El "partido del régimen" no ha sido capaz aún de organizar un consenso en torno a una reconstrucción del mismo (también en esto la situación de España es similar a otros países europeos). En puridad, este es el gran objetivo de Pedro Sánchez y es lo que ha hecho fracasar la constitución de un gobierno de coalición. El superviviente Sánchez aspira a un PSOE eje de la recomposición del sistema político, capaz de estabilizarlo y hacerlo durar, fortalecer la legitimidad de la monarquía y establecer sólidos lazos con los poderes económicos en momentos en los que el ruido de crisis crece y la geopolítica mundial cambia aceleradamente. En esto tampoco hay que tener dudas; la clave es "reducir la complejidad" y volver, de una u otra forma, al bipartidismo político, a la alternancia, al turnismo. La autonomización de Ciudadanos tiene mucho que ver con esto y no sé si les dará para convertirse en la Liga de España.

Lo de Podemos no es fácilmente comprensible. Una fuerza política que tuvo más del 20% del voto, que modificó, en muchos sentidos, la agenda pública y que fue capaz de representar a una

parte muy significativa de las clases populares y, especialmente, de la gente joven, fue mutando de lo que podríamos llamar su plataforma política-programática originaria hacia una “normalización” que la desnaturalizaba y le acercaba, cada vez más, al espacio del PSOE. Lo que está claro es que, en algún momento, el núcleo decisorio de Podemos llegó a la conclusión de que la clave para el futuro de la formación política era “tocar poder”, gobernar con el PSOE. Lo más curioso es que esto se propone en un momento en el que el impulso del cambio se estaba agotando y en el que se entraba en una guerra de posiciones. Lo aclaro. El “asalto a los cielos” se posponía en el tiempo y entrábamos en una fase de “equilibrio catastrófico” donde lo viejo pasaba a la ofensiva y lo nuevo mostraba debilidades muy significativas; debilidades de proyecto, de estrategia, de dirección política. Hablar de guerra de posiciones no significa no hacer política, maniobrar, tomar iniciativas; se trata de poner el acento en construir identidad, inserción social, políticas de alianzas, creación de cuadros y, sobre todo, definir con precisión un proyecto alternativo de país. Claro está, esto requiere tiempo, sufrimiento, sacrificio. Algunos nos preguntamos si para evitar esto se escogió el atajo de gobernar, sí o sí, con el Partido Socialista.

Una de las claves de este proceso (que por cierto se ha discutido muy mal) ha sido aceptar la estrategia discursiva que sitúa en el eje del debate político la contraposición izquierda y derecha. Merece la pena detenerse un momento. Nunca dijimos que esta contraposición no tuviese sustancia social y que no fuera un referente para una parte significativa de la población. Lo que decíamos es que ya no tenía la relevancia que tuvo en el pasado y que había aparecido otra nueva de mayor calado, la que oponía a los de arriba frente a los de abajo. Eso que se llamó después el 99% (el pueblo a construir) y el 1%, la oligarquía que mandaba a través de los partidos tradicionales, entre ellos es PSOE. La transversalidad no era moderación o desnaturalización del conflicto de clases, sino una estrategia discursiva y política para organizar un “sujeto político-pueblo” en torno a un proyecto alternativo; el conflicto de clases se articulaba en torno a la lucha por la hegemonía en la dirección

política del país. Seguramente esto hoy requeriría otras formulaciones pero es bueno argumentar el por qué se cambia y, sobre todo, para qué y para quién.

Parafraseando a un clásico, ¿cómo hacer frente a la amenaza del populismo de derechas y cómo combatirlo? La propuesta es siempre más difícil que el análisis y, desde luego, no tengo la soberbia para responder a dilemas que exigen debate colectivo, práctica política y un horizonte de posibilidad que hay que evaluar con detenimiento. Rendueles ha señalado camino y yo solamente aporto atisbos en lo que he escrito en estos últimos tiempos. Lo diré provocadoramente: la mejor forma de impedir el surgimiento y el desarrollo de un populismo de derechas en España sería impulsar lo que muchos de nosotros hemos venido defendiendo desde hace tiempo, un populismo de izquierdas. Más allá de los debates habidos y los existentes, se debe partir de lo sustancial, de lo nuevo, de lo históricamente determinado: la derrota histórica del socialismo, es decir, de la ausencia del proyecto emancipatorio que durante siglos ha definido el imaginario de las clases subalternas. Por eso, el debate del populismo de hoy es diferente al del pasado.

El pesimismo se ha convertido en el principal obstáculo de Podemos. Gobernar o desaparecer ha sido una mala alternativa. Hay futuro si somos capaces de reconstruir, desde abajo, un proyecto colectivo que promueva la auto-organización y la iniciativa colectiva, que se dote de un proyecto de país viable y asumido por las grandes mayorías. Un partido de oposición al régimen que trabajosamente se recompone pero que da muestras de debilidad. Un partido patriótico que combata el nacionalismo, todos los nacionalismos y que defienda la soberanía popular. Un partido republicano que apueste por el autogobierno de las poblaciones, por el constitucionalismo social y el federalismo. Un partido comprometido con las clases trabajadoras y que haga suyo el núcleo rojo de la emancipación social, es decir, una sociedad alternativa al modo de producir, consumir y vivir del capitalismo, el socialismo. Un partido, en definitiva, ecofeminista que haga la síntesis cotidiana entre las viejas y las nuevas contradicciones de un

mundo que está obligado a salir de una barbarie que parece no tener alternativa.

29 de julio de 2019

LA DICTADURA DE LO POLÍTICAMENTE CORRECTO Y SUS AGENTES

Todo comenzó en la mañana de ayer. Tuve conocimiento de un tuit de mi amigo Victor Lenore diciendo que Fusaro convocaba una manifestación en Roma para el 12 de octubre con el lema "Liberemos Italia" y que yo acudiría. Enseguida pensé en lo que me vendría encima. Efectivamente, no tardaron en aparecer los de siempre, directamente al cuello y al honor personal. Son los mismos que nos masacraron a Hector Illueca, a Julio Anguita y a mí. Se trata de un discurso disciplinario basado en la manipulación, en un engaño que oculta sus verdaderas intenciones. Algunos de nosotros nos sentimos bajo vigilancia. El verdadero objetivo no es otro que impedir el surgimiento de una izquierda patriótica, soberanista y socialista en España.

Enseguida retuiteé la página web en la que se convocaba la manifestación del 12 de octubre. Reproduzco la traducción del manifiesto y la convocatoria:

> *Liberemos Italia*
>
> *¡Salgamos de la jaula de la UE! ¡Recuperemos la soberanía monetaria! ¡Reconquistemos la democracia! ¡Apliquemos la Constitución de 1948! ¡Trabajo y dignidad para todos!*
>
> *Italia está en un punto de inflexión. O las exigencias europeas son rechazadas de una vez por todas o el declive del país será imparable.*
>
> *La pobreza, el paro y el empleo precario pueden y deben de acabar, pero las normas europeas nos impiden hacerlo. Las mismas, mientras garantizan los derechos a las finanzas privadas y especulativas, impiden a los Estados la posibilidad de perseguir el bien común.*
>
> *Al pueblo italiano se le quieren negar todos los derechos, incluso el de salir de la crisis. Para la UE la única política permitida sigue siendo la de los sacrificios, mientras que la*

Constitución de 1948 es atropellada por los modernos carros armados jurídicos y financieros euro-alemanes.

Es hora de salir de esta jaula. Italia tiene los recursos y los medios para salir de la situación a la que fue condenada, hace casi treinta años, por una clase política irresponsable y corrupta.

Italia puede y debe hacerlo. Las ideas y las propuestas para salir de la crisis existen. Es hora de unir a todas las fuerzas disponibles para un gran proyecto de renacimiento. Es hora de vencer el miedo propagado por las élites dominantes (por ejemplo el del spread) para que nada cambie.

La liberación es posible, pero hay que creer en ello.

Se hará realidad solo con la movilización popular.

Invitamos a todos los que se reconocen en los valores del patriotismo democrático y constitucional a participar en la manifestación del 12 de octubre. Una manifestación abierta e inclusiva, para decir mientras tanto dos cosas : luchar es necesario, ¡vencer es posible!

¡Liberemos Italia!

A la manifestación no se admitirán símbolos de partido, sino solo la tricolor de la República.

Como se puede ver, se trata de un manifiesto que defiende la soberanía popular, desde la Constitución italiana de 1948 y se opone a la Unión Europea y a sus políticas basándose en un patriotismo democrático. Se puede estar de acuerdo o no y se les puede calificar de muy diversas formas, pero defienden el Estado nación, la democracia republicana y se oponen resueltamente al euro. ¿Qué hace Fusaro? Se suma a esta convocatoria, es decir, a un manifiesto que proponen personas pertenecientes a un soberanismo de izquierdas enfrentado al populismo de derechas que representa Salvini.

La manipulación es descarada pero eficaz. Primero, se demoniza a una persona: Fusaro es fascista. Segundo, lo que apoya Fusaro es fascismo; como lo apoya Monereo, es también fascista. Se ve, con claridad que no conocían ni la convocatoria ni el contenido del

manifiesto; los insultos fueron lo primero y resultó difícil rectificar. He sido descalificado, insultado y amenazado. Me da rabia tener que decirlo: soy un antifascista consciente, al menos, desde los 18 años. Milito en el comunismo desde hace 46 y mi patrimonio moral e intelectual está fundado en Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti.

La dictadura de lo políticamente correcto existe y tiene sus operadores. Ellos definen lo correcto y lo incorrecto y machacan, literalmente, a los que se oponen a ese discurso dominante. No soportan una izquierda incorrecta y revolucionaria. Difaman con el nombre de fascismo a los que criticamos a la UE, a la oligarquía financiero empresarial que la dirige y a la hegemonía alemana. Confunden y manipulan porque no soportan que, una vez más, la historia no vaya por donde ellos piensan. Es la misma izquierda que destrozó al Partido Comunista Italiano, que hizo posible a Salvini y que favoreció al Movimiento 5 Estrellas.

6 de agosto de 2019

¿MORIR PARA GOBERNAR CON EL PSOE?

Vamos a elecciones. Como la mayoría de las personas, tengo claro que el culpable de la repetición es el PSOE de Pedro Sánchez. Jugar a la equidistancia es engañar y engañarse. Guste más o guste menos, Unidas Podemos ha hecho dos campañas con la propuesta nítida de gobernar con Pedro Sánchez. Ese era el compromiso electoral. Ahora la cuestión es diferente. Lo podríamos formular así: ¿seguirá siendo el gobernar con el PSOE la oferta electoral de UP? Para decirlo de otra forma, ¿realizar una campaña, para gobernar con alguien que ha demostrado hasta la saciedad, que no quiere hacerlo y que, además, nos culpabilizará de la repetición electoral? Merece la pena discutirse.

Desde siempre, la socialdemocracia ha defendido su apuesta para gobernar confrontándola con una izquierda timorata, resistencialista y renuente a asumir responsabilidades en los momentos clave. Es una argumentación clásica. A un lado, los audaces y valientes que no tienen miedo a comprometerse con el ejercicio del poder y enfrente, aquellos que no se atreven a asumir los riesgos, los costes de un compromiso político para defender los intereses reales de las mayorías sociales; es decir, los realistas que hacen política frente a los que están a la espera de la crisis final. La clave de la argumentación es que gobernar, o no, es una cuestión de simple voluntad. Se podría decir que basta con proponer una política para que esta se realice, sin tener en cuenta la coyuntura histórica, la relación de fuerzas y el programa político. Ellos se llaman a sí mismos la izquierda de gobierno; lo que quieren decir, realmente, es están dispuestos a gobernar en los límites impuestos por el sistema, es decir, por la Unión Europea, por las instituciones internacionales y por la oligarquía financiera empresarial internacional.

Hoy sabemos que el PSOE de Pedro Sánchez tiene como estrategia convertirse en el eje de la recomposición del sistema político, ser garantía y fundamento de un régimen que sigue

viviendo una crisis latente. Lo que unifica hoy al Partido Socialista es la búsqueda de la centralidad del sistema que, de una u otra forma, exige reducir a la mínima expresión a Unidas Podemos. El bipartidismo ha sido y es un modo de organizar el poder para que nunca se cuestione el dominio y el control de los que mandan y no se presentan a las elecciones. UP ya lo vivió después de la llegada al gobierno de Pedro Sánchez. Esos meses fueron duros y mostraron un PSOE a la vieja usanza: prepotentes, calculadores y siempre, siempre, mirando a las elecciones. Nunca hubo el intento real de una alianza programática, jamás se buscó una complicidad con los aliados y se les sometió a una estrategia estrictamente partidista.

¿Qué aprendió UP de este PSOE? Que no son de fiar, que van a lo suyo y que esto poco, o nada, tiene que ver con las propuestas de UP o, lo que es peor, con los intereses generales de unas clases populares que necesitan de un gobierno que los proteja, que les de seguridad y confianza en el futuro. La “salida” que la dirección de UP dio a esta situación fue singular: ya que no nos fiamos del PSOE, gobernemos con él. UP, con la nueva estrategia, se lanzó a una campaña electoral especialmente atrevida: imponer al PSOE un gobierno de coalición. Dicho de otra manera, aunque no quiera Pedro Sánchez, estará obligado a pactar con Pablo Iglesias.

La campaña fue buena y se evitó el desastre anunciado; eso sí, se perdieron 30 escaños y el PSOE alcanzó los 123, es decir, casi tres veces más. La correlación parlamentaria entre las dos fuerzas políticas empeoró y, lo más grave, no daba para una mayoría absoluta entre ellos. Pedro Sánchez –había aprendido el poder que da gobernar en funciones– comenzó su táctica favorita, ganar tiempo y esperar a las elecciones europeas, autonómicas y municipales. UP rozó el desastre y en el PSOE se decidió convertirlo en instrumento de una estrategia de desgaste y demolición.

Una vez finalizado el ciclo electoral, ¿no debería haber cambiado UP de táctica, situando el programa en primer plano, dejando para una fase posterior la discusión de las formas de su realización? Aquí hay algo poco claro: presuponer que hay un acuerdo programático

entre el PSOE y UP. Para poder argumentar esto se ha reducido el contenido programático a lo que podríamos llamar lo socio-laboral; es decir, a las competencias del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Lo que desaparece del debate son elementos decisivos. Se deja fuera todo lo que tiene que ver con la OTAN, la seguridad europea y la colocación de España en un mundo que cambia aceleradamente. Se deja fuera la UE, los Tratados y las políticas dominantes hasta ahora, marcadas por la devaluación salarial y la austeridad. Se deja fuera, nada más y nada menos, que la llamada cuestión territorial, donde, además, se acepta el liderazgo de Pedro Sánchez y del PSOE sobre la misma. Podría continuar. Nunca hemos percibido que fuera posible un acuerdo sobre la reforma laboral; más bien, al contrario, situar la necesidad de un nuevo Estatuto de los trabajadores se utilizaba como excusa para aplazarlo a un futuro a medio o largo plazo. De hecho, al final de lo que se ha tratado es de eliminar los aspectos más negativos de la reforma laboral, no de derogarla.

El debate habría sido diferente si se hubiese puesto el acento en los contenidos, en las diferencias sustanciales y no en el reparto de cargos que el PSOE usa contra Unidas Podemos ahora. Para la gente, la clave son las políticas y no los juegos de poder. El PSOE ha situado el territorio donde le era más fácil culpabilizar a UP y en algo, seguramente, más importante, en el territorio de la desafección política; es decir, que UP es clase política y que, al final, lo que le interesaba eran los cargos y no la propuesta. La estrategia de desgaste y demolición de UP requiere “normalizarla”, convertirla en una fuerza del sistema, alineada con sus formas y ritos y, siempre, ligada a lo políticamente correcto.

Ser realistas y pedir lo imposible. Lo imposible era gobernar con Pedro Sánchez. Hemos vivido un escenario “a la italiana”. Eso sí, sin la finura de Matarella frente a Salvini. Aquí las trampas han sido para elefantes y la estrategia, a nivel de Juego de Tronos; en su centro, eso tan cargante de la lucha por el relato. Todo era más simple: Pedro Sánchez siempre quiso gobernar en solitario buscando los votos gratis de una UP en retroceso electoral y orgánico, en un momento en que el escenario internacional está

cambiando para peor. Nos olvidamos de lo fundamental, que tenemos una soberanía limitada y que los poderes de la Unión Europea se están reorganizando ante una previsible crisis económica, un brexit duro y un Donald Trump en campaña electoral. Pedro Sánchez quiere hacer méritos ante Macron que pretende liderar Europa en un momento de debilidad de una Alemania en recesión.

Puesto que ya estamos en escenario electoral, es importante tratar dos cuestiones que marcarán el futuro de UP. Primero, ¿qué está en juego en esta campaña electoral? Segundo ¿qué tipo de propuesta y de campaña? Está en juego el 15M y la posibilidad de un cambio sustancial en España. Hay quien lo da por cerrado. Yo no. Sigue existiendo una crisis larvada del régimen y una crisis de Estado que sigue marcando la agenda política del país. Se puede decir que el "partido del régimen" ha avanzado mucho y que está a la ofensiva, pero su recomposición tiene fundamentos poco sólidos y una crisis económica importante nos puede situar en una fase diferente. Saber acumular fuerzas, construir vínculos sociales y fortalecer las alianzas políticas debería ser un objetivo central de esta campaña electoral.

Defender, de nuevo, gobernar con el partido de Pedro Sánchez no es creíble social y electoralmente y conduciría a la frustración. UP debe hacer una campaña en positivo en favor de un nuevo proyecto de país. En el centro, otro modelo productivo, social y ecológicamente sostenible que rompa con la división del trabajo que nos impone la Europa alemana y que promueva la reindustrialización, el empleo digno y la democracia económica. Hay que hablarle a la ciudadanía con veracidad, con un discurso político claro que promueva el compromiso, la participación y la confianza en el futuro. España puede ponerse en pie si quiere, si rechaza la mentira y las falsas soluciones. Hay algo que UP ha venido eludiendo desde hace tiempo y que sigue siendo determinante. Me refiero a lo que hemos llamado *la trama*. La crítica mayor que se le puede hacer al PSOE es que, de nuevo, se ha convertido en el instrumento privilegiado de una plutocracia que, cada vez más, determina el futuro de nuestra patria. No habrá desarrollo

económico, justicia social ni soberanía mientras que una minoría concentre tanto poder económico, político y mediático.

Desde hace muchos meses vengo combatiendo la idea de que el pesimismo ha limitado las capacidades de UP: sin tocar poder, UP no tendría futuro, no solo se ha demostrado equivocada, sino que, además, nos ha situado en un territorio institucional-electoral que nos ha hecho olvidar que lo decisivo para una fuerza transformadora es ampliar las alianzas sociales, insertarse territorialmente, consolidar la militancia y crear cuadros. En política no hay atajos; hace falta paciencia, organización y capacidad de hegemonía. Siempre con voluntad de gobierno y de poder, precisamente para romper con los límites que imponen los poderes fácticos que legitiman las instituciones europeas. Sí se puede, si somos capaces de tener un discurso político de mayorías y para la mayoría, que no tema romper con lo políticamente correcto y que busque el apoyo decidido de una base social y electoral que ha perdido confianza, que está desmovilizada y que no sabe muy bien qué dirección tomar.

23 de septiembre de 2019

ESCENAS PARA DESPUÉS DE UNA BATALLA

Para Álvaro García Linera en los momentos difíciles

La historia cuenta y mucho. Cuando los cambios democráticos se frustran, las sociedades reaccionan de diversos modos y formas. Aparece lo que un genial italiano llamó “los fenómenos morbosos de la política”. Para que el orden reine, han tenido que doblegarse voluntades, forzar abandonos y propiciar todo tipo de oportunismos. Sí, repito, la frustración de un cambio largamente esperado y justiciero está en el origen de lo que nos pasa. VOX no es una casualidad. Muchos sabíamos que se estaban creando las condiciones para un populismo de derechas puro y duro en España. Quizás nos sorprendió su rapidez y que la forma en que aparece sea una fuerza, hoy por hoy, neofranquista y neoliberal.

No voy a volver argumentar en torno a la irresponsabilidad de Pedro Sánchez y del PSOE. Ha sido parte de una estrategia que tenía dos objetivos fundamentales: volver a situar al PSOE en el eje de recomposición del régimen y limitar, reducir y romper Unidas Podemos. Esta ha sido la política de Pedro Sánchez desde el principio, aparecer como garante de un sistema político en crisis y asegurar una hegemonía en los viejos raíles del bipartidismo político. La operación no ha tenido el éxito esperado; de lo que no cabe duda es que esta estrategia, de una u otra forma, va a seguir siendo el fundamento del PSOE en los próximos años.

Es el mapa político español el que ha cambiado de nuevo. En muchos sentidos nos parecemos a Europa. Hay que decirlo desde el principio para no dejarse engañar: el todos contra VOX favorecerá al partido de Santiago Abascal. Como otras experiencias europeas muestran una y otra vez, los frentes antifascistas lo único que añaden es más confusión, inauguran una táctica equivocada y terminan por fortalecerlo. Se trata de diagnosticar con mucha precisión el por qué un partido como VOX duplica sus resultados y se convierte en la tercera fuerza política del país. A mi juicio, tiene

que ver con tres elementos interrelacionados: la crisis de la globalización y las demandas crecientes de protección, seguridad y orden; la llamada “cuestión territorial” y la violencia utilizada que ha escandalizado a una gran parte de la población que siente que su Estado, su identidad y su futuro está en peligro; en tercer lugar, la rabia y la indignación creciente de una parte sustancial de la ciudadanía contra una clase política aislada, dependiente de los grandes poderes y sin un proyecto real capaz de resolver los grandes problemas que la gente normal y corriente sufre, cada vez más, con temor a un futuro peor que el presente.

El escenario se va pareciendo cada vez más al de algunos países europeos. Derechas cada vez más duras, extremas derechas populistas e izquierdas sin nervio político, débiles organizativamente y sin capacidad propositiva. Unidas Podemos no ha hecho demasiado por revertir una tendencia que, cada vez más, le sitúa más en el viejo espacio de Izquierda Unida. Lo grave no es solo la disminución de votos y escaños, sino la pérdida real de influencia en la sociedad, la carencia de vínculos sociales fuertes y la progresiva disolución de lo poco que quedaba ya de la militancia activa concretada en los círculos.

Para sorpresa de todos, 24 horas después de las elecciones, se anuncia un preacuerdo entre el PSOE y UP y la formación de un Gobierno de coalición. Asombra la rapidez y la vaguedad de lo firmado. Apenas una declaración de principios. Pablo Iglesias suele emplear una frase de Manolo Vázquez Montalbán para explicar la Transición: una “correlación de debilidades”. Creo que estamos ante eso. El PSOE no ha conseguido lo que buscaba desesperadamente: incrementar votos y diputados y seguir arruinando a UP, que repite malos resultados y llega al Gobierno en condiciones nada favorables. Correlación, pues, de debilidades. Hay un dato que explica muy bien lo que pasa y lo que nos pasa: la falta de entusiasmo en la sociedad y en lo que podríamos llamar los hombres y mujeres de izquierdas de nuestro país. El dato no es menor, porque se trata de un Gobierno que incorpora una gran novedad en la Historia reciente de España y en los últimos tiempos de una Europa que gira y gira hacia la derecha. Otro dato nos

debería hacer reflexionar: el papel que va a jugar en el nuevo mapa político una fuerza como Vox. En esto tampoco deberíamos engañarnos demasiado: cada fracaso, cada frustración de expectativas y cada paso en falso será recogido por una fuerza política que tiene vocación de mayoría y que intentará hegemonizar un bloque social alternativo.

No es fácil suscitar entusiasmo después de dos campañas electorales que han sido percibidas por la población como innecesarias y, lo que es peor, como jugadas de estrategia entre políticos y para políticos. PSOE y UP van a tener que olvidarse de una parte sustancial de su discurso en estos últimos meses, y tienen que ganarse obligatoriamente la credibilidad en la gestión del Gobierno. Será complicado. Por lo pronto, hay dos plataformas políticas claramente diferenciadas: de un lado, una propuesta socioliberal, y de otro, una propuesta socialdemócrata. Ambas aceptan el marco de los tratados europeos y la disciplina financiera impuesta por la Comisión y supervisada por el Banco Central Europeo. El Gobierno de coalición PSOE-UP parte del supuesto de que en este marco hay margen suficiente para aplicar políticas sociales fuertes e incrementar la capacidad contractual de las clases trabajadoras, redefiniendo un nuevo papel de los sindicatos y mitigando los aspectos más duros de la precariedad laboral que hoy desestabiliza el mercado de trabajo. La presencia adelantada de Nadia Calviño como vicepresidenta económica es un mensaje claro a la Unión Europea y a los grupos de poder económico en España. Es decir, el cambio tiene límites claros y líneas rojas que este Gobierno no va a transgredir. El otro asunto no es menor, la llamada cuestión territorial, específicamente la cuestión catalana. Pedro Sánchez lo ha repetido una y otra vez, antes, durante y después de las campañas electorales: Cataluña se deja bajo la dirección del jefe del Gobierno y, por si fuera poco, es de las pocas cosas que quedan claras en la declaración de principios firmada.

Hay otra cuestión que va a marcar mucho el futuro de este Gobierno: la transición geopolítica que vive la economía-mundo, y la grave crisis de la Unión Europea. Parecería que la estrategia que ha definido Pablo Iglesias tiene como objeto fundamental concentrarse

en los temas sociales y laborales, evitando otras contradicciones con la política general del PSOE, para hacer notar en este campo las diferencias. Esto puede ser posible o no: los conflictos militares retornan, aunque Macron hable de que la OTAN es un “muerto cerebral”, España cumple un papel decisivo en la estrategia militar norteamericana, y Oriente Próximo sigue siendo algo más que un quebradero de cabeza para las grandes potencias. La definición de una nueva Unión Europea cuando llegan señales de crisis exigirá del nuevo Gobierno posiciones precisas, sabiendo como sabemos que nuestra “larga marcha” hacia la periferia corre el peligro de acelerarse dramáticamente. Asociar políticas de austeridad con pérdida de soberanía y subalternidad de la Unión Europea puede ser una plataforma ideal para las derechas soberanistas.

Unidas Podemos llega casi exhausto a este Gobierno. Sus bases de política, organización e ideales se han degradado mucho en estos últimos tiempos, y el peligro más grave que corre es pretender sustituir con la gestión gubernamental sus carencias como mero frente parlamentario-electoral. “Gobernar o no” nunca ha sido una cuestión de principios, depende –siempre dependió– de la correlación real de fuerza, o de la correlación real de debilidad. Se ha optado por gobernar como elemento fundamental de una estrategia política. El dilema es complejo: gobernar en minoría con un partido político que es su principal adversario electoral y que, hasta el presente, ha estado dedicado a reducir a su menor expresión electoral y política a UP. No basta con gritar “sí se puede”, gobernar es gestionar el conflicto por otros medios, y hay que prepararse para ello. Dicho de otra forma: a mayor unidad con el PSOE, mayor necesidad de autonomía para UP, en las instituciones y –sobre todo– en la sociedad civil. Gobernar implicaría no solo gestionar bien (cosa nada fácil), sino organizar partido, profundizar en su unidad y movilizar a una sociedad desconfiada, desilusionada y harta de la política.

La decisión está tomada: guste más o guste menos, lo que haga este Gobierno de coalición va a marcar duraderamente la política española. Las derechas no tardarán en disputar la calle, y tenderán a aprovechar cada contradicción y debilidad para acorralar a un

Gobierno que ya nace con dificultades. Se asumen muchos riesgos; me gustaría creer que estamos preparados para ellos y que hay un plan B. Lo nuevo es que, en muchos sentidos, nos jugamos no solamente el futuro de una fuerza política, sino el papel en nuestra sociedad de las clases trabajadoras y de unas mayorías sociales que necesitan creer y esperan algo más que palabras y abrazos. Es el momento de la política… de la política en grande.

15 de noviembre de 2019

TRAS EL ASESINATO DE SOLEIMANI, ¿MÁS CERCA DE LA TRAMPA DE TUCÍDIDES?

Tras el asesinato del jefe de la Fuerza Quds, nada será igual ya en Oriente Próximo. Soleimani era un dirigente fundamental del régimen iraní y estaba en el ojo de mira de la CIA y del Mossad desde hace tiempo. La administración norteamericana (Israel siempre estará al lado, cuando no delante), en momentos difíciles para Donald Trump, golpea durísimamente a Irán y agudiza todas las tensiones existentes en la zona. La respuesta de este país no se hará esperar. ¿Habrá escalada? No se puede descartar. Lo que está claro es que EEUU e Israel se arrogan el poder para intervenir en cualquier lugar del mundo para eliminar a sus supuestos enemigos aunque sea violando el derecho internacional y la Carta de las Naciones Unidas. En este caso, se ha asesinado a un destacado militar iraní en Bagdad.

Como es sabido, la invasión de Iraq cambió profundamente el mapa político en esa parte crucial del mundo. EEUU, no solo no sacó ventajas de esa guerra, sino que, en muchos sentidos, la perdió. El conflicto sirio aclaró aún más la correlación de fuerzas existente. Todo se ha movido. Rusia retorna como actor principal en la zona; Turquía gana autonomía y define con mucha claridad sus intereses estratégicos que, como estamos viendo, llegan al conjunto del Mediterráneo, empezando por Libia. Arabia Saudí se convierte progresivamente en una gran potencia militar e interviene en Yemen, en una guerra –hay que subrayarlo– que no está ganando, e Irán refuerza decisivamente su papel en los tres mundos en los que Soleimani se ha movido con pericia: Iraq, Siria y el Líbano.

EEUU e Israel viven una situación interna bastante parecida: bloqueo político y elecciones en el horizonte. Netanyahu, acorralado por la corrupción, se prepara para unas nuevas elecciones; Trump a la espera del *impeachment* y con unas elecciones menos inciertas que las de su aliado israelita. Ambos necesitados de dar sensación de poder, de fortaleza y de capacidad para matar a sus adversarios,

lo que suele favorecer en campaña electoral. El tema, sin embargo, va más allá: el Estado de Israel no está dispuesto a consentir la existencia de una potencia que pueda poner en peligro sus intereses vitales que, como es sabido, son los de toda esa zona. Lleva años intentando intervenir en Irán. Una operación de este calibre difícilmente se podría hacer sin su colaboración y ayuda logística. Hay que insistir, como señalaron Mearsheimer y Walt, que Israel es un actor interno en EEUU, es decir, tiene tal influencia y poder en sus instituciones, que es capaz de determinar, en muchos sentidos, la política que hacen las distintas administraciones norteamericanas.

Que Irán responderá, no hay duda; el dónde y el cómo, determinará si se tratará de un episodio más en el conflicto o definirá una nueva fase donde la guerra de alta intensidad volverá a aparecer en la zona. La situación es propicia para los que quieren resolver, de una vez por todas, la cuestión iraní y terminar con el régimen de los ayatolás. Israel está en ello. La reacción de Rusia y Turquía tampoco se hará esperar mientras la guerra sigue tanto en Siria como en Yemen.

Hace unas semanas, el presidente Macron hablaba de que la OTAN estaba en muerte cerebral y planteaba pasar página, retomando una nueva política de defensa y de seguridad para una Europa más soberana. Merkel y Trump respondieron afirmando la necesidad de la OTAN en momentos de cambios geopolíticos profundos. Si alguna vez la UE fuese capaz de definir sus intereses estratégicos reales en el Mediterráneo y, específicamente, en el Oriente Próximo, tomaría nota de que Israel y EEUU nos pueden estar conduciendo a una nueva guerra en una zona vital para los intereses europeos. Para España no se trata de algo ajeno. Por lo pronto, la administración Trump plantea reforzar su presencia en Rota y no sabemos con precisión si también en Morón. El nuevo gobierno pronto deberá definir su posición.

4 de enero de 2020

RESENTIMIENTO, RESIGNACIÓN: DAR UNA OPORTUNIDAD A LA ESPERANZA

Solía decir el viejo Lukács que cuando pensaba mal o sobre el mal, se acordaba siempre de Nietzsche. A mí me pasa igual; quizás mi diferencia con él es que creo que lo que dice el filósofo alemán tiene asiento en la realidad. No todo, por supuesto, pero sí una parte que acompaña a todas las revoluciones, a todas las contrarrevoluciones, a las guerras civiles. Su tesis es conocida: la tradición judeo-cristiana, socialista, se basa en el resentimiento contra los señores, los nobles; es moral de esclavos, que invierten los valores, los transforman para ocultar su falta de grandeza, su arribismo, su envidia, su odio a los mejores. El tema lo estudió muy bien Max Scheler y aquí el viejo Unamuno y, de otra forma, Gregorio Marañón.

No se trata ahora de hacer un balance filosófico de la cuestión, solo ponerla en juego relacionándola con los humores sociales; mejor dicho, con los cambios de humores sociales que se empiezan a intuir en la complicada realidad española. Estamos pasando de la indignación al resentimiento, donde se mezclan frustración social, un miedo que carcome las almas y una inseguridad que bloquea un futuro que se atisba como un mal que agita el horizonte oscuro. Malas reflexiones para estos días; quizás por esto merece la pena mirar la realidad con ojos limpios, una realidad, dicho sea de paso, que oculta conflictos cada vez más evidentes ante un sistema político, por decirlo así, pillado con alfileres. Estructura y sobre-estructura bailan y el palacio flota. Los que mandan están cada vez más solos y, por abajo, el humor social se agita y cambia.

Este país vivió la esperanza de una minoría muy amplia con el apoyo de la gran mayoría. El 15M fue una ilusión colectiva de una sociedad que quería cambiar y que creía que era posible. El territorio era el de la democracia y el enemigo era claro y visible: los grandes poderes económicos. Las gentes se dieron, de pronto, cuenta de lo que intuían, que la democracia puede poco, que hay

“poderes salvajes” que nos controlan la vida, que mandan más que nosotros y que nos imponen, por derecho o por las malas, sus decisiones. La denuncia fue dura y clara contra la Europa del capital, contra la banca, las eléctricas, el IBEX 35, los fondos buitres, las inmobiliarias; es decir, contra un capitalismo depredador que ponía en peligro los derechos sindicales y laborales, las pensiones, los servicios públicos, que de nuevo hacía de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo la salida a una crisis percibida como una gigantesca estafa. Aquello que se aprendió, es que, periódicamente, el capitalismo monopolista financiero requiere expropiar derechos, libertades, patrimonios.

La indignación, su propia existencia, era una señal de vitalidad democrática. Las gentes reaccionaban y lo hacían denunciando las injusticias del presente y apostando por una “democratización de la democracia”. Hubo mucha ingenuidad y sobraron métodos y formas que bloqueaban el camino y que impedían el avance, pero el contenido era bueno. Se hablaba de una nueva Constitución y de un proceso constituyente, de garantizar los derechos sociales, de poner coto al poder de las eléctricas, de la banca; de poner fin a las contrarreformas laborales y de situar a la ciudadanía en el centro de la vida pública. Cuando surgió Podemos, pensábamos que se construía un movimiento político para la alternativa. Se sabía de sus dificultades, de sus enormes desafíos y de las insuficiencias de un equipo dirigente que tenía que hacerlo todo y rápidamente. Los poderes reaccionaron con enorme virulencia; usaron todos los instrumentos posibles para derrotar el movimiento político y matar a una fuerza democratizadora como fue el 15M.

Es una vieja historia. Alfonso Ortí nos lo ha contado muchas veces: ciclos de democratización, de movilización social que han terminado teniendo que escoger entre nuevas restauraciones, golpes de estado o guerras civiles. Ahora, de nuevo, estamos en las mismas: aceptar lo menos malo y conformarnos con reformar lo poco reformable del sistema. Hay novedades, siempre las hay. Una Unión Europea garante, en último término, del poder de los grandes monopolios económicos, de obstáculo insalvable al cuestionamiento de las políticas neoliberales, constitucionalizadas y convertidas en

obligatorias para todos los Estados, más allá y en contra de las propias constituciones. Seguimos estando en el marco de la OTAN que condiciona nuestra soberanía, al servicio siempre de una administración norteamericana que está cambiando sus prioridades y que trata con enorme desprecio a sus aliados.

El mal menor puede terminar siendo el mal mayor. La hipótesis es que con una operación transformista se puede mejorar la calidad y cualidad del régimen. Es un supuesto optimista. La crisis de régimen sigue existiendo y se está convirtiendo en una grave crisis de Estado. Someter a España a una crisis existencial tendrá consecuencias enormes y lo cambiará todo; de hecho, ya lo está cambiando. El problema es que el cuestionamiento ya no viene desde y por la democracia, desde la defensa del Estado social, desde la constitucionalización de los derechos. Resentimiento y miedo es una mala combinación. La crítica a la política, a los políticos y a la ineficacia de la democracia se hace desde un territorio ambivalente, donde el autoritarismo, el desprecio a los valores del movimiento obrero, a sus derechos, se mezcla con una sensación de derrota y de impotencia de que las cosas puedan mejorar. Cuando se frustran las expectativas de cambios políticos, la realidad también se modifica. La desmovilización existente señala hasta qué punto los “efectos morbosos” de la política está cambiando el humor social.

Lo inquietante es que la frustración está llevando al resentimiento. Indignación y resentimiento son cosas diferentes. La primera significó la toma de conciencia de un conjunto de injusticias que un estado democrático no debería soportar; fue una pasión justiciera que pretendió cambiar el sistema evitando la violencia e imponiendo nuevas normas. El resentimiento interioriza la frustración, convierte la impotencia en odio, en desprecio a lo existente. Es una reacción negativa que quema todo lo que toca y que pudre cualquier posibilidad de cambio verdadero en un sentido democrático-republicano. La frustración del cambio marcará duraderamente nuestra sociedad. Su primera consecuencia será ahogar la voz de los de abajo, de las clases trabajadoras; después, como en tantas partes, la disputa por su alma, por su conciencia y destino y, más

allá, el protagonismo de una agenda que ya no tendrá como sujeto a las clases subalternas, convertidas en masa de maniobra.

La otra cara es la resignación. Pasar de la “conquista de los cielos” a defender la democracia y la vigente constitución, es mucho en tan poco tiempo. Cambiar de la ofensiva a la defensiva, de la guerra de maniobras a la de posiciones y hacerlo gobernando con el PSOE es demasiado, también para una fuerza como UP. Las debilidades de este gobierno son enormes. Paradójicamente, su principal fuerza es… la potencia y la estrategia de la derecha. Se ha visto claramente en estos días: las derechas, no solo se oponen a un gobierno moderado programáticamente y hegemonizado por el social liberalismo, sino que impugna su legitimidad democrática. No es la primera vez que esto ocurre, pero nunca se ha hecho teniendo 52 parlamentarios de una fuerza neofranquista.

Para bien o para mal, el futuro de la izquierda española estará marcado por este gobierno. Mi opinión es conocida y no abundaré sobre ella. Solo indicar que, si fracasa, no habrá línea de resistencia alguna a un futuro gobierno de la extrema derecha y de la derecha extrema con un programa neoliberal puro y duro que cuestionará los derechos sociales consagrados en la Constitución española. Vox, hoy por hoy, no es un partido populista de derechas, no aspira a ser la alternativa al PP sino a cambiarlo; es decir, acentuar sus rasgos más extremistas y autoritarios. Por lo pronto, las derechas van a ganar las calles y van a propiciar una estrategia institucional de bloqueo de los cambios posibles. El futuro gobierno deberá reconocer el escaso entusiasmo que genera y sus muchas carencias. No ha sido el producto de la lucha social ni refleja una base política y electoral movilizada y entusiasta.

El gobierno para el cambio está obligado a propiciar el empoderamiento y la participación política desde el conflicto social y no frente a él, realizando las reformas cruciales en poco tiempo con el objetivo implícito de conquistar apoyos, de dar seguridad de que las transformaciones se van a hacer y tensionando todas las fuerzas disponibles. Desde la acción de gobierno, desde lo que se hace realmente, construir un bloque social alternativo. Sé que no será fácil, pero también sé que es la única posibilidad para construir una

esperanza concreta. Unidas Podemos debería de ser algo más que el apoyo al gobierno de la izquierda fortaleciéndose como organización en la lucha social y en enfrentamiento con las derechas; a la vez, propiciar alianzas sociales, profundizando los vínculos con la sociedad civil. Pensar en grande es hoy una necesidad imperiosa; la clave, un proyecto alternativo de país que genere protección, seguridad y confianza en el futuro de España.

6 de enero de 2020

Después del Brexit, ¿Rusia como alternativa?

Enric Juliana es un periodista singular y, en muchos sentidos, diferente. Su estilo consiste en situar el hecho, el dato, la noticia históricamente; intentar ir más allá del día a día y enmarcar lo que ocurre en un contexto más amplio. Hace unos días relacionaba el Brexit con la geopolítica que tiene como referente a Mackinder. No dijo mucho más. He esperado que desarrollara esta idea pero no lo ha hecho. Así que tiro de este hilo sabiendo que, seguramente, el conocido periodista catalán no estará de acuerdo con muchas de las cosas que escribo.

Sir Halford Mackinder (1861-1947) fue un geógrafo británico notable y un político muy influyente. Esta doble condición siempre hay que tenerla en cuenta; intentó conocer la realidad, siempre al servicio de los intereses estratégicos de su país. Si bien no usó nunca el término geopolítica, influyó decisivamente en esta disciplina que unos consideran ciencia y otros un arte político de Estado. En 1904 publicó una conocida conferencia con el título de *El pivote geográfico de la historia*. En 1919 desarrolló estas ideas en un libro muy importante en su época, llamado *Democratic Ideals and Reality*. No es fácil explicar en un artículo como este la complejidad, hondura y los supuestos de una concepción geográfica que ha marcado, durante más de un siglo, los debates estratégicos y políticos de un mundo en perpetuo cambio. Quizás esto es lo que más sorprende. La “problemática Mackinder” vuelve una y otra vez, y retorna –precisamente– cuando los teóricos de la globalización consideran que el territorio y la geografía habían perdido su relevancia en las relaciones internacionales.

Para entender bien lo que Mackinder nos sigue diciendo hoy, hay que partir de dos ideas centrales. La primera es la que opone estructuralmente la geopolítica del mundo entre el poder marítimo (talasocracia) y el poder terrestre (telurocracia); esta oposición es sustancial y afecta a las estrategias políticas y militares, y tiene consecuencias en la construcción y desarrollo de los Estados. La

segunda se desarrolla ampliamente en el artículo de Mackinder antes citado, tiene que ver con la llegada de una nueva etapa de la geografía-mundo que podríamos llamar post-colombino. Los descubrimientos de Cristóbal Colón marcaron toda una etapa histórico-social de las potencias de Europa (que es una península de Eurasia) que se expandieron mundialmente a través de los océanos convirtiéndose en vastos imperios en colisión permanente. Mackinder considera que esa etapa terminó. El mundo se había cerrado, quedando repartido entre las grandes potencias, con una clara hegemonía del Imperio Británico. La clave –entramos ya en el fondo del debate– es que las potencias talasocráticas habían perdido parte de su ventaja estratégica y que el territorio volvía a ser un elemento central (telurocracia).

El geógrafo británico identifica un territorio fundamental que llama la isla mundial compuesta por Europa, Asia y África. En su centro, un pivote geográfico que, posteriormente, llamaría Heartland o Corazón continental. De este centro surgen dos grandes líneas, una interna y otra externa. El Heartland ocuparía un amplio espacio de lo que llamamos Siberia y Asia central; es decir, desde el Volga al Yangtze y desde el Himalaya al océano Ártico. La conclusión de Mackinder marca toda una época y es muy conocida. “Cuando nuestros estadistas estén en conversación con el enemigo derrotado, algún alado querubín debería susurrarles, de tiempo en tiempo: quien domina la Europa oriental, controla el corazón continental; quien domina el corazón continental controla la isla mundial; quien domina la isla mundial, controla el mundo”. Una pequeña nota: lo que se está jugando en ese momento (1919) es el nuevo orden pactado en Versalles.

Volvamos al Brexit. Este mes he publicado en *El Viejo Topo* un ensayo sobre la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea. Me remito a él para otras consideraciones. Una cosa quisiera subrayar: la ferocidad de la clase dirigente y de los medios europeos contra una decisión democrática y legítima, no tiene fácil explicación. Los insultos y desprecios han llegado a límites difícilmente soportables, hasta el punto que se anima a la secesión de Escocia en un momento en el que la cuestión territorial es un problema grave en

España. En esto han participado tanto la derecha como la izquierda. ¿A ningún dirigente significativo se le ha ocurrido pensar por qué, desde 1992 (referéndum francés) ninguna consulta sobre Europa ha resultado vencedora? Solo en España, lo que no es casualidad. La falta de autocrítica de la élites europeas el alarmante. La paradoja de todo este debate es que para los europeístas más federalistas la salida de Gran Bretaña tendría que haber sido vivida como una oportunidad. La construcción neoliberal de Europa ha sido justificada, en gran medida, por la presencia de Gran Bretaña; la involución social, el predominio de las libertades comunitarias y la desregulación de los mercados han tenido tradicionalmente como culpable la presencia de unas islas percibidas, más como quinta columna que como constructores leales de un proceso de integración unitario.

Solo se puede entender lo que está pasando en EEUU y en Gran Bretaña partiendo de que el mundo está cambiando de base geopolítica y que nos encontramos (en este mundo cerrado) ante una gran transición que tiene en su centro una enorme redistribución de poder. Para decirlo de otra forma, lo que hemos llamado globalización ha iniciado su fin. No será fácil comprender las mutaciones que estamos viviendo; no será fácil entenderlas y, mucho menos, disponer de una plataforma ideo-política capaz de guiarnos en un mundo que cambia aceleradamente. Lo que está pasando lo tenemos delante de nuestros ojos: una potencia (EEUU) que se niega a aceptar su decadencia, que no está dispuesta a compartir, en nuevas condiciones, su hegemonía mundial y que se enfrenta a una potencia emergente (China) que está obligada a cambiar el orden mundial. Lo diré como ha expresado Kaplan: EEUU no va a aceptar el predominio de una gran potencia en el hemisferio oriental. Lo combatirá por todos los medios y llegará hasta el final. La “trampa de Tucídides” sigue estando presente.

En este mundo que cambia, los grandes poderes económicos británicos quieren caminar solos; ponen sus intereses estratégicos en el centro y, desde su autonomía, buscarán alianzas con Europa; mejor dicho, con algunos países europeos. Nadie cuestiona sus acuerdos de fondo con los EEUU, y el Reino Unido seguirá en ellos

con voz e intereses propios. El otro lado de la cuestión debería suscitar alguna reflexión a los europeístas de andar por casa que hoy nos abruman. El dato más relevante para los hombres y mujeres que estamos en el marco de la UE es que a más integración, menos capacidad de Europa para ser un sujeto autónomo y diferenciado en unas relaciones internacionales donde las grandes potencias están definiendo intereses y marcos de actuación.

Con Mackinder retorna Rusia. Para EEUU el frente europeo es secundario, ellos están ahora en otra cosa: disputarle la hegemonía a China en el Pacífico. La OTAN sirve para este objetivo, subalternizar a una UE sin alma y sin proyecto, dividirla e impedir una asociación duradera con Rusia. La casa común europea fue un proyecto fracasado de unas élites rusas que habían llegado a confiar en una alianza con las democracias occidentales. Putin es hijo de ese fracaso. Tomó nota y sacó las consecuencias estratégicas oportunas. Los EEUU han intentado –y seguirán intentándolo– convertir a Rusia en una gran potencia adversaria de los pueblos europeos. Es la búsqueda de un enemigo que justifique la existencia de la OTAN, la carrera de armamentos y la enemistad entre Alemania y Rusia. La ampliación al Este de la OTAN, la rápida integración de los países ex socialistas en la UE y el rígido alineamiento de estos con el amigo americano es un mismo proceso dirigido, hay que insistir, a impedir cualquier asociación económica y política con Rusia; es decir, con el pivote geográfico mundial o el Heartland continental.

Hace más de 20 años Brzezinski, hablando de los peligros futuros para EEUU escribía lo siguiente: “El escenario potencialmente más peligroso sería el de una gran coalición entre China, Rusia y quizás Irán, una coalición ‘antihegemónica’ unida no por una ideología sino por agravios complementarios. Recordaría, por su escala y por su alcance, a la amenaza que planteó, en determinado momento, el bloque sino-soviético, aunque esta vez China sería probablemente el líder y Rusia el seguidor. Evitar esta contingencia, por más remota que pueda ser, requerirá un despliegue simultáneo de habilidad estratégica estadounidense en los perímetros occidental, oriental, y

sur de Eurasia". El conocido analista geopolítico norteamericano acierta de pleno y es capaz de atisbar el futuro. A la hora de las soluciones, aparece siempre Rimland o "anillo continental" de Spykman.

Europa y Alemania tienen unas geoeconomías complementarias y podrían tener estrategias geopolíticas convergentes. Hay conflictos (como el de Ucrania) pero serían solucionables en el marco de un acuerdo de asociación económica, energética y política. La condición previa es que Europa tenga un proyecto propio y autónomo en las relaciones internacionales; es decir, que se desenganche de la OTAN, defina sus intereses estratégicos y busque su lugar en un mundo que transita, bajo enormes dificultades, a la multipolaridad. Mi viejo maestro Samir Amin habló hasta el final de un eje París-Berlín-Moscú-Beijing. Mackinder retorna y, con él, Eurasia. La historia, no solo no terminó, sino que comienza de nuevo.

11 de febrero de 2020

SE TERMINÓ LA GLOBALIZACIÓN: ¿QUÉ HACEMOS AHORA?

A la memoria de Peter Gowan que me enseñó a pensar geopolíticamente

En 2001, después de 10 años de arduo trabajo, apareció el libro de John Mearsheimer *La tragedia de las grandes potencias* –es bueno señalarloantes de los atentados del 11S. Se trataba de un trabajo singular escrito por un especialista en relaciones internacionales en el momento triunfal de eso que se llamó la globalización. Es interesante recordar que, en ese momento, la globalización, su novedad radical, era ensalzada una y otra vez por la academia y por los grandes medios de comunicación; su carácter irreversible e irresistible se subrayaba continuamente. Se trataba de un mundo nuevo y distinto donde emergía una "hiperpotencia" (EEUU) que organizaba unas relaciones internacionales bajo su hegemonía absoluta. Lo específico del libro de Mearsheimer es que fue concebido como una reivindicación del realismo estructural, precisamente en contra de esas "novedades" que la globalización llevaba aparejada. Lo del 11S era importante citarlo porque para nuestro autor era algo transitorio y coyuntural y, en muchos sentidos, ensoñaciones después de la victoria sobre el "Imperio del mal".

El mundo que intentaba explicarnos Mearsheimer era muy diferente a lo que comúnmente se pensaba y se decía en esa época. Grandes potencias que luchan por y para el poder; una triunfante que aprovecha la ventaja obtenida para debilitar, aislar y fragmentar a la antigua URSS; otra emergente (China) que estaba obligada a desafiar el orden existente y cuestionar la hegemonía de la hiperpotencia. En medio, un rígido control de la Administración norteamericana de las organizaciones internacionales en torno a una ideología (el neoliberalismo), un proyecto político (la globalización) y un instrumento decisivo (la financiarización). El 11S

clarificó mucho el panorama y puso fin a lo que algunos llamamos “la utopía del 89”; es decir, el reinado de la paz universal, la tendencia al gobierno mundial y el predominio irrestricto de los derechos humanos; la cooperación sustituiría al conflicto, los dividendos de la paz harían posible el fin de la carrera armamentista y la dedicación de esos recursos para resolver los grandes problemas globales. De imperialismo poco quedaba, sustituido por un imperio de indefinidas e indefinibles relaciones de poder, que esperaba el asalto furioso de la multitud. Literatura, mala literatura.

Mearsheimer ayudó mucho (Peter Gowan lo entendió críticamente desde el principio) y la vida le fue rápidamente dando la razón: guerras, conflictos armados permanentes e intervenciones norteamericanas directas en Yugoslavia, Irak, Afganistán… A esto se le llamó el final de la “globalización feliz”. La crisis de 2008-2009 evidenció hasta qué punto la globalización implicaba recurrentes y cada vez más fuertes crisis financieras. El capitalismo había ganado, había desmontado todos los mecanismos políticos y sociales que lo controlaban y ya no tenía más enemigo que a sí mismo. Nunca fue capaz de crear otros instrumentos de regulación y hoy estamos a la espera de una nueva crisis sin que seamos capaces de saber sus dimensiones y sus costes económicos-sociales.

La globalización se terminó; no será de un día para otro, será un proceso anudado siempre a las relaciones de poder existentes. La reciente conferencia sobre seguridad de Munich da muchas pistas sobre la realidad de un mundo que cambia aceleradamente. La sensación general era de pesimismo y de falta de perspectivas claras. El tema central, un mundo que se estaba haciendo menos occidental, una Alemania petrificada, cada vez más marcada por sus demonios internos y sin saber situarse en los nuevos desafíos; apareció hasta la nostalgia del viejo orden en el que EEUU hacía de policía universal y privilegiaba sus relaciones euro-atlánticas. Macrón mostraba su impaciencia y se proponía (después del Brexit) como el impulsor de una Unión Europea como sujeto global, con autonomía estratégica y con vocación de ser parte imprescindible de este nuevo orden multipolar en construcción. EEUU a lo suyo, que

es bien simple y que lo repite una y otra vez sin disimulo: este país vive un desafío existencial para sus intereses estratégicos que se llama China. La Administración norteamericana no consentirá la consolidación de una potencia hegemónica en el hemisferio oriental. Se opondrá con todas sus fuerzas y llegará hasta el final. La destacada dirigente demócrata Pelossi, vino a defender prácticamente lo mismo y nos advirtió, como Pompeo, del peligro para nuestras libertades y para las relaciones atlánticas, de admitir a Huawei. No es casualidad que el 5G sea un elemento central en el conflicto estratégico político-militar. Es una señal más de una guerra económica, cultural, tecnológica y por el control de los canales básicos de la información.

La llamada revolución en los asuntos militares (RMA) está cobrando un impulso sustancial cambiando las formas y contenidos de los conflictos bélicos, situando en su centro la disputa tecnológica entre las grandes potencias. Los complejos militares-industriales existentes saben desde hace mucho tiempo que la división entre tecnología militar y civil no tiene sentido alguno. El ciberespacio se convierte en una nueva dimensión del conflicto; la robotización y la inteligencia artificial están jugando un papel cada vez más importante en los nuevos artefactos bélicos. Las palabras clave son aceleración, competencia estratégica y guerra asimétrica. Algo está quedando claro: las grandes corporaciones tienen patria y la sirven cada vez que ésta las requieren. Como siempre, Snowden mediante.

La correlación de fuerzas manda siempre y en las relaciones internacionales, más. Lo que se está produciendo ante nuestros ojos es una transición, especialmente dura, de un mundo unipolar a otro multipolar, es decir, una redistribución sustancial y radical del poder. La historia económica nos habla de que ya hubo el intento de una globalización en el pasado (1870-1914). Sabemos cómo terminó. Hoy estamos ante el fracaso de la segunda globalización. Sus rasgos básicos son: 1) La inestabilidad económica permanente. El capitalismo financiarizado tiende a producir crisis periódicas, refuerza enormemente la desigualdad y fractura social, económica y territorialmente a nuestras sociedades. 2) La tendencia es hacia la

construcción de dos bloques económicos y político militares en torno a China y a EEUU; estos bloques son extremadamente heterogéneos y conflictuales. 3) La UE, en tanto que tal, sigue siendo subalterna a los intereses geoestratégicos norteamericanos, carece de un proyecto común y vive una crisis existencial. 4) El dato más relevante es que el centro de gravedad tiende hacia Oriente y se pone en cuestión, después de 500 años la hegemonía geocultural de Occidente. 5) Los problemas globales, destacadamente la crisis ecológico-social, se siguen agravando.

Crisis económica, conflicto geopolítico y recursos están estrechamente unidos. El poder, sus relaciones y efectos no pueden ser eludidos y, mucho menos, cuando los recursos naturales y humanos se convierten hoy en un problema estratégico fundamental de los Estados. Solía decir Proudhon que quien habla de humanidad, engaña; al menos, confunde y tiende a la nada. Lo que existen son Estados jerárquicamente enlazados y en lucha permanente por el poder. Es una vieja cantinela que nos repiten cada día: los Estados son antiguallas que nada pueden ante los desafíos y las bifurcaciones de un mundo globalizado; es decir, como los problemas van más allá de los Estados, hay que disolverlos y apostar por un gobierno mundial y por el globalismo jurídico. Y eso ¿cómo se hace? y ¿quién lo hace? ¿Las grandes potencias? ¿Una sola potencia? Eludir el problema de las profundas asimetrías de poder en las relaciones internacionales, de eso que históricamente se ha llamado imperialismo, es equivocarse y, lo que es peor, hacer lo contrario a lo que las poblaciones deberían hacer. Los Estados nación siguen siendo el lugar del conflicto social y de la redistribución, de las libertades públicas y del autogobierno; el lugar de los derechos sociales y de la regulación del mercado. Frente a ellos y contra ellos lo único que habrá es lo que ha habido siempre, imperialismo y dominación de las grandes potencias sobre las mayorías sociales y las clases trabajadoras.

Las rebeliones contra las consecuencias y costes sociales, ambientales y culturales de la globalización capitalista crecen en todas partes. En diversos lugares su forma política están siendo los llamados populismos de derechas. Parecería que las poblaciones

tienen que elegir entre unas derechas que lo son y unas izquierdas que no lo son. Es el otro lado de la contradicción: vivimos una crisis, digámoslo así, civilizatoria, sin sujeto ni alternativa. En medio, reformar lo poco reformable que admite el sistema.

La pregunta sigue siendo pertinente, la globalización se termina, ¿qué hacemos cuando el vilipendiado Estado nación retorna?, ¿Cuando las poblaciones quieren un Estado más fuerte que les proteja, que les dé seguridad y garantice el futuro? ¿Cuando la demanda de identidad y de seguridad cultural se generaliza? ¿Cuando se impugna una democracia sin poder ni cualidad? ¿Cuando el futuro se convierte en un problema político?

26 de febrero de 2020

CHINA: ELOGIO DE LAS FRONTERAS

Para José Manuel Martínez, que me dio la pista

Las crisis desvelan la realidad, la hacen evidente y la superan. Esta existe “de aquella manera”, oculta más de lo que aclara y, lo peor, convierte lo fundamental en secundario o hasta terciario. Las fronteras son un signo de libertad y de existencia de un estado que es algo más que una estructura de poder; genera identidad, seguridad y horizonte de sentido; también es capacidad de gestión, de hacer frente a las crisis asegurando la eficacia, la movilización de recursos y su empleo eficiente. Un estado fuerte es esto, garantía de la soberanía frente a las oligarquías internas y frente a las grandes potencias de un orden mundial jerarquizado y en perpetua lucha por el poder.

Lo que digo no es popular, lo sé. Hay fronteras y fronteras y hay estados y estados, pero sin ellas no hay libertad posible. Se dirá que no son por sí mismas salvaguardia de las libertades, es verdad, pero son la garantía de las mismas. No hay república, sociedad de hombres y mujeres libres e iguales sin estado-nación, sin fronteras seguras y sin un poder soberano. Recuerdo aquí un libro bellísimo de Regis Debray que se llama precisamente *Elogio a las fronteras*. En él nos cuenta el conocido intelectual francés la importancia de un mundo basado en la diversidad, en la pluralidad, en la existencia de culturas fuertemente autónomas, en diálogo permanente con las otras en un pluriuniverso que gestione los conflictos y los problemas globales. Lo primero es superar esa vieja idea occidental y cristiana de una humanidad definitivamente unificada entorno a un gobierno mundial que aseguraría un nuevo orden edificado sobre las ruinas de los viejos estados. La cuestión es siempre la misma, ¿qué estado unifica?, ¿qué potencias construyen el gobierno mundial y frente a quién? Y ¿qué geo cultura terminará teniendo la hegemonía?

Cuando escribí un artículo anterior donde hablaba del fin de la globalización, un amigo con el que mantengo un apasionado y leal

debate político, no solo se oponía a mi tesis de fondo, sino que me advertía que la crisis del coronavirus debilitaría a China, pondría de manifiesto sus contradicciones y fortalecería, en último término, a EEUU en esta rivalidad estratégica que apenas oculta una guerra económica de grandes proporciones. Unas semanas después, las cosas poco a poco se van aclarando.

Es cierto que, en un primer momento, China actuó desordenadamente. Como suele ser normal, los portadores de malas noticias no fueron escuchados y algo peor, se les reprimió. Es un dato importante que señala debilidades del sistema. Pronto, muy pronto, la dirección política del país se dio cuenta de la gravedad del problema, de su enorme importancia existencial y de su dimensión geopolítica. Por mucho que se quiera ignorar, ya no es posible ocultar que la respuesta de China al coronavirus ha sido espectacular poniendo de manifiesto qué tipo de estado es, qué instrumentos tiene y cuál es su eficacia sistémica.

La palabra clave es gestión pública. Delante de nuestros ojos hemos visto en tiempo real un conjunto de decisiones políticas organizadas, ordenadas y en cascada, movilización de recursos de enormes dimensiones, planificación de acciones y coordinación de administraciones desde una disciplina social estricta. Una administración pública se mide en las crisis y hemos visto una burocracia eficiente capaz de auto enmendarse en la propia implementación de las decisiones. Es cierto que ha habido disonancias y que faltan mecanismos para la detección de riesgos y las alarmas subsiguientes.

Los 1.400 millones de chinos continentales han podido percibir la existencia de un gobierno que genera seguridad, protección y garantía para el porvenir. Se suele hablar de la legitimidad de origen y de la legitimidad de ejercicio, pero se olvida la legitimidad por los resultados que refuerza y actualiza las otras dos. Es un viejo tema de la cultura política china, a saber: que no hay gobierno duradero y estable sin el consenso de la sociedad en su conjunto. Lo que seguramente no será del todo entendido es que detrás de un estado fuerte está el control sobre la libre circulación de capitales, la socialización real de la inversión y un aparato financiero bajo

dominio público. Se ha hablado de China como capitalismo de Estado. Habrá que matizarlo y ver hasta qué punto este país es algo más que el fracaso de la vía China al socialismo. Samir Amin –me acuerdo mucho de él– nos decía, una y otra vez, que la transición al socialismo había que pensarla como un proceso histórico de larga duración, pleno de contradicciones, de avances y retrocesos y de sonoros fracasos.

Sí, la globalización comienza su fin. La guerra económica seguirá en un nivel aún más alto y la rivalidad estratégico-militar se incrementará. Los que llevamos décadas tomándonos en serio la crisis ecológico-social del planeta sabemos que en su núcleo está el poder, su estructura, organización y fundamentos ideológicos. Fabular armoniosas y globalizadoras transiciones al margen de la dinámica de confrontación de las grandes potencias no parece demasiado realista; soñar con un orden internacional democrático y justiciero sin transformar las relaciones sociales de eso que llamamos el capitalismo imperialista es quedarse en las afirmaciones huecas; defender, cumbre tras cumbre, propuestas sin conexión con los problemas reales, termina por legitimar el desorden existente y convertir el ecologismo político en un eslogan electoral.

No tardando mucho, veremos a China ayudando a los demás países a salir de la crisis del coronavirus, a enviar especialistas, medios y experiencia. China nunca ha tenido ambiciones imperiales. Sabe que su hegemonía se basará en su capacidad para organizar un mundo multipolar que asegure un nuevo orden fundado en la soberanía de los estados, en la no injerencia y en relaciones económicas justas y sostenibles. La historia se acelera y nos cambiará.

16 de marzo de 2020

ALTERNATIVA ESPAÑA: POR UN PROGRAMA DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL Y SOCIAL

"Creo en ti, patria. Digo lo que he visto: relámpagos
de rabia, amor en frío, y un cuchillo
chillando, haciéndose pedazos
de pan: aunque hoy hay solo sombra, he visto y he creído"
Blas de Otero, 1955

Nada será igual. Lo que no sabemos es cuándo se parará la crisis del coronavirus y, sobre todo, sus costes morales, económicos, sociales y políticos. A mi juicio, la palabra clave es memoria, tener memoria de lo que ha pasado, de dónde venimos y, desde ella, hacerla fundamento de una propuesta de país, de eso que llamamos España. Hay que partir de la crisis del 2008 y recordar aquellas cosas que hoy se repiten de nuevo: refundar el capitalismo, la inoperancia de la Unión Europea, la necesidad imperiosa de la intervención del Estado, la promesa del reparto equitativo de la crisis y que nadie se quedaría descolgado. Díaz Ferrán, presidente de la patronal y hoy creo que en la cárcel, lo dijo dramáticamente: hay que suspender temporalmente el mercado y las instituciones deben de intervenir de forma inmediata y radical. Luego vino lo que ya sabemos.

Nunca se parte de cero y ya conocemos algunas cosas: 1) Nuestra fragilidad como especie; nos hemos construido desde ella, inadaptados estructuralmente al medio y carentes de especialización; somos una especie indigente que está obligada a construirse un "mundo" en el mundo, generando artefactos y obligados a un hacer constitutivo. Es una dinámica omnipresente y sin límites. 2) Animales racionales y dependientes. No hay libertad fuera de la comunidad ni derechos fuera del Estado; somos (inter)dependientes toda nuestra vida como seres humanos; lo que cambia es nuestra autonomía (relativa); lo somos en la infancia, en la juventud, como adultos y como ancianos. La contradicción más

significativa es que el sistema (capitalista), no solo no reconoce estas bases de la reproducción social, sino que se opone radicalmente a ellas desde una lógica presidida por la mercantilización de las relaciones sociales. 3) No hay economía sin Estado ni sector privado al margen de las instituciones públicas. Esto se desvela siempre en las crisis y nos viene a decir que el capitalismo vive e hinca sus raíces en la reproducción social y de la vida y que, periódicamente, se enfrenta a ellas necesitando imperiosamente la intervención de los poderes públicos. 4) El Estado-nación como fundamento. Podemos darle todas las vueltas que queramos, pero a la hora de la verdad, solo tenemos el Estado-nación y sus fronteras. Uno siente vergüenza ajena cuando se habla de este como si fuese un demiurgo totalizante y totalizador; lo que hay es un sistema de Estados ordenados jerárquicamente que institucionalizan un determinado sistema-mundo. Hay muchos tipos de Estados en sus relaciones con el capitalismo y en su modo de insertarse en la economía internacional.

Memoria, sí, memoria. Lo entiendo y lo comprendo: el sueño europeo ha marcado nuestra vida colectiva. Siglos de postración, de decadencia, han ido generando un enorme complejo de inferioridad. Este relato ha sido una constante. Se perdió el "tren" de la modernidad y solo era posible ya la modernización. Ser como ellos, parecerse a ellos y fugarse de una España marcada por las guerras civiles, por una oligarquía patrimonialista feroz, de los recurrentes golpes de Estado y de la dictadura. El gobierno de Felipe González significó eso, la fuga de España, de su historia, de sus tradiciones, la modernización definitiva. Europa nos salvaría, nos financiaría y nos ayudaría a construir el Estado de bienestar que nunca tuvimos. Todo esto se convirtió en sentido común y en fundamento de un consenso social que todavía dura. ¿Cogido con alfileres? Sí, pero todavía dura, sobre todo en nuestras élites políticas.

La amargura con la que se habla hoy de Europa es muy parecida a la que vivimos con las políticas de austeridad. Se puede decir que estamos ante un nuevo fracaso de Europa y que, para cambiar nuestra sociedad, hace falta partir de España como Estado-nación. Las palabras engañan; ser o no europeo no se elige, lo somos o no

lo somos; podemos complicar el modelo y hablar de varias Europas y de diversas y contradictorias culturas nacionales. Pero no se está hablando de Europa sino de la Unión Europea que es otra cosa, a veces radicalmente diferente. La “ideología europeísta” oculta que se está hablando, de un modo concreto y específico, de la integración europea, la UE; es decir, un conjunto de instituciones, organizadas por los Estados a través de tratados y que se ha ido configurando progresivamente en un ordenamiento jurídico hegemónico frente a las constituciones de los Estados singularmente considerados. Cuando se dice, como antes y ahora, que la UE (atención, no Europa) no está a la altura de las circunstancias, es equivocarse de análisis y olvidar la memoria histórica.

La UE no está para resolver los problemas de los ciudadanos, ni siquiera para ayudar a los Estados a gestionar crisis económicas, pandemias o males sociales varios. Es pedir peras al olmo; es decir, hacer ideología y no análisis de la correlación real de fuerzas. La UE surge y se desarrolla para imponer una lógica social basada en las cuatro libertades (libre circulación de capitales, personas, bienes y servicios) y en la oposición radical al tipo de poder político surgido después de la II Guerra mundial; es decir, al Estado social y al constitucionalismo democrático y, mucho más allá, a un conflicto de clases que hacía ingobernables las democracias y que auspiciaban un nuevo tipo de sociedad, otras estructuras de poder y unas relaciones personales basadas en el control social de la economía.

La UE ha hecho bien su trabajo: despolitizó la economía pública, homogeneizó a la clase política, neutralizó el conflicto social y constitucionalizó el neoliberalismo como el horizonte insuperable de nuestra época. Sus instituciones organizan, disciplinan y dan coherencia a las distintas burguesías e implementan un conjunto de políticas (ordo)liberales que construyen su mercado y unas nuevas relaciones entre sociedad civil y política. La democracia como autogobierno desaparece y es sustituida por complejos procedimientos multinivel que consagran el control de los poderes económicos sobre los Estados. Pedir que la UE ayude a los ciudadanos está bien como solicitud, pero pronto veremos que la

“barra libre” para salvar Estados, economía y, sobre todo, capital financiero, pasará factura a las clases trabajadoras y a la ciudadanía.

Hay dos problemas íntimamente conectados entre sí: la crisis del coronavirus y la necesaria reconstrucción de un país devastado económicamente, con problemas sociales graves y moralmente sin horizonte. Los muertos, nuestros muertos, dejarán huella y las poblaciones no creo que estén dispuestas a pagar los costes de la pandemia y, sobre todo, del conjunto de las medidas económicas que se van a poner en práctica. Ahora todos somos buenos y nos queremos mucho; salir como sea y respirar. Sin embargo, el conflicto social seguirá y los poderes se moverán para dirigir a unos países sin norte, con unas élites sin proyecto y con la inseguridad como horizonte. Para decirlo de otra manera, las sociedades van a cambiar y mucho. Esto es inevitable; la dirección del cambio dependerá de la correlación de fuerzas, del sujeto popular y de su capacidad de diseñar un proyecto alternativo de país.

Hay que decirlo con claridad, estamos ante una situación de emergencia sanitaria, económica, financiera y social de dimensiones desconocidas. Se habla, una y otra vez, de economía de guerra pero se olvida lo fundamental, que esta supone la supresión, más o menos temporal, del mercado y una planificación imperativa de la vida económica y pública. Hay que hacer todo lo posible y lo necesario para salir de una pandemia que está matando a miles de personas y que pone en riesgo a muchas más. Ahora bien, el tipo de salida a esta crisis marcará el tipo de recuperación y de reconstrucción social en el país. Los neoliberales saben mucho de eso; en el 2008 volvieron a usar la crisis como medio para imponer sus políticas, sus recortes sociales y de derechos y subordinar a las clases trabajadoras a la lógica implacable del poder empresarial. Esto es lo que hay que entender ahora y no dejarse engañar por un ambiente en el que el conflicto de clase desaparece, las contradicciones sociales se opacan y las desigualdades de renta y de poder se difuminan. Tiempo habrá de hablar de las medidas que se están tomando y se tomarán en el futuro próximo desde, hay que

entenderlo con precisión, una lógica marcada por la urgencia de la necesidad y el tiempo del Estado de excepción.

El título de este artículo me ha dado cierto temor: reconstrucción nacional y social. Creo que no hay otra y, de una vez, hay que solucionar la relación de la izquierda con España. No se trata solo de disputarle la hegemonía a las derechas y a sus distintas variantes asociadas al populismo; es algo más: construir un bloque histórico social con voluntad de alternativa y de gobierno, teniendo como eje un nuevo proyecto de país: Alternativa España. No será fácil y, para algunos, sonará a utópico. El realismo de los “realistas” lo ha devorado ya esta crisis y ahora hay que improvisar aterrizando en la realidad que la normalidad ocultaba. Las propuestas alternativas están en la sociedad, en el imaginario colectivo y en la memoria del 15M. Ahora mismo, de lo que se trata es de tomar nota de la situación con ojos limpios; no dejarse engañar por una coyuntura marcada por el miedo y la inseguridad y proponer un proyecto viable y posible de reconstrucción nacional, económica, ecofeminista y socialmente avanzado.

24 de marzo de 2020

LOS PODERES ACECHAN; LOS PELIGROS TAMBIÉN

A la memoria de Luciano Gallino, ejemplo de lucidez y coraje moral en tiempos duros y terribles

¿Sigue existiendo la trama? Ya no se habla de ella. Me refiero al complejo de poder conformado por los grandes grupos financieros y empresariales, parte significativa de la clase política y mediática que emergieron con una fuerza inaudita en la anterior crisis y que, en gran medida, la dirigieron y controlaron; sin embargo, sigue estando ahí. Que no se hable de ella es la señal inequívoca de que ha ganado la partida. Normalización y normalidad se mezclan y se organizan mutuamente. La normalidad se impuso y la normalización fue buscada desesperadamente. Ser parte de ellos y como ellos se convirtió en una consigna triunfadora. Casi sin darnos cuenta y abruptamente, llegamos a la excepción. Una excepción recurrente y que se empieza a convertir en regla.

La palabra clave sigue siendo memoria y es necesario construirla sobre sólidos fundamentos. En estos días hay tiempo para pensar, para reflexionar, para leer. No se encuentra lo que no se busca. He hecho un esfuerzo por repasar literatura periodística, científica e histórica sobre la crisis del 2008. Hay mucho escrito, mucho. Quiero subrayar algunos libros que me parecen interesantes para este momento. El primero, el de Naomi Klein, *La doctrina del shock;* después volví a leer la memorias de Varoufakis, *Comportarse como adultos*. Manejé los sesudos análisis de la Teoría Monetaria Moderna empezando por Stuart Medina; el libro de memorias de Zapatero y, para situarme bien en el contexto, *El director* de David Jiménez. No me quiero olvidar de *La crisis del año 8* de Juan Ramón Capella y Miguel Ángel Lorente.

Tenemos que pensar históricamente e intentar combinar el ciclo corto con el largo. No es una tarea fácil, pero hay que intentarlo sabiendo que es un quehacer colectivo que parte de un debate más

general y generalista. Para intentar entender lo que está pasando es bueno empezar con algunas ideas previas. La primera, el coronavirus ha sido el desencadenante catastrófico de una crisis que estaba ya latente en la economía capitalista global. Desde hacía meses se sabía que estábamos llegando a una crisis económico financiera. Lo que no sabíamos era donde aparecería el "cisne negro". La segunda, el coronavirus da una dimensión nueva e inédita a la crisis del capitalismo. El metabolismo entre la sociedad de los humanos y el medio se está quebrando y por su sector más frágil, el agroalimentario. Los especialistas venían llamando la atención sobre estos fenómenos y, al final, han llegado. La tercera, esta crisis engarza y le da sentido a elementos que antes andaban sueltos; me refiero, fundamentalmente, a la gran transición geopolítica y a la lucha por la hegemonía entre las grandes potencias. Un dato nuevo y distinto: el centro de gravedad del mundo tiende –después de 500 años– hacia Oriente; es decir, se pone fin al dominio de la geocultura de Occidente.

Hablar de crisis significa también hablar de correlaciones de fuerzas y de poder. Olvidar esto es perderse y nunca más encontrarse. En esto tampoco deberíamos engañarnos: los costes sociales de las crisis en el capitalismo siempre son asimétricos y golpean más a los más débiles, a los que viven de vender su fuerza de trabajo. La clave no está en un posible y deseable reparto equitativo de las consecuencias de la crisis, sino en paliar sus efectos más negativos y generar un modelo social y político más justo e igualitario. El verdadero escudo social ante la crisis consiste en construir desde la misma unas nuevas relaciones de poder que den más peso a las clases trabajadoras, garanticen los derechos sociales fundamentales y cambien las conexiones entre la economía y la sociedad. Esto no se hizo en la anterior crisis, sino más bien, al contrario, se produjo un uso capitalista de la crisis para golpear sistemáticamente a los derechos laborales, sindicales y sociales.

¿Cómo fue posible este uso capitalista de la crisis? Se podría explicar así, convertir el estado de necesidad en Estado de excepción. Aquí es donde aparece la Unión Europea. Las crisis siempre desvelan a los poderes reales. Es la vieja pregunta sobre el

soberano. Antes, la última ratio acaba anudando poderes fácticos con ruido de sables. Hoy las razones últimas se toman en lugares más lejanos y por una tecnocracia político-económica aparentemente neutral. La Unión Europea fue construida para esto, para despolitizar la economía y garantizar el poder omnímodo del capital. Decisión y democracia se separaron y el autogobierno de las poblaciones se convirtió en una idea zombi. ¿Quién impone el Estado de excepción? La Unión Europea y sus instituciones. Lo veremos muy pronto.

Hay que intentar ver esta crisis, como las otras, en dos momentos: el primero, el control político de la misma y el segundo, las medidas de recuperación o de reconstrucción. Ambas están íntimamente relacionadas. El gobierno PSOE-UP se está esforzando por apoyar a los sectores más débiles, a los previsiblemente más golpeados por la pandemia y por la paralización del sistema productivo del país. Se ha notado una falta de coordinación, de anticipación y la carencia de una unidad de reflexión y acción estratégica. Por lo demás, no muy diferente a otros países de nuestro entorno que no vieron sus dimensiones; conviene señalarlo. La UE –ya pasó la otra vez– aparentemente permite la "cláusula de escape" para los países en relación a los viejos criterios de Maastricht, el Banco Central Europeo puso en marcha una línea fuerte de más de 750 mil millones para comprar en el mercado secundario deuda pública y privada. El encontronazo norte-sur (básicamente, Holanda y Alemania) tuvo que ver con la carencia de políticas específicas de la UE. Ya sabemos tres cosas: no habrá mutualización de la deuda, no habrá monetización de la misma y, como prevé el Tratado del MEDE, la financiación será condicionada. Queda por saber cuáles serán éstas condiciones. Los nuevos mecanismos, como el SURE, están por diseñar y aprobar. Una cosa parece clara, su insuficiencia ante la enorme gravedad de los problemas que la pandemia conlleva. El estado de necesidad se agravará enormemente en las próximas semanas.

La coyuntura política está marcada por el conflicto y la polarización que el confinamiento apenas oculta. Las derechas, desatadas desde el primer día en una pugna por ver quién

descalifica de peor manera al gobierno. Se han llegado a proponer nada sutiles golpes de fuerza. Esto continuará y estamos solo en el principio. El debate parece ser la figura de Pablo Iglesias y el relevante poder de UP. Hay que tener cuidado, que el dedo no oculte la luna porque la fuerza viene del sol. Lo que hay verdaderamente detrás son los poderes fácticos, la trama que está ya marcando el territorio para la segunda fase; es decir, para las medidas a tomar cuando se controle la pandemia. Repito, primera y segunda fase están unidas. Sobredimensionar a Pablo Iglesias y a UP es parte de una estrategia, su objetivo es Pedro Sánchez. Lo poderes lo saben. Ahora de lo que se trata es de romper el gobierno para debilitar la posición del presidente y que se "ablande" y se avenga a unos nuevos "Pactos de la Moncloa" y, si es posible, un gobierno de concentración con el PP, apoyado por lo que queda de Ciudadanos. Vox, presumiblemente, no obstaculizaría esta operación.

No es este el momento para analizar qué fueron los Pactos de la Moncloa. Son parte del imaginario social que legitimó durante años la transición política, norma fundante del Régimen del 78. ¿Qué significaría aquí y ahora, unos pactos programáticos entre el PP y el PSOE? Pura y simplemente un (re)cambio del modelo constitucional y social del país, la liquidación del ya debilitado Estado del bienestar y dejar el control de nuestra economía a los poderes que mandan en la UE. Es decir, iríamos a una colonización de España, al fin de su soberanía popular y a la derrota histórica de las clases trabajadoras. ¿Juicio excesivo? ¿Hipótesis catastrófica? No lo creo, ya lo hemos vivido y la crudeza del debate político lo anuncia. Es más, con una población confinada, con una esfera pública limitada y con un estado de necesidad que hace del miedo y de la inseguridad una doble piel, los peligros se incrementan mucho. El Palacio, el Estado profundo, la trama nunca cejan y están siempre ahí para conservar el poder, para incrementarlo y hacer de la crisis un instrumento para perpetuarse. No sería nada nuevo en nuestra historia. La oligarquía financiero-empresarial persevera e intenta imponerse siempre. Hay una cuestión que no se debe olvidar: la crisis de la casa de los Borbones. En la constitución material de nuestro país, la monarquía

es una figura determinante y, como vemos cada día, inexpugnable. Es el centro aglutinador del bloque de poder y de las instituciones del Estado. Su crisis, en este contexto, enciende todas las alarmas.

El poder, los poderes, están en disputa y habrá una enorme batalla política, social y cultural en los próximos meses. El enfrentamiento decisivo será una vez más en la Unión Europea; allí se tomaran las decisiones fundamentales y se determinará nuestro futuro, lejos del control de la opinión pública, con un lenguaje ininteligible para la mayorías y, lo decisivo, impuesto a la soberanía popular. La atmósfera de solidaridad que hoy impera en los sectores populares refleja los deseos de unidad de nuestro pueblo. La sanidad es ya un bien público y un derecho consolidado en el conjunto de la población. Ahora tenemos que ir más lejos, reivindicar una educación pública de calidad y gratuita; hacer constitucionalmente exigibles los derechos laborales, sindicales y sociales fundamentales, empezando por el derecho al trabajo y a un salario digno. Si algo nos enseñan todas las crisis es que hay que reivindicar con fuerza un programa claro, alternativo y posible; buscar el consenso popular y reconstruir sobre él patria, pueblo y soberanía.

6 de abril de 2020

LA ESTRATEGIA DE LA TRAMA: DEL ESTADO DE NECESIDAD AL ESTADO DE EXCEPCIÓN

Se dice que la historia no se repite, luego se afirma que rima y, a renglón seguido, se proponen unos nuevos pactos de la Moncloa. Hay algo más que incoherencia: mal análisis de lo que fue la Transición, lo que significaron realmente los Pactos de la Moncloa y sus consecuencias para la democracia española. Xavi Domènech lo ha definido muy bien y a él me remito. Aquí y ahora, unos pactos programáticos con las derechas económicas y políticas serán pura propaganda o algo peor, preparar al país, a las clases trabajadoras, para nuevos planes de ajuste, de recortes salariales y laborales y, lo que es peor, neutralizar el conflicto social.

Hay cuatro planos que se entremezclan y que hay que intentar desbrozar. El primero es la gestión del gobierno. Más allá de los fallos de coordinación, de improvisaciones continuas y de carencias varias (como casi todos los gobiernos), hay un dato esencial que se olvida: el programa, los fundamentos políticos que dieron vida a este gobierno han saltado por los aires. Se habló, con razón, de correlación de debilidades. No hay programa, no hay estrategia y cada medida, cada propuesta hay que negociarla duramente. Proponer en estas condiciones una mesa, nada más y nada menos, para la reconstrucción del país, es, cuando menos, un error de cálculo de grandes dimensiones.

Otro plano es el más evidente y del que menos se habla, la construcción de un amplio sector público voluntario de solidaridad, de apoyo mutuo y de afectos. Se trata de un bloque transversal, que no necesariamente apoya al gobierno, pero que está defendiendo, con el ejemplo, lo público, los valores democráticos, una sanidad no mercantilizada y, en general, una economía política al servicio de las necesidades básicas de las personas. Este bloque hay que fortalecerlo y desarrollarlo desde un gobierno que se llama de izquierdas. La clave, insisto una y otra vez, es el valor transformador

del conflicto social como motor del cambio de modelo económico, social y político.

Un tercer plano tiene que ver con la derecha extrema y la extrema derecha. Merece la pena repetirlo: Vox no es el populismo de derechas, es la derecha tradicional española pura y dura; es decir, monárquica, autoritaria, neoliberal y dependiente, hasta extremos grotescos, de la política imperial de EEUU. No es antagónica al PP, más bien al contrario, se complementan y practican coherentemente la unidad de acción. ¿Cuál es su objetivo? Ganar el relato para impedir que el control de la pandemia pueda beneficiar al gobierno social-comunista, como ellos lo llaman. ¿En qué consiste su relato? En crear un marco cognitivo que culpabilice al gobierno, a la vez, del virus y de las muertes del virus. Convertir el sufrimiento de miles de personas en instrumento político para llevarlos al gobierno. Están dispuestos a esto y a mucho más.

Hay un cuarto plano que no se puede olvidar, la trama, los poderes fácticos, los grupos económico-financieros dominantes y sus tentáculos con los grandes monopolios internacionales. Hay que subrayar, luego se explicitará mejor, que hay una sintonía perfecta entre estos poderes y las instituciones de la Unión Europea. Esta sintonía es de clase y de proyecto, no es circunstancial; están interesados en la perpetuación del neoliberalismo, en la disciplina externa y en la camisa de fuerza que significa el sistema euro, que es mucho más que una moneda extranjera. La trama, los poderes reales, tienen un objetivo claro, explícito: “ablandar” a Pedro Sánchez, convertirlo en un instrumento pasivo de su poder; para ello necesitan poner fin a la presencia de UP en el gobierno. No hay que confundirse, la pieza a cazar no es Pablo Iglesias, es Pedro Sánchez. Su estrategia –la conocemos muy bien desde siempre– convertir el estado de necesidad (económica) en estado de excepción (económica, social y política).

Como era de esperar, el gobierno se está convirtiendo en el centro donde se anudan todos los conflictos básicos. Los poderes lo saben, la derecha económica y política, también. Un sector del gobierno está emitiendo señales a las instituciones europeas y a conocidos órganos de comunicación, trasladando el conflicto y

quienes son sus protagonistas. Inevitablemente hay que hablar de estrategia y tener algunas ideas claras. En la crisis se están delineando dos fases: la del control de la pandemia y de la salida socioeconómica de la misma. No se pueden separar. La idea de solucionar como sea la crisis del virus y luego el programa de reconstrucción es un error muy grande.

Entender bien la fase. La crisis será larga, compleja y con enormes costes productivos y sociales, al menos, por tres causas: 1) porque el coronavirus vino a acelerar catastróficamente una crisis latente en el sistema económico mundial. Todos esperábamos un "cisne negro" y apareció un tiburón. Esta es la novedad que señala, además, las rupturas de la sociedad en su metabolismo con la naturaleza; 2) antes, durante y después de la crisis se juega una batalla geopolítica de grandes dimensiones que irá oponiendo a dos bloques, más o menos heterogéneos, en torno a una potencia en decadencia (EEUU) y a una potencia emergente (China). Esta sacó al capitalismo de su anterior crisis y la partida que se está jugando definirá un nuevo territorio más conflictual, más beligerante y más polarizado; 3) los grandes problemas se acentuarán, los conflictos políticos se irán generalizando igual que las desigualdades, la pobreza y la lucha por los recursos. La guerra no estará lejos.

Clarificar el papel de la UE. Es increíble que a estas alturas, desde el gobierno, se hable de la UE como un problema de relaciones internacionales. El Estado español no es un país soberano. De su Parlamento no depende la política económica. Fabular planes de reconstrucción económica y social del país es engañar y engañarse. Para decirlo sin ambigüedad: las políticas dominantes (consagradas en los tratados) son incompatibles con políticas de reindustrialización, de desarrollo del Estado social y de la defensa del poder contractual de las clases trabajadoras. El problema del sistema euro es que el emisor la moneda es distinto del que la usa. Para España (y para cualquier otro país, excepto Alemania), el euro es una moneda extranjera que depende del "príncipe moderno", es decir, del Banco Central Europeo. Conviene repetir que tanto las instituciones de la UE como los poderes económicos del Sur están claramente interesados en perpetuar la

disciplina y la intervención externa que supone la economía del euro.

No monetizar la deuda ni emitir bonos mancomunados supone que cada país, singularmente considerado, terminará entrampado en la deuda soberana. Esta vez el signo es diferente. Una crisis externa que provoca un gravísimo problema económico-productivo y social, una crisis financiera en ciernes y un problema tremendo de deuda púbica. Lo que ha venido de la UE es insuficiente para las dimensiones de la crisis, incrementará la deuda y nos situará en un escenario futuro extremadamente difícil. Cuando se controle la pandemia en lo fundamental, cada país se tendrá que basar en sus propios medios pero sin capacidad de emitir moneda; es decir, atados a las directrices del Eurogrupo y del BCE y, en último término, a la dictadura de los mercados.

Sobre la gestión del gobierno. Seguir esperando que de la UE vengan alternativas solidarias, fondos no sometidos a estricta condicionalidad, es no entender cómo funciona la UE. Se dice que, con esta dinámica se puede poner en peligro el euro y la propia UE. Es verdad. ¿Dónde está la línea de ruptura? ¿Negociar individualmente los gobiernos con las instituciones de la UE y con Alemania o presionando con la movilización de las poblaciones contra políticas que ponen en peligro derechos y libertades? ¿No hemos aprendido nada de Grecia? La trama, los poderes económicos, en alianza con la tecnocracia europea, lo que busca es encerrarnos en un escenario de extrema necesidad donde, al final, haya que elegir entre salir de la UE o permanecer en ella aceptando unos durísimos planes de austeridad. Precisamente por esto, las decisiones que no se tomen ahora o que se tomen en una mala dirección, pesarán de forma determinante en los supuestos planes de reconstrucción productiva y social. ¿Alguien cree, a estas alturas, las declaraciones de Felipe González advirtiendo del peligro de UP? ¿Alguien cree que, como dice el consejero de Slim, UP está intentando un cambio de régimen? Todo esto es parte de la ofensiva de los poderes, de la trama para impedir que se tomen medidas que puedan dificultar mucho los planes de ajustes futuros.

La decisión estratégica fundamental de este gobierno sería definir con precisión un programa en positivo de reconstrucción del país, pactarlo con los actores sociales y propiciar la movilización de la ciudadanía. Las instituciones de la Unión Europea lo que más temen es el debate público, la deliberación democrática, luz y taquígrafos. Aquí se ve con mucha la claridad la inanidad, cuando no la mentira, de tanto europeísta que lo único que hace es “salvar” a sus grupos de poder económicos, a sus clases dirigentes. Si se afirma, como dicen ellos, que la actual UE va en dirección contraria a la que debería, que hace falta una Europa “más social” y una Europa “más solidaria”, ¿no ha llegado ya el momento de enfrentarse a unas instituciones que promueven políticas que generan enormes sufrimientos sociales y psíquicos, pérdida de derechos y libertades, recortes salariales y la progresiva liquidación de lo que queda del Estado social? ¿No ha llegado el momento de enfrentarse a una UE que divide a Europa, que es una máquina de producir nacionalismo y derechas extremas y que –lo peor– genera las condiciones para que, poco a poco, vayan desapareciendo las fuerzas democráticas y populares alternativas? La única forma de encarar este dilema es movilizando a la opinión pública, rearmando programáticamente a los actores sociales y estableciendo las grandes prioridades de un país que va a sufrir una crisis de dimensiones graves y enormes. Si las políticas que el país necesita no son posibles en esta Unión Europea hay que plantearse salir de ella. Solo jugando fuerte será posible cambiar sus directrices dominantes. O esto o aceptar las políticas de la superausteridad que vienen.

Hagamos un cierto ejercicio de imaginación. Supongamos un retroceso considerable del PIB (ponga la cifra que dan las distintas organizaciones), añádale la destrucción de miles de pequeñas y medianas empresas, el crecimiento exponencial del paro, de la deuda pública y del déficit fiscal. Los medios hablando de quiebra del país y de la necesidad de echar a UP del gobierno, y los llamados mercados, especulando y haciendo subir la prima de riesgo. ¿Política ficción? No lo creo. La historia se repite, sí, por su peor lado, parafraseando al maestro Hegel.

21 de abril de 2020

LO QUE LA TRAMA TRAMA: EL ESCUDO DE LOS PODERES ECONÓMICOS

Para Susana López camarada y amiga

> *"Saben que las alternativas realistas, cuando un partido toma posesión del gobierno son: a) una implementación continua del programa prometido, o, b) una pronta transición a lo que se ha llamado "administración de la crisis", o c) una mezcla, en proporciones críticamente variables, de a y b."* Raymond Williams (1983)

La tarea del momento es pensar estratégicamente. Los miles de infectados y de muertos se acumulan en nuestra mente; el dolor, el sufrimiento masivo y el miedo al futuro nos dificulta pensar, sobre todo a largo plazo. Los que mandan y no se presentan a las elecciones están acostumbrados a operar desde un planteamiento global. La clave es anticiparse y sacar ventaja. Da la sensación de que el Gobierno vive al día, carece de un análisis solvente de la realidad y no es capaz de definir sus grandes prioridades.

Hace ya muchos años Raymond Williams habló del "plan X". Hacía referencia a un modo específico de pensar de las élites dominantes caracterizado por: a) un análisis despiadado de la realidad, inclusive más duro de lo que suelen pronosticar los catastrofistas; b) el convencimiento de que las tendencias básicas son difícilmente reversibles; y c) lo decisivo es sacar ventaja, adelantarse en la propuesta y dirigir los procesos. Por eso he hablado antes de la importancia de un pensamiento estratégico.

Frente a lo que se suele pensar, la realidad es un complejo donde se entrecruzan tendencias que apuntan y posibilitan estrategias diferenciadas. Es bueno partir de aquí. Cuando llega la crisis, los poderes tienen miedo, se organizan, se movilizan y se dotan de un plan X. En esas estamos desde hace meses. Mientras que el Gobierno, las administraciones públicas y los funcionarios hacen enormes esfuerzos para controlar la pandemia, ellos están

definiendo los escenarios futuros e intentan anticiparse. La política es algo más grande que lo político; quedarse solo en esto último es equivocarse. Lo peor es el silencio atronador de la izquierda social y cultural.

Atendiendo lo que los tertulianos dicen, los periodistas confirman y las encuestadoras analizan, parecería que estamos en una guerra, ante un conflicto de difícil salida. Muchos hablan de un escenario parecido al de la II República y otros anuncian golpes palaciegos en un momento nada bueno para la Casa de los Borbones. Esto es" lo político" pero" la política" va mucho más allá. Lo que hay en el trasfondo es una lucha descarnada por y en el poder. Los que mandan saben que las crisis tienen diversas posibilidades de salida, temen perder sus privilegios, su enorme influencia sobre la clase política y, sobre todo, su control sobre el Estado. Se están moviendo hacia un horizonte que sitúe al gobierno y a la sociedad en un estado tal de necesidad que les obliguen a aceptar la dirección económica de la Unión Europea y nuevos planes de austeridad. Este estado de excepción económico –esto lo sabemos ya– estará acompañado de nuevos mecanismos de control sobre las poblaciones que impidan la movilización, la lucha social y salir, de una vez por todas, del neoliberalismo.

Su problema está en el Gobierno. Las clases dirigentes nunca han tenido dificultades con el PSOE, pero no se fían de Pedro Sánchez; temen que se crea lo que dice, que tome medidas inadecuadas y que no afronte bien los escenarios que cuidadosamente están preparando. Conocen al dedillo lo que pasa en el Consejo de Ministros, manejan información de primera mano y expresan una preocupación creciente sobre lo que se decide y lo que se puede decidir. Sobredimensionar la figura de Pablo Iglesias, acentuar la importancia de las ministras de UP, tiene como objetivo golpear a Pedro Sánchez. Si consiguieran romper el Gobierno, sería una señal inequívoca que la sensatez se impone y que tienen controlada la situación. Por ahora el verdadero poder de UP es el veto, es decir, impedir medidas anti sociales e intentar ir más allá con propuestas que refuercen nuestro debilitado Estado Social.

Se ha hablado mucho del escudo social; es decir, de fortalecer las redes que protegen a los asalariados, a las personas mayores y, en general, a los sectores más débiles. Lo que nunca somos capaces de ver del todo es el escudo social que protege a los que mandan y no se presentan a las elecciones, a los grandes poderes económicos. Siempre hay que partir de que en la sociedad capitalista, las clases económicamente dominantes tienen un poder estructural y que, por consiguiente, hay una desigualdad básica, sustancial. Habría que afinar más. ¿Cuáles son los elementos que configuran el escudo social de los poderosos?

En primer lugar, la Unión Europea. Da un poco de vergüenza hablar de estas cosas después de lo que pasó en el 2008 y de lo que está pasando ahora, los prejuicios ideológicos siguen siendo muy fuertes. Las clases dirigentes del sur de Europa apostaron claramente por el proyecto europeo definido en Maastricht porque tenían miedo a la democracia, al conflicto social, al pluralismo político. Engarzarse con la Europa del euro era un mecanismo decisivo para disciplinar a las economías, someterlas a un ajuste permanente y debilitar la capacidad contractual de las clases trabajadoras. Ningún gobierno (en Italia, Francia, España) hubiese durado mucho aplicando las políticas neoliberales y las férreas reglas de la estabilidad financiera si realmente hubiese soberanía política. La UE es, hoy por hoy, la garantía última de que los intereses de las clases económicamente dominantes prevalecerán. Por eso, a la hora de la verdad, no hay grandes diferencias entre los gobiernos del Sur singularmente considerados y las instituciones europeas; es un “juego” que siempre gana Alemania.

En segundo lugar, el fuerte control de los medios de comunicación por parte del capital financiero. Esto se acentuó mucho en la crisis anterior y ahora será todavía más relevante. Tampoco en esto hay que engañarse. La pluralidad tiene que ver con los distintos modos y formas de aplicar el neoliberalismo; se puede hablar de una derecha y de una izquierda neoliberal. El pensamiento único devino en política económica única. Al final se aceptarán las directrices que vengan de la UE y se dirá, una y mil veces, que no hay alternativa o que esta sería peor; es decir, salir del euro y poner en cuestión la

UE. Es un chantaje discursivo que se empleó y que se empleará en el futuro.

En tercer lugar, las derechas y una parte significativa del Partido Socialista. El coronavirus ha puesto de manifiesto con mucha claridad la verdadera cara de las derechas y su unidad de acción. El material con el que trabajan es muy simple: criminalizar al gobierno de los muertos –y hasta del virus– para restarle legitimidad y obligarle a la convocatoria de elecciones lo antes posible. Vox ha dado de sí todo lo esperable, neoliberalismo, autoritarismo y una carencia absoluta de proyecto de país. Conviene no perderse mucho en esto. PP, Vox y Ciudadanos representan con mucha fuerza los intereses de las clases económicamente dominantes. Antes hablé de la UE. Ahora se puede ver la otra cara: nuestra histórica burguesía patrimonialista no tiene ningún problema en enajenar la soberanía y la independencia nacionales siempre que puedan seguir controlando a la ciudadanía e imponer sus criterios económicos y políticos. Su nacionalismo es perfectamente compatible con su subordinación a intereses extranjeros y a proyectos que nos convierten en país económicamente dependiente y políticamente sometido.

En cuarto lugar, la dirección de la economía en sentido estricto. No hay ninguna duda del dominio que ejerce el capitalismo financiero sobre los grupos empresariales, los medios de comunicación y sobre el gobierno económico del país. Es la “mano visible” de una hegemonía basada en específicas y tradicionales relaciones con el poder político de una plutocracia dependiente del gasto público y con infinitas capacidades para generar corrupción en todo el sistema. Los poderes fácticos, hay que insistir, optaron hace décadas por ser la periferia de una Europa alemana. Este es su verdadero proyecto político. Las políticas neoliberales significan para España aceptar la división del trabajo imperante en la UE, renunciar a una industria propia y diversificada, a la soberanía alimentaria, a un sector energético potente y crecientemente autónomo, al pleno empleo y a un trabajo digno. En fin, ir debilitando progresivamente a un Estado Social que nunca alcanzó el nivel requerido.

Pensar estratégicamente significa prepararse activamente para el enfrentamiento que está por venir, analizar con precisión la correlación de fuerzas imperante y organizar un bloque alternativo. Lo que pase en el futuro va a depender en gran parte del Gobierno, de su coherencia política, de su coraje; de su capacidad para definir un proyecto de reconstrucción económica, social y política al servicio de las mayorías sociales, de subordinar el mercado capitalista a las necesidades básicas de las personas. La señal de que se va en serio es sencilla: buscar el apoyo del pueblo y propiciar su movilización, saliendo del Palacio y pasando a la ofensiva político-cultural.

Hay que anticiparse y evitar el escenario que se está preparando para los próximos meses, a saber, situarnos ante la disyuntiva de ser rescatados o abandonar la Unión Europea, en medio de una gravísima crisis económica, con un desempleo brutal y con problemas fiscales de gran calada. Es el momento para enfrentarse a las políticas neoliberales de las instituciones de la UE, poniendo en cuestión las reglas de los Tratados y exigiendo monetizar y mutualizar la deuda.

La Comisión está ante su estrategia favorita: ganar tiempo para que lo más duro de la pandemia haya pasado y volver a las inexorables leyes del ordo liberalismo alemán. Es ahora o mañana será demasiado tarde. La Europa alemana del euro no es viable sin Italia y España. Esto debe ser situado con claridad en la negociación. Al final, seguramente, habrá que elegir entre defender los intereses nacionales y populares o aceptar las políticas de austericidas. La clave, como siempre, tomar la iniciativa, marcar el territorio y saber a dónde se quiere ir. Las batallas que no se dan se pierden siempre.

5 de mayo de 2020

JULIO, DOLOR Y RABIA

Para Agustina

Le afectó mucho la muerte de Susana López. Me llamó con un tono inusual en él, como desesperado. Susana había ido telefoneando a sus amigos y amigas en lo que era, consciente o no, una despedida. Agustina, su compañera, me lo confirmó después. En esos días, me llamó también para hablarme del Manifiesto que estaba preparando. Le dije que lo firmaba sin necesidad de leerlo pero no lo aceptó; quería mi análisis crítico y aportaciones.

Habría que empezar desde lo fundamental: Julio era una persona cabal. Raro, singular y con un carácter muy marcado, en parte, construido por él mismo. Valentía, arrojo y orgullo definían un estilo que luego lo convirtió en política. Era maestro, historiador y aficionado al teatro. Conocía bien las reglas del discurso y las claves de la retórica política. Su llegada al comunismo, igual que para muchos de su generación, fue ante todo, un compromiso moral con las clases trabajadoras, con los comunes y corrientes. Conocía minuciosamente la historia de España, las de Córdoba y Andalucía y sabía muy bien las características que tuvo el capitalismo español. Nunca hablaba “de oído”, estudió mucho hasta el final de su vida y aprendió a rodearse de gente que le aportaban conocimiento e información.

Fue un excelente gestor público. Tenía principios y nunca fue un doctrinario. Esto es importante entenderlo. Como alcalde, no tuvo problemas en gestionar la ciudad con la oposición, buscó el consenso, no desde abstracciones, sino desde el programa entendido como un contrato con la ciudadanía. “Olía crecer la hierba” y tenía una intuición bastante certera de la orientación del voto. Llegó a la política andaluza y nacional como renovador; en muchos sentidos, lo ha sido siempre. Entendió antes de que se cayera el Muro que un ciclo histórico estaba acabando y que era necesaria una nueva política y nuevas formas de ejercerla. Esto

llevó a despistes dentro y fuera del PCE. Muchos lo consideraron de derechas y lo apoyaron por eso. Se equivocaron, se equivocan siempre. Julio era un renovador desde y en la tradición comunista.

Entendió muy pronto que el tipo de modernización capitalista que Felipe González dirigió y organizó tendría consecuencias negativas para la estructura productiva de España, para los derechos laborales y sindicales; que hipotecaba un futuro que muchos pensaron que era el fin de un atraso histórico y nuestra llegada a la modernidad. El debate de Maastricht fue muy duro por esto. Una parte de la dirección del PCE y de IU le aconsejó eludir la confrontación buscando terrenos menos pantanosos. Anguita no dudó y supo dar la batalla. ¿Qué estaba en juego? Lo mismo que ahora, la idea de alternativa; es decir, superar en serio el modelo neoliberal yendo hasta las últimas consecuencias.

Lo que vino después es conocido: una campaña sistemática de demolición y derribo contra una persona que se había convertido en referente de una base social compleja y en ascenso. Todo lo que hemos visto contra Unidas Podemos se practicó a lo grande contra Julio Anguita y contra IU: intervención de los aparatos del Estado (cloacas incluidas), grupos empresariales y mediáticos, y una corte de intelectuales que hacían méritos para convertirse en lo que Manolo Sacristán llamó “letratenientes”. Hablar mal de Anguita era recompensado y una señal de respetabilidad social. Sin la división interna en IU no hubiese sido posible el bloqueo político y la posterior derrota electoral. Anguita somatizaba todo y su primer infarto tuvo que ver con este clima.

Se ha hablado mucho de la Transición y Julio Anguita. Lo que se pactó realmente lo hemos conocido después. El nuevo Secretario General, frente a otros dirigentes del PCE, nunca embelleció lo que fue la Transición y sus consecuencias. Supo que era un pacto desigual y que tuvo sus costes. En un momento complejo, cuando Anguita denunció el mal uso que se estaba haciendo de la Constitución y cómo sus aspectos más progresivos estaban siendo mellados o simplemente ignorados, advirtió en público que el PCE e IU estaban en condiciones de situar la Monarquía en el centro del debate. Los que mandan y no se presentan a las elecciones

entendieron que se había ido más allá de lo permitido y sacaron la inmensa munición de que disponían contra un proyecto que impugnaba unas reglas del juego no escritas y que se situaban por encima de la Constitución. La corrupción de la casa de los Borbones ya se estaba convirtiendo en un elemento significativo del sistema de poder.

Anguita, que veía largo, se dio cuenta de que no estaba en condiciones de liderar un proyecto como IU y el PCE y planteó su sustitución en un proceso que debería ser ordenado y democrático. No fue posible. Me remito a lo que el propio Anguita contó. Lo único que puedo decir a este respecto es que Julio lo pasó extremadamente mal y no se sintió acompañado por los que él consideraba camaradas y amigos. Volvió a sus clases y a su salario de profesor de instituto. Algún medio de comunicación –los enemigos ni olvidan ni perdonan– se dedicó durante meses a verificar la profesionalidad del que tuvo como honra ser un maestro de escuela.

El 15M lo reconoció como interlocutor. Anguita fue al debate según su estilo, decir la verdad, argumentar con seriedad y no darle coba a un movimiento que estaba emergiendo. Con modestia, señaló sus deficiencias, la necesidad de un proyecto visible y de organizarse sin perder sustancia social. Defendió la unidad de IU y Podemos yendo más allá de una simple coalición electoral y parlamentaria. Soñó con comités unitarios en los barrios, asambleas abiertas y participativas y una movilización social más allá de los ciclos electorales.

Ahora nos deja. Su preocupación última, la de casi siempre: no basta gobernar, no basta gestionar, hace falta implicación de los actores sociales, crear organización y convocar al pueblo cuando se entra en un periodo presidido por una pandemia global, por una crisis económica de grandes proporciones y por un desempleo brutal. Su último documento, el Manifiesto, se ha convertido en su testamento y nosotros en sus legatarios.

16 de mayo de 2020

EN EL GOBIERNO REINA EL CAOS, LA DERECHA TOMA LA CALLE Y LOS PODERES CONSPIRAN: EL MOMENTO ES EXCELENTE

Para Juan Rivera, por recordar en voz alta

Se dice que ha sido una metedura de pata de dimensiones épicas; sin embargo, lo que realmente se trasmite es que hay un duro conflicto en el Gobierno y que se está llegando a un punto de no retorno. Seguramente no es para tanto, pero esta lectura es posible y, lo más significativo, sirve para dar argumentos a una operación en marcha contra el Gobierno que dura meses. Se produce en un momento, hay que subrayarlo con fuerza, en el que asistimos a la rebelión de las élites económicas, empresariales y políticas que no tienen ningún reparo en usar a fondo a la extrema derecha para decantar el proceso a su favor. El problema real, lo que desvela el conflicto en el Gobierno, es determinar quién va a dirigir el proyecto de reconstrucción económica y social una vez que se controlen las consecuencias socio-sanitarias de la pandemia de covid-19. Este es el debate político relevante. Lo demás es secundario.

Hay que volver a insistir. Tenemos que distinguir dos momentos, el del control de la pandemia y el de la reconstrucción. La clave está en entender que los dos están íntimamente unidos; es decir, lo que se haga ahora, las medidas que se tomen ahora, marcarán la orientación y el tipo de reconstrucción del país. El dilema redistributivo, el reparto de los costes (siempre desiguales), tiene que ver con el modelo de desarrollo que se quiere para España. Para decirlo con más claridad, ¿vamos a seguir basándonos en salarios bajos, en la precariedad laboral y en un Estado Social cada vez más limitado o en salarios dignos, derechos sociales para todos y todas y un control estricto de los grandes poderes económicos? No nos engañemos, esto significa reinsertarse de otra forma en una

Unión Europea que va a acentuar dramáticamente la diferenciación y la asimetría entre el Norte y el Sur.

¿Por qué esta animadversión tan radical a un Gobierno que defiende un programa moderadamente socialdemócrata, que no cuestiona las reglas del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, que sigue estrictamente las directrices de la Comisión Europea y se comporta como un buen alumno de una UE que, por decirlo suavemente, vive una crisis que puede ser terminal? Los poderes no descansan. Sus centros de elaboración y programación trabajan a todas horas. Lo fundamental: adelantarse, sacar ventaja y generar escenarios adecuados. Este Gobierno no es el que quieren los poderes económicos y empresariales; no se fían, no tanto por lo que hace, sino por lo que impide. El papel de Unidas Podemos es, hoy por hoy, de veto, pero además, intenta diseñar políticas anticrisis progresivas y apunta a superar los aspectos más nocivos de un modelo productivo basado en la precariedad, la desigualdad y la pobreza.

Es significativo que la crisis haya llegado por el modelo de relaciones laborales. Una de las claves de una salida de derechas a la crisis es la libre disponibilidad de la fuerza de trabajo por parte del empresariado, la dependencia completa del trabajo al capital. Kalecki lo analizó muy bien hace más de 70 años, siguiendo la huella de Marx: el objetivo es disciplinar a las clases trabajadoras, obligarlas a aceptar bajos salarios, condiciones de trabajo y laborales inhumanas. El instrumento es el paro masivo, la profundización en la precariedad, la pérdida de peso del sindicalismo de clase y la pobreza estructural. Se trata de la lucha de clases que, al parecer, solo los grandes empresarios y las derechas creen en ella. Como decía el gran Luciano Gallino: el conflicto de clase dirigido, organizado y ejecutado desde el alto, desde las clases dirigentes.

Los dos momentos están unidos. Lo que no se haga ahora, difícilmente se hará en el futuro. Sabemos ya algo con certeza: no habrá solidaridad de la Unión Europea. La mentira y la propaganda se entremezclan y lo que llegue será poco e insuficiente. Una vez más, Alemania, con la ayuda impagable de Francia, está ganando

tiempo, un tiempo precioso y utilísimo. En septiembre o en octubre nos daremos cuenta de esta realidad que hoy pocos admiten. Hay que escuchar atentamente lo que dijo el otro día el gobernador del Banco de España. El escenario es claro: un desempleo en torno al 20%, una reducción enorme de los ingresos del Estado y una gran necesidad de financiación. Se habla de un 120% de deuda pública y un déficit presupuestario por encima del 10%. Cojo las cifras más moderadas. La deuda, es bueno saberlo, no es un problema cuando lo es en tu moneda, cuando tienes soberanía monetaria, pero se convierte en un drama cuando es, como el euro, en una moneda extrajera. Desde la Comisión Europea se nos anima a endeudarnos; es decir, que los bancos y los grandes fondos de inversión pidan créditos al BCE y compren nuestra deuda, que, a su vez, será comprada por el BCE, lo que les dejará grandes ganancias. Esto tendrá límites precisos. Pronto notaremos qué significa estar de nuevo en manos de los mercados financieros y poder real del BCE, auténtico dictador moderno.

Lo he dicho muchas veces: los que mandan intentan construir un escenario donde el estado de necesidad se convierta en estado de excepción. Volverán los viejos dilemas y, para cerrar el círculo, se nos obligará a elegir entre el euro y las políticas de austeridad. Los plazos no se alargarán demasiado y pronto nos encontraremos que retornan los problemas de la deuda soberana y la necesidad de un ajuste permanente que, según el gobernador del Banco de España, nos llevará al año 2030. Es decir, dos décadas perdidas y una inserción cada vez más subalterna en la Europa alemana. Hablar de reconstrucción económica y social del país obliga a hacerlo en serio. Estamos ante la enésima operación para continuar con el mismo modelo de acumulación, pero con peores condiciones productivas, tecnológicas y sociales. Nuestras élites económicas, empresariales y políticas –la trama– lo que quieren realmente es mandar a cualquier precio pactando con los grades poderes internacionales y garantizando que cumplirán las sagradas reglas de la Unión Económica y Monetaria.

Resumiendo: 1) Estamos ante una batalla política de grandes dimensiones que está comenzando; 2) El objetivo es Pedro

Sánchez, ablandarlo, debilitarlo y obligarlo a cumplir las directrices de los poderes económicos. 3) Para que esto sea posible, es necesario desestabilizar el Gobierno y echar de él a Unidas Podemos. 4) El territorio del enfrentamiento lo marcará, como siempre, la Unión Europea. 5) La movilización de la derecha es subalterna, sin un proyecto propio de país y al servicio del bloque de poder hegemonizado por el capital financiero.

Hay un silencio atronador. Las bases sociales y políticas de la izquierda están desmovilizadas, carecen de referentes claros y no tienen relaciones orgánicas con el gobierno del PSOE/UP. Las clases populares, los intelectuales críticos, los jóvenes, las mujeres no ven a este Gobierno como algo propio, que merezca la pena defenderlo y dar la cara por él. La esperanza convive con el escepticismo y el temor de que, al final, este no sea realmente un Gobierno comprometido con las mayorías sociales. ¿Qué es lo que hace falta? Proyecto y programa. Solo así se conseguirá el compromiso activo de los hombres y de las mujeres que quieren una sociedad más justa, democrática y solidaria, comprometida con la igualdad sustancial.

Pedirle al PSOE que organice la movilización social, que promueva el debate público y que favorezca la auto organización social parece excesivo; para Unidas Podemos es obligatorio, esté en el Gobierno o fuera de él. Esta crisis, conviene volver al inicio, ha demostrado que las diferencias en el Ejecutivo son sustanciales y que conviven en él proyectos contradictorios. La agudización de la crisis económico-social obligará a una definición clara y nítida. Pedro Sánchez ya no podrá mediar y deberá escoger aliados políticos y alianzas sociales. El margen para las maniobras tacticistas se está terminando, llegó la hora de la política a lo grande.

El dilema con el Gobierno o contra el Gobierno ya no define las dimensiones estratégicas del problema. Ahora, de lo que se trata es de con el Gobierno, pero más allá. Eso ¿qué significa?: primero, reforzar la autonomía del proyecto de Unidas Podemos, bajo el principio de a más unidad, más independencia estratégica. Segundo, hay que reforzar la definición programática de UP,

elaborando un decálogo de ideas-fuerza que expresen con claridad y precisión el proyecto de España que defendemos. Tercero, hay reforzar la organización de UP, creando una formación política de nuevo tipo que organice comités unitarios a todos los niveles, que favorezca la unidad de acción y que permita el debate plural y abierto. Cuarto, hay que reforzar los vínculos sociales, reinsertarse en los territorios e implicarse activamente en el conflicto social.

El momento es excelente para tomar decisiones. Nada de pesimismo; en la realidad ya existen las condiciones para construir un bloque social alternativo. Lo que hace falta es saber a dónde se va, qué es lo que viene e ir más allá de una política exclusivamente centrada en la gestión gubernamental y en el trabajo parlamentario. Si algo demuestra la experiencia de UP en el Gobierno es que necesita la implicación y la complicidad de actores y movimientos sociales. En los próximos meses esto será aún más importante.

25 de mayo de 2020

DE LA CRISIS DE RÉGIMEN A LA CRISIS EN EL RÉGIMEN: ¿NEGOCIANDO LA NUEVA RESTAURACIÓN?

> *"España lleva siglos vigilada por las grandes potencias": Alfonso Ortí.*

La acción/reacción funciona en política. Hubo una acción: el golpe de los poderes económicos-empresariales con el objetivo de modificar el modelo social y constitucional, usando la crisis económica como instrumento, bajo el impulso y complicidad de las instituciones de la Unión Europea. Hubo una reacción: el 15M, una rebelión ciudadana que denunciaba al capitalismo financiero depredador, a unas élites políticas sometidas a sus directrices y a unas instituciones cada vez más alejadas de la ciudadanía, de sus necesidades y demandas. En su centro: la casta, la trama; un bloque de poder que unificaba y organizaba a grandes empresarios, medios de comunicación, sectores significativos de los aparatos del Estado y una parte sustancial de la clase política.

Los que mandan y no se presentan a las elecciones sintieron miedo por primera vez en años. Se abría una *"crisis del Régimen*" en momentos delicados y, lo que más les preocupaba, emergía una fuerza política, Podemos, que denunciaba a las élites dominantes, criticaban la corrupción reinante en el Estado y proponía la reforma constitucional, activando el poder constituyente originario del pueblo, con el objetivo de regenerar la vida pública, democratizar la economía y garantizar los derechos sociales fundamentales. ¿Cuál fue la reacción? Vino un tsunami. Los poderes lanzaron una ofensiva brutal, sostenida en el tiempo y con el empleo de métodos tanto legales como ilegales, incluidas "las cloacas" del Estado y de las empresas. Consiguieron frenar el movimiento, lo dividieron y rápidamente percibieron la debilidad de su equipo dirigente. Las

derrotas solo son definitivas cuando las hacen suyas los cuadros básicos de la fuerza ascendente. Tan viejo como el mundo.

Cuando los cambios progresivos se frustran, la situación no vuelve al inicio. La contradicción no era entre los partidarios del régimen del 78 y los que defendían un proceso constituyente democrático. No, ese era un falso debate y una estafa política. El debate verdadero era entre los que habían dado el golpe de Estado que desnaturalizaba la constitución del 78 y los que aspiraban a defender derechos y libertades conquistadas desde la única forma posible: dando voz y protagonismo al soberano, al pueblo español. No, no se vuelve al inicio. Hemos pasado de una "crisis del Régimen" a una "crisis en el Régimen". Los cambios frustrados pasan factura.

La vida pública está cambiando. La pandemia lo ha movido todo y la fase política gira hacia una situación diferente. Se habla de estrategias de tensión, de crispación pre golpista, de tácticas "*a lo Bolsonaro*" y de "*golpes de Estado*" fracasados. Sea exagerado o no, la situación ya es otra a la que existía antes del covid-19. Los datos están ahí. Por un lado, una crisis económica y social extremadamente grave que no ha hecho más que empezar, a la que se le está negando hondura y recorrido. Por otro, unas derechas a la ofensiva, convencidas de que este es su momento y que el tiempo les puede beneficiar si, y solo si, mantienen la tensión. A ello se le une un Gobierno sobrepasado, nunca pensado para una situación como esta, que intenta controlar la pandemia y, sobre todo, paliar los costes sociales de la misma y no repetir la experiencia de Zapatero. Otro de los elementos de la situación actual sería la autonomización de aparatos e instituciones del Estado. Es el dato más relevante. Se hizo evidente con Rajoy (la derechita cobarde) y se movilizó con el discurso del rey (3 de octubre de 2017). Es la crisis existencial del Estado la que nos va situando en una crisis política en y desde el régimen.

Para entender qué significa esta crisis en el Régimen es bueno hacerse la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que un Gobierno tan moderado como el del PSOE-UP suscite tanta oposición? ¿cómo es posible que un Gobierno presidido por Pedro Sánchez

sea combatido como si pretendiera iniciar la revolución socialista? Hay que distinguir entre la propaganda y las estrategias políticas solventes. Los poderes económicos, que son hoy el actor político fundamental, tienen las cosas claras y elucubran poco con las ideologías, para eso están Casado, Abascal y sus agentes mediáticos. Lo suyo es más preciso: el constitucionalismo social del 78 no debe volver porque, según ellos, no lo podemos pagar. Por lo tanto, hay que prepararse para transitar al régimen político que nos corresponde como subalternos en la Europa alemana en redefinición y reconstrucción. ¿Qué están dispuesto a pagar los que mandan? No mucho; más bien nada. ¿Qué democracia, están dispuestos a tolerar? La que permita el dominio de la plutocracia y sus aliados.

Los que mandan, la trama, saben que estos gobernantes son socialdemócratas moderados, europeístas partidarios del Plan de Estabilidad y Crecimiento, que consideran el euro como una realidad irreversible y la Unión Europea como el horizonte de la época. ¿Por qué combatirlos entonces? Porque son un obstáculo y pueden convertirse en un problema no tardando mucho. No es personal, es estrategia política. Entienden que vienen épocas de grandes cambios que están redefiniendo el papel de España en la división europea del trabajo. Alemania en crisis y resituándose en un mundo multipolar, que camina hacia un enfrentamiento decisivo entre EEUU y China.

Francia sin norte y los países del sur endeudándose hasta límites suicidas. La trama oligárquica duda de si este Gobierno entenderá que vienen tiempos de ajustes sociales duros y de adelgazamiento del Estado de bienestar. ¿Comprenderán que la “constitución del trabajo” es cosa del pasado y no volverá? ¿Tomarán nota de que nuestra competitividad en las nuevas condiciones tecnológicas dependerá de la libre disponibilidad del uso de la fuerza de trabajo y de salarios adecuados? No se fían. Su objetivo es debilitar a Pedro Sánchez, obligarle a ajustarse a las reglas y a seguir las directrices de la UE. Para ello, la condición previa es expulsar a UP del gobierno.

La duda surge de inmediato: ¿cómo es posible que pueda haber un enfrentamiento con una UE que ha aprobado un plan de reconstrucción de grandes dimensiones? ¿Un enfrentamiento con una UE, por fin, solidaria y que ha aprendido de la crisis anterior eliminado a los “hombres de negro”? ¿Cómo justificar un enfrentamiento con unas instituciones europeas que, según algunas opiniones, están en el “momento Hamilton”? De nuevo, hay que distinguir las voces de los ecos. Uno tiene que frotarse los ojos y volver a leer. ¿Hablamos del Hamilton padre fundador de los Estados Unidos de América? ¿Del Hamilton centralista, plutocrático y militarista? ¿Del Hamilton creador de una visión moderna del proteccionismo que lanzó a los EE UU a la industrialización?

Seamos serios. Lo que hubiese hecho Hamilton es simple: sumar todas las deudas de los Estados, crear un fondo específico y renegociar condiciones y plazos adecuados; después, emitir masivamente deuda y crear un sistema de impuestos federales. No le hubiese temblado el pulso para hacer lo que han hecho los gobiernos británico, japonés o norteamericano: monetizar la deuda, en el lenguaje de la academia neoliberal. Estamos en el “momento Alemania”, ahora más, mucho más, que antes.

La Unión Europea ha sido siempre una excelente máquina de propaganda, la función básica del Parlamento es esa y el resto de las instituciones ejecuta la partitura sin grandes distorsiones. No es el momento para entrar a fondo en la letra pequeña de una propuesta que todavía no ha sido aprobada y que su desarrollo sigue siendo oscuro. Cuando se trata de dinero hay que ser muy cautos con la UE. Por un lado, su amor a la verdad no es muy alto y, por otro, suele manejar los números con liberalidad. Pensar mal suele ser una buena y eficaz forma de acertar con estas instituciones tan poco dadas a la transparencia y al control democrático.

Me gustaría reflexionar sobre algunas cuestiones que ayuda a entender la situación y que, desgraciadamente, no están recibiendo la atención debida. La primera tiene que ver con el ordenamiento jurídico de la Unión. Suele ser lo habitual que cuando llega una crisis se imponga una forma de Estado de excepción en la UE, es

decir, se suspenden normas fundamentales y se gobierna desde los poderes instituidos. En esta ocasión, se decide no tener en cuenta las sacrosantas reglas de Maastricht y se incentiva el endeudamiento de los estados. Además, luego se verá, se hace la vista gorda sobre las normas que regulan el mercado interior y se interpretan los tratados con una laxitud que roza la ilegalidad en cualquiera de sus descarnadas acepciones. Ya vendrá el todo poderoso Tribunal de Justicia para legalizarlo.

Alemania y los países del núcleo han conseguido evitar las dos grandes cuestiones que estaban encima de la mesa: la mutualización de la deuda de los estados –en todo o en parte, vieja o nueva– y, el pecado de los pecados contra el dogma ordoliberal, permitir que los Estados se financien directamente acudiendo al BCE, como hacen todas las grandes potencias. Se trata de una decisión ideológica que nada tiene que ver con la ciencia económica; su objetivo es impedir que la soberanía popular gobierne la economía.

Es cierto que Alemania ha cedido en dos cuestiones delicadas: financiar la Next Generation UE por medio de bonos mancomunados de los estados y que una parte relevante de los mismos sean transferencias y no préstamos. Su cesión ha sido calculada y estricta. Es un fondo excepcional y temporal; la gestión depende de la Comisión en base a políticas comunitarias y su ejecución se realizará en cuatro años, por lo que los gobiernos empezarán a notar las inversiones el segundo semestre del año 2021.

El gobierno del tiempo ha sido magistral por parte de Alemania y los gestores de sus intereses en la UE. La clave era negociar “en frio” lo más cerca posible del control de la pandemia, evitando las demandas dramáticas de los gobiernos y de las poblaciones, y neutralizando aquellas reivindicaciones inasumibles para una Europa neoliberal. Ahora ya se puede negociar en serio y los países del sur llegarán necesitados, muy necesitados. Grandes cifras de paro y precariedad; caída de los ingresos del Estado e incremento sustancial de los gastos; la deuda pública creciendo y los déficits presupuestarios superando los dos dígitos; sectores enteros en

crisis y miles de pequeñas y medianas empresas eficientes cerradas por falta de liquidez. El tiempo importa y mucho. No inyectar dinero pronto y rápido ha tenido consecuencias muy graves: se ha destruido tejido productivo, se han agravados los problemas sociales y sanitarios y se deja a los gobiernos en manos de los mercados, de la Comisión y del BCE.

Estamos en el “momento Alemania” y nos despedimos del ciclo Merkel; las dos cosas van unidas. La gran potencia germana está definiendo sus intereses nacionales, rediseñando su modelo productivo, verificando sus relaciones internacionales y su papel en el nuevo (des)orden internacional. Solo cuando tenga claro estos temas cruciales, pensará en la Unión Europea y verá si es compatible o no con sus prioridades y, más allá aún, con el tipo de integración que necesita. El tema es tan importante que las instituciones europeas han decidido no mirar y cegarse ante las violaciones sistemáticas de las reglas del mercado interior, eso tan vidrioso para los países del sur de las “ayudas a las empresas y demás intervenciones prohibidas de los Estados”.

Alemania ha hecho algo muy parecido, o más, a lo realizado por los EEUU o Gran Bretaña pero que, sin embargo, se lo ha impedido a la Unión: el rescate masivo de sus empresas, enormes inyecciones de liquidez y aprovechar la crisis para cambiar su modelo productivo. Más del 50% de todas las ayudas autorizadas por la Comisión son para Alemania, en torno al billón de euros. Este país ha movilizado directa o indirectamente la mitad de su PIB. Alemania sabe negociar: si ha de ceder, lo hace con prudencia y señalando en cada momento sus prioridades nacionales. Dos pasos adelante y un paso atrás.

Se trata de una costumbre nacional. Cada vez que en España se produce un movimiento en favor de una democratización sustancial, la trama oligárquica reacciona brutalmente y abre dos puertas: la del golpe de estado/guerra civil y la de la restauración política. Es un ciclo que viene de lejos, que tiene que ver con nuestro especifico capitalismo y, siempre se olvida, con nuestra colocación en la economía-mundo y en Europa. ¿Qué significa restauración?: aceptar reformas siempre que no cuestionen las relaciones reales

de poder, el bloque dominante seguirá mandando y las grandes instituciones continuaran ejerciendo su papel más o menos formalizado. El que todo cambie para que todo siga igual, da una imagen tradicional del asunto, entre un todo y otro: todo no debe ser mucho para que los guardianes del poder no pierdan el control.

La situación no vuelve a su inicio; los cambios que no se hacen pasan factura; los poderes económicos y empresariales están decididos a un cambio de régimen y la Unión Europea lo apoya. La pregunta decisiva: ¿qué papel va a jugar España en la Europa alemana en gestación? ¿Qué posición va a ocupar España en la nueva división del trabajo que está definiendo la UE? Restauración oligárquica y reinserción en una UE en transformación es un único proceso. Las clases dirigentes no tienen proyecto de país; estarán de acuerdo con el papel asignado por los poderes dominantes. Los problemas los tienen otros, los tenemos otros, los que defendemos los derechos sociales, la ampliación del Estado Social, la reindustrialización del país, la democratización de los poderes económicos y el pleno empleo con derechos.

Vuelve un viejo asunto que engarza, unifica la defensa de los intereses nacionales, con la democracia sustancial y los derechos de las nuevas y viejas clases trabajadoras. En este sentido, solo en este sentido, las fuerzas democrático-socialista tienen una oportunidad histórica de construirse y disputar la hegemonía.

15 de junio de 2020

EL NUDO GORDIANO: EL TIEMPO DE LAS REFORMAS ES FINITO

Hay la percepción de que el Gobierno ha ganado una batalla. No sabemos qué batalla y mucho menos cuales serán sus consecuencias. Las señales vienen de otro lado, de la coalición "Corona-75", es decir, el frente amplio en favor de la monarquía y, específicamente, de Juan Carlos I, que va desde Felipe González hasta Santiago Abascal, pasando por Cebrián y llegando, cómo no, a Aznar/Casado, con Bono como maestro de ceremonias. Sus jefes, la trama oligárquica, están, como siempre, temerosos; ponen mucho dinero y no encuentran quienes los representen de verdad, con la profesionalidad requerida.

La coyuntura es contradictoria y positiva. El Gobierno no concita demasiados apoyos, pero sale bien librado del confinamiento. Las derechas, sin norte y habiendo fracasado en su estrategia de acoso y derribo. Lo peor, han movido con poca pericia a sus "núcleos duros" en los aparatos del Estado y han sido detectados. El CNI ha sido neutralizado pero el coste será alto y, más allá, obligará a una remodelación interna especialmente severa. ¿Realmente estaban en una operación golpista? Lo que parece seguro es que tenían claro que la ruptura del Gobierno era posible y que había que hacerlo antes de que se completara la desescalada. La rabia de algunos articulistas de cabecera y el desaliento de las derechas unificadas expresan el fracaso de una estrategia y conceden una tregua al Gobierno que este debe de aprovechar para definir programa y proyecto para una salida progresiva de la crisis.

¿Por qué definir esta coyuntura como contradictoria y positiva? Es bueno compararla con la coyuntura del 2008. En el Gobierno se mantiene la idea de que la crisis será en V y que la recuperación, la ministra Calviño dice, ha empezado. Creo que es un error de fondo, pero no es este el momento para desarrollarlo; tiempo habrá. Lo que no parece lógico es la consecuencia política que se saca de tal análisis. Puesto que la recuperación ha comenzado, se dice, no

hagamos las reformas de fondo y esperemos a que la Unión Europea marque la salida. La “señora de negro” equivoca al Gobierno. Las reformas que no se hagan ahora no se harán en el futuro. El “tiempo político” siempre está tasado. El “momento” lo marca la pandemia y su fin la Unión Europea. Las personas, masivamente, se han convencido de lo que ya sabían: su libertad, su seguridad, depende de un conjunto de servicios públicos que hay que reforzar y ampliar. Las derechas y sus intelectuales orgánicos (fundaciones y demás medios especializados en emitir la única ciencia económica verdadera) no se atreven a decir lo que piensan y, hoy por hoy, la mayoría social no está disponible para escuchar las viejas cantinelas sobre los peligros de los déficits públicos, las maravillas de las privatizaciones o las ventajas seguros privados.

La batalla político-cultural y programática es fundamental en este momento. Por segunda vez en diez años, el Estado, el sector público tiene que rescatar al sector privado. Las crisis desvelan la realidad y en unos pocos días se aclara más que muchos años de debate ideológico, siempre que se esté a la altura y se acepte el reto. Sin Estado no hay economía y, a la hora de la verdad, este sale al rescate; eso sí, endeudándose hasta las cejas y poniendo en disposición de las empresas e instituciones privadas el erario público. ¿No ha llegado el momento de democratizar el poder económico? ¿no estamos en condiciones de crear una banca pública capaz de financiarse como la privada e impulsar proyectos e iniciativas para cambiar el modelo económico-social? ¿no ha llegado el momento para revertir las (contra)reformas laborales y reconstruir la “constitución del trabajo” a la altura de los desafíos de la época? Si el Estado, a la hora de la verdad, es quién decide, ¿no es llegado el momento para potenciar un sector empresarial público fuerte capaz de planificar el desarrollo, organizar el cambio de modelo económico y redistribuir renta y riqueza?

La reciente cumbre empresarial organizada por la CEOE define muy bien la situación. Todos pidiendo más y más fondos del Estado; todos quejándose de la escasez de las ayudas; todos definiendo proyectos que exigen compromisos de “seguridad jurídica” para inversiones futuras y que las reformas (bien pensadas y

consensuadas con la patronal) se aplacen una vez se consiga superar la crisis. Da vergüenza ajena, pero es verdad: rescatadme, financiadme para recuperar poder económico y que pueda seguir mandando y definir el futuro del país. Hacedme fuerte para dirigiros porque no podéis vivir sin mí y menos contra mí. Lo de la seguridad jurídica es una artimaña zafia y de recorrido escaso. Su núcleo, no hacer reformas, no tocar las relaciones laborales, no redefinir un sistema fiscal justo y eficiente, no impulsar cambios de verdad que limiten el poder de los grandes oligopolios financieros, energéticos y empresariales. ¿Y si hacen, como en el pasado, “contra reformas? Eso sí, sería bueno, buenísimo, para la competitividad, para la creación de empleo y el futuro del país. Pónganle nombre y verán como conjugan con el poder de los que mandan.

Hay cuatro cuestiones que definirán el futuro de España y que harán posible que esta tenga futuro, es nuestro nudo gordiano a resolver positivamente. Primero, un Gobierno que se comprometa en serio con un proyecto de país; que sea capaz construir un nuevo modelo de desarrollo económico, social y ecológicamente sostenible. El consenso no puede convertirse en el derecho de veto de la patronal, más bien al contrario, debe fundar una alianza social con los jóvenes, autónomos, pequeños y medianos empresarios y unas clases trabajadoras que necesitan más poder, mayor iniciativa y más derechos. Segundo, paliar los efectos sociales de la crisis. Nunca ha habido un reparto igualitario de las crisis. Mientras que haya capitalismo y desigualdad entre clases sociales, no será posible; lo que cabe es amortiguar sus consecuencias sociales más negativas. El llamado escudo social tiene que fortalecerse rápidamente y la sanidad pública reforzarse de forma inmediata, con más medios, más personal y mejor coordinación.

La tercera y cuarta cuestiones son, en el fondo, una: ¿qué papel va a jugar España en la nueva división del trabajo que se está definiendo en la UE? ¿Qué modelo productivo y de poder? Las dos cosas están relacionadas y se superponen. La UE no es un club de beneficencia ni una esfera pública basada en la solidaridad. Como vemos cada día, hay ganadores y perdedores. Quien manda y aquellos que tienen que aceptar una posición subalterna. Alemania

está definiendo su papel en el mundo; la UE está al borde de la implosión y sigue siendo el mercado preferente de los países del núcleo. Necesitan que siga existiendo y que lo haga en las condiciones requeridas. Siempre están dispuestos a pactar las diferencias que no supongan un cambio de dirección política.

El “maná” europeo no vendrá, será insuficiente y responderá a las decisiones de las instituciones de la Unión que, de una u otra forma, estará determinadas por el eje franco alemán. ¿Alguien cree realmente que los fondos europeos servirán para reindustrializar España, para crear grandes empresas capaces de competir con las alemanas o francesas? ¿Alguien cree que los fondos que vengan servirán para un desarrollo territorial de nuestro país más homogéneo y sostenible? ¿Alguien cree que las políticas de la UE servirán para ampliar nuestro Estado social, impulsar una reforma fiscal más justa y redistribuir renta y riqueza?

Se dirá que alguna de estas cuestiones depende de España, de nuestras políticas y de correlaciones de fuerza dadas. Es una medio verdad. Para desarrollar un nuevo modelo económico, social y ecológicamente sostenible, el obstáculo fundamental a superar será la Unión Europea. Hace unos meses, cuando afirmaba que estamos en una primera fase y que en la segunda nos encontraríamos con las duras reglas y las resistencias de la UE, se dijo que esta crisis era diferente y que la UE no sería un obstáculo sino una ayuda. Algunos callamos y, mucho antes de lo esperado, se empieza a situar en la UE el lugar o el espacio del enfrentamiento político en España. Que el PP defienda en Europa reglas estrictas para la concesión de ayudas a nuestro país, no debería extrañar. Lo suyo siempre ha sido un patriotismo de cartón piedra. Pero se debería ir más allá y reconocer la verdad que se tiene delante de los ojos y no se quiere ver: las reglas económico-financieras constitucionalizadas en los países de la UE expresan una alianza estratégica entre las clases dirigentes de esos Estados y las instituciones de la UE, garantizadas por Alemania. El ordo liberalismo alemán es la expresión política e ideológica de esa alianza entre los grupos de poder dominantes. Para decirlo con más claridad: la patronal, las derechas, los varios nacionalismos y la ministra Calviño están de

acuerdo con estas políticas neoliberales y la defenderán hasta sus últimas consecuencias. ¿Pedro Sánchez?

Los poderes económicos están ejecutando una estrategia muy conocida: no enfrentarse directamente a las demandas de las poblaciones, dejar que el tiempo pase y que los verdaderos problemas de la pandemia aparezcan ante la opinión pública. Es lo que está haciendo la UE, dilatando los procesos, escenificando enfrentamientos entre buenos y malos para llegar, al final, a un acuerdo de síntesis. El verdadero "escudo del poder" de los que mandan y no se presentan a las elecciones es la UE y de ahí vendrá la señal para el enfrentamiento con las políticas económicas y sociales de un gobierno pensado para otras tares, para otras circunstancias y para un mundo menos trágico.

La Unión Europea vive en una forma de Estado de excepción: sus reglas han sido temporalmente suspendidas, las normas del mercado interior eludidas y las instituciones tomando iniciativas para evitar el fin de un proyecto que vive una crisis existencial. Ahora es el momento para realizar las reformas que nuestro país necesita, los cambios necesarios para resolver viejos y nuevos problemas que determinarán las condiciones de vida, trabajo y seguridad de nuestras poblaciones. Cambiar el modelo productivo exige cambiar "el modelo de poder". Las reformas tienen un tiempo finito.

23 de junio de 2020

PABLO O EL ODIO DE CLASE

No hace demasiado tiempo, comentaba con Julio Anguita una vieja historia que me sorprendió mucho. Me refiero a que varios medios de comunicación del país estuvieron yendo periódicamente al instituto donde trabajaba para comprobar si, efectivamente, iba a dar clase, cómo lo hacía y, sobre todo, si faltaba. Hace poco me referí a esto en un artículo sobre la muerte del que fuera coordinador de IU.

La expresión que surgió era odio de clase. He reflexionado mucho sobre eso. Me parece un rasgo característico de todas las oligarquías y, específicamente, de la española. Cuando las clases dirigentes son cuestionadas profundamente y con éxito, el sentimiento contra los antagonistas es muy fuerte, se convierte en un rechazo visceral, en una hostilidad existencial. Los privilegios se heredan, componen una actitud, un sentido de la vida y organizan imaginarios grupales. ¿Quién son estos para oponerse a nuestro mando?, ¿con qué derecho? Y, sobre todo, ¿para qué? Nuestra burguesía patrimonialista siempre ha tenido una visión jerárquica del mundo y un desprecio militante a la plebe, a los desarrapados, a las clases “peligrosas”. Esto no solo no ha cambiado, sino que se ha acentuado en estos tiempos de crisis y desarraigo.

El odio de clase se convirtió en estrategia política en la Guerra Civil y, sobre todo, en la postguerra. Subrayo, sobre todo en la postguerra. Al “otro”, al liberal, republicano, socialista, comunista, anarquista, había que eliminarlo, aterrorizarlo de por vida y expulsarlo de la comunidad. Era el enemigo tradicional de la patria. Su gran pecado fue cuestionar un específico tipo de poder, de organizar a una parte significativa del pueblo en torno a un proyecto de liberación social y política. Había que, costara lo que costara, erradicarlo de España, de “su” España.

La Transición fue, en muchos sentidos, un paréntesis. Las derechas, muy rápidamente, tomaron nota de la situación y volvieron a exigir su derecho divino a gobernarnos. Su monarquía era esa, la continuidad del caudillaje. Unos se reconciliaron, otros

no. Vox nos lo recuerda cada día. El anticomunismo de masas cuando la alternativa comunista ha desaparecido, significa, entre otras cosas, que se sienten ganadores; que el gran “puñetazo en el estómago” al sistema –como decía Mario Tronti– ya ha pasado. El objetivo es claro en todas partes, el miedo ha cambiado de bando y los que mandan quieren seguir haciéndolo sin resistencias. Adiós al siglo XX. No hay más que mirar el mapa de la Europa actual para saber hacia dónde se dirige el movimiento histórico real.

La caza y captura, la demolición planificada y sistemática, expresa muy bien lo que lleva ocurriendo con Pablo Iglesias y Podemos desde su nacimiento. A estas alturas, Pablo debe de saber que no perdonan; más moderado o más radical, irán contra él hasta el final. La pregunta es obligatoria: ¿por qué? El temor de los de arriba ha jugado y sigue jugando un gran papel. El 15M, ese movimiento inesperado y masivo, propició un cuestionamiento que las clases dirigentes políticas, económicas y mediáticas vivieron como una crisis radical. Al frente, unos muchachos jóvenes, formados y con experiencias diversas. Sobresalía Pablo Iglesias: discurso claro, solvencia política y coraje, mucho coraje.

Cuando Podemos nace, el mapa político cambia. Esta historia nos la han contado y la he contado muchas veces. La lucha contra la casta; la denuncia de una democracia demediada y crecientemente controlada por los poderes económicos; la crítica a la Unión Europea del euro, la denuncia de una corrupción sistémica iba unida a la necesidad de un proceso constituyente genuino que pudiera reconstruir un nuevo proyecto de país socialmente avanzado, democrático e igualitario.

Lo importante es tomar nota de que, desde el primer momento, la reacción contra Podemos y sus dirigentes fue brutal. A mayor expectativa electoral y social, mayores ataques. La trama oligárquica se hizo visible rápidamente. Las cloacas del Estado, los medios afines y la clase política pretendían demonizar primero, criminalizar después y, a ser posible, reducirlo a su mínima expresión política.

Podemos fue cambiando, haciendo política y moderando su discurso. La búsqueda de respetabilidad se convirtió en algo más

que una respuesta a ataques sin fundamento. Sin embargo, las agresiones a Pablo Iglesias y su entorno siguieron. Era un mal ejemplo y debía ser castigado. Cuando se alcanzó el Gobierno, los ataques se multiplicaron exponencialmente y hoy asistimos al espectáculo de convertir a Pablo Iglesias de víctima a verdugo; es decir, transformar el "caso Villarejo" en el caso Pablo Iglesias. El objetivo está claro: romper el Gobierno y obligar a Pedro Sánchez a realizar las políticas que los poderes económicos y la señora Calviño desean. Y más allá, emitir un mensaje claro y nítido, con el poder no se juega.

El caso Pablo Iglesias señala con mucha precisión un modo de gobernar que, durante siglos, ha impuesto la trama oligárquica que consiste en doblegar al enemigo y romper sus relaciones con las clases subalternas, con las clases trabajadoras. Reflexionando sobre el odio de clase, Anguita planteaba que el dirigente de la izquierda, el tribuno de la plebe, debería reforzar al máximo la coherencia entre el decir y el hacer, entre vida pública y privada, sabiendo que los poderosos siempre estarían disponibles para manchar su imagen pública. Esto implica sacrificios personales grandes; cosas que uno tendría derecho a hacer, no las puede hacer. La política marca una biografía y esta define una política.

Hay que ir más allá del hecho y ver la parábola histórica. No nos engañemos. Desmontar a Pablo Iglesias para convertirlo en un político al uso tiene un objetivo más profundo que va más allá del secretario general de Podemos: matar la esperanza de que la política, la acción colectiva, puede ser una vía para la emancipación social de las clases trabajadoras, de los jóvenes, de las mujeres. Cada tribuno truncado, roto, entregado, es una señal para deshacer los vínculos que unen a la política con los y las comunes y corrientes. Esta es la dura lección que deben aprender aquellos que siguen pensando en la democracia del socialismo, en la igualdad sustancial y en la justicia: los que tradicionalmente han mandado, los que mandan de verdad, nunca aceptarán una democracia que ponga en peligro las bases materiales, políticas y morales en que fundamentan su poder. Ahora menos que nunca.

30 de junio de 2020

PODEMOS: UNA CRISIS DE PROYECTO

Comentar los resultados de Unidas Podemos es cada vez más difícil. Lo subjetivo cuenta y los números tienden a empeorar. Se ha escrito mucho y se hará aún más. Quedan por ver las transferencias de votos para tener un análisis más preciso. En lo que se dice hay verdad; que una cosa son las elecciones autonómicas y otra las generales; que no son lo mismo las elecciones en Euskadi que en Galicia; que las eternas peleas internas pesaron mucho; que UP ha ido perdiendo base social y raíces en el territorio; que los gobiernos autonómicos han salido reforzados de la crisis creada por la pandemia. A todo esto, se le añade la singularidad de que el voto perdido por UP no ha ido al PSOE sino a la izquierda nacionalista y que no parece que la participación en el gobierno esté reforzando el peso electoral de UP. En estos mismos días han salido dos encuestas –una de ellas la del CIS– que hablan de una horquilla de voto entre el 10 y el 12% para la formación que lidera Pablo Iglesias.

Los resultados han sido calificados de derrota sin paliativos y se recomienda la autocrítica. Mi punto de vista es algo diferente. Creo que los datos hay que verlos en su tendencia histórica: constatan la decadencia electoral de UP, su pérdida de peso en territorios y localidades y su progresiva conversión en una fuerza minoritaria que intenta hacer política en el área hegemonizada por el PSOE. A esto le llamé hace varios años “entrar en la problemática IU”. Aquí hay que constatar una paradoja: se diseña una estrategia (alianza de Gobierno con el PSOE) para evitar el retroceso electoral que, sin embargo, está llevando a la organización a los resultados de la vieja Izquierda Unida, con una diferencia: UP no tiene ni la organización, ni los cuadros ni la implantación territorial de la fuerza política que dirigió Julio Anguita. La tesis que defiendo es que Podemos vive una crisis latente desde hace tiempo que se ha ido acentuando en cada convocatoria electoral. Una crisis de proyecto.

¿Cuáles son los datos más relevantes de esta crisis? En primer lugar –es lo más evidente– un persistente descenso electoral. Los

malos resultados en CCAA y en elecciones locales influyen cada vez más en las elecciones generales y viceversa. Esto se constata con mucha fuerza en Euskadi y, sobre todo, en Galicia. No olvidemos que la idea-Podemos se inicia, en gran medida, en un experimento político-electoral que tiene su origen en la tierra de Castelao. En Euskadi se tuvieron, nada más y nada menos, dos mayorías en elecciones generales. En segundo lugar, la progresiva desaparición de Podemos como actor político-social enraizado en un territorio. Los círculos han ido perdiendo sustancia social o, simplemente, desapareciendo. El activo organizativo, la militancia, se ha ido agotando y el retorno a lo privado se ha incrementado mucho. En tercer lugar, el tipo de partido que se ha ido construyendo realmente es el normalizado en estos tiempos de post política: el partido cártel; es decir, un partido institucional basado en cargos públicos y en políticos profesionalizados, financiados por el erario público y conectados fundamentalmente con los medios de comunicación y las redes sociales. El eje electoral institucional es claramente el predominante y la militancia es llamada para ratificar acuerdos tomados en otras instancias. En cuarto lugar, lo que podríamos llamar la disolución del imaginario alternativo de Podemos. Esta fuerza no nace para ser partido bisagra o izquierda complementaria del PSOE, sino para ser alternativa al bipartidismo y crear una nueva situación política. Se podría decir que Podemos no se ha esforzado demasiado en concretar programáticamente este imaginario. Esta es su debilidad pero también su fuerza. Ha vivido del imaginario del 15M y ha conectado con él, sobre todo, en los procesos electorales. En quinto lugar, el cambio de estrategia. Más allá que sea justificado o no el cambio de orientación política, lo sustancial es que tiene consecuencias para Podemos como discurso autónomo y como propuesta diferenciada. No es lo mismo ser fuerza electoral determinante y con voluntad de mayoría que contribuir a la alternancia política de mano de un partido que ha sido pieza fundamental de un modo de organizar el poder de un régimen y, no se debería olvidar, el principal adversario electoral. No es lo mismo ser alternativa al Partido Socialista que pedir el voto para

gobernar con él. Insisto, esto tiene consecuencias electorales y pesará cada vez más en el futuro.

Mi convicción es que el núcleo dirigente de Podemos era consciente de esta crisis de proyecto y que la intentó eludir con un golpe táctico audaz: gobernar con Pedro Sánchez. No siempre con la suficiente claridad, fueron apareciendo elementos de análisis que iban en la dirección de una "fuga hacia adelante", de un "salto sin red" en la búsqueda de atajos ante una coyuntura que se hacía cada vez más difícil e inmanejable. Esos elementos funcionaban por acumulación: a) agotamiento del impulso transformador del 15M; b) crisis orgánica profunda y el fraccionamiento progresivo de todas las estructuras y aparatos; c) consolidación del partido socialista y del proyecto Sánchez; d) el factor tiempo; es decir, aprovechar este ahora y aquí para ganar poder, el verdadero, el del boletín oficial del Estado.

En el fondo del no debate, en el fondo del no análisis colectivo estaba el cambio de fase y la necesidad de una nueva estrategia. "El asalto a los cielos" se terminaba; la guerra de maniobra amenazaba con interrumpirse dramáticamente y los problemas se acumulaban hasta límites difíciles de gobernar. Para decirlo sin ambigüedades: la situación exigía pasar a una guerra de posiciones, acumular fuerzas y densidad organizativa; implantarse sólidamente en los territorios y protagonizar el conflicto social; construir un verdadero partido y forjarlo en la auto organización social. Esto exigía tiempo y hegemonía. Más Togliatti y menos Laclau. La decisión que se tomó, gobernar con el PSOE, tuvo consecuencias inmediatas: reforzar el centralismo organizativo, homogenizar el partido, priorizar las conexiones con los medios de comunicación y las redes sociales, disciplina estricta y, lo fundamental, minimizar los aspectos programáticos más rupturistas y menos aceptables por el Partido Socialista; normalizarse y dar un perfil de fuerza de gobierno.

Entrar ahora en el debate si esta estrategia de UP ha tenido éxito o no, nos llevaría demasiado lejos en este momento. Los datos electorales están ahí y habría que evaluarlos con cierto rigor. El debate que me interesa ahora es otro, es saber si el pesimismo del

equipo dirigente de UP está justificado o no. Asociar el agotamiento del 15M con una estabilización de la crisis del Régimen ha sido un error de análisis de profundas consecuencias tácticas y estrategias; y lo que es peor, dejar el campo de la contestación social y de la revuelta a la extrema derecha. El mundo, nuestro mundo, antes de la pandemia y después de ella, está preñado de conflictos sociales y de una acentuación de la lucha de clases. Los grandes centros de elaboración y análisis político vienen avisando de que este otoño/invierno será muy difícil y se darán, posiblemente, condiciones para revueltas sociales importantes. Es más, se está aconsejando a los gobiernos –sobre todo a los del Sur de Europa– para que refuercen sus medidas represivas y acentúen la legislación de excepción.

La clave, a mi juicio, es entender bien esta fase. Cuando hablo de "problemática IU" me refiero a las consecuencias que tiene gobernar con tu principal adversario electoral que es, a la vez, pieza básica de un tipo de poder que se está reforzando en este último periodo. Ser socio minoritario en un gobierno así, implica riesgos enormes y el peligro de la disolución como fuerza política significativa. No se trata de tener un plan A y un plan B; simplemente se trata de tener un plan partiendo del conflicto y no eludiéndolo. ¿Cómo salir de este dilema? Primero, reforzando el discurso autónomo de UP. A más unidad, más autonomía, mayor diferenciación y creación de un polo ideal y moral que suscite compromiso político y participación electoral. Sin esto, nada es posible. Los ejemplos de la Unión Europea o de la Casa de los Borbones da muchas pistas cobre lo que se puede hacer y no se hace con suficiente radicalidad. Gobernar es un modo de organizar el conflicto y no su anulación.

Otra cuestión sobre la que he reflexionado mucho es la necesidad de ir hacia unos estados generales de la izquierda española. Se trata de definir colectivamente un proyecto de país que organice el imaginario social, que consolide un sentido común y que ofrezca una salida en positivo a las diversas crisis que se acumulan en el Estado español. Un proyecto de país que sitúe a España en su centro y que sea capaz de definirla como construcción y como

creación colectiva desde el punto de vista de las mayorías sociales, de las clases trabajadoras y, sobre todo, de los jóvenes.

Un tercer elemento tendría que ir en la dirección de crear una nueva formación política. No hay base ya para crear el partido Podemos e Izquierda Unida ha ido perdiendo militancia, organización y proyecto en paralelo al de su aliado político. Las fórmulas jurídicas podrían ser diversas y sus acentos organizativos podrán tener una geometría variable. Lo fundamental es una constituyente que dé vida a una nueva formación política que busque implicar a los que estuvieron y ya no están, a los que retornaron a la vida privada y, sobre todo, a miles de hombres, mujeres y jóvenes que van a protagonizar un conflicto social inevitable.

Un cuarto elemento es para el ahora: crear en todas partes comités de Unidas Podemos. Hacerlo sistemáticamente impulsando la creatividad social y definiendo una estrategia de unidad popular. Hay que dar señales evidentes de autonomía política y de discurso alternativo, hay que prepararse activamente para el conflicto social. Si gobernar es un modo de organizar el conflicto, no se debería tener miedo a la movilización social ni volver a un muestrario histórico que confundiría a Pedro Sánchez con Juan Negrín y a Pablo Iglesias con Vicente Uribe.

Al final, un viejo asunto, eso que se ha llamado dialéctica revolucionaria. La realidad es una y trina. La clave es distinguir la realidad de la correlación de fuerzas definida por poder, es decir, entenderla como un complejo tendencialmente contradictorio que una fuerza con voluntad de transformación debe interpretar y convertirla en plataforma para la acción consciente. Siempre existe una posibilidad en la realidad que tiende a la subversión. Hay tiempo, pero no demasiado.

21 de julio de 2020

LA SAGA/FUGA DE JC

Para Ramón Pérez Almodóvar cómplice de aventuras republicanas y, a veces, socialistas.

Lo que sabemos hoy del rey emérito se conoce desde principio de los 90 y está escrito. Simplemente, nunca se difundió para que lo conociera la opinión pública. Hay libros, informes y noticias, muchas de ellas provenientes del exterior. Las personas interesadas, no sin dificultad, podían conocerlas y asombrarse de que nunca hubiera un debate público sobre ellas. En el Parlamento, la mención a estos asuntos era siempre oblicua, cuando no desestimada y alrededor de Juan Carlos I se fue creando una omertà que aún dura.

La dinámica es inquietante. Cada vez que el rey Felipe VI se distancia de su padre, lo incrimina más y, a la vez, profundiza en la crisis de legitimidad de la monarquía. La solución sería cortar de una vez y denunciar la sistemática y permanente corrupción que había ido anidando en torno a un rey obsesionado con acumular capital e intervenir en los grandes negocios que se hacían bajo la cobertura del Estado. Nada nuevo, por lo demás, en la casa de los Borbones. Una mentalidad patrimonialista, un uso y abuso de la Jefatura del Estado para ganar influencia y poder en los negocios, la impunidad como privilegio se mezcló con una concepción reaccionaria del poder y un desprecio sobresaliente a las clases populares recubierto de campechanía. Hablar de los Borbones, al menos, desde Fernando VII equivale a constatar su falta de grandeza, su carencia de un proyecto de país y de una corrupción convertida en el modo normal de gobernar.

Ahora muchos se rasgan las vestiduras y otros fingen ignorancia. Los mismos que desde el grupo Prisa, pasando por *La Vanguardia* y *ABC*, salían aguerridamente a defender a un rey intachable y promotor de la democracia, hoy se preocupan, no de condenar las prácticas abusivas que el rey emérito realizaba, sino de proteger a la institución monárquica y, específicamente, a Felipe VI. Lo lógico

sería exigir transparencia, justicia y verdad. Hay que decirlo con claridad: las actividades de Juan Carlos las conocían todos los jefes de gobierno y los grandes partidos que se turnaron en el poder desde la Transición. Suarez, González, Aznar, Zapatero y Rajoy conocían lo que el rey hacía y lo protegieron. Sabemos que alguno intentó oponerse y la durísima respuesta del hoy rey emérito. Es más, por lo que se va conociendo, en esta protección de los negocios privados del rey, intervinieron instituciones del Estado y, específicamente, el Centro Nacional de Inteligencia.

Antes se ha dicho, y conviene subrayarlo, que los medios de comunicación han sido esenciales en el ocultamiento de las actividades de Juan Carlos, practicando un cierre de filas en torno a la institución y reprimiendo a aquellos periodistas que osaron ir más allá de lo políticamente permitido. Convendría no olvidar un dato para los tiempos que vienen: lo que ha destapado los negocios sucios del Rey no ha sido tal o cual señora, tal o cual inspector de policía encarcelado, sino las dimensiones de una corrupción que terminó llegando a los medios de comunicación internacionales y autoridades judiciales de algún Estado, como Suiza, nada proclives a una visión justiciera de la cosa pública.

La fuga del rey emérito tiene, al menos, tres consecuencias. La primera es que hace emerger las sombras en esa marcha triunfal en la que se ha ido convirtiendo la Transición democrática. Se conocen bien las estrategias y las actitudes y hasta el 23F ha sido esclarecido. La intervención del rey en la caída de Adolfo Suarez está clara y hace aparecer una paradoja que irá creciendo en el tiempo. Me refiero a que el rey ganó legitimidad por unos sucesos que, en gran parte, él contribuyó a provocar; que hoy los monárquicos y la derecha reclamen la figura de Adolfo Suárez, es algo más que una mentira histórica: Juan Carlos, en medio de una grave crisis en la UCD, fue quien forzó, en último término, su dimisión.

La segunda consecuencia es que la Casa de los Borbones, en su conjunto, queda dañada y su imagen pública, devaluada. El enriquecimiento del rey ha contribuido, directa e indirectamente, al nivel de vida y a la capacidad de gasto de su familia. Se trata de una

enorme fortuna cuyo de depositario será Felipe VI. El caso Urdangarín hay que verlo ya de otra forma, en otro contexto y con otras implicaciones. La tercera consecuencia es una crisis de legitimidad de la monarquía parlamentaria como forma de gobierno. La reinstauración de la tradicional monarquía española por parte de Franco se convirtió en restauración gracias al proceso de democratización y al acuerdo con don Juan de Borbón. Se pretendió así blanquear la falta de legitimidad de origen. Las actividades del rey como jefe de la casa de los Borbones, el uso en beneficio propio y de su familia de la Jefatura del Estado, terminaron por destrozar la legitimidad de ejercicio.

Sabemos que no fue fácil convencer al rey para dejar la corona. La figura clave fue, una vez más, Felipe González. Lo que se le explicó a Juan Carlos para convencerle se puede suponer, la apertura de una crisis de régimen provocada por la ruptura del pacto social y las políticas de austeridad impuestas por la UE. El 15M, para sorpresa de muchos, puso en pie una crítica profunda al papel de los grandes poderes económicos, el cuestionamiento de una democracia bipartidista cada vez más cerrada y separada de la ciudadanía, la corrupción como forma normalizada de hacer política y la necesidad de una regeneración del sistema en su conjunto. Democratizar la democracia, poner freno al control que sobre la política ejercía el capital financiero, empresarial y corporativo; la defensa intransigente de los derechos sociales y, fundamentalmente, fortalecer el peso de las clases trabajadoras. El debate pronto giró hacia la apertura de un proceso constituyente y la monarquía se empezó a cuestionar a fondo.

No es difícil imaginar que en esas conversaciones influyó mucho el carácter juvenil de la movilización social y el masivo empleo de las redes sociales que rompían la muralla de protección que habían ido construyendo los grandes medios de comunicación. La corrupción era ya difícil de ocultar, la vida privada del rey contaminaba a la Jefatura del Estado de una manera sustancial. El asunto Urdangarín, los escándalos permanentes y, sobre todo, el desprestigio de la monarquía hicieron necesaria la abdicación de un rey súper protegido por las élites económicas y políticas. Su salida

de España no pone fin al problema y abre un debate inexcusable sobre el papel de la monarquía en un país como el nuestro que vive una crisis existencial.

La coyuntura política se va a ver afectada por la crisis en la casa de los Borbones. Hay dos actores que han tomado la iniciativa, el PSOE y Vox. Pedro Sánchez intenta aprovechar la salida de Juan Carlos como instrumento para visualizar una nueva centralidad en el país; no le importan demasiado las críticas de Unidas Podemos. Es más, se cree con capacidad de convertirlas en un apoyo de su nueva posición política. Vox se adelanta y marca posición. Deja a un lado cualquier veleidad populista y aparece con su verdadera cara, la derecha tradicional española, monárquica, autoritaria y neoliberal. Pretende sintonizar con la calle y movilizar a una parte de la opinión pública contra el gobierno socialcomunista y en defensa del rey Felipe. Casado queda en una posición extremadamente difícil. En condiciones normales, debería propiciar un acuerdo con el Partido Socialista ante una crisis de Estado y de Régimen. Esto ya no es posible. La estrategia ideada por Aznar fracasa ante un Abascal que busca desesperadamente su hegemonía en el espacio político electoral de las derechas.

La situación de Unidas Podemos es difícil y con riesgo. Lo decisivo es acertar en la estrategia económica. No se trata solo de incrementar el gasto social. Hay que ir más allá: cambiar el modelo productivo fortaleciendo el papel de las clases trabajadoras, cambiar el modelo de poder (económico). La estrategia de la ministra Calviño es típica de los gobiernos social liberales: primero crecer y luego redistribuir. La economía no funciona así; el modo de distribución determina el tipo de crecimiento y el modelo productivo. Hasta ahora, las salidas a las crisis han supuesto una devaluación sustancial de salarios y precios. Si queremos hablar de verdad de transformar el modelo productivo, la clave es hacer las reformas ahora porque luego no serán posibles. Me refiero a las reformas laborales, a definir con precisión un nuevo modelo industrial y sus concreciones programáticas, a conseguir, de una vez por todas, un sistema fiscal justo, redistributivo y eficiente. Insisto, las reformas

que no se hagan ahora, luego no se podrán realizar o serán solo un cambio de fachada.

La política es el arte de diferenciarse. Una fuerza como Unidas Podemos, que construyó una alianza de gobierno con un partido como el PSOE, corre el peligro de diluirse, de perder sustancia social y desdibujar su proyecto político. Las alianzas son siempre un modo de organizar el conflicto y no de ponerle fin. Es la continuación del conflicto por otros medios. El tema republicano es una fuerte identidad, ahora más que antes. ¿Por qué? Porque existe el peligro –que Vox y PP aprovecharán a fondo– de que república e independentismo acaben identificándose. Hace falta un republicanismo español claro, que mire hacia el futuro; es decir, hacia la III República. Pasar del republicanismo como nostalgia al republicanismo como proyecto y programa. Movimiento hacía la III República (M3R).

7 de agosto de 2020

EL “EFECTO CORINNA”, LA CRISIS EN EL RÉGIMEN Y EL FUTURO DEL GOBIERNO DE COALICIÓN

Historia. Primero se dijo que España había dejado de ser un problema; luego se afirmó con rotundidad que Europa era la solución con mayúsculas; posteriormente, nos dimos cuenta que también la Unión Europea era un inmenso problema y que España entraba en una crisis de régimen. La historia vuelve y se venga; lo que creíamos superado, retorna sin piedad. ¿Qué quisimos olvidar? El tipo de capitalismo que se había ido construyendo en nuestro país, su modo de inserción en la economía global; el papel de las clases trabajadoras, del conflicto social y sus dramáticas relaciones con un bloque de poder hegemonizado por una durísima oligarquía patrimonialista, estrechamente vinculada a la monarquía borbónica.

Esta agenda nunca ha sido superada del todo y se reproduce, en otras circunstancias, con las mismas formas y estilos. La corrupción en la casa de los Borbones es parte de esa historia. La relación de Juan Carlos I con la política tiene mucho que ver con un modo de concebirla que poco o nada tiene que ver con una monarquía parlamentaria normal, a años luz de una democracia constitucional. Que los partidos mayoritarios lo aceptasen y lo protegiesen, no era una anécdota política, sino un modo de organizar el poder que garantizaba el dominio de una trama oligárquica omnipresente y omnipotente. La vieja monarquía borbónica y la actual funcionan como garantes, en última instancia, de un orden socioeconómico que hace posible que los poderes económicos determinen la política sin presentarse a las elecciones. La corrupción ha sido sistémica y estaba en la cabeza del Estado. Insisto, consentida, protegida por los dos grandes partidos y por los aparatos de seguridad del Estado.

Efecto Corinna. Se podría definir así: cada vez que Felipe VI se separa y se distancia de Juan Carlos I, más lo incrimina y más profundiza la crisis de legitimación de la monarquía. El problema no

tiene fácil arreglo. La solución sería hacer emerger todos los negocios del rey, sus fuentes de enriquecimiento y las dimensiones reales de su fortuna. Si esto sucediera, el escándalo político sería de grandes dimensiones y difícilmente la monarquía podría continuar. Esto es el efecto y el dilema Corinna que agrava una "crisis de régimen" que ha devenido en "crisis en el régimen".

La respuesta de las fuerzas del sistema es unánime y especialmente histérica, defendiendo el papel histórico del rey emérito y, sobre todo, el de la monarquía. Unidas Podemos se convierte en el chivo expiatorio favorito de unas derechas políticas y mediáticas que intentan debilitar al Gobierno y desviar la atención de algo más que un escándalo político de grandes dimensiones. El acuerdo entre el PSOE, PP y Vox no debe extrañar. Unen muchas cosas de eso que se llaman cuestiones de Estado: alineamiento con la administración norteamericana; supeditación a la OTAN y a la Unión Europea; aceptación del orden (ordo) neoliberal; sujeción a los intereses estratégicos de una trama oligárquica financiera, corporativa y mediática.

Crisis en el régimen. Hay cierto consenso en que el régimen del 78 se encuentra en crisis. José María Vallés lo analizaba con mucha lucidez hace unos días. Se puede negar o no, pero está ahí poniendo en crisis la democracia española tal como la hemos conocido. Hay también un cierto consenso en que el 15M significó una apertura de esa crisis del régimen. Son más discutibles sus causas de fondo. No es este el momento de entrar en este debate. La pregunta que habría que hacerse es otra: ¿qué pasa cuando los deseos y aspiraciones de un cambio político que regenerara la democracia, garantizara los derechos sociales y eliminara la corrupción son frustradas y neutralizadas por los grandes poderes? Este es el gran problema que vivimos hoy. Las fuerzas del régimen han tenido la capacidad de impedir el cambio político en España, de neutralizarlo. Esto tiene consecuencias y el equilibrio de fuerzas cambia. Las cosas ya no vuelven a la etapa anterior, a la normalidad del régimen. El surgimiento de Vox tiene mucho que ver con esto. Cuando un movimiento democrático es derrotado, la reacción crece, se desarrolla y el sistema gira hacia la derecha.

¿Cuál es el dato más relevante del paso de una crisis de régimen a una crisis en el régimen? La autonomización de los aparatos e instituciones del Estado. España vive una crisis existencial que ha roto las bases sobre las que se apoyó la Transición política y la Constitución del 78. El protagonismo ya no lo tienen las fuerzas de la democratización, la movilización social de los de abajo, los jóvenes que buscan futuro, ni unas clases trabajadoras que demandan derechos sociales para todas y para todos. El protagonismo ahora –como diría Passolini– está en "el Palacio"; es decir, en los poderes fácticos, en los grandes grupos económicos, en las instituciones europeas y en unos aparatos del Estado que se fragmentan y se auto organizan, que definen enemigos y que recomponen en su interior mayorías y alianzas. Vox es el catalizador de estos movimientos, efecto y causa de una crisis de estado y también referente de unas fuerzas del orden que se rearman y actúan. La tendencia es hacia un "doble Estado" en transición a un nuevo régimen sin cambiar formalmente el actual. De ley a ley.

¿Se está agotando el impulso del cambio? Del confinamiento, el Gobierno salió reforzado. Se habló del fracaso de un golpe de Estado de las derechas; de elementos que apuntaban a una ruptura que llevaría al fin del Gobierno de coalición social-comunista y a unas elecciones generales. La autonomización de aparatos e instituciones apareció con fuerza. Sin embargo, el Gobierno recobró la iniciativa. Las medidas sociales y el acuerdo del Consejo Europeo dieron un nuevo aliento a una coalición que, por momentos, parecía que se resquebrajaba. El mensaje que se mandó era que el plan de reformas del Gobierno, contaba con la aprobación de la UE, con su apoyo e impulso. Todos keynesianos; adiós a los hombres de negro. Este discurso ha durado meses pero ya empieza a diluirse.

La pandemia no cesa y los temores oscurecen el futuro. De Europa no están llegando fondos y se teme que cuando se reciban sea demasiado tarde. Las dimensiones sociales de la crisis económica, el creciente endeudamiento del Estado y la posibilidad de una crisis financiera, preocupan y mucho. Ahora se ve que el tipo de ayuda que la UE ofrece está fuertemente condicionada, depende de procedimientos nada rápidos y de requisitos muy exigentes y, lo

peor, está desconectada de las imperiosas necesidades del presente. Lo fondos llegarán tarde y es bastante posible que sean insuficientes. Alemania está dispuesta a compartir riesgos futuros solo en las condiciones que ella decida y bajo su control. Nada es gratis en las relaciones internacionales y los intereses priman.

El llamado “escudo social” ha jugado un papel importante en la estrategia del Gobierno y, especialmente, de UP. Sin embargo, empieza a haber señales de que el Ingreso Mínimo Vital tiene problemas de diseño, aplicación y gestión. La reforma de las administraciones públicas sigue pendiente, como siempre. Ahora parecería que están colapsando. Entre las promesas y las realidades se perciben desajustes importantes y crece el desaliento. UP necesita marcar posición, definir perfil propio y sintonizar, cueste lo que cueste, con las clases trabajadoras y especialmente con los jóvenes.

Sánchez y Abascal han movido ficha y están obligando a los demás actores a resituarse. Los ataques sistemáticos contra UP fortalecen la decisión del PSOE de volver a ocupar la centralidad del tablero; la búsqueda de acuerdos con Ciudadanos pretende ampliar su margen de maniobra ante un futuro marcado por el debate presupuestario. Vox se polariza con el Gobierno social-comunista, sabiendo que va a perder, con el objetivo claro de disputar la hegemonía en el bloque de las derechas. El relevo de Cayetana Álvarez de Toledo, más allá de la retórica, tiene que ver con la enorme dificultad que tiene Casado para posicionarse entre un PSOE que intenta, de nuevo, convertirse en el partido del régimen y un Abascal que quiere construir una amplia alianza de las derechas bajo su dirección.

La sistemática agresión contra UP tiene como objetivo central romper el Gobierno de coalición pero, colateralmente, debilitar su posición negociadora en un momento crucial y favorece los acuerdos del PSOE con Ciudadanos. La idea de que estamos llegando a un límite no parece exagerada. La negociación presupuestaria ve a ser muy dura. UP ya ha adelantado que buscará un acuerdo con la mayoría parlamentaria que hizo posible el Gobierno de coalición y que se opondría a un acuerdo con

Ciudadanos. No hace falta ser demasiado perspicaz para darse cuenta de que el acoso y derribo contra Pablo Iglesias se acentúa en el momento oportuno y cuando está en juego, en gran medida, lo que podríamos llamar una salida democrática y social a la gravísima crisis sanitaria y económica.

Contra el pesimismo. No hay que extrañarse de los conflictos. Este Gobierno no nació de una movilización social que propiciara un programa común y una amplia alianza de las izquierdas. Hubo, eso sí, una coyuntura adecuada y un Pablo Iglesias que se impuso la tarea de gobernar. Los acuerdos fueron programáticamente débiles y su concreción estuvo relacionada con la recuperación de derechos laborales, sindicales y sociales perdidos. Se hizo hincapié en un sistema fiscal más justo y se propuso defender a unas mayorías sociales que habían sido las grandes perdedoras en las políticas de austeridad. Las otras grandes cuestiones (política internacional, política militar, UE, Justicia, cuestión territorial) se aparcaron en lo fundamental y merecieron excelentes declaraciones de principios. El coronavirus puso fin a estos acuerdos de gobierno y se ha entrado en una definición programática día a día, proyecto a proyecto, solucionando los conflictos con acuerdos personales entre Sánchez e Iglesias.

Hay una cosa clara: el acuerdo presupuestario será difícil y llevará al Gobierno a momentos de ruptura. Los presupuestos no pueden ser un instrumento para resolver los problemas en el interior del Gobierno, sino la definición de una política a corto y medio plazo que se plantee en serio la colocación de España en la división del trabajo que se está imponiendo aceleradamente en la UE; que transforme sustancialmente nuestro modelo de acumulación y de producción; que fortalezca el papel de las clases trabajadoras y que construya futuro para las nuevas generaciones que ya han sufrido dos crisis consecutivas.

El “Palacio” es el poder pero no toda la política. UP sigue teniendo un peso electoral significativo. No está escrito en parte alguna que la movilización social, las demandas de derechos y la exigencia de medidas reales contra la crisis no puedan convertirse en respuesta organizada y en programa político. La disponibilidad existe, falta la

decisión política y resolver bien la cuestión del Gobierno. Está llegando el momento de definir campos, entre, lo que podríamos llamar, el gobierno como compatibilidad con lo existente o como trasformación de la realidad. A más unidad, más autonomía, mayor capacidad de diferenciarse desde un proyecto alternativo. La clave, como siempre, es la iniciativa política; superar la lógica institucional-electoral y definir un proyecto de país que fomente la ilusión, la esperanza y el compromiso político. Insisto, el “Palacio” es el poder pero no agota la política ni el conflicto social.

24 de agosto de 2020

EL FUTURO DE LAS IDEOLOGÍAS Y LAS IDEOLOGÍAS CON FUTURO[1]

El futuro ya no es lo que era. El presente tampoco. Es una vieja historia de conquistas, frustraciones y derrotas. La "caída del Imperio del Mal" fue percibida por la opinión dominante como una gran oportunidad. El fin de la contraposición Este-Oeste dejaba abierta la posibilidad de dedicarse al sur del mundo, es decir, llevar a cabo el derecho humano fundamental, el derecho al desarrollo de los pueblos y Estados. El fin de la URSS sería el inicio de un mundo gobernado por la ONU, que ponía fin a la carrera armamentista y a los bloques militares. Como se dijo en aquella época (la memoria, hoy más que nunca, es un arma cargada de futuro) se abría, por fin, el siglo de la socialdemocracia hasta tal punto, que las ventanillas de ingreso se llenaron de excomunistas de todos los colores y países.

Las cosas eran un poquito más complejas. La Guerra Fría tuvo muchos y variados lados, caliente en unos y helados en no pocos. El llamado Estado de bienestar o pacto socialdemocrático europeo tuvo mucho que ver con los delicados equilibrios de una situación geopolítica singular. Se organizó una matriz de fuerzas que engarzaba una izquierda política y sindical fuerte, las derrotas de una parte significativa de las derechas en la II Guerra Mundial, el miedo a la revolución y, hay que subrayarlo, el convencimiento de las élites de que el capitalismo tendría que ser regulado, de una u otra forma y que dejado a su libre desarrollo, generaba crisis y conflictos internacionales graves. Para decirlo desde otro punto de vista, los Estados, las democracias, fueron permeabilizadas por una lucha de clases que había encontrado un "círculo virtuoso" reformista uniendo salarios altos con incrementos de la productividad, aumentos del gasto social y fortalecimiento de la capacidad contractual de la clase trabajadora. La disolución del Pacto de Varsovia y la autodestrucción de la URSS puso fin a este mundo. Las ofensivas del capital encontraron, por fin, la línea de

ruptura y el neoliberalismo se impuso en todas partes. Dicho sin literatura, la izquierda y la derecha se hicieron neoliberales y el reformismo se convirtió en una simple corrección de los efectos más nocivos de un capitalismo que ya no tenía alternativa.

La crisis de las ideologías fue desigual y asimétrica, como siempre. Izquierda y derecha, desde el punto de vista ideológico, son relacionales, cuya posición cambia en función de la hegemonía en la sociedad. Unas veces, la izquierda es la que determina la posición de la derecha y otras, al revés. Se puede decir hoy que la derecha (sus valores, sus objetivos y políticas) determina la posición de la izquierda. Esto significa que esta no tiene proyecto propio, no goza de autonomía cultural y no tiene bases sociales organizadas y definidas. La consecuencia es que la contraposición izquierda-derecha pierde valor como referencia política; la derecha es siempre más de derechas y a las izquierdas, el único contenido que les queda (defensivo y residual) es oponerse a estas.

Efectivamente, el futuro ya no es lo que era y el presente tampoco. Cuanto más se planifica el futuro, más asusta, más alarma y se aleja la posibilidad de cambiarlo desde el presente. Sabemos la catástrofe que nos amenaza; lo que no sabemos es cómo atajarla. Se ha roto la relación entre el pasado y el futuro y queda un presente que nos condena, que nos deja en las fronteras de un abismo social, ecológico, geopolítico y cultural de grandes dimensiones. Por lo pronto, el progreso ha dejado de ser el puente entre viejas y nuevas generaciones. La condición humana de esta época postsocialista está marcada por la inseguridad, las demandas crecientes de protección, de garantía ante un futuro marcado por la carencia de derechos, la pérdida de condiciones de vida y la ruptura con los vínculos sociales y territoriales.

El retorno del pasado y el futuro como problema político. Como se puede entender, se trata de algo más que una simple crisis de las ideologías políticas. Estamos ante una crisis cultural (en sentido fuerte) de una etapa del capitalismo financiarizado a la que algunos autores han llamado senil. Puede parecer que caigo en el catastrofismo. Lo grave es que la realidad se asemeja a la catástrofe. Recientemente Felipe González ha hechos dos

observaciones que merecen la pena tenerse en cuenta. Una, que el dominio del capitalismo financiero puede acabar con el capitalismo; la otra, que la sociedad no aguantará una nueva crisis del capitalismo. *De facto*, vivimos a la espera de una nueva recesión. Hay que poner atención a esto. Sabemos que viene una crisis y nos preparamos, no para evitarla, sino para mitigar sus efectos más dañinos. Estamos pasando de la economía a la teología. La crisis como destino inexorable, un dios que exige sacrificios para un capitalismo cada vez más brutal e incompatible con las necesidades humanas básicas.

El pasado retorna y con él ideologías que se consideraban superadas. Vuelven las derechas extremas, los populismos de derechas y se abren ventanas que nos dejan ver nuevos y viejos fascismos y culturas reaccionarias. Lentamente emerge la defensa del Estado nación, la crítica a la globalización capitalista y sus efectos sociales y territoriales, la defensa de las identidades –de todas y cada una–, la crítica a la política y la desafección a unas democracias que son percibidas, cada vez más, como formas de gobierno oligárquicas, defensoras de los privilegios de los más fuertes y de espaldas a los deseos y aspiraciones de los pueblos, soberanos impotentes y sin poder.

Pues sí, lleva razón Felipe González. Como nunca se la di, tiene más mérito: el capitalismo financiero tiende a la autodestrucción y es incompatible con la sociedad, con cualquier sociedad. La Historia vale mucho como disciplina científica y pensar históricamente se ha convertido hoy en una necesidad política. Lo que vivimos se parece mucho a otras etapas del capitalismo. Lo que lo diferencia es la dimensión. La economía sistema-mundo se ha intensificado y la financiarización del capitalismo la ha unificado en tiempo real hasta tal punto que condena a la impotencia a todos los actores que, hasta hace bien poco, considerábamos omnipotentes y omniscientes. Desde hace años vivimos un “momento Polanyi” en su fase B; es decir, en la reacción de la sociedad, Estados y pueblos contra un capitalismo globalitario, autorregulado y depredador que, doctrinariamente, pretende mercantilizar el conjunto de las relaciones sociales, someter a la fuerza del trabajo, controlar el

dinero e imponerse a una naturaleza que, crecientemente, se rebela ante una especie que la está llevando más allá de sus límites.

Las crisis se producen en condiciones dadas. Esta tiene en su centro a un agregado humano fundamental: la juventud. El futuro, su construcción, su diseño y su destino es cosa de jóvenes; siempre lo fue. La juventud sin futuro expresa una crisis existencial donde se entrecruzan presente y pasado y se atisba un porvenir que hoy parece inquietante, oscuro. Volviendo al viejo socialista austriaco, las ideologías de futuro tendrán que vérselas con una geopolítica en mutación, con las guerras, con la competencia entre las grandes potencias, con el fracaso de una Unión Europea neoliberal incapaz de ser un sujeto autónomo en un mundo en transformación, y sobre todo, con las aspiraciones de unas poblaciones social y culturalmente rotas donde el conflicto de clase se expresa, guste más o guste menos, en la emergencia de fuerzas populistas de diverso signo que, aparentemente, las defienden, protegen y dan seguridad.

Ideologías de futuro: ¿oportunidad para una agenda socialista? Hay que volver a la reflexión de Felipe González. El problema se podría plantear así: nunca ha sido tan necesaria como hoy una alternativa al capitalismo y nunca se ha percibido tan lejana. Seguimos viviendo en un capitalismo que parece no tener alternativa, que no tiene enemigos… más que él mismo. El éxito histórico del capitalismo ha sido su capacidad para hacer un uso positivo de sus contradicciones. Capitalismo y socialismo, en su enfrentamiento, han modificado el sistema y, hasta cierto punto, lo han hecho más fuerte. Dicho de otra forma, el capitalismo tenía un espejo donde mirarse y autocorregirse; ya no lo tiene. Por eso, sus tendencias autodestructivas se han incrementado. La victoria del neoliberalismo ha significado la derrota del socialismo en la media en que ha desaparecido del sentido común de las clases trabajadoras, de las clases subalternas, el horizonte de una sociedad alternativa, de su posibilidad y de su deseabilidad. Sin recuperar este imaginario no será posible hacer frente a los retos de un futuro que nos obliga a cambiar radicalmente nuestro presente.

Lo que no dice Felipe González es por qué este capitalismo tiende a la autodestrucción. Tiene que ver con una de las características del neoliberalismo: hacerse irreversible. Toda su estrategia consiste en generar instrumentos, políticas y modos de gestión que impidan u obstaculicen la vuelta a un capitalismo —digámoslo así— keynesiano. Lo que está en cuestión no es la revolución, sino la posibilidad de su reforma. La paradoja es que solo los revolucionarios defienden hoy un programa socialdemócrata y los antiguos reformistas son hoy la izquierda neoliberal.

La tesis que defiendo es que la fase que se abre en esta etapa de capitalismo en decadencia crea condiciones para la construcción colectiva de una agenda socialista a la altura de los tiempos. En su centro, la incompatibilidad creciente entre las necesidades básicas de las personas y el carácter depredador de un capitalismo financiero que genera crisis recurrentes cada vez más graves. Ahora, como antes, reivindicar el socialismo como proyecto en construcción requiere plantearse, al menos, el lugar de la política, el valor del compromiso y las bases de la propuesta.

El Estado nación es el lugar de la política y de la democracia. Es el lugar del conflicto de clase y redistributivo. Es el lugar del control del mercado, de la planificación del desarrollo y de la gestión de las políticas públicas. Es el lugar, también, de los derechos sindicales, laborales y sociales, de las pensiones... Deconstruir todo esto, desmontarlo pieza a pieza para construir una Unión Europea federal ha sido —y es— un error gigantesco; no solo porque “estos lugares” no serán los de una Europa unida, sino que el objetivo real de la UE no es otro que expropiar la soberanía económica de las democracias sociales construidas después de más de un siglo de luchas, conflictos y guerras. La Europa del futuro habrá que construirla con Estados y pueblos, nunca contra ellos.

La novedad histórica europea ha sido la emergencia de las masas en la política. Trabajadores conscientes entendieron que tendrían que crear un mundo nuevo basado en la libertad, la justicia y la igualdad y millones se pusieron en pie en base a un compromiso individual y colectivo jugándose su puesto de trabajo, las condiciones materiales de los suyos, su libertad y hasta la vida. Esto

fue una “economía moral” de la multitud y, en torno a ella, se edificaron grandes partidos de masas, sindicatos de clase y fuertes organizaciones culturales, cívicas y económicas; es decir, socializaron la política, democratizaron la democracia y posibilitaron un nuevo tipo de Estado. Organizar una agenda socialista exigirá un compromiso político fuerte que genere organización, vínculos sociales y territoriales, trabajo voluntario, autoorganización social y una cultura crítica y liberadora; es decir, una forma-partido adaptada a una sociedad que cambia aceleradamente y que requiere formas de participación plurales y diversificadas.

La democracia del socialismo hay que imaginarla como un periodo histórico dilatado, con avances y retrocesos, donde el objetivo final nunca estará garantizado. La vieja metódica marxista sigue siendo útil: partir de la realidad de sus contradicciones para cambiarla. En el centro, una estrategia basada en una redistribución sustancial de la renta, riqueza, poder y tiempo social. Se trata de un proyecto socialista, ecológicamente fundamentado, concebido como una comunidad de memoria y de liberación, dirigido hacia una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales comprometidos con la emancipación.

---

1. Artículo publicado en la revista *Temas*, núm 300. *Pensando futuros* noviembre/diciembre 2019.

ÍNDICE

Prólogo *Miguel Riera*
Introducción
Primera parte. *Intervenciones en El Viejo Topo*
- **Los dilemas estratégicos de Podemos: La esperanza como problema político**, mayo de 2017, núm. 352
- Reivindicando la soberanía popular. Entrevista a Manolo Monereo, por Miguel Riera, septiembre. de 2017, núm. 356
- Dilemas estratégicos de la defensa de España, junio, 2018 núm. 365
- A calzón quitado. Entrevista a Manolo Monereo, por Miguel Riera, septiembre. de 2018 núm. 368
- Soberanía, Democracia, República. Entrevista con Manolo Monereo y Héctor Illueca, por Miguel Riera, enero 2019, núm. 372
- Crisis de las ideologías e ideologías de la crisis. *El futuro como problema político*, febrero 2019, núm. 373
- **Vacío estratégico: el Gobierno como objetivo**, junio 2019, núm. 377
- Reflexionando sobre clase, soberanía y socialismo, con Javier Aguilera, septiembre, 2019, núm. 380
- Sin pelos en la lengua. Entrevista a Manolo Monereo, por Miguel Riera noviembre 2019 núm.

382
Más allá del Brexit. Algunas lecciones, febrero 2020, núm. 385
Esperando al Godot de la unión bancaria europea con Stuart Medina, abril 2020, núm. 387
Situar al socialismo en la agenda política, mayo 2020, núm. 388
El miedo a España. La Europa de Maastrich, como alternativa abril, 2020, núm. 390-391
Una izquierda soberanista.
Prólogo al libro de Formenti “La variante populista” de El Viejo Topo
Prólogo al libro de Formenti “¡El socialismo ha muerto!” ¡Viva el socialismo! de El Viejo Topo
Por un proyecto alternativo de país. Entrevista a Manolo Monereo por Miguel Riera, núm. 393 octubre 2020

Segunda parte. Artículos en *Cuartopoder*
¿Fascismo en Italia? Decreto Dignidad, con Héctor Illueca y Julio Anguita, 5 septiembre 2018
¿Todos los gatos son pardos? con Héctor Illueca y Julio Anguita14 septiembre 2018
La dictadura de lo políticamente correcto: un discurso disciplinario. 26 Sep 2018
Soberanía, democracia y socialismo, con Héctor Illueca y Julio Anguita, 2 octubre 2018
¿Democracia en la eurozona? con Héctor Illueca y Julio Anguita, 28 octubre 2018

¿Un frente antifascista europeo? con Héctor Illueca y Julio Anguita, 16 noviembre 2018
Serenidad, firmeza y proyecto alternativo, con Héctor Illueca y Julio Anguita, 15 diciembre 2018
Juntos no podemos, por separado sí, 11 febrero 2019
Unidos Podemos: reconstruir la esperanza, 13 marzo 2019
Contra el pesimismo: una utopía concreta, 1 abril 2019
El retorno de la política: el Gobierno como problema, 1 mayo 2019
Celebraciones del Estado: ¿se inicia la gran restauración? 15 mayo 2019
Europa frente a China: es la geopolítica, es la geopolítica, 22 mayo 2019
Unidas Podemos: la realidad como problema, 3 junio 2019
Unidas Podemos: una proposición, 8 de junio 2019
El problema es el PSOE, 11 junio 2019
El compromiso entre el PSOE y UP, ¿una tregua catastrófica? 22 Julio2019
¡Que se vayan todos! El retorno del “momento populista” que nunca se fue, 29 julio 2019
La dictadura de lo políticamente correcto y sus agentes, 6 agosto 2019

¿Morir para gobernar con el PSOE? 23 septiembre 2019
Escenas para después de una batalla, 15 noviembre 2019
Tras el asesinato de Soleimani, ¿más cerca de la trampa de Tucídides? 4 enero 2020
Resentimiento, resignación: dar una oportunidad a la esperanza, 6 enero 2020
Después del Brexit, ¿Rusia como alternativa? 11 febrero 2020
Se terminó la globalización: ¿qué hacemos ahora? 26 febrero 2020
China: elogio de las fronteras, 19 marzo 2020
Alternativa España: por un proyecto de reconstrucción nacional y social, 26 marzo 2020
Los poderes acechan; los peligros también, 6 abril 2020
La estrategia de la trama: del estado de necesidad al estado de excepción, 21 abril 2020
Lo que la trama trama: el escudo de los poderes económicos, 5 mayo 2020
Julio, dolor y rabia, 16 mayo 2020
En el gobierno reina el caos, la derecha toma la calle y los poderes conspiran: el momento es excelente, 25 mayo 2020
De la crisis de régimen a la crisis en el régimen: ¿negociando la nueva restauración? 15junio 2020

El nudo gordiano: el tiempo de las reformas es finito, 23 Junio 2020
Pablo o el odio de clase, 30 junio 2020
Podemos: una crisis de proyecto, 21 junio 2020
La saga/fuga de JC, 7 agosto 2020
El “efecto Corinna”, la crisis en el régimen y el futuro del gobierno de coalición, 24 agosto 2020
El futuro de las ideologías y las ideologías con futuro, Artículo de la revista Temas, noviembre/diciembre, 2019

Table of Contents

Portada
Copyright
Dedicatoria
Prólogo. Miguel Riera
Introducción
Primera parte. Intervenciones en El Viejo Topo
- Los dilemas estratégicos de Podemos: La esperanza como problema político, mayo de 2017, núm. 352
- Reivindicando la soberanía popular. Entrevista a Manolo Monereo, por Miguel Riera, septiembre. de 2017, núm. 356
- Dilemas estratégicos de la defensa de España, junio, 2018 núm. 365
- A calzón quitado. Entrevista a Manolo Monereo, por Miguel Riera, septiembre. de 2018 núm. 368
- Soberanía, Democracia, República. Entrevista con Manolo Monereo y Héctor Illueca, por Miguel Riera, enero 2019, núm. 372
- Crisis de las ideologías e ideologías de la crisis. El futuro como problema político, febrero 2019, núm. 373
- Vacío estratégico: el Gobierno como objetivo, junio 2019, núm. 377
- Reflexionando sobre clase, soberanía y socialismo, con Javier Aguilera, septiembre, 2019, núm. 380
- Sin pelos en la lengua. Entrevista a Manolo Monereo, por Miguel Riera noviembre 2019 núm. 382
- Más allá del Brexit. Algunas lecciones, febrero 2020, núm. 385
- Esperando al Godot de la unión bancaria europea con Stuart Medina, abril 2020, núm. 387
- Situar al socialismo en la agenda política, mayo 2020, núm. 388
- El miedo a España. La Europa de Maastrich, como alternativa abril, 2020, núm. 390-391

Una izquierda soberanista. Prólogo al libro de Formenti “La variante populista” de El Viejo Topo
Prólogo al libro de Formenti “¡El socialismo ha muerto!” ¡Viva el socialismo! de El Viejo Topo
Por un proyecto alternativo de país. Entrevista a Manolo Monereo por Miguel Riera, núm. 393 octubre 2020
Segunda parte. Artículos en Cuartopoder
¿Fascismo en Italia? Decreto Dignidad, con Héctor Illueca y Julio Anguita, 5 septiembre 2018
¿Todos los gatos son pardos? con Héctor Illueca y Julio Anguita14 septiembre 2018
La dictadura de lo políticamente correcto: un discurso disciplinario. 26 Sep 2018
Soberanía, democracia y socialismo, con Héctor Illueca y Julio Anguita, 2 octubre 2018
¿Democracia en la eurozona? con Héctor Illueca y Julio Anguita, 28 octubre 2018
¿Un frente antifascista europeo? con Héctor Illueca y Julio Anguita, 16 noviembre 2018
Serenidad, firmeza y proyecto alternativo, con Héctor Illueca y Julio Anguita, 15 diciembre 2018
Juntos no podemos, por separado sí, 11 febrero 2019
Unidos Podemos: reconstruir la esperanza, 13 marzo 2019
Contra el pesimismo: una utopía concreta, 1 abril 2019
El retorno de la política: el Gobierno como problema, 1 mayo 2019
Celebraciones del Estado: ¿se inicia la gran restauración? 15 mayo 2019
Europa frente a China: es la geopolítica, es la geopolítica, 22 mayo 2019
Unidas Podemos: la realidad como problema, 3 junio 2019
Unidas Podemos: una proposición, 8 de junio 2019
El problema es el PSOE, 11 junio 2019
El compromiso entre el PSOE y UP, ¿una tregua catastrófica? 22 Julio2019

¡Que se vayan todos! El retorno del “momento populista” que nunca se fue, 29 julio 2019
La dictadura de lo políticamente correcto y sus agentes, 6 agosto 2019
¿Morir para gobernar con el PSOE? 23 septiembre 2019
Escenas para después de una batalla, 15 noviembre 2019
Tras el asesinato de Soleimani, ¿más cerca de la trampa de Tucídides? 4 enero 2020
Resentimiento, resignación: dar una oportunidad a la esperanza, 6 enero 2020
Después del Brexit, ¿Rusia como alternativa? 11 febrero 2020
Se terminó la globalización: ¿qué hacemos ahora? 26 febrero 2020
China: elogio de las fronteras, 19 marzo 2020
Alternativa España: por un proyecto de reconstrucción nacional y social, 26 marzo 2020
Los poderes acechan; los peligros también, 6 abril 2020
La estrategia de la trama: del estado de necesidad al estado de excepción, 21 abril 2020
Lo que la trama trama: el escudo de los poderes económicos, 5 mayo 2020
Julio, dolor y rabia, 16 mayo 2020
En el gobierno reina el caos, la derecha toma la calle y los poderes conspiran: el momento es excelente, 25 mayo 2020
De la crisis de régimen a la crisis en el régimen: ¿negociando la nueva restauración? 15junio 2020
El nudo gordiano: el tiempo de las reformas es finito, 23 Junio 2020
Pablo o el odio de clase, 30 junio 2020
Podemos: una crisis de proyecto, 21 junio 2020
La saga/fuga de JC, 7 agosto 2020
El “efecto Corinna”, la crisis en el régimen y el futuro del gobierno de coalición, 24 agosto 2020
El futuro de las ideologías y las ideologías con futuro, Artículo de la revista Temas, noviembre/diciembre, 2019
Índice